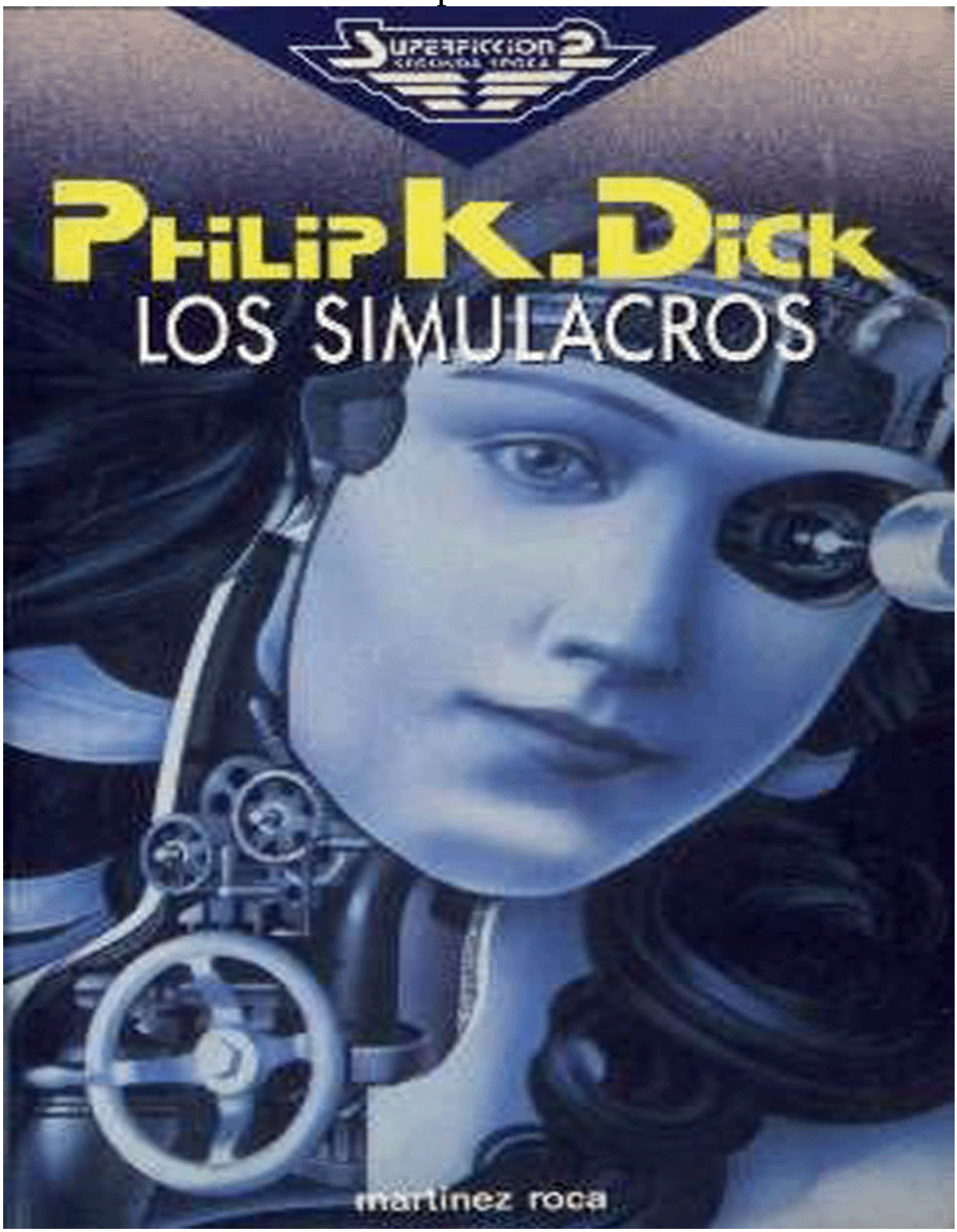
LOS SIMULACROS
Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

El memorándum de Electronic Musical Enterprise asustaba a Nat Flieger y no sabía por qué. Después de todo, suponía una gran oportunidad, pues estaba relacionado con el famoso pianista soviético Richard Kongrosian, un psicocinético que interpretaba a Brahms y Schumann sin tocar manualmente el teclado y al que habían localizado en su casa veraniega de Jenner, California. Con suerte, Kongrosian estaría disponible para una serie de sesiones de grabación con EME. Sin embargo...

Tal vez, reflexionó Flieger, eran los bosques húmedos y sombríos de la zona norte de la región de California lo que le repelía; le gustaban las secas tierras del sur, cerca de Tijuana, donde EME mantenía sus oficinas centrales. Pero Kongrosian, según la nota, no saldría de su residencia de verano; se había recluido en una especie de retiro, posiblemente a causa de alguna situación doméstica desconocida, aunque se sospechaba que era una tragedia relacionada o bien con su esposa o con su hijo. Ésta había sucedido años atrás, según daba a entender la nota.

Eran las nueve de la mañana. Nat Flieger, meditabundo, sirvió agua en una taza y alimentó a la forma de vida protoplásmica incorporada en el sistema de grabación Ampek F-a2 que tenía en su oficina; la forma de vida de Ganímedes no experimentaba ningún dolor y no había puesto ninguna objeción a ser convertida en parte de un sistema electrónico... Neurológicamente primitiva, era excelente como receptor auditivo.

El agua fluyó por las membranas del Ampek F-a2 y fue absorbida con agradecimiento, los conductos del sistema viviente latieron. Podría llevarte conmigo, decidió Flieger. El F-a2 era portátil y lo prefería a otro tipo de equipo más sofisticado. Flieger encendió un puro y se acercó a la ventana de su oficina para descorrer la persiana: el cálido sol mexicano irrumpió en la habitación y él parpadeó. El F-a2 se sumergió entonces en un estado de extrema actividad, pues la luz del sol y el agua estimulaban sus procesos metabólicos. Por hábito, Flieger lo contempló trabajar, pero su mente estaba aún con el memorándum. Una vez más levantó el informe, lo apretó, y éste instantáneamente silbó:

-... esta oportunidad ofrece a EME todo un desafío, Nat. Kongrosian rehúsa tocar en público, pero tenemos un contrato con él a través de nuestro afiliado en Berlín, Art-Cort, y legalmente podemos hacer que Kongrosian grabe para nosotros..., al menos si conseguimos que se quede lo suficiente. ¿Eh, Nat?

-Sí -asintió ausente Nat Flieger, respondiendo a la voz de Leo Dondoldo.

¿Por qué había adquirido el famoso pianista soviético una casa de verano en el norte de California? Eso, en sí mismo, era un hecho radical, desaprobado por el gobierno central de Varsovia. Y si Kongrosian había aprendido a desafiar los dictados de la suprema autoridad comunista, apenas podía esperarse que no esquivara un enfrentamiento con EME; Kongrosian, que ahora tenía más de sesenta años, era un profesional en todo lo referente a ignorar las ramificaciones legales de la vida social contemporánea, bien fuera en tierras comunistas o en los Estados Unidos de Europa y América (EUEA). Como muchos otros artistas, Kongrosian iba a lo suyo, situado entre las dos poderosas realidades sociales.

Habría que regatear un poco en una negociación de este tipo. El público tenía poca memoria, como es bien sabido; habría que recordarle a la fuerza la existencia de Kongrosian y sus talentos psiónicos musicales. Pero el departamento de publicidad de EME se encargaría de eso, después de todo, se las habían arreglado para lanzar a muchos desconocidos, y Kongrosian, a pesar de su oscuridad momentánea, no lo era. Pero me pregunto si Kongrosian sigue siendo tan bueno hoy, reflexionó Nat Flieger.

La nota estaba intentando convencerle sobre eso mismo.

-... todo el mundo sabe que Kongrosian ha estado tocando hasta hace muy poco en reuniones privadas -declaró fervientemente-. Para peces gordos en Polonia y Cuba y ante la élite puertorriqueña de Nueva York. Hace un año se presentó en Birmingham ante cincuenta millonarios negros, con fines benéficos; los fondos fueron destinados a ayudar a la

colonización lunar afromusulmana. He hablado con un par de compositores modernos que estaban presentes; juran que no había perdido ni una pizca de su talento. Veamos..., eso fue en el 2040. Entonces tenía cincuenta y dos años. Y, por supuesto, está siempre presente en la Casa Blanca, tocando para Nicole y esa nulidad de *der Alte*.

Mejor que llevemos el F-a2 a Jenner y lo grabemos, decidió Nat Flieger. Porque puede que ésta sea nuestra última oportunidad; los artistas *psis* como Kongrosian tienen fama de morir pronto.

-Me encargaré de eso, señor Dondoldo -contestó a la nota-. Volaré hasta Jenner y trataré de negociar con Kongrosian personalmente.

Esa fue su decisión. La nota emitió un silbidito de júbilo. Nat Flieger sintió simpatía hacia ella.

-¿Es cierto, doctor Egon Superb, que va a intentar entrar hoy en su oficina? -preguntó la máquina entrevistadora, zumbante, alerta, extrañamente persistente.

Debería de haber algún medio de evitar que las máquinas entrevistadoras entraran en casa, reflexionó el doctor Superb. Sin embargo, no lo había.

-Sí -respondió-. En cuanto termine de tomarme el desayuno cogeré mi biciclo, me dirigiré a San Francisco, aparcaré y caminaré directamente hasta mi oficina en Post Street, donde como de costumbre aplicaré terapia a mi primer paciente del día. A pesar de la ley y del Acta McPhearson.

Apuró el café.

-¿Y tiene usted apoyo...?

-La AIPP ha apoyado completamente mi acción -dijo el doctor Superb. En realidad, había hablado con el Consejo Ejecutivo de la Asociación Internacional de Psicoanalistas Practicantes hacía sólo diez minutos-. No sé por qué me han elegido para la entrevista. Todos los miembros de la AIPP estarán en sus oficinas esta mañana.

Y había más de diez mil miembros, repartidos por los EUEA tanto en Norteamérica como en Europa.

La máquina entrevistadora ronroneó, íntima.

-¿Quién cree que es responsable de la aprobación del Acta McPhearson y de la pronta disposición de *der Alte* para convertirla en ley?

-Sabes quién -dijo el doctor Superb-. Lo mismo que yo. No es el Ejército, ni Nicole, ni siquiera la PN. Es la gran empresa ético-farmacéutica, el cártel AG Chemie, de Berlín.

Todo el mundo sabía eso; apenas era noticia. La poderosa firma alemana había vendido al mundo la idea de usar drogoterapia para las enfermedades mentales; había una fortuna en juego en el negocio. Y los psicoanalistas eran charlatanes, a la par que los mercachifles y los curanderos. Ya no era como en los viejos tiempos, en el siglo anterior, cuando los psicoanalistas habían tenido peso específico. El doctor Superb suspiró.

-¿Le causa angustia abandonar su profesión bajo presiones externas? -preguntó penetrantemente la máquina entrevistadora.

-Dile a tu audiencia que tenemos intención de continuar con ley o sin ella -contestó lentamente el doctor Superb-. Podemos servir de ayuda, igual que la terapia química puede hacerlo. En particular para las distorsiones caracterológicas..., donde hay que tener en cuenta la historia completa del paciente.

Ahora se dio cuenta de que la máquina entrevistadora representaba a una de las principales cadenas de televisión; una audiencia de quizá cincuenta millones de personas le estaba observando. De repente, el doctor Superb se sintió cohibido.

Después del desayuno, cuando se dirigía a su biciclo, encontró a una segunda máquina entrevistadora esperándole.

-Damas y caballeros, éste es el último de la raza de los analistas de la Escuela de Viena. Tal vez el distinguido psicoanalista doctor Superb nos dirija unas palabras. ¿Doctor? -Rodó hacia él, obstaculizándole el paso-. ¿Cómo se siente, señor?

-Me siento fatal. Por favor, quítate de en medio.

-Va a su oficina por última vez -declaró la máquina mientras se apartaba-. El doctor Superb tiene el aspecto de un condenado, y, sin embargo, se le ve secretamente orgulloso del servicio que según él ha realizado con su trabajo. Pero los tiempos cambian y los doctores como él pasan..., y sólo el futuro dirá si eso es bueno. Como la práctica de las donaciones de sangre, el psicoanálisis se ha quedado desfasado, y ahora una nueva terapia ha ocupado su lugar.

Tras montar en su biciclo, el doctor Superb lo puso en marcha y empezó a rodar hacia la autopista que le llevaría a San Francisco; aún se sentía mal, pues temía lo que sabía que era inevitable: la confrontación con las autoridades que le esperaban.

Ya no era un hombre joven. Había demasiada carne floja en su cintura; físicamente, era excesivamente gordo, y algo mayor para participar en este tipo de asuntos. Se estaba quedando calvo, lo que le producía angustia cada mañana, al mirarse al espejo. Cinco años antes se había divorciado de su tercera esposa, Livia, y no había vuelto a casarse. Su carrera era su vida, su familia. Y ahora, ¿qué? Era indiscutible que como había dicho la máquina entrevistadora, hoy iba a su oficina por última vez. Cincuenta millones de personas en Norteamérica y Europa lo verían, pero ¿le daría esto una nueva vocación, un nuevo fin trascendental para reemplazar al antiguo? No.

Para animarse un poco, cogió el teléfono del biciclo y marcó una oración.

Después de aparcar, cuando caminaba hacia su oficina en Post Street, descubrió que una pequeña multitud de personas, varias máquinas informadoras y un puñado de policías uniformados de azul le esperaban.

-Buenos días -les dijo sorprendido el doctor Superb mientras subía, llave en mano, la escalera del edificio.

La multitud le hizo sitio. Abrió la puerta, dejando que la luz del sol matutino iluminara el largo corredor, con las pinturas de Paul Klee y Kandinsky que él y el doctor Bucleman habían colocado hacía siete años, cuando habían decorado juntos el viejo edificio.

-La prueba llegará, señores televidentes, cuando aparezca el primer paciente del día -declaró una de las máquinas informadoras.

La Policía, en posición de descanso, esperaba en silencio.

Deteniéndose ante el umbral, antes de entrar en su oficina el doctor Superb miró a la gente y luego dijo:

-Bonito día. Al menos para ser octubre.

Intentó pensar en algo más que decir, alguna frase heroica que revelara la nobleza de sus sentimientos y posición. Pero no se le ocurrió nada. Tal vez, decidió, era porque simplemente no había ninguna nobleza en todo esto; se limitaba a hacer lo que había hecho cinco días por semana durante años, y no había ningún coraje especial en ejecutar la vieja rutina una vez más. Por supuesto, pagaría esta tonta persistencia con su arresto; lo sabía intelectualmente, pero su cuerpo, su sistema nervioso, no lo sabía. Continuó su camino.

-¡Estamos con usted, doctor! ¡Buena suerte! -gritó alguien en la multitud, una mujer.

Otros le sonrieron, y se alzó un breve aplauso. Los policías parecían aburridos. El doctor Superb cerró la puerta y continuó. En la habitación delantera, sentada ante su mesa, Amanda Conners, su secretaria recepcionista, alzó la cabeza.

-Buenos días, doctor -dijo.

Su sedoso pelo rojo brillaba, atado por un lazo, y sus pechos resaltaban divinamente bajo su jersey de lana.

-Buenos días -dijo el doctor, complacido de verla en su sitio ese día, y tan bien arreglada.

Le tendió su abrigo, que ella colgó en el guardarropa.

-¿Quién es el primer paciente? -preguntó mientras encendía un cigarro Florida.

-El señor Rugge, doctor -dijo Amanda tras consultar su libro-. A las nueve. Eso le deja tiempo para tomar una taza de café. La prepararé.

Rápidamente se dirigió a la máquina de café del rincón.

-Sabe lo que va a pasar aquí dentro de unos minutos, ¿no? -preguntó Superb.

-Oh, sí. Pero la AIPP pagará la fianza, ¿no?

Le tendió el vasito de papel. Sus dedos temblaban.

-Me temo que esto significa el final de su trabajo.

-Sí. -Mandy asintió, sin sonreír ya; sus grandes ojos se habían ensombrecido-. No comprendo por qué *der Alte* no vetó esa acta; Nicole estaba en contra y yo estuve segura hasta el último momento de que la vetaría. Dios mío, el gobierno dispone de un equipo para viajar en el tiempo; seguro que pueden ir y ver el daño que esto causará, el empobrecimiento de nuestra sociedad.

-Tal vez lo hicieron.

Y, pensó, no habría empobrecimiento ninguno.

La puerta de la oficina se abrió y en ella apareció el primer paciente del día, Gordon Rugge, pálido y nervioso.

-Bueno, ha venido.

En realidad, Rugge llegaba temprano.

-Los bastardos -dijo Rugge.

Era un hombre alto y delgado, en la treintena, bien vestido; profesionalmente, era agente de bolsa en Montgomery Street.

Tras Rugge aparecieron dos miembros de paisano de la Policía Ciudadana. Clavaron la mirada en el doctor Superb, esperando. Las máquinas informadoras extendieron sus tubos receptores, chupando los datos rápidamente. Durante unos momentos, nadie se movió ni habló.

-Entremos en mi despacho -le dijo el doctor a Rugge- y continuemos donde nos quedamos el viernes pasado.

-Está usted arrestado -dijo de inmediato uno de los dos policías. Dio un paso adelante y tendió hacia el médico una orden judicial-. Vamos.

Cogió al doctor por el brazo y empezó a conducirle hacia la puerta; su compañero se colocó al otro lado, quedando así Superb entre ambos. Se hizo con limpieza, sin alboroto.

-Lo siento, Gordon -le dijo el médico a Rugge-. Obviamente, no hay nada que pueda hacer para continuar con su terapia.

-Las ratas quieren que tome drogas -dijo Rugge amargamente-. Y saben que las píldoras me ponen enfermo; son tóxicas para mi organismo.

-Es interesante observar la lealtad del paciente del analista -murmuraba una de las máquinas informadoras, para beneficio de su audiencia-. Y, sin embargo, ¿por qué no? Este hombre ha depositado su fe en el psicoanálisis posiblemente durante años.

-Durante seis años -le dijo Rugge-. Y continuaría otros seis más, si fuera necesario.

Amanda Conners sacó su pañuelo y empezó a llorar en silencio.

Cuando el doctor Superb, escoltado por los dos detectives de paisano y la Policía uniformada de San Francisco, fue introducido en el coche patrulla, la multitud le expresó su apoyo una vez más. Pero Superb observó que casi todos eran personas mayores. Restos de los tiempos en que el psicoanálisis era respetado; como él mismo, partes de otra era completamente distinta. Deseó que hubiera algunos jóvenes entre la multitud, pero no había ninguno.

En la comisaría, un hombre de cara delgada, que vestía un pesado abrigo y fumaba un cigarrillo filipino Bela King, miró por la ventana con ojos fríos y consultó su reloj. Luego se movió, nervioso.

Acababa de apagar su cigarro y se disponía a encender otro cuando vio el coche de Policía. De inmediato se precipitó hacia la plataforma de llegada, donde los policías se preparaban para empezar a procesar al individuo en cuestión.

-Doctor -dijo-. Soy Wilder Pembroke. Me gustaría hablar con usted un momento. -Hizo un gesto a los policías y éstos se retiraron, dejando solo al doctor Superb-. Vamos dentro. Tengo

permiso para usar temporalmente una habitación del segundo piso. Esto no requerirá mucho tiempo.

-No es usted de la Policía -dijo el doctor Superb, tras observarle con suspicacia-. O puede que sea PN -continuó, intranquilo-. Sí, eso debe de ser.

-Sólo considéreme parte interesada -dijo Pembroke mientras le conducía al ascensor. Bajó la voz cuando un grupo de oficiales de Policía pasó junto a ellos-. Interesada en verle de vuelta en su oficina, tratando a sus pacientes.

-¿Tiene autoridad para hacerlo?

-Eso creo.

El ascensor llegó y ambos entraron en él.

-Sin embargo, nos llevará una hora, más o menos, tenerle de vuelta. Por favor, intente ser paciente -añadió.

Pembroke encendió un cigarro. No ofreció uno a Superb.

-¿Puedo preguntar con qué agencia trabaja?

-Se lo he dicho. -Pembroke parecía irritado-. Simplemente considéreme parte interesada, ¿comprende?

Miró a Superb, y ninguno de los dos habló hasta alcanzar el segundo piso.

-Lamento ser tan brusco -dijo Pembroke cuando los dos recorrían el pasillo-. Pero me preocupa mucho su arresto. Me molesta.

Abrió la puerta de la habitación 209 y Superb, cautelosamente, entró en ella.

-Por supuesto, me molesto con mucha facilidad. Es mi oficio, más o menos. Igual que el suyo es no permitirse involucrarse emocionalmente -dijo sonriendo, pero el doctor no le devolvió la sonrisa.

Demasiado tenso, pensó Pembroke. La reacción de Superb encajaba con el perfil contenido en el dossier.

Se sentaron cansinamente, observándose el uno al otro.

-Un hombre va a acudir a su consulta -dijo Pembroke-. Dentro de poco va a ser paciente suyo, ¿comprende? Así que queremos que esté usted allí. Queremos que su consulta esté abierta para que pueda admitirle y tratarle.

-Ya veo -asintió el doctor Superb, con la cara rígida.

-No nos preocupan los demás a quienes trate. No nos importa si empeoran, si sanan, le pagan una fortuna o le dejan a deber sus cuentas. Nada. Sólo este individuo.

-Y, después de que haya sido tratado, ¿me cerrarán la consulta? ¿Cómo a todos los demás psicoanalistas?

-Hablaremos de eso entonces. No ahora.

-¿Quién es el hombre?

-No voy a decírselo.

-Supongo que han usado el aparato para viajar en el tiempo de Von Lessinger para ver mis resultados con ese hombre -dijo el doctor Superb tras una pausa.

-Sí.

-Entonces no tienen dudas de que podré curarle.

-Al contrario -dijo Pembroke-. No podrá ayudarle. Exactamente por eso es por lo que le queremos allí. Si se le aplica quimioterapia recobrará su equilibrio mental, y es extremadamente importante para nosotros que siga enfermo. Así que puede ver, doctor, que necesitamos la existencia permanente de un charlatán, un psicoanalista practicante. -Encendió de nuevo su cigarro, que se había apagado-. De modo que sus instrucciones primarias son: no rehúse ningún nuevo paciente, ¿comprende? Por enfermo que esté... o, mejor aún, por sano que parezca.

Sonrió. La incomodidad del doctor le divertía.

2

Librodot

Las luces permanecieron encendidas hasta muy tarde en el gran edificio comunal de apartamentos Abraham Lincoln, pues era la noche de la Asamblea General: los seiscientos residentes habían sido convocados a una reunión en el salón del subsuelo de la comunidad. Hombres, mujeres y niños se encontraban allí. En la puerta, Vince Strikerock, un buen oficial burócrata, atareado y frío, operaba con su nuevo lector de identificación, verificando a cada uno para asegurarse de que no entraba nadie del exterior. Los residentes colaboraron de buena gana y todo fue muy rápido.

-Oye, Vince, ¿cuánto va a durar? -preguntó el viejo Joe Purd.

Era el decano de los residentes en el edificio; se había instalado en él con su esposa el día de la inauguración, en mayo de 1992. Su mujer estaba ahora muerta y sus hijos habían crecido, se habían casado y se habían marchado, pero Joe continuaba allí.

-Bastante -dijo Vince tranquilamente-. Pero es a prueba de errores. No es sólo subjetivo.

Hasta ahora, en su permanente trabajo como sargento de armas, había admitido a la gente fiándose simplemente de su habilidad para reconocerla. Pero de esa manera había dejado entrar una vez a un par de tipos de Robin Hill Manor que habían desbaratado toda la reunión con sus preguntas y comentarios. No sucedería de nuevo: Vince Strikerock lo había jurado, a sí mismo y a sus camaradas convecinos. Y tenía intención de cumplirlo.

La señora Wells, pasando copias del orden del día, sonrió con firmeza y canturreó:

-El punto 3 A, Fondos para las Reparaciones de Techos, ha sido trasladado al punto 4 A. Por favor, tomen nota.

Los residentes tomaron las agendas y luego las dividieron en dos grupos, que fueron repartiendo por los dos lados opuestos del salón; la facción liberal del edificio se sentaba a la derecha y la conservadora a la izquierda, cada una ignorando recelosa la existencia de la otra. Unas pocas personas independientes (nuevos residentes o veteranos) se sentaron al fondo, engreídas y silenciosas, mientras la habitación zumbaba con el sonido de muchas pequeñas conferencias. El ambiente de la sala era tolerante, pero los residentes sabían que esa noche iba a haber una confrontación. Presumiblemente, ambos bandos estaban preparados. Aquí y allá se oía el rumor de los documentos, las peticiones, y los recortes de periódicos, que iban siendo leídos e intercambiados de mano en mano.

En la plataforma, sentado a la mesa con los cuatro representantes del edificio, el presidente Donald Tishman sentía el estómago revuelto. Era un hombre pacífico a quien repugnaban estos enfrentamientos violentos. Incluso cuando estaba sentado entre la audiencia era demasiado para él, y hoy tendría que tomar parte activa; le había llegado el turno de la presidencia, como les sucedía cada cierto tiempo a todos los residentes, y por supuesto ésta sería la noche en que el tema escolar alcanzara su clímax.

La sala estaba ya casi llena y Patrick Doyle, el capellán del edificio, con aspecto de no encontrarse demasiado a gusto con su larga toga blanca, levantó la mano pidiendo silencio.

-La oración -llamó roncamente, se aclaró la garganta y tendió una pequeña tarjeta-. Por favor, que todo el mundo cierre los ojos e incline la cabeza. -Miró a Tishman y a los encargados, y Tishman le hizo un ademán para que continuara-. Padre celestial -leyó Doyle-, nosotros, los residentes del edificio comunal de apartamentos Abraham Lincoln, te pedimos que en tu misericordia nos permitas recaudar los fondos necesarios para la reparación de los techos, que parece ser imperiosa. Te pedimos que nuestros enfermos sanen y que, al elegir entre las solicitudes de los que quieren vivir con nosotros, mostremos sabiduría a la hora de admitir a unos y rechazar a otros. Te pedimos, además, que ningún extraño entre y rompa nuestro sistema de leyes ni nuestras vidas ordenadas, y te pedimos en particular, si es tu voluntad, que Nicole Thibodeaux se libre de los dolores de cabeza que han sido la causa de que no aparezca ante nosotros en televisión últimamente, y que esos dolores de cabeza no tengan nada que ver con lo que sucedió hace dos años, según recordamos, cuando aquel tramoyista dejó caer la bambalina que le golpeó en la cabeza y la envió al hospital durante varios días. Amén.

-Amén -concordó la audiencia.

-Ahora, antes de ir al asunto que nos reúne -dijo Tishman, levantándose de su silla-, tendremos unos minutos de distracción a cargo de nuestros talentos. Primero, las tres niñas Fetersmoeller, del apartamento 205, bailarán al ritmo de *Construí una escalera a las estrellas.*

Volvió a sentarse, y en el escenario aparecieron las tres niñitas rubias, conocidas por la audiencia gracias a otros espectáculos anteriores.

Mientras las niñas Fetersmoeller, vestidas con sus pantalones a rayas y sus brillantes chaquetas metálicas, bailaban sonrientes, la puerta del corredor exterior se abrió y apareció un recién llegado, Edgar Stone.

Esta noche llegaba tarde porque había estado calificando las pruebas de grado de su vecino, Ian Duncan. Todavía tenía la cabeza llena de ellas y del pobre resultado que Duncan (a quien apenas conocía) había obtenido. Le parecía que, sin terminar de corregir las pruebas podía ver que Duncan había suspendido.

En el escenario, las niñas Fetersmoeller cantaban con sus voces chillonas, y Stone se preguntó por qué había venido. Tal vez por ninguna otra razón que por evitar la multa, pues era obligatorio asistir a la reunión de esta noche. Aquellos números de aficionados, tan frecuentes, no significaban nada para él. Recordaba los viejos tiempos en que la televisión se encargaba de entretener con aquellos buenos programas hechos por profesionales. Ahora, por supuesto, todos los profesionales medio buenos estaban contratados por la Casa Blanca, y la televisión se había vuelto educativa, no entretenida. Stone pensaba en la gloriosa edad dorada, ya desaparecida hacía mucho, de los grandes cómicos como Jack Lemmon y Shirley MacLaine, y entonces volvió a mirar a las niñas Fetersmoeller y gruñó.

Vince Strikerock, siempre de servicio, le oyó y le miró severamente.

Al menos se había perdido la oración. Le presentó su identificación a la nueva y cara máquina de Vince y ésta le permitió introducirse (¡un golpe de suerte!) por el pasillo hasta un sitio vacante. ¿Estaba esa noche Nicole viendo esto? ¿Había algún cazador de talentos presente en algún lugar de la sala? No vio ninguna cara desconocida. Las niñas Fetersmoeller estaban perdiendo el tiempo. Nunca lo conseguirán, pensó. Tendrán que aceptarlo, igual que sus ambiciosos padres: no tienen talento, como el resto de nosotros... El Abraham Lincoln ha añadido poco al bagaje cultural de los EUEA, a pesar de su determinación, y no vais a poder alterar eso.

La desesperanzada posición de las niñas Fetersmoeller le hizo recordar una vez más las pruebas que Ian Duncan, pálido y tembloroso, le había tendido aquella mañana. Si Duncan suspendía, su situación sería incluso peor que la de las niñas Fetersmoeller, porque ni siquiera viviría en el Abraham Lincoln; se perdería de vista (de su vista, al menos) y regresaría al antiguo y despreciado estatus: se encontraría, con toda probabilidad, a menos que estuviera dotado de alguna habilidad especial, trabajando manualmente, como todos habían hecho en la adolescencia.

Claro que también se le devolvería el dinero que había pagado por su apartamento, una amplia suma que representaba la mayor inversión de su vida. Desde cierto punto de vista, Stone le envidiaba. ¿Qué haría yo, se preguntó mientras permanecía sentado, cerrados los ojos, si me devolvieran ahora mismo mi fianza? Tal vez, pensó, emigraría. Compraría una de esas naves de saldo baratas e ilegales que vendían en esos solares que...

El sonido de las palmas le sacudió. Las niñas habían terminado su actuación, y él también se unió al aplauso. En el escenario, Tishman agitó las manos, solicitando silencio.

-Bien, amigos. Sé que les ha gustado, pero hay mucho más en cartera esta noche. Y está el asunto que debemos tratar, no podemos olvidarlo -les dijo sonriendo.

Sí, pensó Stone. El asunto. Y se sintió tenso, porque era uno de los radicales del Abraham Lincoln que quería abolir la escuela elemental y enviar a sus niños a una escuela pública, donde quedarían completamente expuestos al contacto con los niños de otros edificios.

Era el tipo de idea que levantaba oposición. Y, sin embargo, en las últimas semanas había ganado apoyo. Tal vez entraban en una época extraña e inusitada. En cualquier caso, qué gran

experiencia sería: sus hijos descubrirían que la gente de los otros edificios de apartamentos no era diferente de ellos mismos. Las barreras entre los habitantes de todos los apartamentos serían derribadas y surgiría una nueva comprensión.

Al menos, así era como lo veía Stone. Pero los conservadores no lo veían de esa forma. Demasiado pronto para una mezcla así, decían. Habrían peleas cuando los niños discutieran cuál de los edificios era superior. Con el tiempo podría hacerse, pero no ahora, no tan pronto.

Arriesgándose a la severa penalización, el pequeño, gris y nervioso Ian Duncan faltó a la asamblea y se quedó esa noche en su apartamento, estudiando textos oficiales del gobierno sobre la historia política de los Estados Unidos de Europa y América. Estaba flojo en eso, lo sabía. Apenas podía comprender los factores económicos, sin contar todas las ideologías *relpol* que habían ido y venido a lo largo del siglo veinte y que contribuían directamente a la situación actual. Por ejemplo, la ascensión del partido Demócrata-Republicano. Antiguamente habían sido dos partidos (¿o eran tres?) que se habían visto envueltos en terribles luchas sin sentido por el poder, igual que hacían ahora los edificios. Los dos partidos (o los tres) se habían fusionado alrededor de 1985, justo antes de que Alemania entrara en los EUEA. Ahora había un partido único, que legislaba en una sociedad estable y pacífica, y todo el mundo, por ley, pertenecía al partido. Todo el mundo prestaba servicio y asistía a los mítines y votaba cada cuatro años a un nuevo *der Alte*..., al hombre que pensaban que le gustaría más a Nicole.

Era hermoso saber que ellos, el pueblo, tenían el poder de decidir quién se convertiría en esposo de Nicole cada cuatro años; en cierto modo, eso daba al electorado poder incluso por encima de Nicole. Por ejemplo, el último hombre, Rudolf Kalbfleisch. Las relaciones entre la Primera Dama y este *der Alte* eran bastante frías, e indicaban que a ella no le gustaba mucho la última elección. Pero por supuesto, como era una dama, no lo decía.

¿Cuándo empezó el papel de Primera Dama a asumir mayor importancia que el de Presidente?, preguntaba el texto. En otras palabras, cuándo empezó nuestra sociedad a convertirse en un matriarcado, se dijo Ian Duncan. Alrededor de 1990; sé la respuesta. Hubo indicios, antes de esa fecha..., el cambio se produjo gradualmente. Cada año, el *der Alte* se hacía más oscuro y la Primera Dama se volvía más conocida, más apreciada por el público. ¿Era necesidad de una madre, una esposa, una amante, o las tres cosas a la vez? De todos modos tenían lo que querían; tenían a Nicole, y ella es ciertamente todo eso y mucho más.

En el rincón de su salita, el aparato de televisión hizo *taaaaaaang*, indicando que estaba a punto de hacerse la conexión. Con un suspiro, Duncan cerró el libro de texto y prestó atención a la pantalla. Un programa especial, referido a actividades en la Casa Blanca, especuló. Otro viaje, tal vez, o un escrutinio intensivo (detallado en profundidad), sobre un nuevo *hobby* o una pasión de Nicole. ¿Había empezado a coleccionar tazas de porcelana china? Si es así, tendremos que ver todas y cada una de las malditas tazas.

Naturalmente, los rasgos llenos y graves de Maxwell W. Jamison, el Secretario de Prensa de la Casa Blanca, aparecieron en la pantalla.

-Buenas noches, habitantes de esta tierra nuestra -dijo solemnemente-. ¿Se han preguntado alguna vez lo que sería descender al fondo del Océano Pacífico? Nicole se lo ha preguntado, y para responder a esa cuestión ha congregado aquí, en la Sala Tulipán de la Casa Blanca, a tres de los más reputados oceanógrafos del mundo. Esta noche les pedirá que cuenten sus historias, y ustedes las oirán también, pues fueron grabadas sin interrupción, hace sólo unos instantes, gracias a las instalaciones de la Oficina de Asuntos Públicos de la Cadena Triadic Unificados.

Y ahora a la Casa Blanca, se dijo Duncan. Al menos indirectamente. Nosotros, los que no podemos encontrar nuestro camino, los que no tenemos talentos que puedan interesar a la Primera Dama ni siquiera para una noche, tenemos que verla de todas formas, a través de la pantalla cuidadosamente regulada de nuestro aparato de televisión.

Esa noche realmente no quería mirar, pero parecía conveniente hacerlo; habría un concurso sorpresa al final del programa. Y una buena puntuación en un concurso sorpresa tal vez

equilibraría el bajo promedio que había conseguido en la reciente prueba *relpol* que ahora corregía su vecino, el señor Edgar Stone.

En la pantalla asomaron los rasgos tranquilos y encantadores, la piel pálida y los ojos oscuros e inteligentes, la cara sabia y a la vez inocente de la mujer que había conseguido monopolizar su atención, en quien una nación entera, casi un planeta entero, se apoyaba obsesivamente. Al verla, Ian Duncan sintió enfermar de miedo. Le había fallado: ella, de alguna manera, conocía sus malos resultados en la prueba y, aunque no decía nada, su desencanto era evidente.

-Buenas noches -dijo Nicole con su voz suave, ligeramente sobria.

-Es así -murmuró Duncan-. No tengo cabeza para las abstracciones. Quiero decir, toda esta filosofía religioso-política... no tiene sentido para mí. ¿No podría concentrarme en la realidad concreta? Debería estar fabricando ladrillos o zapatos.

Debería estar en Marte, pensó, en la frontera. Estoy atascado aquí; a los treinta y cinco años no tengo nada que hacer, y ella lo sabe. Déjame ir, Nicole, pensó lleno de desesperación. No me hagas más pruebas, porque no tengo ninguna posibilidad de aprobarlas. Ni siquiera puedo entender este programa sobre el fondo del océano. Para cuando termine, habré olvidado todos los datos. No soy de ninguna utilidad al Partido Demócrata-Republicano.

Entonces pensó en su viejo amigo Al. Él podría ayudarle. Al trabajaba para Loony Luke en uno de sus Mercadillos Ambulantes, vendiendo las naves de lata y cartón que incluso los derrotados pueden permitirse, naves que, con la suerte de su parte, pueden hacer un viaje de ida a Marte. Al, se dijo, podría conseguirme una nave de saldo.

-Realmente, es un mundo lleno de encanto -decía Nicole en la pantalla-, con entidades luminosas llenas de variedad y absolutamente más deliciosas que cualquiera de las cosas encontradas en otros planetas. Los científicos calculan que hay más formas de vida en el océano...

Su cara desapareció y una secuencia que mostraba peces grotescos y antinaturales tomó su puesto. Esto es parte de la línea de propaganda deliberada, advirtió Duncan. Un esfuerzo por apartar las mentes de Marte y de la idea de escapar del Partido... y de ella. En la pantalla, un pez de ojos bulbosos le miró, y su atención quedó capturada, a su pesar. Vaya, pensó, sí que es un mundo raro el de ahí abajo. Nicole, me tienes atrapado. Si Al y yo hubiéramos tenido éxito podríamos estar esta noche contigo, y seríamos famosos. Mientras tú entrevistaras a los oceanógrafos, Al y yo estaríamos tocando discretamente al fondo, tal vez una de las piezas de Bach.

Duncan fue al lavabo de su apartamento, se inclinó y levantó con cuidado un objeto envuelto en tela que colocó a la luz. Teníamos tanta fe juvenil en esto, pensó. Suavemente, desenvolvió el cántaro. Entonces, tomando aliento, sopló un par de notas en él. Duncan & Miller y su Banda; habían sido Al y él, en realidad, tocaban sus propios arreglos para dos jarras de Bach, Mozart y Stravinsky. Pero el cazatalentos de la Casa Blanca..., el canalla. Ni siquiera les habían concedido una audición. Ya estaba hecho, les dijo. Jesse Pigg, el fabuloso artista de la jarra de Alabama, había llegado a la Casa Blanca antes entreteniendo y deleitando a la docena de miembros de la familia Thibodeaux allí congregada con su versión de *Derby Ram, John Henry* y similares.

-Pero esto es jarra clásica -protestó Duncan-. Nosotros tocamos sonatas de Beethoven.

-Les llamaremos si Nicky muestra interés en el futuro -dijo bruscamente el cazatalentos.

¡Nicky! Se había puesto lívido. Imagina ser tan íntimo de la Primera Familia. Al y él, murmurando, se habían retirado del escenario con sus jarras, haciendo sitio al siguiente número, un grupo de perros, caracterizados con trajes isabelinos, que encarnaban a personajes de *Hamlet*. Los perros tampoco lo habían conseguido, pero ese consuelo era muy pobre.

-Me han dicho -decía Nicole- que hay tan poca luz en las profundidades del océano que..., bueno, observen a este extraño amigo.

Un pez provisto de una especie de linterna brillante atravesó nadando la pantalla.

Alguien llamó a la puerta del apartamento, y eso le sorprendió.

Con precaución, Duncan respondió. Descubrió que era su vecino, el señor Stone, y que parecía nervioso.

-¿No estuvo en la Asamblea General? -dijo Edgar Stone-. ¿No lo verificarán y lo descubrirán?

Tenía en la mano la prueba corregida de Duncan.

-Dígame cómo lo hice -dijo Duncan, preparándose para lo peor.

Stone entró en el apartamento, cerró la puerta tras él, miró la pantalla del televisor, vio a Nicole sentada con los oceanógrafos, escuchó un instante y luego dijo, bruscamente, con voz ronca:

-Lo hizo bien.

Le tendió la prueba.

-¿Aprobé?

Duncan no podía creerlo. Recogió los papeles, examinándolos con incredulidad. Y entonces comprendió lo que había sucedido.

Stone había hecho trampa para que aprobara. Había falsificado la puntuación, probablemente por motivos humanitarios. Duncan alzó la cabeza y se miraron mutuamente, sin hablar. Esto es terrible, pensó Duncan. ¿Qué voy a hacer ahora? Su reacción le hizo gracia, pero ahí estaba.

Quería suspender, advirtió. ¿Por qué? Para poder salir de aquí, para tener una excusa para renunciar a todo esto, a mi apartamento y a mi trabajo, para decir adiós. Emigrar con nada más que la camisa puesta, en un aparato desvencijado que se caiga en pedazos en el momento en que se pose en las llanuras marcianas.

-Gracias -dijo sombríamente.

-Pu-puede hacer lo mismo por mí algún día -dijo Stone, rápidamente.

-Oh, sí. Que usted lo pase bien -dijo Duncan.

Stone salió del apartamento y lo dejó solo con el aparato de televisión, su jarra, la prueba amañada y sus pensamientos.

3

Habría que remontarse a 1994, el año en que Alemania Occidental entró en la Unión como estado número cincuenta y tres, para comprender por qué Vince Strikerock, ciudadano americano y habitante de los Apartamentos Abraham Lincoln, escuchaba a *der Alte* en la televisión mientras se afeitaba, a la mañana siguiente. Había algo en este *der Alte* en particular, el presidente Rudi Kalbfleisch, que siempre le irritaba, y se alegraría cuando dentro de dos años Kalbfleisch alcanzara el término de su mandato y tuviera que retirarse, según la ley. Siempre era un gran día cuando la ley los echaba del cargo; Vince Strikerock siempre descubría que merecía la pena celebrarlo.

Asimismo, Vince sintió que era mejor hacer todo lo posible con el viejo mientras continuaba en su puesto, así que soltó la cuchilla y entró en el salón para manejar los botones del aparato de televisión. Ajustó la n, la r y la b, y lleno de esperanza confió en un cambio a mejor en la calidad del sonido...; sin embargo, no hubo ninguna variación. Vince comprendió que debía de haber demasiados telespectadores con sus propias ideas sobre lo que el viejo debería estar diciendo. En realidad, solamente en este edificio de apartamentos tendría que haber suficientes personas para anular cualquier presión que intentara ejercer sobre el viejo a través de su aparato. Pero así era la democracia, suspiró Vince. Esto era lo que habían querido: un gobierno receptivo a lo que dijera la gente. Regresó al cuarto de baño y continuó afeitándose.

-¡Eh, Julie! -llamó a su esposa-. ¿Está listo el desayuno?

No oía ningún sonido procedente de la cocina del apartamento. Y, pensando en ello, tampoco la había advertido a su lado cuando se levantó de la cama esta mañana.

De pronto recordó. Anoche, después de la Asamblea General, tras una pelea particularmente amarga, él y Julie se habían divorciado, habían ido a uno de los Comisionados M & D del edificio y habían rellenado los papeles D. Julie había empaquetado sus cosas entonces; estaba solo en el apartamento, nadie le estaba preparando el desayuno, y a menos que se diera prisa, iba a perdérselo por completo.

Fue un *shock*, porque este matrimonio en concreto le había durado seis meses enteros, y se había acostumbrado a verla por las mañanas. Ella sabía cómo le gustaban los huevos (aderezados con una pequeña cantidad de queso Mild Munster). ¡Maldita fuera la nueva legislación divorcista, tan permisiva, que el viejo presidente Kalbfleisch había introducido! Maldito fuera también Kalbsfleisch; ¿por qué no se daba la vuelta y se moría una de esas tardes, durante sus famosas siestas de dos horas? Pero entonces, claro, otro *der Alte* tomaría su puesto. Y ni siquiera la muerte del viejo le devolvería a Julie; aquello quedaba fuera del área de la burocracia de los EUEA, por grande que fuera.

Furioso, se acercó al aparato de televisión y apretó las teclas; si la pulsaban los ciudadanos suficientes, el anciano se pararía por completo; la tecla s implicaba el cese total del discurso. Vince esperó, pero la charla continuó.

Y entonces se dio cuenta de lo insólito que resultaba que hubiera un discurso por la mañana, tan temprano; después de todo, no eran más que las ocho. Quizá toda la colonia lunar hubiera volado por los aires tras una titánica explosión de sus depósitos de combustible. El viejo les estaría hablando sobre la necesidad de apretarse más el cinturón para restaurar el programa espacial; eran de esperar ésta y otras calamidades similares. O tal vez por fin los restos de una auténtica raza inteligente habían sido desenterrados (¿o sería desmarterrados el término adecuado?), en el cuarto planeta, a ser posible no en la zona francesa, sino en «la nuestra propia», como a *der Alte* le gustaba decir. Bastardos prusianos, pensó Vince. Nunca deberíamos haberos admitido en nuestra «tienda», en nuestra unión federal, que tendría que haberse restringido al Hemisferio Occidental. Pero el mundo se había quedado pequeño. Cuando se están fundando colonias a millones de kilómetros de distancia, en otro planeta, las tres mil millas que separan Nueva York de Berlín no significan nada. Y Dios sabía qué era lo que querían los alemanes de Berlín.

Vince descolgó el teléfono y llamó al encargado del edificio.

-Julie, mi esposa..., quiero decir, mi ex esposa, ¿tomó otro apartamento anoche?

Si pudiera localizarla, tal vez podría desayunar con ella y eso le levantaría el ánimo. Permaneció a la escucha lleno de esperanza.

-No, señor Strikerock. -Hubo una pausa-. No, según nuestros archivos.

Ah, demonios, pensó Vince, y colgó.

De todas formas, ¿qué era el matrimonio? Un acuerdo para compartir cosas, como poder discutir el significado de la alocución de *der Alte* a las ocho de la mañana, o tener a alguien -su esposa- para hacerle el desayuno mientras se preparaba para acudir a su trabajo en la sucursal de Detroit de Karp und Sohnen Werke. Sí, era un acuerdo por el cual uno conseguía que otra persona hiciera las cosas que a uno no le gustaba hacer, como cocinar; odiaba tener que tomar una comida que él mismo hubiera preparado. Cuando estaba soltero, comía en la cafetería del edificio; tendría que volver a hacerlo, según su experiencia pasada. Mary, Jean, Laura, ahora Julie; cuatro matrimonios, el último el más corto. Iba cuesta abajo. Tal vez, Dios le perdonara, era un maricón latente.

-... y la actividad paramilitar recuerda los Días de la Barbarie, y, por tanto, hay que renunciar a ella doblemente -murmuraba *der Alte* en el televisor.

Días de la Barbarie..., eso era el eufemismo usado para nombrar el período nazi de mediados del siglo pasado, desaparecidos desde hacía casi cien años pero aún recordados, de una forma vívida aunque distorsionada. Por tanto, *der Alte* había aparecido en las ondas para denunciar a los Hijos de Job, la última organización de locos, de naturaleza cuasirreligiosa, que deambulaban por las calles proclamando una purificación de la etnia nacional, etc., o lo que fuera que proclamasen. En otras palabras, endurecer la legislación para meter entre rejas a

las personas de vida pública que eran raras; especialmente a aquellos nacidos durante los períodos de lluvia radiactiva producidos por las pruebas nucleares, en particular durante las malignas explosiones de la China Popular.

Eso podría incluir a Julie, pensó Vince, puesto que es estéril. Como no podía tener hijos, no se le permitiría votar..., una asociación bastante neurótica, posible solamente para una mente centroeuropea como la alemana. La cola que sacude al perro, se dijo mientras se secaba la cara. Nosotros, en *Nord Amerika*, somos el perro; el Reich es la cola. Qué vida. Tal vez debería emigrar a una colonia, vivir bajo un sol pálido y agradable donde incluso lo que tenga siete patas y un aguijón pueda votar..., donde no haya Hijos de Job. No era que toda la gente especial fuera tan especial, pero muchos de ellos parecían haber encontrado buenas razones para emigrar. Así como un montón de gente sin ninguna característica especial, que estaba simplemente cansada de la vida burocráticamente controlada en la Tierra superpoblada, ya fuera en los EUEA, en el Imperio Francés, Asia Popular o África Libre (es decir, negra).

Se preparó *bacon* y huevos en la cocina. Y, mientras se freía el *bacon*, alimentó al único animal que se le permitía en el edificio de apartamentos: «Jorge III», su tortuguita verde. «Jorge III» comía moscas secas (veinticinco por ciento de proteínas más nutritivas que la comida humana), hamburguesas y huevos de hormiga, un desayuno que hacía que Vince Strikerock ponderara el axioma de *gustibus non disputandum est*: no hay nada que objetar sobre los gustos de los demás, especialmente a las ocho de la mañana.

Cinco años antes habría podido poseer un pájaro en el Abraham Lincoln, pero ahora eso estaba prohibido. Demasiado ruidoso. Regla 205: No cantarás, silbarás, piarás, ni croarás. Las tortugas eran mudas, igual que las jirafas, pero las jirafas habían sido prohibidas, junto con los antiguos amigos del hombre, el perro y el gato, los compañeros que habían desaparecido en los días del *der Alte* Frederick Hempel, a quien Vince apenas recordaba. Así que podría no ser la cualidad de la mudez, y se quedó pensando, como otras veces, en las razones de la burocracia del Partido. No podía comprender sus motivos, y en cierto sentido se alegraba. Probaba que espiritualmente no formaba parte de él.

En la televisión, la cara larga, arrugada, casi senil, había desaparecido y un momento de música, un interludio puramente audible, la había reemplazado. Percy Grainger, una canción llamada *Handel in the Strand*, lo más banal del mundo..., la posdata adecuada a lo que le había precedido, reflexionó Vince. Giró bruscamente sobre sus talones, se cuadró, en una parodia de la rigidez marcial germana, la barbilla alzada, los brazos rígidos, mientras la melodía surgía del altavoz del televisor Vince Strikerock prestaba atención a esta música infantil que las autoridades, las llamadas Ges, juzgaban adecuada. *Heil*, se dijo Vince, y alzó el brazo en el antiguo saludo nazi.

La música continuó.

Vince cambió a otro canal.

En la pantalla, un hombre de aspecto acorralado aparecía en medio de una multitud que parecía animarle; el hombre, con lo que parecían policías a cada lado, desapareció en el interior de un vehículo estacionado. Al mismo tiempo, el locutor declaró:

-... y, como en cientos de ciudades a lo largo de los EUEA, el doctor Jack Dowling, renombrado psiquiatra de la Escuela de Viena aquí en Bonn, es detenido mientras protesta por la ley recientemente firmada, el Acta McPhearson...

En la pantalla se abrió paso un vehículo de Policía.

Toda una noticia, pensó sombríamente Vince. El signo de los tiempos; más represión y más miedo a cargo del *establishment*. Entonces, ¿a quién voy a acudir, si la marcha de Julie me causa un desmoronamiento mental? Bueno, nunca he consultado a un analista, jamás he necesitado uno en la vida. Pero esto... Nada tan malo como esto me ha sucedido nunca. Julie, pensó, ¿dónde estás?

La escena había cambiado en el televisor, aunque era la misma. Vince Strikerock vio otra multitud, diferentes policías, otro psicoanalista detenido, otra alma rebelde bajo custodia.

-Es interesante observar la lealtad del paciente del analista -murmuró el televisor-. Y, sin embargo, ¿por qué no? Este hombre ha depositado su fe en el psicoanálisis posiblemente durante años.

¿Y adónde le ha llevado?, se preguntó Vince.

Julie, se dijo, si estás con alguien, con otro hombre, va a haber problemas. O bien caeré muerto -me mataré yo mismo-, o voy a acabar contigo y con ese individuo, quienquiera que sea. Incluso si, especialmente si es amigo mío.

Voy a hacer que vuelvas, decidió. Mi relación contigo es única, no como la de Mary, Jean y Laura. Te amo; eso es. Dios mío, pensó, ¡estoy enamorado! En esta época y a mi edad. Si se lo dijera, si lo supiera, se troncharía de risa. Así es Julie.

Debería acudir a un analista por verme en este estado, por depender psicológicamente por completo de una criatura fría y egoísta como Julie. Diablos, es antinatural. Y... es una locura.

¿Podría el doctor Jack Dowling, renombrado psiquiatra de la Escuela de Viena en Bonn, Alemania, curarme? ¿Liberarme? ¿O este otro hombre que muestra la televisión, Egon Superb? Parecía una persona inteligente, simpática, dotada con el don de la comprensión. Escuche, Egon Superb, pensó Vince, tengo un gran problema. Mi mundo se hizo pedazos cuando me desperté esta mañana. Necesito a una mujer a quien probablemente nunca volveré a ver. Las drogas de AG Chemie no pueden ayudarme en esto..., excepto, tal vez, una sobredosis mortal. Y ésa no es la clase de ayuda que busco.

Tal vez debería recoger a mi hermano Chic para unirnos los dos a los Hijos de Job, pensó bruscamente. Chic y yo juraremos lealtad a Bertold Goltz. Otros lo han hecho, otros descontentos, otros que han fracasado en sus vidas privadas -como yo- o en los negocios o en su ascenso social de la Be a la Ge.

Chic y yo, Hijos de Job, pensó Vince Strikerock con temor. Con un extraño uniforme y marchando por la calle. Siendo abucheados. Y, sin embargo, creyendo..., ¿en qué? ¿En la victoria final? ¿En Goltz, que parece una versión cinematográfica de un *Rattenfänger*, un cazarratas? Descartó ese pensamiento; le asustaba.

Sin embargo, la idea continuó aferrada a su mente.

En su apartamento en lo alto del edificio Abraham Lincoln delgado y calvo, Chic Strikerock, el hermano mayor de Vince se despertó y miró de reojo el reloj para ver si podía quedarse en la cama un poco más. Pero no encontró excusa: el reloj marcaba las ocho y cuarto. Hora de levantarse... Una máquina de noticias que vendía ruidosamente su mercancía en el exterior le había despertado, afortunadamente. Y entonces Chic descubrió, para su sorpresa, que había alguien con él en la cama, abrió los ojos por completo y se enderezó tras inspeccionar la silueta tapada y descubrir, por la mata de pelo castaño, que se trataba de una mujer joven que le resultaba familiar (eso era un alivio, ¿no?) ¡Julie! Su cuñada, la mujer de su hermano Vince. Santo cielo. Chic se sentó en la cama.

Veamos, se dijo rápidamente. Anoche..., ¿qué es lo que hice después de la reunión? Julie apareció, ¿no?, con una maleta y dos abrigos, contando una historia sin pies ni cabeza que se redujo por fin a un simple hecho: había roto legalmente con Vince; ya no tenía ninguna relación oficial con él y era libre de ir y venir como se le antojase. Y aquí estaba. ¿Por qué? No podía recordar esa parte. Siempre le había gustado Julie, pero eso no explicaba esto. Lo que ella había hecho concernía a su propio mundo secreto de valores y actitudes, no al de él, a nada que fuera objetivo, real.

De todas formas, aquí estaba Julie, aún dormida, físicamente presente, pero recluida en sí misma, encogida, replegada como un molusco, lo que estaba muy bien, porque a él le parecía incestuoso, a pesar de la claridad de la ley en este asunto. Para él, ella era parte de su familia. Nunca había mirado en su dirección. Pero anoche, después de unas copas... Eso era, no podía seguir bebiendo. O más bien sí, y cuando lo hizo sobrevino un rápido cambio hacia lo que en el momento parecía lo mejor; se volvió arrojado, aventurero, extravertido, en vez de lento y taciturno. Pero había consecuencias. Mira en lo que te has metido.

Y, sin embargo, a un nivel privado y muy profundo, no tenía ninguna objeción. Era un cumplido para él que ella estuviera aquí.

Pero sería extraño la próxima vez que se encontrara con Vince verificando la identidad de todos en la puerta delantera. Porque Vince querría discutir en profundidad su significado analizando intelectualmente los motivos básicos. ¿Cuál era el propósito real de Julie al dejarle y trasladarse aquí? ¿Por qué? Cuestiones ontológicas que Aristóteles habría apreciado, puntos teológicos que tendrían relación con lo que habían llamado una vez «causas finales». Vince se salía de madre con los tiempos; todo se había convertido en nulo y vano.

Mejor que calme a mi jefe, decidió Chic, y le diga -le pida- si puedo llegar tarde hoy. Debería hablar de todo esto con Julie, qué es lo que pasa y demás. Cuánto tiempo va a quedarse y si va a contribuir a pagar los gastos. Cuestiones básicamente no filosóficas, de naturaleza práctica.

Preparó café en la cocina y se sentó a sorberlo, aún en pijama. Conectó el teléfono y marcó el número de su jefe, Maury Frauenzimmer; la pantalla se volvió gris pálida, luego blanca, luego nubosa, a medida que una porción fuera de foco de la anatomía de Maury se formaba. Maury se estaba afeitando.

-¿Sí, Chic?

-Oye -dijo Chic, y oyó que su voz sonaba llena de orgullo-. Tengo una chica aquí, Maury, así que voy a llegar tarde.

Era un asunto de hombre a hombre. No importaba quién era la chica; no había necesidad de llegar a eso. Maury no se molestó en preguntar; involuntariamente, mostró en su cara una admiración genuina, luego censura. Pero la admiración apareció primero. Chic sonrió. La censura no le importaba.

-Maldito seas -dijo Maury-, es mejor que no llegues a la oficina después de las nueve.

Su tono decía: «Ojalá fuera tú. Te envidio, maldita sea».

-Estaré allí en cuanto pueda -dijo Chic.

Miró al dormitorio y a Julie. Ella se estaba sentando en la cama. Tal vez Maury había podido verla. Tal vez no. En cualquier caso, era el momento de terminar la conversación.

-Hasta la vista, Maury, viejo -dijo Chic, y colgó.

-¿Quién era? -preguntó Julie, soñolienta-. ¿Era Vince?

-No. Mi jefe.

Chic puso la cafetera para ella.

-Hola -dijo, volviendo al dormitorio y sentándose en la cama junto a ella-. ¿Cómo estás?

-Olvidé mi peine -contestó ella, pragmática.

-Te compraré uno en la tienda del vestíbulo.

-Esas horribles cosas de plástico.

-Hum -dijo él, sintiendo atracción por ella, sintiéndose sentimental.

La situación: ella en la cama, él sentado a su lado en pijama, era agridulce, y le recordaba su último matrimonio, disuelto hacía ya cuatro meses.

-Hola -dijo, palmeándola en el muslo.

-Oh, Dios -dijo Julie-, ojalá estuviera muerta.

No lo dijo acusatoriamente, como si fuera culpa suya, ni siquiera lo decía apasionadamente. Era como si estuviera resumiendo una conversación de la noche pasada.

-¿Cuál es el propósito de todo esto, Chic? Me gusta Vince, pero es tan torpe...; nunca crecerá. Siempre está jugando a ser el soporte de la vida social organizada, el hombre adaptado, puro y simple, cuando en realidad no lo es. Pero es joven -dijo, y suspiró.

El suspiro dio escalofríos a Chic porque era cruel, frío. Estaba descartando a otro ser humano, apartándose de Vince con tanta emoción como si devolviera un libro prestado de la biblioteca del edificio.

Santo cielo, pensó Chic, era tu marido. Estabas enamorada de él. Dormías con él, vivías con él, lo sabías todo sobre él... En realidad le conocías mejor que yo, y es mi hermano. Las mujeres, en el fondo, son duras. Terriblemente duras.

-Yo, esto... Tengo que ir al trabajo -dijo Chic, nervioso.

-¿Eso que tienes ahí es café para mí?

-Oh, sí. ¡Claro!

-Tráemelo, ¿quieres, Chic?

Fue a recoger el café mientras ella se vestía.

-¿Hizo su discurso el viejo Kalbfleisch esta mañana? -preguntó Julie.

-No lo sé.

No se le había ocurrido conectar el televisor, aunque había leído anoche en el periódico que el discurso estaba previsto. Le importaba un comino lo que el viejo tuviera que decir.

-¿De verdad tienes que dejar a tu acompañante y marcharte al trabajo?

Ella le miró fijamente y él vio, quizá por primera vez en su vida, que sus ojos tenían un color encantadoramente natural, una textura de roca pulida, la suavidad y brillantez que necesitaba la luz del día para salir a flote. Tenía, también, una extraña mandíbula cuadrada, y una boca ligeramente grande con tendencia a curvarse hacia abajo, como una máscara de tragedia; sus labios eran innaturalmente rojos y carnosos, y distraían la atención de su pelo enmarañado. Tenía una figura bonita curvilínea, agradable, y vestía bien; es decir, estaba espléndida se pusiera lo que se pusiese. La ropa parecía sentarle de maravilla, aunque fueran vestidos de algodón hechos en serie con los que otras mujeres encontrarían dificultades. Ahora llevaba el mismo vestido color oliva con botones negros que había tenido puesto anoche; un traje barato, en realidad, y, sin embargo, en ella parecía elegante. No había otra palabra para definirlo. Tenía porte aristocrático y buena estructura ósea. Mostraba su mandíbula, su nariz, sus excelentes dientes. No era alemana, pero sí nórdica, tal vez sueca o danesa. Él pensó, al mirarla, que era hermosa. Le pareció que aguantaría bien el paso de los años, sin deteriorarse. Parecía irrompible. No podía imaginársela engordando o envejeciendo.

-Tengo hambre -dijo Julie.

-Quieres decir que quieres que prepare el desayuno.

Él lo percibió claramente; en eso no había ninguna duda.

-Ya he preparado todos los desayunos que tenía que preparar para ningún hombre, seas tú o tu estúpido hermano menor -dijo Julie.

Una vez más, él experimentó miedo. Ella estaba siendo demasiado brusca, excesivamente pronto. La conocía, sabía que era así, pero ¿no podía reprimirse, aunque fuera un poco? ¿Iba a comportarse con él con los malos modos que había empleado en su último encuentro con Vince? ¿No iba a haber luna de miel?

«Creo que estoy metido en un lío», pensó para sí. Esto es demasiado para mí. No estoy preparado. Dios, tal vez se mude. O eso espero. Era una esperanza infantil, muy regresiva, no adulta, masculina. Ningún hombre de verdad se sentiría así, se daba cuenta de ello.

-Prepararé el desayuno -dijo.

Se dirigió a la cocina para hacerlo.

Julie se quedó ante el espejo, peinándose.

-Desconecten -dijo Garth McRae en su cortante tono habitual.

El simulacro de Kalbfleisch se paró. Sus brazos se quedaron rígidos en su último gesto, la cara vacía. El simulacro no dijo nada y automáticamente las cámaras de televisión se desconectaron también, una a una; ya no había nada más que transmitir, y los técnicos que había tras ellas, todos Ges, lo sabían. Miraron a Garth McRae.

-Mensaje enviado -informó McRae a Anton Karp.

-Bien hecho -dijo Karp-. Este tipo de los Hijos de Job, Bertold Goltz, me pone nervioso. Creo que el discurso de esta mañana disipa un poco mi miedo legítimo.

Miró tímidamente a McRae para confirmarlo, como hicieron todos los demás en la sala de control, los ingenieros de simulacros de la Karp Werke.

-Esto es sólo el principio -dijo inmediatamente McRae.

-Cierto -asintió Karp-. Pero un buen principio.

Se acercó al simulacro de Kalbfleisch y lo tocó en el hombro, como si esperara que volviera a su actividad. No lo hizo.

McRae se echó a reír.

-Desearía que hubiera mencionado a Adolf Hitler -dijo Anton Karp-: sabe, comparar más directamente a los Hijos de Job con los nazis, comparar a Goltz con Hitler.

-Eso no habría servido de nada -dijo McRae-. Por muy cierto que sea. No es usted auténticamente una persona política, Karp. ¿Qué le hace pensar que «la verdad» es la mejor historia a la que aferrarse? Si queremos detener a Bertold Goltz no podemos identificarlo como otro Hitler, simplemente porque, en el fondo, al cincuenta y uno por ciento de la población local le gustaría ver a otro Hitler.

Sonrió a Karp, que parecía preocupado; en realidad, parecía trémulo y aprensivo.

-Lo que quiero saber es lo siguiente: ¿Va a poder manejar Kalbfleisch a los Hijos de Job? Tiene el equipo de Von Lessinger; dígamelo.

-No -dijo McRae-. No podrá.

Karp abrió la boca.

-Pero Kalbfleisch va a intentarlo. Pronto. El mes que viene -continuó McRae.

Sin embargo, no dijo lo que Karp quería que dijera, lo que Anton y Felix Karp y todo el Karp Werke le preguntaba instintivamente como reflejo, un deseo inmediato de primera magnitud: ¿Construiremos el siguiente simulacro? Karp podría haberlo preguntado si se hubiera atrevido, pero tenía miedo de hablar. Karp era, como bien sabía McRae, un cobarde. Su integridad se había castrado hacía tiempo para poder así trabajar adecuadamente dentro de la comunidad financiera alemana; la castración espiritual y moral era actualmente un requisito previo para formar parte de la clase Ge, en los círculos legisladores.

Podría decírselo, pensó McRae. Aliviar su dolor. Pero ¿por qué? No le gustaba Karp, que había construido y ahora mantenía el simulacro, haciendo que funcionara como tenía que funcionar, sin siquiera una duda. Cualquier fallo habría revelado a los Bes el secreto, el *Geheimnis*, que distinguía a la élite, el *establishment* de los Estados Unidos de Europa y América; su posesión de uno o más secretos les convertía en *Geheimnisträger*, guardianes del secreto, en vez de *Befehalträger*, meros seguidores de las órdenes.

Pero para McRae todo esto era misticismo germánico; prefería pensar en simples términos prácticos. Karp und Sohnen Werke eran capaces de construir simulacros, habían tomado como ejemplo a Kalbfleisch y habían hecho un buen trabajo con él, manteniendo a este *der Alte* durante su reinado. Sin embargo, otra firma construiría el siguiente *der Alte* igualmente bien, y al erradicar los lazos económicos con Karp, el gobierno impedía que el enorme cártel participara de los privilegios económicos que ahora disfrutaba... en perjuicio del gobierno.

La firma que construyera el siguiente simulacro para el gobierno de los EUEA sería pequeña, una que las autoridades pudieran controlar.

El nombre que acudió a la mente de McRae fue Frauenzimmer Asociados, una firma extremadamente pequeña, marginal, que apenas sobrevivía en el campo de la consim: la construcción de simulacros para la colonización planetaria.

No se lo dijo a Anton Karp, pero tenía intención de empezar las negociaciones con Maurice Frauenzimmer, el propietario de la firma, cualquier día de estos. Frauenzimmer también se sorprendería: tampoco sabía nada.

-¿Qué cree que dirá Nicole? -preguntó Karp, pensativo, mirándole.

-Creo que se alegrará -contestó McRae con una sonrisa-. La verdad es que nunca le gustó el viejo Rudi.

-Creía que sí.

Karp parecía decepcionado.

-A la Primera Dama nunca le ha gustado ningún *der Alte* -dijo McRae ácidamente-. ¿Por qué iba a ser de otro modo? Tiene veintitrés años y Kalbfleisch tenía, según nuestra información, setenta y ocho.

-Pero ¿qué tiene ella que hacer con él? -replicó Karp-. Nada. Sólo aparecer en una recepción muy de vez en cuando.

-Creo que en general Nicole detesta a los viejos, a los desgastados, a los inútiles -dijo McRae, sin dejar de mirar a Anton Karp; vio que el maduro hombre de negocios retrocedía-. Esa es una buena descripción de su producto principal -añadió.

-Pero las especificaciones...

-Podría haberlo hecho un poco más... -McRae buscó la palabra, «fascinante».

-Basta -dijo Karp, ruborizado.

Sabía ahora que McRae simplemente le estaba atormentando, que todo esto no tenía otra misión que recordarle que, por grande y poderosa que fuera su empresa, Karp und Sohnen Werke no era más que un sirviente, un empleado del gobierno; realmente no influía en él, e incluso McRae, que no era nada más que Subsecretario de Estado, podía recalcarlo con impunidad.

-Si estuvieran ustedes en el poder -dijo McRae reflexivamente-. ¿Qué cambios introducirían? ¿Volverían a contratar a gente de los campos de concentración, como hizo Krupp durante el siglo veinte? Tal vez podrían obtener y usar el equipo de Von Lessinger para eso..., para dejar que mueran aún más rápido, como empleados suyos, de lo que lo hicieron en Bergen-Belsen...

Karp se dio la vuelta y se marchó. Temblaba.

Sonriendo, McRae encendió un cigarro. Americano, no alemán.

4

El mejor de los técnicos de grabación de la EME observaba divertido a Nat Flieger mientras éste introducía el Ampek F-a2 en el helicóptero.

-¿Vas a cogerlo con eso? -gruñó Jim Planck-. ¡Dios mío, si el F-a2 estaba ya obsoleto el año pasado!

-Si no puedes operar con él... -dijo Nat.

-Puedo -murmuró Planck-. Ya he utilizado gusanos antes; sólo siento que... -Hizo un gesto de desdén-. Supongo que también usaréis un micro de carbono, al viejo estilo.

-Apenas -dijo Nat.

Palmeó la espalda de Planck, pues estaba de buen humor. Hacía años que le conocía y estaba acostumbrado a su forma de ser.

-No te preocupes. Nos las arreglaremos bien -añadió.

-Escucha -dijo Planck en voz baja, mirando a su alrededor-. ¿Es cierto que la hija de Leo va a venir con nosotros en este viaje?

-Es cierto.

-Esa Molly Dondoldo siempre trae complicaciones, ¿sabes a qué me refiero? No, no lo sabes. Nat, no tengo ni idea de cuál es tu relación con Molly últimamente, pero...

-Tú preocúpate por grabar a Richard Kongrosian -cortó Nat.

-Claro, claro -Planck se encogió de hombros-. Es tu vida, tu trabajo y tu proyecto, Nat, yo sólo soy un asalariado que hace lo que le mandan. -Se pasó una mano nerviosa y temblorosa por el negro cabello-. ¿Estamos listos para partir?

Molly ya había entrado en el helicóptero; estaba sentada leyendo un libro, ignorándolos a los dos. Llevaba una blusa de colores brillantes y pantalones cortos, y Nat pensó que aquella ropa sería muy poco adecuada para los lluviosos bosques a los que se dirigían. El clima era allí radicalmente diferente; se preguntó si Molly habría estado en el norte con anterioridad. La región del norte de California y Oregón había perdido gran parte de su población durante las luchas de 1980; había sido alcanzada por los misiles teledirigidos de la China Roja y, por supuesto, las nubes de lluvia radiactiva habían cubierto la zona durante la década siguiente.

Todavía no se habían disipado por completo. Pero según los técnicos de la NASA, el nivel de radiación entraba dentro de lo tolerable.

Plantas desbordantes. Variantes lujuriosas creadas por la lluvia radiactiva...; la vegetación tenía ahora un matiz casi tropical. Y la lluvia prácticamente no cesaba nunca. Había sido densa y frecuente antes de 1990 y ahora era torrencial.

-Listos -le dijo Nat a Jim Planck.

-Entonces allá vamos, nosotros y el gusano mascota -respondió Planck, con un cigarro Alta Camina entre los dientes-. Para grabar al mayor pianista sin manos del siglo. Oye, se me ha ocurrido un chiste, Nat. Un día Richard Kongrosian tiene un accidente en un *transpub*; queda hecho polvo, y cuando le quitan las vendas... le han crecido manos. -Planck se echó a reír-. Y ya no puede volver a tocar.

-Este viaje ¿va a ser entretenido? -preguntó Molly fríamente tras apartar la atención de su libro.

Planck se ruborizó y empezó a verificar su aparato.

-Lo siento, señorita Dondoldo -dijo, pero no parecía lamentarlo, parecía resentido.

-Ponga en marcha el helicóptero -dijo Molly, y volvió a leer su libro.

Nat vio que era un texto prohibido del sociólogo del siglo veinte C. Wright Milles. Molly Dondoldo, reflexionó, no más Ge que él o Jim Planck, no sentía ningún temor por leer una materia prohibida a su clase. «Era una mujer notable en muchos aspectos», pensó lleno de admiración.

-No seas tan dura, Molly -le dijo.

-Odio las ocurrencias, Be -dijo ella sin levantar la vista.

El helicóptero se puso en marcha, conduciéndolo expertamente, Jim Planck pronto lo tuvo en el aire. Se dirigieron hacia el norte, sobre la autopista costera y el Valle Imperial, con sus millas de canales entrecruzados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

-Va a ser un vuelo cómodo -le dijo Nat a Molly-. Lo noto.

-¿No tienes que regar a tu gusano o algo por el estilo? -murmuró Molly-. Francamente, preferiría estar sola, si no te importa.

-¿Qué es lo que sabes sobre la tragedia personal de la vida de Kongrosian?

Ella guardó silencio un momento.

-Tiene algo que ver con la lluvia radiactiva de finales de los 90 -dijo por fin-. Creo que es referente a su hijo. Pero nadie lo sabe con certeza. No tengo ninguna otra información, Nat. Sin embargo, se dice que su hijo es un monstruo.

Una vez más, Nat sintió el escalofrío de miedo que había experimentado ante la idea de visitar el hogar de Kongrosian.

-No te deprimas -dijo Molly-. Después de todo, ha habido tantos nacimientos especiales desde la lluvia radiactiva de los noventa... ¿No los has visto, siempre vagabundeando? Yo sí. Tal vez prefieras no mirar. -Cerró el libro, anotando el punto de lectura con un marcador-. Es el precio que pagamos por nuestras cómodas vidas. Dios mío, Nat, puedes ajustarte a esa cosa, ese grabador Ampek, y eso desde luego me da escalofríos, vivo como está. Tal vez la deformación del niño se deba a factores derivados de la facultad psiónica de su padre; tal vez Kongrosian se maldiga a sí mismo, no a la lluvia radiactiva. Pregúntaselo cuando llegues.

-¡Preguntárselo! -repitió Nat, sorprendido.

-Claro. ¿Por qué no?

-Es una idea demencial -dijo Nat.

Y, como frecuentemente en sus anteriores relaciones con Molly, le pareció que era una mujer excepcionalmente ruda y agresiva, casi masculina; había una brusquedad en ella que no le atraía mucho. Y para colmo era demasiado intelectual; carecía del toque emocional de su padre.

-¿Por qué has querido hacer este viaje? -le preguntó.

Ciertamente, no era para oír tocar a Kongrosian; eso era obvio. Tal vez tuviera que ver con su hijo, el niño especial; Molly debía de sentirse atraída por eso. Sintió una repulsión repentina, pero no la mostró; se las arregló para recuperar la sonrisa.

-Me gusta Kongrosian -dijo ella plácidamente-. Pensé que sería muy gratificante conocerle en persona y oírle tocar.

-Pero te he oído decir que en este momento no hay mercado para versiones psiónicas de Brahms y Schumann.

-¿No eres capaz de separar tu vida privada de los negocios de la compañía, Nat? Mis gustos personales me aproximan al estilo de Kongrosian, pero eso no significa que crea que lo que él hace pueda venderse. Sabes que no nos ha ido mal con los subtipos de música folk en los últimos años. Yo diría que los artistas como Kongrosian, por muy populares que sean en la Casa Blanca, son anacronismos, y debemos estar muy alertas para no arruinarnos por su causa -le sonrió, esperando pacientemente su reacción-. Te diré otra razón por la que quería venir. Tú y yo podemos pasar mucho tiempo juntos, atormentándonos mutuamente. Solos tú y yo, en un viaje... Podemos alojarnos en un motel de Jenner. ¿Has pensado en eso?

Nat inspiró profundamente.

La sonrisa de ella se amplió. Era como si se estuviera riendo de él. Molly podía manejarle, podría hacer con él lo que quisiera. Los dos lo sabían, y a ella le divertía.

-¿Quieres casarte conmigo? -le preguntó Molly-. ¿Tus intenciones son honorables, en el viejo sentido del siglo veinte?

-¿Y las tuyas? -dijo Nat.

Ella se encogió de hombros.

-Tal vez me gusten los monstruos. Me gustas tú, Nat, tú y tu grabador F-a2 con forma de gusano al que nutres y mimas como si fuera una esposa, una mascota o ambas cosas.

-Haría lo mismo por ti -dijo Nat.

De inmediato sintió que Jim Planck le observaba y se concentró en observar la tierra bajo ellos. Jim, obviamente, se sentía cohibido por la conversación. Jim era ingeniero, un hombre que trabajaba con su cuerpo, un simple Be, como Molly le había llamado, pero un buen hombre. Este tipo de charla era demasiado dura para él.

Y, pensó Nat, también para mí. El único de nosotros que disfruta con ella es Molly. Le gusta de verdad. No finge.

La autopista, con sus coches controlados centralmente y sus biciclos girando en torno a ejes invisibles en masiva procesión, fatigaba a Chic Strikerock. En su propio coche individual, sentía como si participara en un ritual de magia negra, como si él y los otros que acudían a su trabajo hubieran puesto sus vidas en manos de una fuerza sobre la que más valía no discutir. En realidad, esa fuerza, era un simple rayo homeostático que justificaba su posición haciendo incesantes referencias al resto de vehículos y a las señales de la carretera, pero a él no le hacía gracia. Estaba sentado en su coche leyendo el *New York Times*. Centraba su atención en el periódico en vez de ponerla en el imparable entorno que le rodeaba, meditando sobre un artículo que trataba sobre el descubrimiento de fósiles unicelulares en Ganímedes.

La civilización de los viejos tiempos, se dijo Chic. La siguiente capa, justo a punto de ser descubierta por los aparatos automáticos que operan en el vacío del espacio, de las lunas de los grandes planetas.

Nos están robando, decidió. Lo siguiente serán los *comic books*, los anticonceptivos, las botellas de Coca-Cola vacías. Pero las autoridades no nos lo dirán. ¿Quién quiere descubrir que el sistema solar ha estado expuesto a la Coca-Cola durante un período de dos millones de años? A él le resultaba imposible imaginar una civilización -o cualquier clase de vida- que no hubiera conocido la Coca-Cola. De otro modo, ¿cómo podría llamársele de verdad «civilización»? Pero estoy dejando que me venza la amargura, pensó después. A Maury no le gustará; es mejor que me despeje antes de llegar. Perjudica los negocios. Y tenemos que llevarlos como de costumbre. Ésa es la palabra clave del día... o del siglo. Después de todo,

eso es realmente lo que me separa de mi hermano menor: mi habilidad para aceptar los fundamentos y no perderme en el laberinto de los rituales externos. Si Vince pudiera hacer eso, entonces sería yo.

Y tal vez recuperaría a su esposa.

Y Vince habría formado parte del esquema de Maury Frauenzimmer, puesto en manos de Maury por Sepp Von Lessinger en persona en una conferencia de ingenieros especializados en sucedáneos, reunidos en Nueva York en el 2023 con el fin de utilizar los experimentos relativos al viaje en el tiempo de Von Lessinger para enviar un psiquiatra a 1925 y curar al *Führer* Hitler de su paranoia. De hecho, Von Lessinger había hecho algunos intentos en esa dirección, aparentemente, pero los Ges se guardaban los resultados, por supuesto. Los Ges se los habían quedado para proteger su estatus, pensó Chic. Y ahora Von Lessinger estaba muerto.

Algo zumbó a su derecha. Un anuncio fabricado por Theodorus Nitz, la peor casa de todas, se había adherido a su coche.

-Lárgate -le advirtió.

Pero el anuncio, bien adherido, empezó a arrastrarse, batido por el viento, hacia la puerta y la entrada. Pronto se colaría en el interior y empezaría a arengarle en el estilo pomposo de los anuncios de Nitz.

Podría matarlo mientras se deslizaba por la rendija. Estaba vivo y era terriblemente mortal; las agencias de publicidad, como la naturaleza, soltaban a cientos de ellos.

El anuncio, del tamaño de una mosca, empezó a zumbar su mensaje en cuanto consiguió entrar.

-¡Oiga! ¿No se ha dicho a veces, «¡seguro que los demás pueden verme en los restaurantes!»? Y se siente inquieto respecto al modo de resolver este serio problema de resultar sospechoso, especialmente...

Chic lo aplastó con el pie.

La tarjeta anunció a Nicole Thibodeaux que el Primer Ministro de Israel había llegado a la Casa Blanca y estaba ahora esperando en la Sala Camelia. Emil Stark, alto, delgado, siempre conocedor del último chiste judío («Un día, Dios se encontró a Jesús, y Jesús llevaba...», o como fuera; ella no podía recordarlo, tenía demasiado sueño). De todas maneras, hoy era ella quien tenía un chiste para él. La Comisión Wolff había presentado su informe.

Más tarde, en bata y zapatillas, bebió café, leyó el *Times* de la mañana, luego soltó el periódico y cogió el documento que la Comisión Wolff le había presentado. ¿A quién habían seleccionado? A Hermann Goering; hojeó las páginas y deseó poder despedir al general Wolff. El Ejército había elegido al hombre con el que tratar en la Era de la Barbarie; ella lo sabía, pero las autoridades de Washington habían accedido a seguir las recomendaciones del general Wolff, sin darse cuenta en ese momento de qué cabeza cuadrada típicamente militar era. Aquello demostraba el poder de los mandos del Ejército en áreas puramente políticas en esos días.

Llamó a Leonore, su secretaria.

-Dile a Emil Stark que entre.

No merecía la pena retrasarlo; de todas formas, Stark posiblemente se sentiría encantado. Como muchos otros, el primer ministro israelí imaginaba sin duda que Goering había sido un simple payaso. Nicole se rió bruscamente. No habían comprendido los documentos de los Juicios por Crímenes de Guerra durante la Segunda Guerra Mundial, si así lo creían.

-Señora Thibodeaux -dijo Stark, sonriente.

-Es Goering -le comunicó Nicole.

-Por supuesto.

Stark continuó sonriendo.

-Maldito loco. Es demasiado listo para cualquiera de nosotros, ¿no lo sabe? Si intentamos hacer negocios con él...

-Pero hacia el final de la guerra Goering cayó en desgracia -dijo Stark educadamente, sentándose ante ella al otro lado de la mesa-. Estaba relacionado con la campaña militar perdida, mientras que la gente de la Gestapo y aquellos cercanos a Hitler, Bormann y Himmler y Eichmann, los camisas negras, ganaban poder, Goering comprendería -comprendió-, lo que significaría perder la parte militar de la campaña del Partido.

Nicole guardó silencio. Se sentía irritada.

-¿Le molesta eso? -dijo Stark suavemente-. Sé que lo encuentra dificultoso. Pero tenemos que hacer al *Reichsmarschall* una proposición bastante simple, ¿no? Puede resumirse en una sola frase, y la comprenderá.

-Oh, sí -concedió ella-. Goering comprenderá. También comprenderá que si se nos fuerza aceptaremos menos, y luego aún menos, y por fin... -Se interrumpió-. Sí, eso me preocupa. Creo que Von Lessinger tenía razón en su resumen final: nadie debería acercarse al Tercer Reich. Cuando se trata con psicóticos, uno se contagia y se vuelve también un enfermo mental.

-Hay seis millones de vidas judías que salvar, señora Thibodeaux -dijo Stark tranquilamente.

-¡De acuerdo! -suspiró Nicole.

Le miró con furia, pero el primer ministro israelí aguantó su mirada; no le tenía miedo. No estaba habituado a ceder ante nada; había recorrido un largo camino hasta llegar a su posición, y el éxito no habría sido posible para él si no lo hubiera hecho de esa manera. Su posición no era para cobardes. Israel era una nación pequeña, lo había sido siempre, y existía entre grandes bloques que podrían, en un momento dado, aplastarla. Stark incluso sonrió levemente; ¿o se lo estaba imaginando ella? Su furia aumentó. Se sintió impotente.

-No tenemos por qué acordar este asunto ahora mismo -dijo entonces Stark-. Estoy seguro de que tiene otros asuntos en mente, señora Thibodeaux. Tal vez esté planeando el programa de entretenimiento de la Casa Blanca de esta noche. Recibí una invitación -se palpó el bolsillo-, como estoy seguro que sabe. Se nos promete un gran desfile de talento, ¿no? Pero siempre es así. -Su voz, firme y suave, era un murmullo-. ¿Puedo fumar? -Sacó del bolsillo una pitillera de oro de la que extrajo un cigarro-. Los estoy probando por primera vez. Cigarros filipinos, hechos de hoja de Isabela. Hechos a mano, en realidad.

-Adelante -dijo Nicole, contrariada.

-¿Fuma *Herr* Kalbfleisch? -inquirió Stark.

-No.

-Tampoco disfruta de sus veladas musicales, ¿no? Eso es mala señal. Recuerde a Shakespeare, *Julio César*. Algo así como: «No confío en él porque no le gusta la música». ¿Lo recuerda? «No le gusta la música». ¿Describe esto al actual *der Alte*? Desgraciadamente, no le he visto nunca. En cualquier caso, es un placer tratar con usted, señora Thibodeaux, créame.

Los ojos de Stark eran grises, extremadamente brillantes.

-Gracias -gruñó Nicole, deseando que se marchara.

Notaba que él dominaba su encuentro y eso hacía que se sintiera cansada.

-Sabe usted -continuó Stark-, para nosotros, los israelíes, es muy difícil tratar con los alemanes. Sin duda, tendría dificultades con *Herr* Kalbfleisch. -Expulsó el humo del cigarro; el olor hizo que ella arrugara la nariz de disgusto-. Éste recuerda al primer *der Alte*, *Herr* Adenauer; al menos, eso es lo que puedo deducir de las cintas de historia que me enseñaban en el colegio cuando era niño. Es interesante advertir que gobernó bastante más tiempo del que duró todo el Tercer Reich..., que se suponía que iba a prolongarse mil años.

-Sí -dijo ella, tontamente.

-Y tal vez, si le ayudamos con el sistema de Von Lessinger, podamos hacer que sea así.

Ahora sus ojos eran oblicuos.

-¿Eso cree? Y, sin embargo, aún desea...

-Creo que si al Tercer Reich se le dan las armas que necesita, sobrevivirá a su victoria tal vez cinco años..., y posiblemente ni siquiera tanto. Está condenado por su propia naturaleza;

no hay absolutamente ningún mecanismo por el cual el Partido Nazi pueda generar un sucesor para el Führer. Alemania se fragmentara y se convertirá en el montón de pequeños estados en pugna que era antes de Bismark. Recuerde la presentación de Hitler que hizo Hess en una de las grandes demostraciones del Partido: «*Hitler ist Deutschland*». Hitler es Alemania. Tenía razón. Por tanto, después de Hitler, ¿qué? El diluvio. Y Hitler lo sabía. De hecho, es incluso probable que Hitler condujera deliberadamente a su pueblo a la derrota. Pero ésta es una teoría psicoanalítica demasiado rebuscada. Personalmente, la encuentro excesivamente barroca para darle crédito.

-Si se saca a Hermann Goering de su tiempo y se le trae aquí, con nosotros, ¿quiere hacerle frente y participar en la discusión?

-Sí. De hecho, insisto en ello.

-¿Usted... insiste? -le preguntó, mirándole con asombro.

Stark asintió.

-Supongo que se debe a que es el líder espiritual del Judaísmo Mundial o de alguna otra entidad mística por el estilo -dijo Nicole.

-Porque soy un oficial del estado de Israel. Su más alto oficial -contestó Stark, y luego guardó silencio.

-¿Es cierto que van a enviar ustedes una sonda a Marte?

-Una sonda no. Un medio de transporte. Estableceremos nuestro primer *Kibutz* allí un día de estos. Marte es, por decirlo de algún modo, un gran Negev. Cultivaremos naranjos en ese planeta algún día.

-Qué afortunados -dijo Nicole entre dientes.

-¿Cómo dice?

-Son ustedes afortunados. Tienen aspiraciones. Lo que tenemos en los EUEA son... normas -dijo reflexiva-. Estándares. Todo es muy mundano, y no pretendo hacer ningún chiste con los viajes espaciales. Maldita sea, Stark, me desconcierta usted. No sé por qué.

-Debería visitar Israel. Le interesaría. Por ejemplo...

-Por ejemplo, podría convertirme. Cambiar mi nombre por el de Rebeca. Escuche, Stark, ya he hablado bastante con usted. No me gusta este asunto del Informe Wolff; creo que la idea de juguetear con el pasado a gran escala es demasiado peligrosa, incluso si se consigue salvar a seis o siete millones de vidas humanas. Mire lo que sucedió cuando intentamos enviar asesinos en el tiempo para que mataran a Hitler en los primeros días de su carrera: algo o alguien nos hizo fracasar cada vez, ¡y lo intentamos siete veces! Sé... Estoy convencida de que fueron agentes del futuro, de nuestra época o de nuestro futuro. Si uno puede jugar con el sistema de Von Lessinger, dos también pueden hacerlo. La bomba en el salón, la bomba en el avión...

-Pero este intento deleitará a los elementos neonazis -dijo Stark-. Tendrá su cooperación.

-¿Y se supone que eso tiene que aliviar mi preocupación? -dijo Nicole amargamente-. Usted, mejor que nadie, debería ver en ello un mal presagio.

Durante un instante, Stark no dijo nada; se quedó fumando su cigarrillo filipino y la miró sombrío. Entonces se encogió de hombros.

-Tengo que rendirme. Creo que en este punto tal vez tenga razón, señora Thibodeaux. Me gustaría ponderar esto y discutirlo con otros miembros de mi gabinete. La veré en la velada de esta noche aquí, en la Casa Blanca. ¿Oiremos algo de Bach o de Händel? Me encantan esos dos compositores.

-Tendremos una noche completamente israelí, sólo para usted. Mendelssohn, Mahler, Bloch, Copeland, ¿de acuerdo?

Ella sonrió, y Emil Stark le devolvió la sonrisa.

-¿Hay alguna copia del informe del general Wolff que pueda llevarme? -preguntó Stark.

-No. -Ella sacudió la cabeza-. Es *Geheimnis*, muy secreto.

Stark alzó una ceja y dejó de sonreír.

-Ni siquiera Kalbfleisch va a verlo -dijo Nicole.

Ella no estaba dispuesta a ceder en su postura, y Emil Stark, sin duda, pudo percibirlo. Después de todo, el hombre era profesionalmente astuto. Nicole se dirigió a su mesa y se sentó. Esperando a que se marchara, deseándolo, se puso a examinar un folio de notas que le había dado su secretaria, Leonore. Eran muy aburridas, ¿o no? Leyó los encabezamientos una vez más, con cuidado.

Le informaba de que la cazatalentos de la Casa Blanca, Janet Raimer, no había sido capaz de conseguir que el gran concertista de piano mórbidamente neurótico Richard Kongrosian tocara esa noche, porque Kongrosian había dejado de repente su residencia de verano en Jenner y había acudido voluntariamente a un sanatorio para que le administraran terapia de electro*shock*. Y se suponía que nadie sabía dónde estaba.

Maldición, se dijo Nicole. Bien, eso acaba con la velada de esta noche; lo mismo me podría ir a la cama después de cenar. Pues Kongrosian no sólo era el más destacado intérprete de Brahms y Chopin, sino que, además, tenía un ingenio excéntrico y colosal.

Emil Stark apagó su cigarro y la miró con curiosidad.

-¿Significa algo para usted el nombre de Richard Kongrosian? -inquirió ella, alzando la mirada.

-Naturalmente. Para los compositores románticos...

-Está enfermo otra vez. Mentalmente. Por enésima vez. ¿O no sabía nada de eso? ¿No había oído los rumores? -Furiosa, apartó la nota, que cayó al suelo-. A veces desearía que se matara finalmente o se muriera de perforación de colon o de lo que tenga de verdad. Esta semana.

-Kongrosian es un artista importante -asintió Stark-. Puedo apreciar su preocupación. Y en estos tiempos caóticos, con elementos como los Hijos de Job desfilando por las calles, y toda la vulgaridad y mediocridad que parece dispuesta a alzarse y reafirmarse...

-Esas criaturas no durarán mucho tiempo -dijo Nicole tranquilamente-. Así que preocúpese por otra cosa.

-Entonces, cree que comprende la situación y que la tiene firmemente bajo control.

Stark se permitió una mueca breve y fría.

-Bertold Goltz es completamente Be. Es un chiste. Un payaso.

-¿Cómo Goering, tal vez?

Nicole no dijo nada. Pero sus ojos fluctuaron; Stark vio que, de pronto, dudaba. Volvió a hacer una mueca, esta vez involuntariamente. Una mueca de preocupación. Nicole tembló.

5

En el pequeño edificio situado en la parte trasera del Mercado Ambulante de Chatarra Número Tres, Al Miller estaba sentado, con los pies sobre la mesa, fumando un cigarrillo Upmann y observando a los transeúntes, las aceras y las tiendas del centro comercial de Reno, Nevada. Más allá del brillo de los nuevos aparatos estacionados, con sus banderas ondeantes y sus gallardetes cayendo en cascada, veía a una forma que esperaba, oculta bajo un gran cartel que decía: LOONY LUKE.

Y no era la única persona en verla; por la acera paseaban un hombre y una mujer con un niño pequeño que correteaba ante ellos, y el niño, con una exclamación, dio un brinco y empezó a hacer gestos, lleno de excitación.

-¡Eh, papá, mira! ¿Sabes lo que es? Mira, es el papoola.

-Por todos los diablos -dijo el hombre con una sonrisa-, sí que lo es. Mira, Marion, una de esas criaturas marcianas está oculta bajo el cartel. ¿Qué te parece si nos acercamos y charlamos con ella un rato?

Empezó a andar en aquella dirección con el niño. La mujer, sin embargo, se quedó plantada en la acera.

-¡Vamos, mamá! -instó el niño.

En su oficina, Al Miller tocó levemente los controles del mecanismo que tenía en el interior de su camisa. El papoola emergió de debajo del anuncio de LOONY LUKE, y Al hizo que se arrastrara sobre sus seis patas tubulares hacia la acera, con un sombrerito sobre una de sus antenas y los ojos cruzándose y descruzándose mientras se dirigía hacia la mujer. Establecido el tropismo, el papoola trotó tras ella, para delicia del niño y de su padre.

-¡Mira, papá, está siguiendo a mami! ¡Eh, mamá! ¡Eh, mamá, date la vuelta y mira!

La mujer miró hacia atrás, vio al organismo en forma de plato con su cuerpo insectoide naranja y se echó a reír. A todo el mundo le encanta el papoola, pensó Al. Vean al gracioso papoola marciano. Habla, papoola; di hola a la hermosa dama que se ríe de ti.

Los pensamientos del papoola, dirigidos a la mujer, alcanzaron a Al. La estaba saludando, diciéndole lo encantado que estaba de conocerla, suave y zalamero, hasta que ella por fin cruzó la acera hacia él para unirse a su marido y al niño, y los tres recibieron juntos los impulsos mentales que emanaban de la criatura marciana que había venido a la Tierra sin planes hostiles, sin capacidad para causar problemas. El papoola también los amaba, igual que ellos lo amaban a él; les transmitía la gentileza y la cálida hospitalidad a que estaba acostumbrado en su propio planeta.

Qué lugar tan maravilloso debe de ser Marte, pensaban sin duda el hombre y la mujer mientras el papoola emitía sus recuerdos, su actividad. No es una sociedad fría y esquizoide como la de la Tierra; nadie espía a nadie, ni hace las interminables pruebas *relpol*, ni informa sobre ellas a los Comités de Seguridad del edificio cada quince días. Piensen en ello, les decía el papoola mientras seguían clavados a la acera, incapaces de continuar andando. Allí uno es su propio jefe, libre para trabajar su granja, tener sus propias creencias, ser uno mismo. Mírense, temerosos incluso de estar aquí escuchando. Temerosos de...

-Será mejor que nos... vayamos -le dijo el hombre a su esposa con voz nerviosa.

-Oh, no -lloriqueó el niño-. ¿Qué oportunidad tenemos de hablar con un papoola? Debe de pertenecer a ese mercado de naves de chatarra de allí.

El niño señaló en su dirección, y Al se sintió bajo el agudo escrutinio del hombre.

-Claro -dijo el hombre-. Lo han traído aquí para que venda naves de chatarra. Está actuando sobre nosotros, embelesándonos. -El encantamiento se borró de su cara visiblemente-. Allí está sentado el tipo que lo hace funcionar.

Pero el papoola pensó: lo que os cuento es verdad. Aunque esto sea un mercado de saldos. Podrían ustedes ir allí, a Marte. Usted y su familia pueden verlo con sus propios ojos..., si tienen el valor de liberarse. ¿Pueden hacerlo? ¿Es usted un hombre de verdad? Compre una nave de ocasión de Loony Luke; cómprela mientras aún tiene la oportunidad: ya sabe que, un día no muy lejano, la PN va a acabar con ellas. Y entonces ya no habrá ningún mercado de chatarra. No más grietas en el muro de la sociedad autoritaria, a través de las cuales unos pocos -unos pocos afortunados- pueden escapar.

Jugueteando con los controles de su pecho, Al conectó la potencia máxima. La fuerza de la mente del papoola se incrementó, atrayendo al hombre, llegando a controlarlo. Tiene que comprar una nave, instó el papoola. Facilidades de pago, garantía de servicio, muchos modelos para elegir. Éste es el momento de firmar. No lo retrase. El hombre dio un paso hacia el solar. De prisa, le dijo el papoola. Las autoridades pueden cerrar el negocio de un momento a otro, y su oportunidad desaparecerá para siempre.

-Así es como lo... utilizan -dijo el hombre con dificultad-. El animal engatusa a la gente. Hipnosis. Tenemos que marcharnos.

Pero no se marchó. Era demasiado tarde. Iba a comprar una nave. Desde la oficina, empleando su caja de mandos, Al tiraba de él.

Se puso en pie. Complacido. Era el momento de salir y cerrar el trato. Desconectó el papoola. abrió la puerta de la oficina y salió del local...

Y vio a una figura familiar abriéndose paso entre las naves de saldo hacia él. Era su antiguo socio, Ian Duncan, al que no había visto desde hacía años. Santo Dios, pensó Al. ¿Qué es lo que quiere? ¡Y precisamente en un momento como éste!

-¡Al! -llamó lan Duncan haciendo gestos-. ¿Puedo hablar contigo un segundo? No estás muy ocupado, ¿verdad?

Se acercó, pálido y sudoroso mirando alrededor con aspecto asustado. Había envejecido desde la última vez que Al le había visto.

-Escucha -dijo Al, lleno de furia.

Pero ya era demasiado tarde; la pareja y su hijo se habían liberado y se marchaban a toda prisa por la acera.

-Yo, ejem, no tenía intención de molestarte -murmuró Ian.

-No me molestas -dijo Al mientras observaba tristemente como se marchaban sus tres clientes-. Bien, ¿cuál es el problema, Ian? No tienes muy buen aspecto. ¿Estás enfermo? Ven, entra en la oficina.

Le condujo al interior y cerró la puerta.

-He encontrado mi jarra -dijo Ian-. ¿Recuerdas cuando intentábamos aparecer en la Casa Blanca? Al, tenemos que intentarlo una vez más. En serio, no puedo seguir así. No soporto haber fracasado en lo que era lo más importante de nuestra vida.

Jadeando, se pasó un pañuelo por la frente. Sus manos temblaban.

-Ya ni siquiera conservo la mía -dijo Al.

-Pues deberías. Bueno, podemos grabar nuestras partes por separado con mi jarra y luego sintetizarlas en una cinta y presentarla a la Casa Blanca. No sé si puedo soportar este sentimiento de estar atrapado. Tengo que volver a tocar. Si empezamos a practicar ahora mismo con las *Variaciones Goldberg*, en un par de meses podremos...

-¿Sigues viviendo en ese sitio? -interrumpió Al-. ¿En el gran Abraham Lincoln?

Ian asintió.

-¿Y aún conservas ese trabajo con aquella empresa bávara? ¿Sigues siendo inspector? -No podía comprender por qué Ian Duncan estaba tan trastornado-. Diablos, en el peor de los casos, podrías emigrar. Tocar la jarra está fuera de toda cuestión. No la he tocado desde hace años; desde la última vez que te vi, en realidad. Espera un segundo.

Empezó a teclear los mandos que controlaban al papoola; la criatura respondió y comenzó a regresar lentamente a su lugar bajo el cartel.

-Creí que estaban todos muertos -comentó Ian al verlo.

-Lo están.

-Pero ése de ahí se mueve y...

-Es una falsificación -dijo Al-, un simulacro, como esas cosas que usan para colonizar. Yo lo controlo. -Le mostró la caja de mandos-. Atrae a la gente. La verdad es que se supone que Luke tiene uno auténtico sobre el que se han modelado todos los demás. Nadie lo sabe con seguridad, y la ley no puede tocar a Luke. La PN no puede hacerle soltar al de verdad, si es que lo tiene. -Al se sentó y encendió la pipa-. Suspende tu prueba *relpol* -le dijo a Ian-. Pierde tu apartamento y recupera tu inversión original. Tráeme el dinero y me encargaré de darte una nave en condiciones que te lleve a Marte. ¿Qué te parece?

-Intenté suspender la prueba, pero no me dejó. Falsificó los resultados. No quieren que me marche. No quieren soltarme.

-¿Quién?

-El hombre del apartamento de al lado, en el Abraham Lincoln. Se llama Edgar Stone..., creo. Lo hizo a propósito. Lo vi en la expresión de su cara. Tal vez imaginaba que me estaba haciendo un favor..., no lo sé. -Miró alrededor-. Tienes una bonita oficina. Duermes aquí, ¿no? Y cuando se mueve, te mueves con ella.

-Sí -dijo Al-, siempre estamos preparados para despegar.

La PN casi le había echado el guante un buen número de veces, incluso a pesar de que el solar podía conseguir velocidad orbital en seis minutos. El papoola detectaba su aproximación, pero no con el tiempo suficiente para escapar con comodidad; generalmente la huida se hacía a la carrera y en desorden, abandonando parte de su inventario de naves de saldo.

-Estás casi delante de sus narices -musitó Ian-. Y, sin embargo, no te molestan. Supongo que es cuestión de actitud.

-Si me atrapan, Luke me sacará -dijo Al.

¿De qué tenía que preocuparse? Su patrón era un hombre poderoso; el clan Thibodeaux limitaba sus ataques a artículos de fondo publicados en revistas populares, donde se hablaba sobre la vulgaridad de Luke y la poca categoría de sus naves.

-Envidio tu equilibrio. Tu calma.

-¿No tiene capellán tu edificio? Ve y habla con él.

-No merece la pena -dijo Ian amargamente-. Ahora mismo es Patrick Doyle, y está más hecho polvo que yo. Y Don Tishman, nuestro presidente, está aún peor. Es un manojo de nervios. De hecho, nuestro edificio entero está repleto de ansiedad. Tal vez tenga que ver con los ataques de sinusitis de Nicole.

Al vio que estaba hablando en serio. La Casa Blanca y todo lo demás significaba demasiado para él; aún dominaba su vida, como había sucedido en el pasado, cuando eran colegas en el servicio militar.

-Por tu bien, buscaré mi jarra y practicaré -dijo Al suavemente-. Lo intentaremos una vez más.

Ian Duncan le miró, mudo.

-Hablo en serio -prosiguió Al, asintiendo.

-Dios te bendiga, Al -susurró Ian lleno de gratitud.

Sombríamente, Al Miller chupó su pipa.

Ante los ojos de Chic Strikerock, la pequeña fábrica en la que trabajaba creció hasta alcanzar sus exactas y magras proporciones. Aquella estructura de color verde pálido, en forma de caja de sombreros, no crecería más, aunque parecía bastante moderna si uno no era demasiado crítico. Frauenzimmer Asociados. Pronto estaría en su oficina, batallando con las persianas de su ventana en un esfuerzo por restringir la entrada del brillante sol de la mañana. Batallando también con Greta Trupe, la vieja secretaria que los atendía a él y a Maury.

Es una gran vida, pensó Chic. Pero tal vez, desde ayer, la firma haya entrado en quiebra, lo que no le sorprendería..., y tampoco le entristecería mucho. Aunque, naturalmente, sería una lástima por Maury, y a él le gustaba Maury, a pesar de sus enfrentamientos ocasionales. Después de todo, una empresa pequeña era como una pequeña familia. Todo el mundo estaba en contacto personal y en muchos niveles psicológicos. El trato era mucho más íntimo que en las relaciones despersonalizadas que había entre patronos y empleados en las grandes multinacionales.

Francamente, lo prefería así. Prefería la intimidad. Para él había algo horrible en la actividad interpersonal y burocrática de los salones de los poderosos, en las poderosas corporaciones *geheimlich*. El hecho de que Maury fuera operario a tiempo parcial le atraía. Era como un resto del viejo mundo, el siglo veinte aún vivo.

Aparcó manualmente junto al viejo biciclo de Maury y caminó, con las manos en los bolsillos, hacia la familiar entrada delantera.

La pequeña y abigarrada oficina, con sus montones de cartas sin contestar, tazas de café, manuales de trabajo, envíos arrugados y calendarios pasados, olía a polvo, como si sus ventanas no se hubieran abierto nunca para que entrara un poco de aire fresco y luz del día. En el extremo opuesto, ocupando la mayor parte del espacio disponible, vio a cuatro simulacros sentados en silencio, un grupo: uno con forma de hombre adulto, su compañera y dos niños. Éste era uno de los puntos principales del catálogo de la empresa: un famvec.

El simulacro del hombre adulto se levantó y le saludó con cortesía.

-Buenos días, señor Strikerock.

-¿Ha llegado ya Maury? -miró alrededor.

-En un sentido limitado, sí -contestó el simulacro-. Está abajo tomando su café y su donut.

-Bien -dijo Chic, y se quitó el abrigo-. Bien, ¿estáis dispuestos para ir a Marte? -preguntó a los simulacros mientras colgaba el abrigo.

-Sí, señor Strikerock -contestó el simulacro femenino, asintiendo-. Y estamos muy contentos. Puede contar con ello. -Le sonrió complaciente, con amabilidad-. Será un alivio dejar la Tierra y su legislación represiva. Estábamos escuchando en la FM las noticias sobre el Acta McPhearson.

-Lo consideramos espantoso -observó el masculino.

-Coincido con vosotros -dijo Chic-. Pero ¿qué se puede hacer?

Buscó el correo a su alrededor; como siempre, estaba enterrado en la masa de papeles.

-Se puede emigrar -señaló el simulacro masculino.

-Mmm -dijo Chic en tono ausente.

Había descubierto un montón inesperado de facturas que parecían recientes, enviadas por los suministradores de componentes; con un sentimiento de ansiedad e incluso de terror, empezó a estudiarlas. ¿Las había visto Maury? Probablemente. Las había visto y las había apartado de sí inmediatamente. Frauenzimmer Asociados funcionaba mejor si no se recordaban este tipo de incidentes de la vida cotidiana. Como un neurótico regresivo, tenía que ocultar algunos aspectos de la realidad a su sistema receptor para poder funcionar. Esto distaba mucho de ser lo ideal, pero ¿qué otra alternativa había? Ser realista suponía rendirse, morir. La ilusión de una naturaleza infantil era esencial para la supervivencia de la pequeña firma, o al menos eso les parecía a Maury y a él. En cualquier caso, los dos habían adoptado esta actitud. Sus simulacros -los adultos- desaprobaban todo esto; su fría y lógica apreciación de la realidad era un brusco contraste, y Chic siempre se sentía un poco desnudo, cohibido, ante los simulacros; sabía que tenía que ser un ejemplo mejor para ellos.

-Si comprara una nave de saldo y emigrara a Marte, podríamos ser su famvec -dijo el simulacro masculino.

-No me haría falta ninguna familia vecina -dijo Chic-. Si emigrara a Marte, sería para apartarme de la gente.

-Seríamos una familia vecina muy buena para usted -dijo el simulacro femenino.

-Mirad, no tenéis que darme una conferencia sobre vuestras virtudes. Las conozco mejor que vosotros.

Y con buenos motivos. Su presunción, su sinceridad, le divertían pero también le irritaban. Como vecinos, este grupo de sims serían algo molestos. Sin embargo, eso era lo que los emigrantes querían, incluso necesitaban, en las regiones coloniales apenas habitadas. Podía apreciarlo con claridad; después de todo, el negocio de Frauenzimmer Asociados era comprender.

Cuando emigraba un hombre, podía comprar vecinos, comprar la presencia de vida simulada, el sonido y el movimiento de actividad humana -o al menos de sus sustitutos mecánicos-, para animar su moral en el nuevo entorno de estímulos desconocidos y tal vez, dios no lo quisiera, ningún estímulo en absoluto. Y, como colofón a este deseo psicológico primario, había una ventaja secundaria. El grupo famvec de simulacros trabajaba la parcela de tierra, la araba y la sembraba, la regaba, la hacía fértil, altamente productiva. Y el beneficio iba para el poblador humano, porque el grupo famvec, legalmente hablando, ocupaba las porciones periféricas de su tierra. Los famvec, en realidad, no eran una familia vecina; eran parte del dominio de su dueño. La comunicación con ellos era, en esencia, un diálogo circular con uno mismo; los famvec, si funcionaban adecuadamente, recogían las esperanzas ocultas y los sueños del poblador y los desarrollaban de modo articulado. Terapéuticamente esto era valioso, aunque desde un punto de vista cultural resultaba un poco estéril.

-Aquí viene el señor Frauenzimmer -dijo el simulacro masculino respetuosamente.

Chic alzó la vista y vio que la puerta de la oficina se abría lentamente; Maury apareció sosteniendo con cuidado su taza de café y su donut.

-Oye, amigo -dijo Maury con voz ronca.

Era un hombre pequeño, gordezuelo, sudoroso, como un reflejo en un espejo trucado. Sus piernas apenas parecían capaces de sostenerle; se tambaleó al andar.

-Lo siento, pero me parece que tengo que despedirte -terminó.

Chic le miró.

-No puedo soportarlo más tiempo -dijo Maury.

Sosteniendo el asa de la taza de café con sus dedos sucios, buscó un sitio donde colocarla entre los papeles y manuales que cubrían la superficie de la mesa.

-Que me zurzan -dijo Chic.

Su voz le sonó débil.

-Sabías que tenía que llegar. -La voz de Maury se había convertido en un croar agudo-. Los dos lo sabíamos. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Hace semanas que no recibimos ningún pedido importante. No te echo la culpa. Compréndelo. Mira a este grupo famvec que holgazanea por aquí. Hace tiempo que deberíamos haberlos colocado. -Sacando su inmenso pañuelo de lino irlandés, Maury se secó la frente-. Lo siento, Chic.

Miró a su empleado ansiosamente.

-Qué situación tan incómoda -dijo el simulacro masculino.

-Siento lo mismo -añadió su compañera.

Maury se volvió hacia ellos y les reprendió.

-¿Por qué no os ocupáis de vuestros propios asuntos? ¿Quién ha solicitado vuestra opinión artificial?

-Déjalos en paz -murmuró Chic.

Estaba conmocionado por la noticia; emocionalmente, había sido pillado por sorpresa, a pesar de sus presentimientos.

-Si el señor Strikerock se marcha -anunció el simulacro masculino-, nosotros nos marchamos con él.

-Oh, qué diablos, sólo sois un puñado de artefactos -gruñó Maury-. No os entrometáis mientras resolvemos esto. Ya tenemos bastantes problemas sin que os metáis por medio.

Se sentó ante la mesa y abrió el *Chronicle* de la mañana.

-Es el fin del mundo. No somos sólo nosotros, Chic, no es sólo Frauenzimmer Asociados. Escucha lo que dice el periódico de hoy: «El cuerpo de Orley Short, guarda, fue descubierto hoy en el fondo de una tina de chocolate que se endurecía gradualmente en la Compañía de Dulces de Saint Louis». -Alzó la cabeza-. Ahí lo tienes: «chocolate que se endurecía gradualmente». Así es cómo vivimos. Continuó: «Short, de 53 años, no volvió a casa ayer, y...».

-De acuerdo -interrumpió Chic-. Comprendo lo que estás intentando decir. Es una de esas épocas.

-Exactamente. Las condiciones están más allá del poder individual. Hay que ser fatalistas, sabes, resignados. Me he resignado a ver que Frauenzimmer Asociados cierra para siempre. Ése es el siguiente paso. -Miró al grupo de simulacros famvec melancólicamente-. No sé por qué os construimos, amigos. Deberíamos haber montado un grupo de buscavidas callejeros, putitas con clase para interesar a los burgueses. Escucha, Chic, así es como termina este terrible artículo del *Chronicle*. Vosotros, simulacros, escuchad también. Os dará una idea de la clase de mundo en que habéis nacido: «La Policía de Saint Louis dice que su cuñado, Antonio Costa, se dirigió a la fábrica de dulces y lo encontró sumergido en tres pies de chocolate». -Maury cerró salvajemente el periódico-. ¿Cómo vais a aceptar un hecho así en vuestra *Weltanschauung*, en vuestra concepción del mundo? Es demasiado terrible. Te desquicias. Y lo peor es que es tan terrible que resulta casi gracioso.

Hubo un momento de silencio y entonces el simulacro masculino, sin duda respondiendo a algún aspecto del subconsciente de Maury, dijo:

-Ciertamente, éste no es el momento de instaurar una ley como el Acta McPhearson. Requerimos ayuda psiquiátrica de donde sea.

-Ayuda psiquiátrica -se burló Maury-. Sí, has dado en el clavo, señor Jones, o Smith, señor Vecino-de-al-lado o como quiera que te hayamos llamado. Eso habría salvado a Frauenzimmer Asociados, ¿no? Un poco de psicoanálisis a doscientos dólares la hora durante cien años..., ¿no es eso lo que tarda? Curioso.

Le dio la espalda al simulacro y se comió el donut, disgustado.

-¿Me darás una carta de recomendación? -preguntó Chic.

-Por supuesto -contestó Maury.

Tal vez tenga que trabajar para Karp und Sohnen, pensó Chic. Su hermano Vince, un empleado Ge, podría colocarle allí; era mejor que nada, mejor que unirse a los lastimosos desempleados, el orden más bajo de la enorme clase Be, nómadas que surcaban la superficie de la Tierra, demasiado pobres para emigrar. O tal vez debería emigrar. Olvidar de una vez las ambiciones infantiles sobre las que había comerciado durante tanto tiempo.

Pero Julie. ¿Qué iba a ser de ella? La esposa de su hermano hacía el asunto desesperanzadoramente complejo; por ejemplo, él ¿era ahora financieramente responsable de ella? Tendría que hacerlo de todas formas, tanto si buscaba un empleo con Karp und Sohnen como si no.

Sería cuando menos curioso acercarse a Vince en esas circunstancias. El asunto de Julie había llegado en mal momento.

-Escucha, Maury -dijo Chic-. No puedes despedirme ahora. Tengo un problema. Como te conté por teléfono, hay una chica que...

-De acuerdo.

-¿C... cómo?

Maury Frauenzimmer suspiró.

-Dije que de acuerdo. Dejaré que te quedes un poco más. Así aceleraremos la bancarrota de Frauenzimmer Asociados. ¿Qué más da? -Se encogió de hombros-. *So geht das Lebens*: así es la vida.

-¿Verdad que es un buen hombre, papi? -le dijo uno de los niños simulacros al adulto masculino.

-Sí, Tommy -respondió éste, asintiendo-. Desde luego que lo es.

Palmeó al niño en el hombro. Toda la familia sonrió.

-Te quedarás hasta el próximo miércoles -decidió Maury-. Es todo lo que puedo hacer, pero tal vez sirva de algo. Después de eso..., no lo sé. No puedo prever nada. Aunque soy un poco precognitivo, como siempre he dicho. Sabes que hasta cierto punto tengo visiones válidas sobre el futuro. En este caso, sin embargo, no me viene ninguna. Todo está en la más completa confusión, en lo que a mí respecta.

-Gracias, Maury -dijo Chic.

Maury Frauenzimmer gruñó y volvió a leer el periódico.

-Tal vez de aquí al miércoles que viene nos pase algo bueno -dijo Chic-. Algo que no esperamos.

Quizá, como encargado de ventas, consiga un buen pedido, pensó.

-Sí, tal vez -dijo Maury. No parecía muy convencido.

-De verdad que voy a intentarlo.

-Sí -accedió Maury-. Inténtalo, Chic, inténtalo.

Su voz era baja, ahogada por la resignación.

6

Para Richard Kongrosian, el Acta McPhearson era una calamidad porque en un simple instante había borrado al mayor soporte de su vida, el doctor Egon Superb. Había quedado a merced de su antiguo proceso enfermizo, que, en este momento, había alcanzado un poder enorme sobre él. Por eso había abandonado Jenner y se había recluido voluntariamente en el

Hospital Neuropsiquiátrico Franklin Aimes de San Francisco, un lugar que le era enormemente familiar. Durante la última década se había recluido en él muchas veces.

Sin embargo, en esta ocasión probablemente no podría salir de allí. Esta vez su proceso había avanzado demasiado.

Sabía que era un anancástico, una persona para la que la realidad se había reducido a las dimensiones de la obligación; todo lo que hacía le era forzado; no había nada en él que fuera voluntario, espontáneo o libre. Y, para empeorar las cosas, se había visto complicado por un anuncio de Nitz. En realidad, aún tenía el anuncio; lo guardaba en el bolsillo.

Kongrosian lo sacó y una vez más escuchó el maligno anuncio de Theodorus Nitz.

-¡En cualquier momento uno puede molestar a los demás, a cualquier hora del día! -graznó el anuncio.

En su mente apareció la imagen de una escena desplegándose: un hombre moreno y atractivo se acercaba a una rubia de grandes pechos, en bañador, con intención de besarla. La expresión de entrega y sumisión de la cara de la muchacha desapareció de inmediato y fue reemplazada por la repugnancia.

-¡No estaba completamente a salvo de un olor corporal ofensivo! ¿lo ve? -chirrió el anuncio.

Ése soy yo, se dijo Kongrosian. Huelo mal. Debido al anuncio, había adquirido un olor corporal fóbico; había quedado contaminado a causa del anuncio, y no había forma de zafarse del hedor; durante semanas había ensayado mil formas de frotarse y lavarse, sin conseguir nada.

Ése era el problema con los olores fóbicos; una vez adquiridos, permanecían, incluso progresaba su temible poder. En este momento, Kongrosian no se atrevía a acercarse a ningún otro ser humano; tenía que permanecer a diez metros de distancia de todos para que no advirtieran el olor. No habría ninguna rubia pechugona para él.

Y al mismo tiempo sabía que el olor era una ilusión, que realmente no existía; era solamente una idea obsesiva. Sin embargo, saberlo no servía de nada. Seguía sin poder soportar la idea de acercarse a menos de diez metros de otro ser humano... o de lo que fuera. Tuviera pechos grandes o no.

Por ejemplo, en este mismo instante, Janet Raimer, jefa de los cazatalentos de la Casa Blanca, le estaba buscando. Si le encontraba, incluso aquí, en su habitación privada del Franklin Aimes, insistiría en verle, en acercarse a él..., y entonces sería el fin del mundo. Le gustaba Janet, que era de mediana edad, tenía un curioso sentido del humor y era alegre. ¿Cómo podría soportar que Janet detectara el terrible olor corporal que el anuncio le había transmitido? Era una situación imposible, y Kongrosian permanecía acurrucado ante la mesa en un rincón de la habitación, abriendo y cerrando los puños, intentando pensar qué hacer.

Tal vez podría llamarla por teléfono. Pero creía que el olor se transmitiría igualmente a través de la línea; ella lo detectaría de todas formas. Aquello no servía. ¿Tal vez un telegrama? No, el olor le llegaría también y contagiaría a Janet.

De hecho, su olor corporal fóbico podría contaminar a todo el mundo. Al menos, era teóricamente posible.

Pero tenía que tener algún contacto con la gente; por ejemplo, muy pronto querría llamar a su hijo Plautus Kongrosian, que estaba en su casa de Jenner. No importaba lo mucho que uno lo intentara, no se podían suspender por completo las relaciones interpersonales, por muy deseable que fuera hacerlo.

Tal vez en AG Chemie puedan ayudarme, conjeturó. Es posible que tengan un detergente sintético ultrapoderoso que acabe con mi olor fóbico, al menos durante un tiempo. ¿Conozco a alguien con quien pueda contactar? Intentó recordar. En la lista de directores de orquesta de Houston, Texas, había...

El teléfono sonó.

Con cuidado, Kongrosian colocó una toalla sobre la pantalla.

-Hola -saludó.

Se colocó a buena distancia del aparato, esperando no contaminarlo. Naturalmente, era una esperanza vana, pero tenía que intentarlo.

-La Casa Blanca, en Washington DC -informó una voz en el teléfono-. Llama Janet Raimer. Adelante, señorita Raimer. Le paso con la habitación del señor Kongrosian.

-Hola, Richard -dijo Janet Raimer-. ¿Qué has puesto sobre la pantalla?

Arrimado a la pared más lejana, manteniendo toda la distancia posible entre él y el teléfono, Kongrosian dijo:

-No deberías haber intentado localizarme, Janet. Sabes lo enfermo que estoy. Me encuentro en un estado avanzado compulsivo-obsesivo, el peor que he experimentado. Dudo seriamente que pueda volver a tocar en público. Existe demasiado riesgo. Por ejemplo, supongo que has visto en el periódico de hoy un artículo que habla sobre un trabajador de la fábrica de dulces que cayó en el depósito de chocolate. Yo lo hice.

-¿Tú? ¿Cómo?

-Con mis facultades psiónicas. De forma completamente involuntaria, por supuesto. En la actualidad, soy responsable de todos los accidentes psicomotrices que suceden en el mundo... Por eso me he recluido en este hospital para someterme a una cura de electro*shock*s. Creo en eso, a pesar de que esté pasado de moda. Personalmente, las drogas no me hacen nada. Cuando hueles tan mal como yo, Janet, ninguna droga puede...

-No creo que huelas tan mal como imaginas, Richard -interrumpió Janet Raimer-. Te conozco desde hace muchos años y no puedo imaginarte oliendo realmente mal, al menos lo suficiente como para forzar el fin de tu brillante carrera.

-Gracias por tu lealtad -dijo Kongrosian sombríamente-, pero no lo comprendes. No es un olor físico. Es un olor ideado. Algún día te enviaré un texto sobre el tema, tal vez uno de Bingswanger o de alguno de los psicólogos existencialistas. Ellos sí que comprenden de verdad mi problema, aunque vivieran hace cien años. Obviamente, eran precognitivos. La tragedia es que aunque Minkowski, Khun y Bingswanger me comprendan, no hay nada que puedan hacer para ayudarme.

-La Primera Dama espera ansiosamente tu pronta recuperación -dijo Janet.

La necedad de su observación le enfureció.

-Santo cielo, Janet, ¿es que no lo comprendes? En este momento estoy alucinado. Estoy todo lo mentalmente enfermo que se pueda estar. Es increíble que pueda comunicarme contigo. Es un elogio a mi ego que no sea todavía totalmente autista. Cualquier otro en mi lugar ya lo sería. -Sintió un orgullo momentáneo y justificado-. Esta situación que experimento es interesante. Obviamente, es una reacción-formación ante un desorden más serio, uno que podría desintegrar mi comprensión del *Umwelt*, *Mittwelt* y *Eigenwelt*. Lo que intento hacer es...

-Richard -interrumpió Janet Raimer-. Lo siento por ti. Ojalá pudiera ayudarte.

Parecía como si estuviera a punto de llorar. Su voz se quebró.

-Oh, bueno, ¿quién necesita el *Umwelt*, el *Mittwelt* y el *Eigenwelt*? Tranquilízate, Janet. No te impliques emocionalmente. Saldré de ésta, como otras veces.

Pero en realidad no lo creía. Ahora era diferente. Y, evidentemente, Janet lo había notado.

-Sin embargo -continuó-, creo que mientras tanto tendrás que buscar a algún otro para la velada de la Casa Blanca. Tendréis que olvidarme y buscar en áreas nuevas por completo. ¿Para qué sirve un cazatalentos, si no es precisamente para eso?

-Supongo que tienes razón -dijo Janet.

Mi hijo, pensó Kongrosian. Tal vez pueda aparecer en mi lugar. Qué pensamiento más extraño y morboso, se apartó de él, horrorizado por haberlo dejado entrar en su mente. Realmente, eso demostraba lo enfermo que estaba. Como si alguien pudiera interesarse y tomar en serio los desafortunados ruidos cuasimusicales que Plautus hacía...; aunque tal vez, en un sentido más amplio, podrían llamarse característicos de su etnia.

-Tu actual desaparición del mundo es una tragedia -dijo Janet Raimer-. Como dices, es mi trabajo encontrar a alguien que llene el vacío..., aunque sé que eso es imposible. Lo intentaré.

Gracias, Richard. Ha sido un detalle que hablaras conmigo, teniendo en cuenta tu estado. Ahora me marcho para que descanses.

-Todo lo que espero es no haberte contaminado con mi olor fóbico -dijo Kongrosian, y cortó la conexión.

Mi último lazo con el mundo interpersonal, pensó. Puede que jamás vuelva a hablar por teléfono; siento que mi mundo se contrae cada vez más. Dios, ¿dónde terminará? Pero la terapia de *shock* me ayudará; el proceso de encogimiento se invertirá o al menos se estancará.

Me pregunto si debería intentar contactar con Egon Superb, se dijo. A pesar del Acta McPhearson. Sin esperanza; Superb ya no existe, la ley lo ha aniquilado, al menos en lo que se refiere a sus pacientes. Puede que Egon Superb aún exista como individuo, en esencia, pero la categoría «psicoanalista» ha sido erradicada como si nunca hubiera existido. Pero ¡cuánto le necesito! Si pudiera consultarle una vez más... Maldita sea AG Chemie y su enorme influencia. Ojalá pudiera contagiarles mi olor fóbico.

Sí, les llamaré, decidió. Les preguntaré por la posibilidad del superdetergente y a la vez les contaminaré; se lo merecen.

Buscó en el listín el número de la sucursal del área de la Bahía de AG Chemie, lo encontró y lo marcó psicocinéticamente.

Lamentarán haber forzado la aprobación de esa acta, se dijo Kongrosian mientras esperaba la conexión.

-Póngame con su jefe psíquico-químico -dijo cuando el contestador automático le respondió.

Un instante después, una voz masculina que parecía atareada apareció en la línea. La toalla colocada sobre la pantalla impidió a Kongrosian ver al hombre, pero parecía joven, competente y eficientemente profesional.

-Ésta es la estación B. Habla Merrill Judd. ¿Quién es y por qué tiene bloqueado el video? -el psicoquímico parecía irritado.

-No me conoce usted, señor Judd -dijo Kongrosian.

Luego pensó: ahora es el momento de contaminarlos. Dio un paso hacia el teléfono y apartó la toalla de la pantalla.

-Richard Kongrosian -dijo el psicoquímico tras mirarle-. Sí, le conozco; sus cualidades artísticas, al menos. -Era un hombre joven, con una competente expresión de sensatez, en realidad una persona completamente esquizoide-. Es un honor hablar con usted, señor. ¿Qué podemos hacer por usted?

-Necesito un antídoto para un abominable olor corporal de un anuncio de Theodorus Nitz. Ya sabe, ése que empieza: «En momentos de gran intimidad con aquellos que amamos, especialmente entonces se agudiza el peligro de ofenderles», etcétera.

Odiaba incluso pensar en ello; su olor corporal parecía intensificarse cuando lo hacía, si eso era posible. Ansiaba, entonces, un genuino contacto humano; se sentía violentamente consciente de su aislamiento.

-¿Le asusto? -preguntó.

-No me preocupa -dijo el oficial de AG Chemie observándole con profunda y sabia profesionalidad-. Naturalmente, he oído discusiones sobre su aislamiento psicosomático endógeno, señor Kongrosian.

-Bien -dijo Kongrosian, tirante-. Déjeme decirle que es exógeno; es el anuncio Nitz el que lo empezó.

Le deprimía darse cuenta de que los extraños, el mundo entero era consciente (y hablaba) de su situación psicológica.

-La predisposición tiene que haber existido, para que el anuncio de Nitz pudiera influir en usted -dijo Judd.

-Al contrario -contestó Kongrosian-. Y de hecho voy a demandar a la Agencia Nitz por varios millones, estoy totalmente preparado para empezar un litigio. Pero eso no tiene nada que ver con el tema que debemos tratar ahora. ¿Qué pueden hacer ustedes, Judd? Ya lo huele,

¿no? Admítalo y entonces podremos explorar las posibilidades de terapia. He estado viendo a un psicoanalista, el doctor Egon Superb, pero gracias a su firma eso se acabó.

-Mmm -dijo Judd.

-¿Es eso todo lo que pueden hacer? Oiga, me es imposible salir de este hospital. La iniciativa tiene que venir de ustedes. Recurro a ustedes. Mi situación es desesperada. Si empeora...

-Una petición intrigante -dijo Judd-. Tendré que reflexionar sobre ella. No puedo responderle inmediatamente, señor Kongrosian. ¿Cuánto hace que empezó su contaminación por el anuncio Nitz?

-Hace aproximadamente un mes.

-¿Y antes?

-Fobias vagas. Ansiedades. Depresión, principalmente. He tenido también ideas referenciales, pero hasta ahora me las he arreglado para abortarlas. Es obvio que estoy luchando contra un insidioso proceso esquizofrénico que erosiona gradualmente mis facultades, embotándolas.

Se sentía triste.

-Tal vez me pase por el hospital.

-Ah, -dijo Kongrosian, complacido.

Así seguro que te contaminaré, pensó. Y tú, a cambio, llevarás la contaminación a tu compañía, a la firma entera que es la responsable del cierre de la consulta del doctor Superb.

-Por favor, hágalo -dijo en voz alta-. Me gustaría mucho consultar con ustedes *tête-à-tête*. Cuanto antes mejor. Pero se lo advierto. No seré responsable de las consecuencias. El riesgo es completamente suyo.

-¿Riesgo? Aceptaré el riesgo. ¿Qué le parece esta tarde? Tengo una hora libre. Dígame en qué hospital neuropsiquiátrico se halla, y si es local...

Judd buscó bolígrafo y papel.

Hicieron un buen promedio hasta Jenner. Al atardecer, aterrizaron en el campo de helicópteros situado en las afueras de la ciudad; había tiempo de sobra para dirigirse por carretera a la casa de Kongrosian, en las colinas cercanas.

-¿Quieres decir que no podemos aterrizar en su casa? -dijo Molly-. ¿Qué tenemos que...?

-Alquilar un taxi -dijo Nat Flieger-. Ya lo sabes.

-Lo sé. He leído acerca de ellos. Y es siempre un paleto local el que te lleva, y te pone al día sobre los cotilleos locales, todos los cuales son una tormenta en un vaso de agua. -Cerró el libro y se puso en pie-. Bien, Nat, tal vez puedas averiguar por el conductor del taxi lo que quieres saber. Sobre el sótano de horrores secreto de Kongrosian.

-Señorita Dondoldo... -siseó Jim Planck. Sonrió con una mueca-. Me cae muy bien Leo, pero la verdad sea dicha...

-¿No puede soportarme? -inquirió ella, alzando las cejas-. Vaya, me pregunto por qué, señor Planck.

-Ya basta -dijo Nat mientras sacaba su equipaje del helicóptero y lo colocaba sobre el suelo húmedo. El aire olía a lluvia; era denso y pegajoso e instintivamente se rebeló contra él, contra su insalubridad innata-. Esto tiene que ser terrible para los asmáticos -prosiguió, mirando alrededor.

Kongrosian, naturalmente, no iría a recibirles: era trabajo de ellos encontrar su casa... y a él mismo. La verdad era que tendrían suerte si accedía a recibirles; Nat era consciente de ese hecho.

-Qué olor tan curioso -comentó Molly, saliendo cautelosamente del helicóptero (llevaba sandalias). Inspiró profundamente. Su brillante blusa de algodón ondulaba-. Uf. Parece vegetación podrida.

-Eso es lo que es -dijo Nat mientras ayudaba a Jim Planck con la carga.

-Gracias -murmuró Planck-. Creo que ya está, Nat. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí arriba? -Parecía como si quisiera volver a entrar en el helicóptero y regresar; Nat vio el pánico en su cara-. Esta zona siempre me hace pensar en... libros infantiles, como el de los tres cabritillos. Ya sabes. -Su voz tembló-. En trolls.

Molly le miró y luego se rió bruscamente.

Un taxi llegó para saludarles, pero no lo conducía ningún paleto local; era un modelo autónomo de hacía veinte años, con un sistema de autoguía mudo. Inmediatamente subieron su equipo a bordo y el autotaxi empezó a rodar por el camino, rumbo a la casa de Richard Kongrosian, con su dirección en el tablero de mandos actuando como guía.

-Me pregunto qué hacen para entretenerse aquí -comentó Molly, mirando las viejas casas y almacenes de la ciudad.

-Tal vez se acercan al campo de helicópteros y miran a los forasteros que se dejan caer de vez en cuando -dijo Nat.

Como nosotros, pensó al ver que la gente les miraba aquí y allá con curiosidad.

Nosotros somos la diversión, decidió. Ciertamente, no parecía que allí hubiera mucho más; la ciudad tenía el mismo aspecto que debía de haber tenido antes de la guerra de 1980; las tiendas se adornaban con cristales de colores y frontispicios de plástico, ahora rotos y estropeados. Junto a un viejo y obsoleto supermercado abandonado vio un aparcamiento vacío: espacio para vehículos de superficie que ya no existían.

Para un hombre inteligente, decidió Nat, vivir aquí tiene que ser una forma de suicidio. Solamente un sutil sentido de autodestrucción podría haber hecho que Kongrosian dejara el enorme complejo urbano de Varsovia, uno de los más brillantes centros de actividad humana y comunicación del mundo, y que viniera a esta ciudad decadente, apartada y empapada por las lluvias. O... una especie de penitencia. ¿Podría ser eso? Castigarse por dios sabía qué, quizá por algo relacionado con su hijo especial..., suponiendo que lo que decía Molly fuera correcto.

Pensó en el chiste de Jim Planck, el que había hecho referente al accidente del psicocinético Richard Kongrosian en el que le crecían manos. Pero Kongrosian tenía manos; simplemente no necesitaba emplearlas para producir música. Sin ellas podía obtener más tonos, ritmos y acordes más precisos. Todo el componente somático era evitado; la mente del artista se aplicaba directamente al teclado.

¿Sabe esta gente quién vive entre ellos?, se preguntó Nat. Probablemente no. Probablemente Kongrosian se oculta, vive con su familia e ignora a la comunidad. Un recluso, ¿y quién no lo sería en este lugar? Si supieran de Kongrosian, recelarían de él, porque era un artista y porque era *psi*; una doble circunstancia que temer. Sin duda, al relacionarse con esta gente (cuando compraba en el almacén local) eliminaba su facultad psicocinética y usaba sus extremidades superiores como todo el mundo. A menos que Kongrosian tuviera aún menos valor de lo que Nat suponía...

-Cuando sea un artista mundialmente famoso -dijo Jim Planck-, lo primero que voy a hacer es mudarme a una charca de patos como ésta. -Su voz estaba llena de sarcasmo-. Será mi recompensa.

-Sí -respondió Nat-, debe de ser bonito poder mantenerse con el talento de uno.

Hablaba por hablar; había visto a un grupo de gente ante ellos y su atención se había volcado hacia allí. Estandartes y manifestantes ataviados con uniformes...; advirtió que estaba viendo una manifestación de extremistas políticos, los llamados Hijos de Job, neonazis que parecían brotar por todas partes últimamente, incluso en esta ciudad olvidada de la mano de Dios.

Aunque, en realidad, ¿no era éste el lugar más adecuado para que los Hijos de Job se dieran a conocer? Esta región decadente apestaba a derrota; aquí vivían aquellos que habían fallado, Bes que no jugaban ningún papel importante en el sistema. Los Hijos de Job, como los nazis en el pasado, se alimentaban de la decepción, de los desheredados. Estas ciudades

arrumbadas a las que el tiempo había sobrepasado eran la auténtica cantera del movimiento..., no tenía que haberle sorprendido.

Pero esta gente no era alemana; eran americanos.

Fue un pensamiento amargo, porque no le permitía desdeñar a los Hijos de Job como un síntoma del inalterable trastorno de la mentalidad germana, ya que eso era demasiado directo, demasiado simple. Éstos que desfilaban aquí hoy eran su propia gente, sus compatriotas. Incluso podría haber estado con ellos; si perdiera su trabajo con EME o sufriera alguna experiencia social humillante y aplastante...

-Míralos -dijo Molly.

-Los estoy mirando -respondió Nat.

-Y estás pensando «podría ser yo», ¿verdad? Francamente, dudo que tuvieras agallas para desfilar en público apoyando tus convicciones. La verdad es que dudo que tengas convicciones. Mira. Ahí va Goltz.

Tenía razón. Bertold Goltz, el líder, estaba presente aquí hoy. Qué extrañamente iba y venía ese hombre; nunca era posible predecir dónde y cuándo aparecería.

Quizá Goltz estaba en posesión del principio de Von Lessinger. El viaje a través del tiempo.

Nat pensó que aquello podría darle a Goltz cierta ventaja sobre todos los líderes carismáticos del pasado, pues podía hacerle más o menos eterno. No podrían matarlo, según la costumbre. Eso explicaría por qué el gobierno no había aplastado el movimiento; se preguntaba por qué Nicole lo toleraba. Lo toleraba porque tenía que hacerlo.

Técnicamente se podía matar a Goltz, pero un Goltz anterior podría simplemente trasladarse al futuro y reemplazarlo; Goltz podría continuar, sin envejecer ni cambiar, y al final el movimiento se beneficiaría porque tendría un líder que no desaparecería como Hitler, que no desarrollaría paresia ni ninguna otra enfermedad degenerativa.

-Es un guapo hijo de perra, ¿verdad? -murmuró Jim Planck, absorto con la visión.

También él parecía impresionado. El hombre podría tener futuro en el cine o la televisión, reflexionó Nat. Goltz tenía su estilo. Era alto, tenía un aspecto sombríamente tenso... y era un poco grueso. Goltz parecía estar en la cuarentena y la esbeltez, la masculinidad de la juventud, le había abandonado. Sudaba al desfilar. El hombre tenía cualidad física; no había nada fantasmal o etéreo en él, ninguna espiritualidad para convencer al quejica testarudo.

Los desfilantes se dieron la vuelta y se dirigieron a su autotaxi.

El taxi se detuvo.

-Incluso manda sobre las máquinas -dijo Molly cáusticamente-. Al menos sobre las locales.

Se rió intranquila, brevemente.

-Será mejor que nos quitemos de en medio -advirtió Jim Planck-, o nos arrollarán como una columna de hormigas marcianas. -Toqueteó los controles del taxi-: Maldito sea este engendro; está muerto como un clavo.

-Lo mató el miedo -dijo Molly.

La primera fila de manifestantes incluía a Goltz, que marchaba en el centro y llevaba una ondeante bandera multicolor.

Al verlos, Goltz gritó algo. Nat no pudo entenderlo.

-Nos está diciendo que nos apartemos del camino -dijo Molly-. Tal vez será mejor que nos olvidemos de grabar a Kongrosian y salgamos y nos unamos a él. Vamos a firmar por el movimiento. ¿Qué dices, Nat? Aquí tienes tu oportunidad. Podrás decir con todo derecho que fuiste obligado. -Abrió la puerta del taxi y salió dando un saltito-. No voy a perder la vida por culpa de un circuito oxidado de un taxi pasado de moda.

-*Heil*, poderoso líder -dijo brevemente Jim Planck.

Saltó también para unirse a Molly en la acera, fuera del camino de los manifestantes, que ahora, como un solo hombre, gritaban furiosamente y hacían gestos.

-Me quedo aquí -dijo Nat.

Y permaneció donde estaba, rodeado por su equipo de grabación, con la mano descansando sobre su precioso Ampek F-a2; no tenía intención de abandonarlo, ni siquiera ante Bertold Goltz.

Tras recorrer rápidamente la calzada, Goltz sonrió. Era una sonrisa de simpatía, como si Goltz, a pesar de la seriedad de sus intenciones políticas, tuviera en su corazón espacio para la comprensión.

-¿Tiene también problemas? -preguntó a Nat.

La primera fila de manifestantes -el líder incluido- había alcanzado el viejo taxi; la fila se dividió y lo sorteó, por ambos lados. Goltz, sin embargo, se detuvo. Sacó un pañuelo rojo y se secó el cuello y la frente.

-Siento estar en su camino -dijo Nat.

-Bah -dijo Goltz-. Le esperaba -le miró, con sus ojos oscuros, inteligentes, luminosos y alertas-. Nat Flieger, encargado de Artistas y Repertorio de la Electronic Musical Enterprise de Tijuana. Ha venido a esta tierra de pinos y ranas para grabar a Richard Kongrosian... porque no sabe que Kongrosian no está en casa. Está en el Hospital Neuropsiquiátrico Franklin Aimes de San Francisco.

-Cristo -dijo Nat, sorprendido.

-¿Por qué no me graba a mí en su lugar? -dijo Goltz, amablemente.

-¿Haciendo qué?

-Oh, puedo gritar o pronunciar unos cuantos eslóganes históricos. Será cosa de media hora o así..., lo bastante para llenar un disco pequeño. Puede que no se venda hoy o mañana, pero un día de éstos...

Goltz le hizo un guiño.

-No, gracias.

-¿Su criatura ganimedea es demasiado pura para lo que tengo que decir?

Ahora la sonrisa carecía de calor; estaba fija en su sitio.

-Soy judío, señor Goltz -dijo Nat-. Así que me es difícil contemplar el neonazismo con demasiado entusiasmo.

-Yo también soy judío, señor Flieger -dijo Goltz tras una pausa-. O, más propiamente, israelita. Compruébelo. Está en los archivos. Cualquier banco de datos de un buen periódico o noticiario podrá decírselo.

Nat le miró.

-Nuestro enemigo, el suyo y el mío -dijo Goltz-, es el sistema *der Alte*. Ellos son los auténticos herederos del pasado nazi. Piense en eso. Ellos y las multinacionales. AG Chemie, Karp und Sohnen Werke...; ¿no lo sabía? ¿Dónde ha estado, Flieger? ¿No ha estado escuchando?

-He estado escuchando -respondió Nat después de un breve instante-. Pero no me he convencido mucho.

-Entonces le diré algo. Nicole y los que la rodean, nuestra *Mutter*, van a hacer uso del principio del viaje en el tiempo de Von Lessinger para contactar con el Tercer Reich, con Hermann Goering, en realidad. Lo harán pronto. ¿Le sorprende?

-He... he oído rumores.

Nat se encogió de hombros.

-No es usted un Ge -dijo Goltz-. Es usted como yo, Flieger, como yo y mi gente. Siempre estará fuera. Ni siquiera podremos oír nunca los rumores. No debería haber ni un resquicio. Pero nosotros los Bes no vamos a hablar... Traer al gordo Hermann del pasado a nuestro tiempo es demasiado, ¿no le parece?

Estudió la cara de Nat, esperando su reacción.

-Si es cierto...

-Es cierto, Flieger -asintió Goltz.

-Entonces eso coloca a su movimiento bajo una nueva luz.

Librodot

-Vaya a verme cuando la noticia se haga pública. Cuando sepa que es verdad. ¿De acuerdo?

Nat no dijo nada. No enfrentó la intensa mirada del hombre.

-Hasta entonces, Flieger -dijo Goltz.

Y, tras recoger su bandera, que había apoyado contra el taxi, continuó la marcha para unirse a sus seguidores.

7

Sentados en el despacho del Abraham Lincoln, Don Tishman y Patrick Doyle estudiaban juntos la solicitud que el señor Ian Duncan, del número 304, acababa de presentarles. Ian Duncan deseaba aparecer en la exhibición de talentos que el edificio celebraba dos veces por semana, cuando un cazatalentos de la Casa Blanca estuviera presente.

Tishman vio que la petición era rutinaria. Excepto que Ian Duncan proponía representar su número junto a otro individuo que no vivía en el Abraham Lincoln.

-Es un viejo amigo del servicio militar -dijo Doyle, reflexionando-. Me lo dijo una vez; los dos solían representar este número hace años. Música barroca con dos jarras. Una novedad.

-¿En qué bloque de apartamentos vive su amigo? -inquirió Tishman.

La aprobación de la solicitud dependería de cómo estuvieran las relaciones entre el Abraham Lincoln y el otro edificio.

-En ninguno. Vende naves de ocasión para ese... Loony Luke, ya sabes. Esos vehículos baratos que apenas se las arreglan para llevarte a Marte. Me parece que vive en el solar. Los solares se mueven; es una existencia nómada. Estoy seguro de que has oído hablar de eso.

-Sí -accedió Tishman-, y está totalmente fuera de cuestión. No podemos permitir ese número en nuestro escenario, no con un hombre como ése. No hay razón por la que Ian no pueda tocar su jarra; ni siquiera me sorprendería que fuera una representación satisfactoria. Pero va contra nuestras tradiciones dejar que participe un forastero, siempre lo ha sido y siempre lo será. No hay necesidad de discutirlo.

Miró al capellán críticamente.

-Cierto -dijo Doyle-, pero es legal que se invite a un pariente a contemplar las exhibiciones de talentos... Entonces, ¿por qué no a un amigo del Ejército? ¿Por qué no dejarle participar? Esto significa mucho para Ian; creo que sabes que últimamente ha estado fallando. No es una persona muy inteligente. La verdad es que creo que debería estar desempeñando un trabajo manual. Pero si tiene habilidades artísticas, por ejemplo este trabajo...

Al examinar sus documentos, Tishman vio que el principal cazatalentos de la Casa Blanca, la señorita Janet Raimer, asistiría al espectáculo del Abraham Lincoln. Los números principales del edificio, naturalmente, serían seleccionados para esa noche...; por tanto, Duncan & Miller y su banda barroca tendrían que competir para obtener ese privilegio, y había varios números que eran probablemente superiores. Después de todo, jarras..., sin ni siquiera apoyo electrónico.

-De acuerdo -decidió en voz alta-. Accedo.

-Estás mostrando tu lado humano -dijo Doyle, con una expresión de sentimentalismo que disgustó a Tishman-. Creo que todos disfrutaremos con Bach y Vivaldi y su interpretación a cargo de Duncan & Miller y sus inimitables recipientes.

Tishman, dudando, asintió.

Fue el viejo Joe Purd, el residente más antiguo del edificio, quien informó a Vince Strikerock de que Julie, su esposa -o más exactamente su ex esposa-, estaba viviendo en el último piso con Chic. Había estado con él desde que le dejó.

Mi propio hermano, se dijo Vince, incrédulo.

Ya era tarde, casi las once de la noche, y estaba a punto de sonar el toque de queda. Sin embargo, Vince se dirigió de inmediato al ascensor y un momento después subía a la última planta del Abraham Lincoln.

Lo mataré, decidió. Los mataré a los dos.

Y probablemente un jurado seleccionado al azar entre los residentes del edificio me absolverá, conjeturó, porque después de todo soy el lector oficial de identificaciones; todo el mundo me conoce y me respeta. Tengo su confianza. Y ¿qué posición tiene Chic aquí? Además, yo trabajo para una empresa realmente importante, Karp und Sohnen, mientras que Chic trabaja para una firma ridícula a punto de arruinarse. Todo el mundo lo sabe. Hechos como ése son importantes. Hay que tenerlos en cuenta, los apruebes o no.

Y, además, el hecho puro e inadulterado de que Vince Strikerock fuera un Ge y Chic no, aseguraría positivamente su absolución.

Se detuvo ante la puerta del apartamento de Chic, inseguro. Esto es horrible, se dijo. La verdad era que le tenía mucho afecto a su hermano mayor, que había ayudado a criarle. ¿No significaba Chic más que Julie para él? No. Nada ni nadie significaban para él más que Julie.

Alzó la mano y llamó.

La puerta se abrió. En el marco apareció Chic, vestido con su bata azul y con una revista en la mano. Parecía un poco más cansado, más viejo, más calvo y deprimido que de costumbre.

-Ahora comprendo por qué no te has dejado caer para intentar alegrarme un poco durante este último par de días -dijo Vince-. ¿Cómo ibas a hacerlo, si Julie está viviendo aquí contigo?

-Pasa -dijo Chic.

Abrió la puerta de par en par. Cansado, condujo a su hermano al saloncito.

-Supongo que me lo vas a poner difícil -prosiguió-. Como si no lo tuviera ya bastante mal. Mi puñetera empresa está a punto de cerrar.

-A quién le importa -repuso Vince, jadeando-. Es lo que te mereces.

Miró alrededor buscando a Julie, pero no vio rastro de ella ni de sus pertenencias. ¿Podría haberse equivocado el viejo Joe Purd? Imposible. Purd estaba al tanto de todo lo que sucedía en el edificio; el cotilleo era la razón de su vida. Era toda una autoridad en la materia.

-He oído algo interesante en las noticias hoy -dijo Chic mientras se sentaba en un butacón, de cara a su hermano menor-. El gobierno ha decidido hacer una excepción en la aplicación del Acta McPhearson. Un psicoanalista llamado Egon...

-¿Dónde está? -interrumpió Vince.

-Ya tengo bastantes problemas sin que me avasalles -Chic miró a su hermano menor-. Haré que se vuelva loca por ti.

Vince Strikerock sonrió con furia.

-Un chiste -murmuró Chic torpemente-. Lamento haberlo dicho; no sé por qué lo he hecho. Está por ahí, comprando ropa. Es cara de mantener, ¿no? Deberías haberme avisado. Poner un anuncio en el boletín del edificio. Pero te explicaré mi propuesta en serio. Quiero que me coloques en Karp und Sohnen Werke. He estado pensando en eso desde que Julie apareció por aquí. Llámalo un trato.

-No hay trato.

-Entonces no hay Julie.

-¿Qué clase de trabajo quieres en la Karp?

-Cualquier cosa. Bueno, cualquier cosa en relaciones públicas, ventas o promoción; nada de manufactura ni ingeniería. El mismo tipo de trabajo que he estado desempeñando para Maury Frauenzimmer. La clase de trabajo que te permite conservar las manos limpias.

-Puedo meterte como ayudante de envíos -dijo Vince con voz temblorosa.

Chic se rió bruscamente.

-Buena idea. Y te devolveré a cambio el pie izquierdo de Julie.

-Jesús. -Vince le miró, incapaz de dar crédito a sus oídos-. Eres un depravado, o algo así.

-En absoluto. Me encuentro en una posición muy mala, sin profesión. Lo único que tengo para negociar es tu ex esposa. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué me hunda voluntariamente en el olvido? Al infierno con eso: estoy luchando para subsistir.

Chic parecía muy tranquilo, completamente racional.

-¿La quieres? -preguntó Vince.

Por primera vez, la compostura pareció abandonar a su hermano.

-¿Qué? Oh, claro, estoy loco por ella, ¿no te das cuenta? ¿Cómo puedes preguntarlo? -Su tono era violentamente amargo-. Por eso voy a cambiártela por un trabajo en la Karp. Escucha, Vince, es una muñeca fría y hostil..., sólo se interesa por ella misma y por nadie más. Por lo que puedo asegurar, ha acudido a mí solamente para lastimarte. Reflexiona. Te diré una cosa: tú y yo tenemos un problema grave con Julie; está arruinando nuestras vidas. ¿Estás de acuerdo? Creo que deberíamos llevar el caso ante un especialista. Francamente, es demasiado para mí. No puedo resolverlo.

-¿Qué especialista?

-Cualquiera. Por ejemplo, el consejero matrimonial del edificio o mejor al último psicoanalista que queda en los EUEA, ese doctor Egon Superb del que hablaron por la televisión. Acudamos a él antes de que cierren también su consulta. ¿Qué dices? Sabes que tengo razón; tú y yo solos nunca podremos arreglarlo y salir con vida.

-Ve tú.

-De acuerdo -asintió Chic-. Iré. Pero accede tú a acatar su decisión. ¿De acuerdo?

-Infiernos. Entonces yo también iré. ¿Crees que voy a fiarme de tu informe verbal?

La puerta del apartamento se abrió. Vince se dio la vuelta. En el umbral estaba Julie, con su paquete bajo el brazo.

-Vuelve más tarde -le dijo Chic-. Por favor.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta.

-Vamos a acudir a un psicoanalista para tratar sobre ti -le dijo Vince-. Está decidido. -Se volvió hacia su hermano-. Pagaremos a medias. No voy a encargarme de todo.

-De acuerdo -asintió Chic. Curiosamente (o así se lo pareció a Vince), besó a Julie en la mejilla y le palmeó el hombro-. Y sigo queriendo ese trabajo en Karp und Sohnen Werke, no importa cómo salga esto ni quién se la quede -le dijo a su hermano-. ¿Comprendes?

-Veré qué puedo hacer -dijo Vince, con resentimiento.

Le parecía que era pedir demasiado. Pero, después de todo, Chic era su hermano, su familia.

Chic cogió el teléfono.

-Voy a llamar ahora mismo al doctor Superb.

-¿A esta hora de la noche? -dijo Julie.

-Entonces, mañana temprano. -A regañadientes, Chic soltó el teléfono-. Estoy ansioso por empezar. Este asunto me pesa, y tengo otros problemas más importantes. -Miró a Julie-. No he querido ofenderte.

-Yo no he accedido a acudir a ningún psiquiatra ni a hacer lo que él diga -dijo fríamente Julie-. Si quiero quedarme contigo...

-Haremos lo que diga Superb -le informó Chic-. Y si te dice que vuelvas abajo y no lo haces, entonces conseguiré una orden judicial para prohibirte la entrada a mi apartamento. ¡Y hablo en serio!

Vince nunca había oído a su hermano hablar con tanta rudeza; aquello le sorprendió. Probablemente se debía a que Frauenzimmer Asociados iba a la quiebra. Después de todo, el trabajo de Chic era toda su vida.

-Un trago -dijo Chic.

Y se dirigió al bar de la cocina.

-¿De dónde has sacado eso? -le preguntó Nicole a su cazatalentos, Janet Raimer.

Hizo un gesto hacia los cantantes *folk* que tañían sus guitarras eléctricas y entonaban nasalmente ante el micrófono en el centro de la Sala Camelia de la Casa Blanca.

-Son horriblemente malos -prosiguió, y parecía muy desgraciada.

-Del edificio Oak Farms de Cleveland, Ohio -contestó brillantemente Janet, en tono profesional y distante.

-Bien, envíalos de vuelta -dijo Nicole.

Señaló a Maxwell Jamison, que estaba sentado, enorme e inerte, al otro extremo de la gran habitación. Jamison se puso en pie de inmediato, se desperezó y se dirigió hacia los cantantes y su micrófono. Éstos le miraron. La aprensión asomó a sus rostros y su canción enmudeció.

-No quiero herir sus sentimientos -les dijo Nicole-, pero creo que ya hemos tenido suficiente música étnica esta velada. Lo siento.

Les ofreció una de sus radiantes sonrisas; ellos sonrieron también, vagamente. Estaban acabados. Y lo sabían.

De vuelta a los apartamentos comunales de Oak Farms, se dijo Nicole. A donde pertenecéis».

Un criado uniformado le acercó su silla.

-Señora Thibodeaux -susurró el criado-. El secretario de Estado Garth McRae la espera en la Alcoba Lila. Dice que está citado con usted.

-Oh, sí -dijo Nicole-. Gracias. Sírvale café o una copa y dígale que ya voy.

El criado se marchó.

-Janet -dijo Nicole-, quiero que vuelvas a poner la grabación de tu conversación telefónica con Kongrosian. Quiero ver por mis propios ojos cómo está; con los hipocondríacos nunca se sabe.

-Tienes que comprender que no hay imagen. Kongrosian había colocado una toalla...

-Sí, ya lo tengo en cuenta. -Nicole parecía irritada-. Pero le conozco lo suficiente para saberlo sólo con oír su voz. Cada vez que está de verdad apurado se vuelve reticente e introvertido. Si siente compasión por sí mismo se vuelve parlanchín.

Se levantó y los invitados esparcidos por la Sala Camelia se levantaron también, al unísono. Esa noche no había muchos; era tarde, casi media noche, y el programa de talentos artísticos en curso era flojo. Estaba claro que no era una de las mejores veladas.

-Te diré una cosa -propuso Janet Raimer-. Si no consigo nada mejor que estos Moonrakers -dijo, señalando con un gesto a los cantantes *folk*, que guardaban sombríamente sus instrumentos-, puedo preparar todo un programa con los mejores anuncios de Ted Nitz.

Sonrió, mostrando sus dientes de acero inoxidable. Nicole dudó. Janet, a veces, era una mujer demasiado profesional. Demasiado divertida y equilibrada, y completamente identificada con esta poderosa oficina, Janet estaba siempre segura de sí misma, y eso molestaba a Nicole. No había manera de cogerla. No era extraño que todos los aspectos de la vida se hubieran convertido en un juego para Janet Raimer.

Un nuevo grupo había reemplazado a los cantantes *folk*. Nicole examinó su programa. Era el Cuarteto Moderno de Cuerda de Las Vegas. De un momento a otro empezarían a interpretar a Haydn, a pesar de su augusto título. Será mejor que vaya a ver a Garth ahora, decidió Nicole. Haydn, con todos los problemas que tenía, le parecía demasiado blando. Demasiado ornamental, no lo bastante sustancial.

Cuando tengamos aquí a Goering, pensó, podremos traer a una banda callejera para que toque marchas militares bávaras. Tengo que recordárselo a Janet. O tal vez podamos disfrutar de un poco de Wagner. ¿No les encantaba a los nazis? Sí, estaba segura de eso. Había estado estudiando libros de historia sobre el período del Tercer Reich; el doctor Goebbels, en sus diarios, había mencionado la reverencia que los altos cargos nazis sentían ante la interpretación de *El anillo.* O tal vez ante la de *Meistersinger*. Podríamos hacer que la banda tocara fragmentos de *Parsifal*, decidió con un secreto espasmo de diversión. A *tempo* de marcha, por supuesto. Una especie de versión protocolaria, adecuada para los Übermenschen del Tercer Reich.

Dentro de veinticuatro horas, los técnicos de Von Lessinger tendrían abierto el camino a 1944. Era extraño, pero tal vez mañana a esta hora Hermann Goering estuviera en esta época, arrancado a su propio tiempo por el más habilidoso de los negociadores de la Casa Blanca, el pequeño y huesudo mayor Tucker Behrans. Prácticamente un *der Alte* en sí mismo, con la diferencia de que el mayor Behrans estaba vivo y no era un simple simulacro. Al menos, que ella supiera. Aunque a veces le parecía que existía en el centro de un mundo compuesto enteramente por creaciones artificiales del sistema de multinacionales, y que AG Chemie conspiraba con Karp und Sohnen Werke en particular. Ese apego a la sustitución de la realidad..., francamente era demasiado para ella. Después de tantos años de contacto con ello, había desarrollado un sentido de puro miedo al respecto.

-Tengo una cita -le dijo a Janet-. Discúlpame.

Se levantó y salió de la Sala Camelia; dos hombres de la PN la siguieron mientras recorría el camino hacia la Alcoba Lila, donde esperaba Garth McRae.

En la alcoba, Garth estaba sentado junto a otro hombre a quien ella reconoció -por su uniforme- como un alto oficial de la Policía. No le conocía. Evidentemente, había llegado con Garth; estaban hablando en voz baja, sin enterarse de su llegada.

-¿Ha informado a Karp und Sohnen? -le preguntó a Garth.

Los dos hombres se pusieron en pie de inmediato, atentos y respetuosos.

-Oh, sí, señora Thibodeaux -contestó Garth-. Al menos -se apresuró a añadir-, informé a Anton Karp de que el simulacro de Rudi Kalbfleisch va a ser desconectado pronto. Yo... no les he informado de que el próximo simulacro será obtenido en otra parte.

-¿Por qué no?

-Señora Thibodeaux -contestó Garth, mirando a su acompañante-, este hombre es Wilder Pembroke, el nuevo Comisario de la PN. Me ha comunicado que Karp und Sohnen ha mantenido una reunión secreta y cerrada de su alto personal ejecutivo, en la que se ha discutido la posibilidad de que el contrato para el próximo *der Alte* se haga con alguna otra compañía. La PN, por supuesto -explicó-, tiene cierto número de agentes empleados en la Karp, no es necesario decirlo...

-¿Qué hará Karp? -preguntó Nicole al policía.

-La Werke hará público el hecho de que los *der Alte* son muñecos artificiales, que el último *der Alte* vivo existió hace cincuenta años. -Pembroke se aclaró la garganta ruidosamente; parecía singularmente intranquilo-. Esto es una clara violación de la ley básica, por supuesto. Ese conocimiento constituye un secreto de estado y no puede ser tratado ante los Bes. Tanto Anton Karp como su padre, Felix Karp, son perfectamente conscientes del hecho. Saben que ellos, y cualquiera que tenga nivel político en la Werke, serían instantáneamente perseguidos y juzgados.

-Y, sin embargo, piensan seguir adelante -dijo Nicole.

Y pensó para sí: de modo que tenemos razón, la gente de la Karp es ya demasiado fuerte. Ya poseen demasiada autonomía. Y no abandonarán sin lucha.

-Los altos empleados de las multinacionales son peculiarmente envarados -dijo Pembroke-. Los últimos prusianos auténticos. El Fiscal General ha pedido que se ponga usted en contacto con él antes de seguir adelante con este tema; se alegrará de que se le esboce la dirección del litigio del estado contra la Werke, y está ansioso por discutir varios aspectos con usted. Sin embargo, el Fiscal General está preparado para actuar en cualquier momento. En cuanto reciba la notificación. Aunque... -Pembroke miró a sus guardaespaldas-, la suma de todos los datos me informa de que el sistema de multinacionales en conjunto es simplemente demasiado enorme, está demasiado bien construido e interconectado para que pueda ser destruido. Así, en vez de emprender una acción directa, debería plantearse alguna especie de *quid pro quo*. Es lo que me parece más deseable. Y factible.

-Pero soy yo quien tiene que decidir -dijo Nicole.

Garth McRae y Pembroke asintieron al unísono.

Librodot

-Lo discutiré con Maxwell Jamison -dijo ella por fin-. Max tendrá una idea relativamente clara sobre cómo será recibida esta información respecto al *der Alte* por los Bes, por el público en general. No tengo ni idea de cómo reaccionarán. ¿Se rebelarán? ¿Lo encontrarán divertido? Personalmente, lo encuentro divertido. Estoy segura de que así me lo parecería si yo fuera, digamos..., un empleado menor de alguna gran empresa o de alguna agencia del gobierno. ¿Están de acuerdo?

Ninguno de los dos hombres sonrió; ambos permanecieron tensos y sombríos.

-En mi opinión, si así puedo decirlo -dijo Pembroke-, hacer pública esta información sacudirá la estructura completa de nuestra sociedad.

-Pero es divertido ¿no? -insistió Nicole-. Rudi es un muñeco, una creación sustitutiva del sistema de multinacionales, y, sin embargo, es el oficial de más alto grado elegido en los EUEA. La gente ha votado por él y por los *der Alte* anteriores a él durante cincuenta años... Lo siento, pero tiene que resultar gracioso; no hay otra forma de verlo.

Se echó a reír. La idea de no conocer este *Geheimnis*, este secreto, y descubrirlo de repente era demasiado para ella.

-Creo que seguiré adelante -le dijo a Garth-. Sí, me he decidido. Póngase en contacto con la Karp Werke mañana por la mañana. Hable directamente con Anton y Felix. Dígales, entre otras cosas, que los arrestaremos instantáneamente si intentan traicionarnos ante los Bes. Dígales que la PN está dispuesta a saltar sobre ellos.

-Sí, señora Thibodeaux -dijo Garth, sombrío.

-Y no se lo tome tan mal -dijo Nicole-. Si los Karp siguen adelante y revelan el *Geheimnis*, sobreviviremos. Creo que están ustedes equivocados: no significará el final de nuestro *status quo*.

-Señora Thibodeaux -dijo Garth-, si los Karp hacen pública esta información, sea cual fuere la reacción de los Bes, nunca podrá haber otro *der Alte*. Y, legalmente hablando, usted mantiene su posición de autoridad solamente porque es su esposa. Es difícil tener eso en cuenta, porque...

Garth dudó.

-Dígalo -instó Nicole.

-Porque está claro para todo el mundo, Bes y Ges por igual, que es usted la autoridad suprema del *establishment*. Y es esencial mantener el mito según el cual de alguna manera, indirectamente al menos, fue usted puesta aquí por la gente, por el voto del público.

Hubo un momento de silencio.

-Tal vez la PN pueda detener a los Karp antes de que suelten la noticia -dijo Pembroke por fin-. Así los aislaríamos de los medios de comunicación.

-Incluso bajo arresto, los Karp se las arreglarían para tener acceso al menos a uno de los medios -dijo Nicole-. Sería incluso mejor para ellos.

-Pero su reputación, si están detenidos...

-La única solución -dijo Nicole pensativamente, casi para sí- sería asesinar a aquellos oficiales de la Werke que asistieron al encuentro político. En otras palabras, a todos los Ges de la empresa, no importa cuántos sean. Incluso si son centenares.

Expresado de otro modo, se dijo, una purga. Como las que sólo se ven en tiempos de revolución. Rechazó la idea.

-*Nacht und Nebel* -murmuró Pembroke.

-¿Qué? -dijo Nicole.

-El término nazi para los agentes del gobierno relacionados con el asesinato. -Miró a Nicole tranquilamente-. Noche y niebla. Eran *Einsatzgruppen*. Monstruos. Por supuesto, nuestra Policía, la PN, no tiene nada de eso. Lo siento; tendrá que actuar a través de los militares. No a través de nosotros.

-Estaba bromeando -dijo Nicole.

Los dos hombres la estudiaron.

Librodot

-Ya no hay purgas. No las ha habido desde la tercera guerra mundial. Lo saben. Ahora somos demasiado modernos y civilizados para las masacres.

-Señora Thibodeaux -dijo Pembroke, con el ceño fruncido y los labios húmedos por el nerviosismo-, cuando los técnicos del Instituto Von Lessinger traigan a Goering a nuestro período, tal vez pueda hacer que traigan también a un *Einsatzgruppe*. Podría asumir la responsabilidad respecto a los Karp y luego regresar a la Era de la Barbarie.

Ella le miró con la boca abierta.

-Hablo en serio -dijo Pembroke, temblando ligeramente-. Desde luego, eso sería mejor, al menos para nosotros, que dejar que los Karp hagan pública la información que poseen. Esa es la peor alternativa de todas.

-Estoy de acuerdo -dijo Garth McRae.

-Es una locura -dijo Nicole.

-¿Lo es? -preguntó Garth McRae-. Gracias al principio de Von Lessinger, tenemos acceso a asesinos entrenados y, como señaló usted antes, en nuestra época no existen profesionales así. Dudo que significara la destrucción de docenas o de cientos de individuos. Supongo que podría limitarse a los directivos, los vicepresidentes ejecutivos de la Werke. Posiblemente sólo ocho hombres.

-Y estos ocho hombres -señaló prontamente Pembroke-, estos altos oficiales de la Karp, son criminales *de facto*; deliberadamente han conspirado contra el gobierno legal. Son iguales que los Hijos de Job. Están al mismo nivel que ese Bertold Goltz. Aunque lleven pajarita por la tarde y beban vino añejo y no deambulen por las cunetas y las calles.

-Del mismo modo podríamos decir que todos nosotros somos también criminales *de facto* -recalcó Nicole secamente-. Porque este gobierno, como usted ha señalado, está basado en un fraude. Y de primera magnitud.

-Pero es el gobierno legal -dijo Garth-. Con fraude o sin él. Y lo hacemos por el bien de la gente. No lo hacemos para explotar a nadie, como las grandes empresas. No lo hacemos para engordar a expensas de los demás.

Al menos, pensó Nicole, eso es lo que nos decimos.

-Tras haber hablado con el Fiscal General, sé como se siente en lo que respecta al creciente poder de las multinacionales -dijo Pembroke respetuosamente-. Epstein siente que hay que pararles los pies... ¡Es esencial!

-Tal vez sientan ustedes un respeto excesivo hacia las multinacionales -contestó Nicole-. Yo no. Y... tal vez pudiéramos esperar un par de días, hasta que Hermann Goering esté con nosotros y podamos preguntarle su opinión.

Ahora fueron los dos hombres quienes la miraron con la boca abierta.

-No hablo en serio -dijo ella. ¿O sí lo hacía? Ella misma no lo sabía-. Después de todo, Goering fundó la Gestapo.

-Yo nunca podría aprobar eso -dijo Pembroke con altivez.

-Pero usted no hace política -le respondió Nicole-. Técnicamente, Rudi sí. Quiero decir, yo. Puedo obligarle a que actúe siguiendo mis órdenes en este asunto. Y usted tendría que hacerlo..., a menos, por supuesto, que prefiera unirse a los Hijos de Job y desfilar por las calles tirando piedras y cantando.

Tanto Garth como Pembroke parecían incómodos. Y profundamente desdichados.

-No deben temer nada -dijo Nicole-. ¿Saben cuál es la verdadera base del poder político? No las armas ni las tropas, sino la habilidad de hacer que los demás hagan lo que uno desea que hagan. Empleando los medios que sean apropiados. Sé que puedo hacer que la PN haga lo que quiero..., a pesar de lo que sienta usted personalmente. Puedo hacer que Goering haga lo que yo quiero. No será decisión de Goering, sino mía.

-Espero que tenga usted razón y pueda manejar a Goering -dijo Pembroke inmediatamente-. Admito que, a un nivel estrictamente subjetivo, estoy asustado; todo este experimento con el pasado me da miedo. Podría ser que usted abriera todas las compuertas. Goering no es un payaso.

-Soy consciente de ello. Y no pretenda darme consejos, señor Pembroke. No es su misión.

Pembroke se sonrojó. Guardó silencio un momento y luego dijo, en voz baja:

-Lo siento. Ahora, si todo está decidido por su parte, señora Thibodeaux, me gustaría tratar otro asunto, relacionado con el único psicoanalista practicante en los EUEA, el doctor Egon Superb, para explicarle la razón por la que la PN le ha dejado continuar con...

-No quiero oír nada al respecto -dijo Nicole-. Sólo quiero que haga usted su trabajo. Como debe de saber, en un principio nunca aprobé el Acta McPhearson. Así que no espere que desapruebe que no se aplique completamente.

-Se trata de un paciente...

-Por favor -dijo ella bruscamente.

Pembroke, con el rostro imperturbable, se encogió de hombros, obediente.

8

Mientras se dirigían al auditorio de la primera planta del Abraham Lincoln, Ian Duncan vio, arrastrándose tras Al Miller, la forma chata y escurridiza de la criatura marciana, el papoola. Se detuvo en seco.

-¿Para qué traes eso?

-No lo comprendes -dijo Al-. ¿No tenemos que ganar?

-De esa manera, no -contestó Ian tras una pausa.

Lo comprendía perfectamente; el papoola actuaría sobre el público como había hecho con los transeúntes. Utilizaría su influencia extrasensorial sobre ellos, forzándolos a tomar una decisión favorable. Vaya con la ética del vendedor de chatarra, pensó Ian. Para Al, aquello parecía perfectamente normal; si no podían ganar por su habilidad tocando la jarra, lo harían gracias al papoola.

-Vamos, no seas nuestro peor enemigo -dijo Al, gesticulando-. Todo lo que nos hace falta es un poco de técnica subliminal de ventas, como las que se han estado usando desde hace un siglo... Es un método antiguo y respetable de ganarte a la opinión pública. Admitámoslo: llevamos años sin tocar la jarra de un modo profesional.

Palpó los controles de su cintura y el papoola se apresuró para alcanzarles. Una vez más, Al tocó los controles...

Y un pensamiento persuasivo se formó en la mente de Ian.¿Por qué no? Todo el mundo lo hace.

-Quítame esa cosa de encima, Al -dijo con dificultad.

Al se encogió de hombros. Y el pensamiento que había invadido la mente de lan se retiró gradualmente. Sin embargo, permaneció un residuo. Ya no estaba seguro de su postura.

-Esto no es nada comparado con lo que pueden conseguir las máquinas de Nicole -señaló Al, viendo la expresión de su cara-. Un papoola aquí y allá y ese instrumento de persuasión en el que Nicole ha convertido la televisión... Ahí sí que tienes un peligro real, Ian. El papoola es directo; sabes que estás trabajando con él. Pero cuando escuchas a Nicole... La presión es tan sutil, tan completa...

-No sé nada sobre eso -dijo Ian-. Sólo sé que, a menos que tengamos éxito, a menos que consigamos tocar en la Casa Blanca, por lo que a mí respecta la vida no merece la pena. Y nadie ha metido esa idea en mi cabeza. Es así como me siento; es mi propia idea, maldita sea.

Abrió la puerta y Al entró en el auditorio, sosteniendo su jarra por el asa. Ian le siguió, y un momento después los dos subieron al escenario, ante el salón medio lleno.

-¿La has visto alguna vez? -preguntó Al.

-Siempre la estoy viendo.

-Quiero decir de verdad. En persona. En carne y hueso.

-Claro que no -dijo Ian.

Ése era el motivo de su deseo de éxito, ir a la Casa Blanca. La verían de verdad, no sólo su imagen por televisión. Ya no sería una fantasía..., sería de verdad.

-Yo la vi una vez. Acababa de aparcar el solar, el Mercadillo de Chatarra Número Tres, en una avenida de Shreveport, Luisiana. Era temprano, más o menos las ocho de la mañana. Vi unos coches oficiales acercándose. Naturalmente, pensé que eran de la Policía Nacional... Empecé a despegar. Pero no lo eran. Se trataba de un desfile motorizado en el que iba Nicole, que se disponía a inaugurar un nuevo edificio de apartamentos el más grande de todos.

-Sí -dijo Ian-. El Paul Bunyan.

El equipo de fútbol del Abraham Lincoln jugaba todos los años contra el de este inmueble, y perdía siempre. El Paul Bunyan tenía más de mil habitantes, y todos ellos procedían de un entorno administrativo; era un edificio de apartamentos exclusivo para hombres y mujeres a punto de convertirse en Ges, y tenían que pagar unos alquileres increíblemente altos.

-Deberías haberla visto -dijo Al pensativo mientras se sentaba de cara al público, con la jarra en el regazo-. Sabes, siempre se piensa que en la vida real no son tan atractivos como parecen en televisión. Quiero decir que controlan la imagen tan completamente, es algo tan sintético en muchos aspectos... Pero Ian, ella era mucho más atractiva. La televisión no puede captar la vitalidad, el brillo, todos los delicados tonos de su piel. La luminosidad de su pelo.

Sacudió la cabeza, tanteando al papoola con el pie; se había colocado tras su silla, fuera de la vista.

-¿Sabes cómo me sentí después de verla? -prosiguió-. Me sentí descontento. Estaba viviendo bastante bien, Luke me paga un buen salario. Y me gusta el trato con el público, y manejar a esta criatura. Es un trabajo que requiere cierta habilidad artística, como si dijéramos. Pero después de ver a Nicole Thibodeaux, nunca volví a aceptarme a mí ni a mi vida. -Miró a Ian-. Supongo que eso es lo que sientes al verla en la televisión.

lan asintió. Había empezado a ponerse nervioso; dentro de pocos minutos los presentarían. Su prueba casi había llegado.

-Por eso accedí a hacer esto -continuó Al-. Por eso accedí a volver a coger la jarra e intentarlo una vez más.

Viendo que Ian agarraba la jarra con tanto nerviosismo, preguntó:

-¿Utilizo al papoola o no? Tú decides.

Enarcó una ceja, pero su cara mostraba comprensión.

-Utilízalo -dijo Ian.

-De acuerdo.

Al introdujo la mano en su chaqueta y jugueteó con los controles. Detrás de la silla, el papoola rodó hacia delante, con sus antenas desplegadas y sus ojos cruzándose y descruzándose.

El público se puso inmediatamente alerta. La gente se echó adelante para ver; algunos sonreían con deleite.

-Mira -dijo un hombre con excitación-. ¡Es el papoola!

Una mujer se puso en pie para ver con más claridad, e Ian pensó para sí todo el mundo ama al papoola. Ganaremos tanto si tocamos la jarra como si no. Y luego, ¿qué? Conocer a Nicole ¿nos hará más felices de lo que somos? ¿Eso es lo que sacaremos de aquí: un descontento colosal? ¿Un dolor, un ansia que nunca podrá ser satisfecha?

Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Las puertas del auditorio se habían cerrado y Don Tishman se levantaba de su silla y llamaba al orden.

-Bueno, amigos -dijo por medio del micrófono que llevaba en la solapa-. Vamos a ver la exhibición de unos cuantos talentos para nuestra diversión. Como pueden ver por su programa, primero nos llega un grupo, Duncan & Miller y sus Jarras Clásicas, con un repertorio de Bach y Händel que seguro que les hará marcar el ritmo con los pies.

Miró pícaramente a Ian y a Al, como diciendo: «¿Qué os parece como presentación?»

Al no prestó atención; manipulaba sus controles y miraba pensativo a la audiencia. Luego, por fin, cogió su jarra, miró a Ian y entonces marcó el compás con el pie. *La Fuga en Si*

Menor abría su repertorio, y Al empezó a soplar en su jarra, iniciando el tema: «Bum, bum, bum. Bum-bum-bum-bum-bum-bum de-bum. De bum, De bum, de de-de bum...». Sus mejillas se volvieron rojas y tersas mientras soplaba.

El papoola deambuló por el escenario, luego bajó hasta la primera fila del público. Había empezado a trabajar.

Al le hizo un guiño a Ian.

-Un tal Charles Strikerock quiere verle, doctor.

Amanda Conners se asomó al despacho del doctor Superb, consciente de la carga de los últimos días, a pesar de lo cual ella seguía haciendo su trabajo. Superb se daba cuenta. Como psicosecretaria, Amanda mediaba entre los dioses y el hombre; o más bien, en este caso, entre el psicoanalista y los simples seres humanos. Enfermos y hartos de estarlo.

-De acuerdo.

Superb se puso en pie para recibir al nuevo paciente, pensando, ¿es éste? Estoy aquí sólo para tratar (o más bien para fracasar al tratar)... ¿a este hombre en concreto?

Se había preguntado lo mismo cada vez que llegaba un nuevo paciente.

La incesante necesidad de especular le cansaba. Sus pensamientos, desde la aprobación del Acta McPhearson, se habían vuelto obsesivos; giraban una y otra vez, sin llegar a ninguna parte.

Un hombre alto, de aspecto preocupado y con gafas, más bien calvo, entró en su oficina con la mano tendida.

-Quiero darle las gracias por atenderme tan pronto, doctor. En estos momentos debe de tener un calendario de trabajo terrible.

Se estrecharon las manos, y Chic Strikerock se sentó de cara a la mesa.

-Hasta cierto punto -murmuró Superb. Pero, como había dicho Pembroke, no podía rechazar a ningún nuevo paciente; su consulta permanecía abierta con esa condición-. Ya puede imaginar cómo me siento. Excesivamente atrapado, por encima de lo normal. Supongo que tenemos que esperar dificultades en la vida, pero debería haber algún límite.

-Para ser francos -dijo Chic Strikerock-, estoy a punto de despedirme de todo, de mi trabajo y de mi... mujer. -Se detuvo, frunció los labios-. Y unirme a los malditos Hijos de Job. -Miró lleno de angustia al doctor Superb-. Eso es.

-De acuerdo -asintió el médico-. Pero ¿se siente obligado a hacerlo? ¿Es realmente su elección?

-No. Tengo que hacerlo. Estoy entre la espada y la pared.

Chic Strikerock apretó las manos, y entrelazó sus dedos largos y finos.

-Mi vida en sociedad, como hombre de carrera...

El teléfono sobre la mesa de Superb parpadeó. Una llamada urgente que Amanda quería que aceptara.

-Discúlpeme un momento, señor Strikerock.

El doctor Superb descolgó el auricular. Y en la pantalla se formó la cara en miniatura, grotescamente distorsionada, de Richard Kongrosian, que jadeaba como si se estuviera ahogando.

-¿Aún está usted en el Franklin Aimes? -preguntó Superb inmediatamente.

-Sí -respondió.

La voz de Kongrosian llegaba a sus oídos a través del receptor de corto alcance. El paciente, Strikerock, no podía oírle; jugueteaba con una cerilla, lamentando claramente la interrupción.

-Acabo de enterarme por la televisión que todavía existe usted -continuó-. Doctor, algo terrible me sucede. Me estoy volviendo invisible. Nadie puede verme. Sólo pueden olerme. ¡Me estoy volviendo sólo un olor repelente!

Santo Dios, pensó el doctor Superb.

-¿Puede verme? -preguntó Kongrosian tímidamente-. ¿En su pantalla?

Librodot

-Sí.

-Sorprendente -Kongrosian parecía algo aliviado-. Entonces, por lo menos los artilugios mecánicos pueden localizarme. Tal vez así me identifiquen. ¿Cuál es su opinión? ¿Ha tenido casos similares en el pasado? ¿Ha luchado antes contra esto la ciencia de la psicopatología? ¿Tiene nombre?

Lo tiene, pensó Superb. Crisis extrema del sentido de la identidad. Esta es la apariencia de la psicosis extrema; la estructura compulsivo-obsesiva se derrumba.

-Iré a verle al Franklin Aimes esta tarde.

-No, no -protestó Kongrosian, con los ojos saltando llenos de frenesí-. No puedo permitirlo. De hecho, no debería estar hablando con usted por teléfono. Es demasiado peligroso. Le escribiré una carta. Adiós.

-Espere -dijo Superb tranquilamente.

La imagen permaneció en la pantalla. Al menos temporalmente. Pero sabía que Kongrosian no se quedaría mucho tiempo. El instinto de fuga era demasiado grande.

-Estoy atendiendo a un paciente, así que hay poco que pueda hacer ahora mismo. ¿Qué le parece si...?

-Usted me odia -interrumpió Kongrosian-. Todo el mundo me odia. ¡Santo Dios, tengo que volverme invisible! ¡Es el único modo de proteger mi vida!

-Creo que ser invisible supone algunas ventajas -dijo Superb, sin hacer caso a lo que había dicho Kongrosian-. Especialmente si estuviera interesado en convertirse en un mirón o en un criminal.

-¿Qué clase de criminal?

La atención de Kongrosian había sido captada.

-Lo discutiremos cuando le vea. Creo que deberíamos hacer que esto fuera todo lo Ge que resulte humanamente posible. Es una situación enormemente valiosa. ¿No le parece?

-Yo... nunca lo había pensado.

-Hágalo.

-¿Me envidia, doctor?

-Muchísimo. Como analista, yo mismo soy obviamente una persona lasciva y fisgona.

-Interesante -Kongrosian parecía ahora mucho más tranquilo-. Por ejemplo, se me ocurre que podría salir de este maldito hospital cada vez que me venga en gana. Puedo perderme. Excepto por el olor. No, olvida usted el olor, doctor. Me delatará. Aprecio lo que intenta hacer, pero no está teniendo en cuenta todos los factores. -Kongrosian sonrió levemente-. Creo que lo que tengo que hacer es hablar con el Fiscal General, Buck Epstein, o si no, volver a la Unión Soviética. Tal vez en el Instituto Pavlov puedan ayudarme. Sí, debería intentarlo otra vez; ya sabe que lo intenté antes. -Entonces se le ocurrió algo nuevo-. Pero no pueden tratarme si no me ven. Qué lío, Superb. Maldita sea.

Tal vez lo mejor para él sería lo que está pensando hacer el señor Strikerock, pensó el doctor Superb. Unirse a Bertold Goltz y a sus infaustos Hijos de Job.

-Sabe, doctor -continuó Kongrosian-, a veces pienso que la base de mi problema psiquiátrico es que inconscientemente estoy enamorado de Nicole. ¿Qué le parece? Se me acaba de ocurrir, ¡y está claro como el agua! El tabú del incesto, la barrera o como quiera que se llame la dirección que ha tomado mi libido, porque naturalmente Nicole es una figura maternal. ¿Me equivoco?

El doctor Superb suspiró.

Chic Strikerock jugueteaba tristemente con la cerilla, y era obvio que se sentía más y más incómodo. Superb se dio cuenta de que la conversación telefónica tenía que terminar. Y de inmediato.

Pero que lo mataran si sabía como ponerle fin.

¿Es aquí donde voy a fracasar?, se preguntó en silencio. ¿Es esto lo que previó Pembroke, el hombre de la PN, usando el principio Von Lessinger? Este hombre, Charles Strikerock. Le

estoy privando de su terapia, le estoy robando con la conversación telefónica. Y no puedo hacer nada.

-Nicole es la última mujer de verdad de nuestra sociedad -decía Kongrosian rápidamente-. La conozco, doctor. La he visto en incontables ocasiones, debido a mi ilustre carrera. Sé de quién hablo, ¿no cree?, y...

El doctor Superb colgó el teléfono.

-Le ha colgado -dijo Chic Strikerock, poniéndose completamente alerta. Dejó de juguetear con la cerilla-. ¿Está bien eso? -Entonces se encogió de hombros-. Supongo que es asunto suyo, no mío.

Tiró la cerilla.

-Ese hombre tiene una megalomanía superpoderosa. Interpreta a Nicole como real, cuando ella es en realidad el objeto más sintético de nuestro entorno.

Chic Strikerock parpadeó, anonadado.

-¿Q-qué quiere decir? -Estaba temblando, casi se había puesto en pie-. Me está probando. Está intentando sondear mi mente en el poco tiempo de que disponemos. En cualquier caso, tengo un problema concreto, no ilusorio como él, quienquiera que sea. Estoy viviendo con la mujer de mi hermano y utilizo su presencia para chantajearle; le estoy obligando a que me consiga un empleo en la Karp und Sohnen. Al menos, ése es el problema que hay en la superficie. Pero debajo existe algo más, algo más profundo. Tengo miedo de Julie, la esposa o ex esposa de mi hermano, lo que quiera que sea. Y sé por qué. Tiene que ver con Nicole. Tal vez soy como el hombre del teléfono; sólo que no estoy enamorado de ella. Le tengo muchísimo miedo, y por eso temo a Julie. Supongo que temo a todas las mujeres. ¿Tiene todo esto algún sentido, doctor?

-La imagen de la Mala Madre -dijo Superb-. Superpoderosa y cósmica.

-Es por causa de los hombres débiles como yo por lo que Nicole puede gobernar -dijo Chic-. Soy el motivo por el que tenemos una sociedad matriarcal..., soy como un niño de seis años.

-No es usted el único. Usted se da cuenta. De hecho, es la neurosis nacional. El fallo psicológico de nuestra época.

-Si me uniera a Bertold Goltz y a los Hijos de Job podría ser un hombre de verdad -dijo Chic Strikerock lenta, deliberadamente.

-Puede hacer otra cosa, si quiere librarse de la madre, de Nicole. Emigre. A Marte. Compre una de esas naves de chatarra de Loony Luke la próxima vez que uno de esos mercadillos ambulantes aterrice lo bastante cerca de usted para que pueda subir a bordo.

-Dios mío, nunca he pensado en eso seriamente -dijo Chic Strikerock sobresaltado, con una extraña expresión-. Siempre parecía sólo... frenético. Irrazonable. Algo hecho neuróticamente, a la desesperada.

-Sería mejor que unirse a Goltz, de todas formas.

-¿Y qué hago con Julie?

Superb se encogió de hombros.

-Llévesela, ¿por qué no? ¿Es buena en la cama?

-Por favor.

-Lo siento.

-Me pregunto cómo es Loony Luke -dijo Chic.

-Un auténtico bastardo, por lo que he oído.

-Tal vez eso sea lo que quiero. Lo que necesito.

-Se acabó por hoy -dijo el doctor Superb-. Espero haberle ayudado, al menos un poco. La próxima vez...

-Me ha ayudado; me ha dado una idea muy buena. O mejor dicho, ha ratificado una muy buena idea que tenía dentro. Tal vez deba emigrar a Marte; infiernos, ¿por qué esperar a que Maury Frauenzimmer me despida? Dimitiré inmediatamente y trataré de localizar un mercadillo de chatarra. Y si Julie quiere venir, bien; si no, pues bien, también. Es buena en la

cama, doctor, pero no única. No tan buena que no pueda ser reemplazada. Así que... puede que no vuelva a verle, doctor.

Chic Strikerock se levantó de su silla. Se estrecharon la mano.

-Envíeme una postal cuando llegue a Marte.

-Lo haré -asintió Strikerock-. ¿Cree que seguirá atendiendo a sus pacientes en esta dirección?

-No lo sé -dijo el médico.

Tal vez sea usted mi último paciente, reflexionó. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que es el que he estado esperando. Pero sólo el tiempo lo dirá.

Caminaron juntos hasta la puerta de la oficina.

-De todas formas -dijo Chic Strikerock-, no estoy tan mal como ese tipo con el que habló usted por teléfono. ¿Quién era? Creo que le he visto antes en alguna parte, o al menos una foto suya. Puede que fuera en la televisión; sí, ahí fue. Es una especie de artista. Ya sabe, cuando le hablaba sentí una especie de afinidad hacia él. Como si los dos estuviéramos debatiéndonos juntos, juntos en un problema serio y profundo e intentando salir de alguna manera, de cualquier manera.

-Mmm -dijo el doctor Superb mientras abría la puerta.

-No va a decirme quién es; no le está permitido. Lo comprendo. Bien, le deseo suerte, sea quien sea.

-La necesita -dijo Superb-. En este punto, sea quien sea.

-¿Qué tal sienta hablar con el gran hombre en persona, Nat? -dijo cáusticamente Molly Dondoldo-. Porque, naturalmente, todos estamos de acuerdo. Bertold Goltz es el gran hombre de nuestra época.

Nat Flieger se encogió de hombros. El autotaxi había salido ahora de la ciudad de Jenner y subía una gran cuesta, cada vez más despacio, moviéndose hacia el interior de lo que parecía ser propiamente un húmedo bosque tropical, una amplia meseta pantanosa que parecía casi un resto del Período Jurásico. Un pantano de dinosaurios, pensó Nat. No apto para seres humanos.

-Creo que Goltz ha ganado un converso -dijo Jim Planck, guiñándole un ojo a Molly. Le hizo una mueca a Nat.

Había empezado a caer una lluvia fina y ligera, silenciosa. Los limpiaparabrisas del taxi se pusieron en marcha, golpeteando con un ritmo que era a la vez irregular y molesto. El taxi giró desde la carretera principal -que al menos estaba asfaltada- hacia una carretera lateral de barro rojo; el taxi empezó a botar y a zarandearse; en el interior, las marchas cambiaban mientras el vehículo se ajustaba chirriando a las nuevas condiciones. A Nat no le parecía que estuviera haciendo un trabajo muy satisfactorio. Tenía la sensación de que el taxi iba a pararse de un momento a otro.

-¿Sabes lo que espero ver aquí? -dijo Molly, mirando el follaje a ambos lados de la estrecha carretera ascendente-. Me da la impresión de que en la próxima curva nos vamos a encontrar un mercadillo de los de Loony Luke, aparcado ahí delante, esperándonos.

-¿Sólo para nosotros? -preguntó Jim Planck-. ¿Por qué precisamente para nosotros?

-Porque estamos a punto de acabar.

Al pasar la siguiente curva divisaron una estructura. Nat la miró, preguntándose qué sería. Vieja, decrépita, con aspecto abandonado...; advirtió inmediatamente que estaba viendo una gasolinera. Un resto de los días de los coches a motor de combustión interna. Se quedó de una pieza.

-Una antigualla -dijo Molly-. ¡Una reliquia! Qué extraño. Tal vez deberíamos parar y echar un vistazo. Es algo histórico, como un viejo fuerte o un molino de adobe; por favor, Nat, para este maldito trasto.

Nat golpeó los botones del salpicadero y el taxi, gimiendo de angustia por la fricción y sus propias órdenes mal interpretadas, se detuvo ante la gasolinera.

Librodot

Cansado, Jim Planck abrió la portezuela y bajó. Llevaba encima su cámara japonesa y apuntó con ella hacia la tenue luz envuelta en niebla. La suave lluvia hacía que le brillara la cara; el agua salpicaba sus gafas, y se las quitó y las guardó en el bolsillo de su pecho.

-Tomaré un par de fotos de esto -le dijo a Nat y a Molly.

-Hay alguien ahí dentro -le susurró Molly a Nat-. No te muevas ni digas nada. Nos está observando.

Nat salió del coche y cruzó el camino de piedra roja hasta la gasolinera. Vio que el hombre que había dentro se levantaba y se le acercaba; la puerta del edificio se abrió. Un hombre encogido, con una enorme mandíbula deformada y dientes saltones le salió al paso; el hombre gesticuló y empezó a hablar.

-¿Qué está diciendo? -le preguntó Jim a Nat, asustado.

El hombre era mayor y murmuraba «hig, hig, hig», o eso le parecía a Nat. Intentaba decirle algo y no podía. Seguía intentándolo. Y Nat, por fin, creyó comprender que articulaba palabras; se esforzó por entender, aguzando el oído y esperando mientras el viejo de la gran mandíbula continuaba murmurando, ansiosamente, gesticulante.

-Está preguntando si le hemos traído el correo -dijo Molly.

-Debe de ser una costumbre que los coches que suban por este camino traigan el correo de la ciudad -dijo Jim. Se dirigió al anciano-. Lo siento, no lo sabíamos. No hemos traído su correo.

Asintiendo, el hombre interrumpió sus ruidos; parecía resignado. Había comprendido claramente.

-Estamos buscando a Richard Kongrosian -le dijo Nat-. ¿Estamos en la carretera adecuada?

El hombre miró a ambos lados, furtivamente.

-¿Tienen verduras?

-¡Verduras! -exclamó Nat.

-Puedo comer muy bien verduras.

El hombre le hizo un guiño y tendió una mano, esperando.

-Lo siento -dijo Nat, desconcertado. Se volvió hacia Jim y Molly-. Verduras. ¿Podéis comprenderle? Eso es lo que ha dicho. ¿no?

-No puedo comer carne -murmuró el viejo-. Esperen.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó una tarjeta impresa que pasó a Nat. La tarjeta, sucia y arrugada, apenas podía leerse. Nat la acercó a la luz, bizqueando mientras intentaba comprender las letras impresas.

DÉME DE COMER Y LE DIRÉ
TODO LO QUE QUIERA SABER.
CORTESÍA DE LA ASOCIACIÓN DE PARIAS.

-Soy un paria -dijo el hombre.

Cogió la tarjeta de repente y se la volvió a meter en el bolsillo.

-Salgamos de aquí -le dijo Molly a Nat en voz baja.

Una raza generada por la radiación, pensó Nat. Los parias del norte de California. Su enclave estaba aquí. Se preguntó cuántos había. ¿Diez? ¿Mil? Y era aquí donde Richard Kongrosian había decidido vivir.

Pero tal vez Kongrosian tuviera razón. Eran personas, a pesar de su deformidad. Recibían correo, probablemente tenían un pequeño empleo basado en sus habilidades, tal vez vivieran a expensas del condado si no podían trabajar. No molestaban a nadie y, desde luego, eran inofensivos. Se sintió molesto por su propia reacción..., por su aversión inicial e instintiva.

-¿Quiere una moneda? -le dijo al viejo paria, y sacó una pieza de platino de cinco dólares.

El paria aceptó la moneda, asintiendo.

-Gracias.

-¿Está la casa de Kongrosian en esta carretera? -preguntó Nat una vez más.

El paria señaló.

-De acuerdo -dijo Jim Planck-. Vámonos. Íbamos por buen camino. -Miró con urgencia a Nat y a Molly-. Vamos.

Volvieron a entrar los tres en el taxi. Nat lo puso en marcha y dejaron atrás la vieja gasolinera y el paria, que se quedó allí, inexpresivo, viéndolos partir como si lo hubieran desconectado, como si fuera un simulacro, una simple máquina.

-Guau -dijo Molly, y dejó escapar un suspiro ansioso-. ¿Qué demonios era eso?

-Habrá más -dijo brevemente Nat.

-Por todos los santos -continuó Molly-, Kongrosian debe de estar más loco de lo que dicen, para vivir aquí. Yo no me quedaría en este pantano por nada del mundo. Ojalá no hubiera venido. ¿Por qué no lo grabamos en el estudio? Me parece que lo mejor es dar la vuelta.

El taxi continuó avanzando, pasó bajo enredaderas y entonces contemplaron los restos de una ciudad.

Era una sucesión de edificios de madera podridos, con los letreros caídos y las ventanas rotas, y, sin embargo, no estaba abandonada. Aquí y allá, entre el asfalto resquebrajado e invadido por la hierba, Nat divisó gente; o mejor, pensó, «parias». Cinco o seis deambulaban, o vagaban. Dios sabía qué era lo que podía hacerse en este lugar. Sin teléfono, sin correo...

Tal vez Kongrosian se sienta en paz aquí, pensó. No había otro sonido que el de la llovizna al caer. Tal vez uno acabara por acostumbrarse, pero él no creía que pudiera llegar a hacerlo. La corrosión era intensa. La ausencia de algo nuevo, de algo naciendo o creciendo. Pueden ser parias si quieren o si tienen que serlo, pensó, pero deberían intentarlo con más fuerza, deberían intentar mantener su asentamiento en condiciones. Esto es horrible.

Igual que Molly, deseó no haber venido.

-Me lo pensaría mucho antes de venir a establecerme en esta zona -dijo en voz alta-. Pero si pudiera hacerlo..., habría aceptado uno de los aspectos más difíciles de la vida.

-¿Y cuál es? -preguntó Jim Planck.

-La supremacía del pasado -dijo Nat.

En esta región, el pasado mandaba por completo. Su pasado colectivo: la guerra que había precedido a su era, sus consecuencias. Los cambios ecológicos en la vida de cada uno. Esto era un museo, pero vivo. Movimiento de tipo circular... Cerró los ojos. Me pregunto si nacen nuevos parias, pensó. Debe de ser algo genético. Lo sé. O mejor, eso me temo. Este lugar está en decadencia..., y, sin embargo, sigue en pie.

Han sobrevivido. Y eso es bueno para el entorno, para todo el proceso evolutivo. Es así, desde el trilobites en adelante. Se sintió enfermo.

Y entonces pensó He visto estas malformaciones antes. En dibujos. En reconstrucciones. Las reconstrucciones, las conjeturas, eran muy buenas, evidentemente. Tal vez habían sido corregidas mediante el equipo de Von Lessinger. Cuerpos agarrotados, grandes mandíbulas, incapacidad para comer carne por la falta de dientes incisivos, gran dificultad para hablar.

-Molly, ¿sabes lo que son estos parias? -preguntó en voz alta.

Ella asintió.

-Neanderthal -dijo Jim Planck-. No son monstruos provocados por la radiación. Son regresiones.

El taxi continuó arrastrándose mientras atravesaba la ciudad de los parias buscando ciega y mecánicamente la casa del famoso pianista Richard Kongrosian.

9

-En presencia de extraños, ¿siente que no existe? -graznó el anuncio de Theodorus Nitz-. ¿Parecen no advertirle, como si fuera invisible? En un autobús o en una nave espacial, mira usted a veces alrededor y descubre que nadie, absolutamente nadie, le reconoce o le toma en cuenta y posiblemente ni siquiera...

Maury Frauenzimmer, con su rifle de balas propulsadas por dióxido de carbono, disparó cuidadosamente el anuncio Nitz que flotaba arrimado a la pared de su oficina. Había conseguido colarse durante la noche y le había saludado por la mañana con su pequeña arenga.

Roto, el anuncio cayó al suelo. Maury lo aplastó con su peso sólido y compacto y luego volvió a colocar el rifle en su estante.

-El correo -dijo Chic Strikerock-. ¿Dónde está el correo de hoy?

Lo había estado buscando por todas partes desde que había llegado a la oficina.

Maury sorbió ruidosamente el café de su taza.

-Mira sobre los archivos -dijo-. Bajo ese trapo que usamos para limpiar las teclas de la máquina de escribir.

Se dedicó a morder su donut matutino, que era de los recubiertos de azúcar. Veía que Chic se estaba comportando extrañamente y se preguntaba qué significaría aquello.

-Maury, tengo algo que he escrito para ti -dijo Chic inmediatamente, y le tendió un papel doblado.

Sin examinarlo, Maury supo qué era.

-Renuncio -dijo Chic.

Estaba pálido.

-Por favor, no lo hagas. Ya aparecerá algo. Puedo mantener la firma en funcionamiento. -No abrió la carta; la dejó donde Chic la había colocado-. ¿Qué harías si te fueras de aquí?

-Emigrar a Marte.

El intercomunicador de la mesa zumbó, y su secretaria, Greta Trupe, dijo:

-Señor Frauenzimmer, un tal señor McRae quiere verle, junto con otros caballeros.

Me pregunto quiénes serán, pensó Maury.

-No me los mande aún -le dijo a Greta-. Estoy reunido con el señor Strikerock.

-Sigue adelante con tu negocio -dijo Chic-. Me voy. Te dejo mi carta de renuncia sobre la mesa. Deséame suerte.

-Suerte.

Maury se sentía deprimido y enfermo. Se quedó mirando la mesa hasta que la puerta se abrió y se cerró y Chic se hubo marchado. Vaya manera de empezar el día, pensó Maury. Recogió la carta y la abrió, le echó un vistazo y la dobló una vez más. Apretó un botón del intercomunicador.

-Señorita Trupe -dijo-. Hágalos pasar. A ése que dijo, McRae o como sea. Y a su grupo.

-Sí, señor Frauenzimmer.

La puerta de la oficina se abrió y Maury se encontró mirando a los que reconoció como oficiales del gobierno. Dos de ellos llevaban el traje gris de la Policía Nacional, y el jefe del grupo, evidentemente McRae, tenía aspecto de ser un oficial importante de la rama ejecutiva. En otras palabras, era un Ge bien situado. Maury se puso en pie pesadamente y extendió la mano.

-Caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes?

-¿Es usted Frauenzimmer? -preguntó McRae mientras le estrechaba la mano.

-Correcto -contestó Maury.

Su corazón latía apresuradamente y tenía dificultad para respiran ¿Iban a obligarle a cerrar, como habían hecho con los psiquiatras de la Escuela de Viena?

-¿Qué he hecho? -preguntó.

Oyó su propia voz debilitarse por la aprensión. Era un problema detrás de otro.

McRae sonrió.

-Hasta ahora, nada. Estamos aquí para iniciar las negociaciones de un pedido a su empresa. Sin embargo, esto entraña conocimientos de nivel Ge. ¿Puedo apagar su intercomunicador?

-¿C-cómo? -preguntó Maury, sorprendido.

McRae hizo un gesto con la cabeza a los hombres de la PN y se echó a un lado. Los policías actuaron y rápidamente desconectaron el aparato. Entonces inspeccionaron las

paredes, el mobiliario; examinaron escrupulosamente cada pulgada de la habitación y su equipo, y luego indicaron a McRae que continuara.

-Muy bien, Frauenzimmer. Nos gustaría construir un sim. Aquí. -Le tendió un sobre cerrado-. Examine esto. Esperaremos.

Maury abrió el sobre y estudió su contenido.

-¿Puede hacerlo? -preguntó McRae de inmediato.

-Son las especificaciones para un *der Alte* -dijo Maury alzando la cabeza.

-Correcto -asintió McRae.

Entonces es eso, advirtió Maury. Ése es el fragmento de conocimiento Ge; ahora soy un Ge. Había sucedido en un instante. Estoy dentro. Lástima que Chic se marchara; pobre infeliz, qué mal momento, qué mala suerte la suya. Si se hubiera quedado cinco minutos más...

-Ha sido así durante cincuenta años -dijo McRae.

Le estaban atrayendo. Haciendo que formara parte de todo aquello como fuera posible.

-Santo cielo -dijo Maury-. Nunca lo había imaginado. Le veía hablando por la televisión, haciendo sus discursos... Y yo mismo construyo aquí esas malditas cosas.

Estaba anonadado.

-Karp hizo un buen trabajo -dijo McRae-. Especialmente con el actual, Rudi Kalbfleisch. Nos preguntábamos si se habría dado usted cuenta.

-Nunca. Ni una vez.

Ni en un millón de años.

-¿Puede construir uno? ¿Puede hacerlo?

-Claro -asintió Maury.

-¿Cuándo empezará?

-Inmediatamente.

-Bien. Se da cuenta, naturalmente, de que en principio los hombres de la PN tendrán que instalarse aquí para encargarse de la seguridad.

-De acuerdo -murmuró Maury-. Si hay que hacerlo, adelante. Disculpe un momento.

Se encaminó a la puerta y salió a la oficina exterior, sorprendido de que le permitieran hacerlo.

-Señorita Trupe, ¿ha visto usted qué camino ha tomado el señor Strikerock?

-Acaba de marcharse, señor Frauenzimmer. Hacia la autopista. Supongo que ha vuelto al Abraham Lincoln, donde vive.

Pobre diablo, pensó Maury. Sacudió la cabeza. La suerte de Chic Strikerock, aún funcionando. Ahora empezaba a sentirse lleno de júbilo. Esto lo cambia todo, advirtió. He vuelto al negocio. Soy proveedor del rey o, más bien, suministrador de la Casa Blanca. Es lo mismo. Sí, ¡es lo mismo!

Volvió a su oficina, donde esperaban McRae y los otros; le miraron sombríamente.

-Lo siento -dijo-. Estaba buscando a mi jefe de ventas. Quería readmitirle debido a esto. No podremos aceptar ningún nuevo pedido durante una temporada, para estar así libres para poder concentrarnos en esto -dudó-. Y respecto al coste...

-Firmaremos un contrato -dijo Garth McRae-. Se le garantizará su coste más un cuarenta por ciento. Adquirimos a Rudi Kalbfleisch por una suma total de un billón de dólares EUEA, además, naturalmente, del coste del mantenimiento perpetuo y las reparaciones.

-Oh, sí -accedió Maury-. No es cuestión de que se pare en mitad de un discurso.

Intentó reír, pero no pudo hacerlo.

-¿Qué le parece? Digamos entre un billón y un billón y medio.

-Está bien -dijo Maury pastosamente.

Sentía como si su cabeza estuviera a punto de rodar desde sus hombros y caer al suelo.

-Tiene usted una empresa pequeña, señor Frauenzimmer -dijo McRae, estudiándolo-. Los dos somos conscientes de eso. No se haga falsas ilusiones. Esto no le convertirá en una gran empresa como la Karp und Sohnen Werke. Sin embargo, garantizará su existencia continuada; obviamente, estamos preparados para apoyarle económicamente durante todo el tiempo que

sea necesario. Hemos estudiado exhaustivamente sus libros, ¿le asusta eso?, y sabemos que lleva meses en números rojos.

-Cierto.

-Pero su trabajo es bueno -continuó Garth McRae-. Hemos estudiado ejemplos de los que funcionan en la Luna y Marte. Es usted un artesano mucho más auténtico que la Karp Werke. Por eso estamos hoy aquí en vez de con Anton y el viejo Felix.

-Eso me preguntaba -dijo Maury.

Así que por ese motivo el gobierno había decidido hacer esta vez el contrato con él, no con Karp. ¿Había construido éste todos los simulacros *der Alte* hasta ahora? Buena pregunta. Si era así..., ¡vaya cambio radical en la política del gobierno! Pero mejor no preguntar.

-Tome un cigarro -dijo Garth McRae, tendiéndole un almirante Optimo-. Muy suave. Pura hoja de Florida.

-Gracias.

Maury aceptó agradecido el gran cigarro verdoso. Ambos lo encendieron y se miraron mutuamente en medio del silencio.

La noticia de que Duncan & Miller habían sido elegidos por el cazatalentos para actuar en la Casa Blanca sorprendió a Edgar Stone cuando la vio en el boletín comunal del Abraham Lincoln. La leyó una y otra vez, buscando el chiste y preguntándose cómo aquel hombrecito nervioso y anodino había conseguido hacerlo.

Tiene que haber trampa, se dijo Stone. Igual que cuando le aprobé las pruebas *relpol*..., alguien tiene que haber falsificado los resultados. Él mismo había oído las jarras; había estado presente en el programa, y Duncan & Miller, Jarras Clásicas, no eran tan buenos. Eran buenos, sí, pero intuitivamente sabía que había algo más.

En su interior experimentó furia, resentimiento por haber falsificado la puntuación de la prueba de Duncan. Yo le he puesto en el camino del éxito, advirtió Stone; yo le salvé. Y ahora se dirige a la Casa Blanca, fuera de aquí por completo.

No le extrañaba que Duncan lo hubiera hecho tan mal con su prueba *relpol*. Obviamente, había estado muy ocupado practicando con su jarra; Duncan no tenía tiempo para las realidades comunes con las que tenía que lidiar el resto de la humanidad. Debe de ser magnífico ser un artista, pensó Stone con amargura. Estás exento de todas las reglas y responsabilidades; puedes hacer lo que quieras.

Vaya si me engañó, se dijo Stone.

Stone se dirigió rápidamente al salón del segundo piso y llegó al despacho del capellán del edificio; tocó el timbre y la puerta se abrió, mostrándole al sacerdote trabajando en su despacho, con la cara arrugada por la fatiga.

-Esto..., padre -dijo Stone-, me gustaría confesarme. ¿Puede dedicarme unos minutos? Mis pecados son muy urgentes.

Patrick Doyle, frotándose la frente, asintió.

-Cielos -dijo-, o llueve o truena. Hasta el momento ya ha habido diez clientes que han usado el confesionario. Adelante. -Señaló cansinamente la alcoba que daba a su oficina-. Siéntese y conéctelo usted mismo. Estaré escuchando mientras lleno estos impresos de Berlín.

Lleno de justa indignación, con las manos temblando, Edgar Stone conectó los electrodos del confesionario a los lugares adecuados de su cuero cabelludo y luego, cogiendo el micrófono, empezó a confesarse. La grabadora de la máquina se puso a girar lentamente mientras hablaba.

-Movido por un falso sentimiento de piedad -dijo-, infringí una regla de este edificio. Sin embargo, lo que me preocupa no es el acto en sí, sino los motivos que hay tras él. El acto es simplemente el efecto de una falsa actitud hacia mis compañeros residentes. Este individuo, mi vecino, el señor Ian Duncan, hizo muy mal una reciente prueba *relpol* y me di cuenta de que lo expulsarían del Abraham Lincoln. Me identifiqué con él porque subconscientemente me considero un fracasado, como hombre y como residente en este edificio, y falsifiqué su

puntuación para indicar que había aprobado. Obviamente, habrá que aplicarle una nueva prueba *relpol*, y la que yo falsifiqué tendrá que ser declarada nula.

Miró al sacerdote, pero no percibió ninguna reacción evidente.

Eso se encargará de Duncan y de su Jarra Clásica, se dijo Stone.

El confesionario había analizado ya su confesión; escupió una tarjeta y Doyle se levantó para cogerla. Tras un largo y cuidadoso escrutinio, le miró con suspicacia.

-Señor Stone, lo que se expresa aquí es que su confesión no es una confesión. ¿Qué tiene realmente en mente? Vuelva y empiece de nuevo; no ha indagado hasta el fondo y no ha sacado a la luz el material genuino. Y sugiero que empiece confesando que antes lo hizo mal de un modo consciente y deliberado.

-No es así -dijo Stone, o intentó decirlo; su voz le había abandonado, ahogada por la fatiga-. Tal vez podría discutir esto con usted informalmente, señor. Falsifiqué la puntuación; eso es un hecho. Pero tal vez mis motivos para hacerlo...

Doyle le interrumpió.

-¿No se sentirá ahora envidioso de Duncan? ¿De su éxito con la jarra, que le va a llevar a la Casa Blanca?

Silencio.

-Podría... podría ser -carraspeó Stone, admitiéndolo-. Pero esto no cambia el hecho de que Ian Duncan no debería estar viviendo aquí, debería ser expulsado, sin que importen mis motivos. Mírelo en el Código de los Edificios de Apartamentos Comunales. Sé que hay una sección que cubre las situaciones como ésta.

-Pero no puede salir de aquí sin confesarse -insistió el capellán-. Debe satisfacer a la máquina. Está intentando hacer que expulsen a un vecino para satisfacer sus propias necesidades psicológicas y emocionales. Confiéselo, y entonces tal vez podamos discutir las reglas del Código y aplicarlas al caso de Duncan.

Stone gruñó y una vez más se colocó el intrincado sistema de electrodos.

-De acuerdo. Odio a Ian Duncan porque está dotado artísticamente y yo no. Estoy deseando ser examinado por un jurado compuesto por doce vecinos residentes para ver cuál es la pena por mi pecado; pero ¡insisto en que se someta a Duncan a otra prueba *relpol*! No cejaré respecto a esto..., no tiene derecho a vivir aquí con nosotros. Es moral y legalmente malo.

-Al menos, ahora está siendo honesto -dijo Doyle.

-La verdad es que me gustó su actuación con la jarra, la otra noche. Pero tengo que comportarme de la manera que creo que beneficia al interés público.

Le pareció que el confesionario asentía aliviado mientras escupía una segunda tarjeta. Pero tal vez eran sólo imaginaciones suyas.

-Cada vez llega más al fondo -dijo Doyle, tras leer la tarjeta-. Mire esto. -Se la pasó a Stone, sonriente-. Su mente es una mezcla de motivos confusos y ambivalentes. ¿Cuándo se confesó por última vez?

-Creo que... el pasado agosto -murmuró Stone, enrojeciendo-. El padre Jones era el capellán entonces. Sí, debe de haber sido en agosto.

La verdad era que había sido a primeros de julio.

-Habrá que trabajar mucho con usted -dijo Doyle, encendiendo un cigarrillo y reclinándose en su silla.

Después de muchas discusiones, habían decidido que el primer número de su actuación en la Casa Blanca sería la *Chacona en Fa* de Bach. A Al siempre le había gustado, a pesar de las dificultades que implicaba, la doble parada y demás. Sólo el hecho de pensar en la *Chacona* ponía nervioso a Ian Duncan. Ahora que por fin lo habían decidido, deseaba haberse inclinado por la mucho más simple *Suite para cincuenta violoncelos sin acompañamiento*. Pero ahora era demasiado tarde. Al había mandado toda la información al secretario de la Casa Blanca el señor Harold Slezak.

-No te preocupes, por el amor de Dios -le dijo Al-. Tienes que tocar la segunda jarra. ¿Te importa hacerme de segundo?

-No -dijo Ian.

En realidad era un alivio. Al tenía la parte más difícil.

Fuera del perímetro del Mercadillo de Chatarra Número Tres, el papoola se movía, cruzando una y otra vez la calle en su silenciosa búsqueda de clientes. Eran sólo las diez de la mañana, y todavía no había aparecido nadie que mereciera la pena. Hoy el solar había aparecido en la sección montañosa de Oakland, California, entre las calles serpenteantes y cubiertas por árboles de la mejor zona residencial. Al otro lado del solar, Ian podía ver el Joe Louis, un edificio de apartamentos de forma peculiar pero llamativa donde había mil viviendas, la mayoría ocupadas por negros muy bien situados. El edificio, por efecto del sol de la mañana, parecía especialmente limpio y cuidado. Un guarda, con porra y pistola, patrullaba a la entrada para impedir que entrara nadie que no viviera en el edificio.

-Slezak tiene que dar el visto bueno al programa -le recordó Al-. Tal vez Nicole no quiera oír la *Chacona*; tiene gustos muy especializados que cambian constantemente.

En su imaginación, Ian vio a Nicole tendida en su enorme cama, vestida con su bata rosa, con la bandeja del desayuno al lado, mientras escrutaba el programa que le habían presentado para que diera su aprobación. Ya ha oído hablar de nosotros, pensó. Conoce nuestra existencia. En ese caso, existimos de verdad. Igual que un niño pequeño tiene que tener a su madre observando todo lo que hace, alcanzamos nuestro ser por la mirada de Nicole.

Y cuando deje de mirarnos, pensó, entonces ¿qué? ¿Qué nos sucederá después? ¿Nos desintegraremos, nos volveremos a hundir en el olvido? De vuelta a los átomos. Al mundo de donde vinimos, el mundo del no-ser, el mundo en el que hemos estado toda la vida, hasta ahora.

-Puede que nos haga una petición -dijo Al-. Puede que incluso nos pida su favorita. He investigado, y parece que a veces pide *El Granjero Feliz* de Schumann. ¿Lo oyes? Más vale que nos pongamos a prepararlo, por si acaso.

Sopló pensativamente unas cuantas notas en su jarra.

-No puedo hacerlo -dijo Ian bruscamente-. No puedo continuar. Significa demasiado para mí. Algo saldrá mal; no le gustaremos y nos echarán a patadas. Y nunca podremos olvidarlo.

-Mira -empezó a decir Al-, tenemos al papoola. Y eso nos da...

Se interrumpió. Un hombre de cierta edad, alto, fornido, que vestía un caro traje gris de fibra natural, se acercaba por la acera.

-Dios mío, es Luke en persona -dijo. Parecía asustado-. Sólo le he visto dos veces antes. Algo debe de ir mal.

-Será mejor que recojas al papoola -dijo Ian.

El muñeco había empezado a moverse hacia Loony Luke.

-¡No puedo! -exclamó Al, con una expresión de asombro en la cara. Tocó desesperadamente los mandos en su cintura-. No me responde.

El papoola alcanzó a Luke y éste se agachó, lo recogió y continuó caminando hacia el solar, con la imitación bajo el brazo.

-Puede más que yo -dijo Al, y miró a Ian, aturdido.

La puerta de la oficina se abrió y Loony Luke entró.

-Nos han informado de que estás usando esto para tus propios propósitos -le dijo a Al, con una voz baja y grave-. Se te dijo que no lo hicieras; el papoola pertenece al solar, no al operario.

-Oh, vamos, Luke...

-Debería despedirte -dijo Luke-, pero eres un buen vendedor, así que no lo haré. Mientras tanto, tendrás que mantener tu programa de ventas sin ayuda. -Con el papoola agarrado, se dirigió a la puerta-. Mi tiempo es valioso. Tengo que irme. -Entonces vio la jarra de Al-. Eso no es un instrumento musical. Es una cosa para poner whisky dentro.

-Escucha, Luke, esto es publicidad -dijo Al-. Actuar ante Nicole significa que la cadena de mercadillos ganará prestigio. ¿No lo ves?

-No quiero prestigio -dijo Luke, deteniéndose ante la puerta-. No me interesa Nicole Thibodeaux; deja que dirija su sociedad como le venga en gana, y yo dirigiré los mercadillos como quiera. Ella me deja en paz y yo la dejo en paz a ella, y por mí no hay inconveniente en seguir así. No lo líes todo. Dile a Slezak que no puedes aparecer en el programa y olvídalo; ningún adulto con sentido común se pondría a meter el hocico en una botella vacía.

-Ahí es donde te equivocas -dijo Al-. Se puede encontrar arte en las cosas más mundanas de la vida, como en estas jarras, por ejemplo.

-Ahora no dispones del papoola para influir sobre la Primera Familia -dijo Luke, limpiándose los dientes con un palillo de plata-. Será mejor que lo pienses. ¿De veras esperas conseguirlo sin el papoola? -dijo sonriendo.

-Tiene razón -le dijo Al a Ian tras una pausa-. El papoola lo hizo por nosotros. Pero..., demonios, sigamos adelante de todas formas.

-Tienes agallas -dijo Luke-, pero no juicio. Sin embargo, tengo que admirarte. Puedo ver por qué has sido un buen vendedor de la organización; no te rindes. Usa el papoola la noche en que actuéis en la Casa Blanca y devuélvemelo a la mañana siguiente.

Le tendió la criatura redonda con forma de insecto. Al la recogió y la apretó contra su pecho como si fuera una gran almohada.

-Tal vez sea buena publicidad para los mercadillos -dijo Luke pensativo-. Pero sé una cosa. No le gustamos a Nicole. Demasiadas personas se le han escapado de las manos gracias a nosotros. Somos una grieta en la estructura de mamá, y mamá lo sabe.

Sonrió una vez más, mostrando sus dientes de oro.

-Pero yo manejaré al papoola -continuó Luke-. Por control remoto. Tengo un poco más de habilidad que tú. Después de todo, yo los construí.

-Claro -dijo Al-. De todas formas, tendré las manos ocupadas.

-Eso es. Necesitarás las dos manos para tocar esa botella.

Algo en el tono de Luke intranquilizó a Duncan. ¿Adónde quiere ir a parar? Pero, en cualquier caso, no tenían otra opción Tenían que usar el papoola. Y sin duda Luke podría manejarlo mejor; ya había probado su superioridad sobre Al, y éste, como él mismo había reconocido, estaría muy ocupado soplando su jarra. Sin embargo...

-Loony Luke, ¿ha visto alguna vez a Nicole? -preguntó Ian.

Fue un pensamiento repentino. Una intuición.

-Claro. Hace años. Tenía unas marionetas. Mi padre y yo viajábamos y dábamos representaciones con ellas. Finalmente, lo hicimos en la Casa Blanca.

-¿Y qué pasó?

-Ella... no nos hizo caso -dijo Luke, tras una pausa-. Dijo algo así como que las marionetas eran indecentes.

Y por eso la odias, pensó Ian. Nunca la perdonaste.

-¿Lo eran? -le preguntó a Luke.

-No. Sí es verdad que uno de los números era un *strip-tease*. Teníamos marionetas de coristas. Pero nadie había puesto objeciones nunca. A mi padre le dolió, pero a mí no me importó.

Su cara no mostraba ninguna emoción.

-¿Ya era Nicole la Primera Dama entonces? -preguntó.

-Oh, sí. Lleva en el cargo setenta y tres años. ¿No lo sabíais?

-No es posible -dijeron casi al unísono Al e Ian.

-Claro que lo es. Es una mujer vieja. Tiene que serlo. Una abuela. Pero supongo que aún se conserva bien. Lo sabréis cuando la veáis.

-Pero en la televisión... -dijo Ian, anonadado.

-Oh, sí -accedió Luke-. En la televisión parece tener unos veinte años. Pero consulta los libros de historia...; claro que están prohibidos para todo el mundo menos para los Ges. Me

refiero a los libros de historia reales; no a los que os dan para estudiar esas pruebas *relpol*. En cuanto los encontréis, podréis deducirlo vosotros mismos. Los hechos están todos ahí. Escondidos en alguna parte.

Los hechos, advirtió Ian, no significan nada cuando puedes ver con tus ojos que ella es tan joven como siempre. Y lo vemos cada día.

Estás mintiendo, Luke, pensó. Lo sabemos; todos lo sabemos. Mi socio Al la vio; si hubiera sido como dices, lo habría comentado. La odias, ése es tu motivo. Conmocionado, le dio la espalda a Luke. No quería tener nada que ver con ese hombre. Setenta y tres años en el cargo..., eso querría decir que Nicole tendría ahora casi noventa. Se echó a temblar ante la idea. La apartó de sus pensamientos. O al menos lo intentó.

-Buena suerte, chicos -dijo Luke, mordisqueando su mondadientes.

Es una lástima que el gobierno haya prohibido los psiquiatras, pensó Al Miller. Miró a su socio Ian Duncan, comprendiendo que no se encontraba bien. Pero la verdad era que aún quedaba uno. Se había enterado por la televisión. Un tal doctor Superb o algo por el estilo.

-Ian -dijo-, necesitas ayuda. Tal como estás, no vas a poder tocar la jarra ante Nicole.

-Me recuperaré.

-¿Has ido alguna vez a un psicoanalista?

-Un par de veces. Hace tiempo.

-¿Crees que son mejores que la quimioterapia?

-Cualquier cosa es mejor que la quimioterapia.

Si es el único psicoanalista que aún practica en todos los EUEA, debe de estar de trabajo hasta el cuello, pensó Al. Posiblemente no aceptará más pacientes.

Sin embargo, buscó su número, cogió el teléfono y lo marcó.

-¿A quién llamas? -preguntó Ian, receloso.

-Al doctor Superb. Es el último...

-Lo sé. ¿Para quién lo llamas? ¿Para ti? ¿Para mí?

-Tal vez para los dos.

-Pero principalmente para mí.

Al no contestó. La imagen de una muchacha con un par de pechos grandes y encantadores se había formado en la pantalla.

-Consulta del doctor Superb -dijo.

-¿Acepta el doctor nuevos pacientes? -preguntó Al, mirando fijamente su imagen.

-Sí -contestó la muchacha con un tono de voz firme y vigoroso.

-¡Magnífico! -dijo Al, satisfecho y sorprendido-. A mi socio y a mí nos gustaría acudir a su consulta cuando sea posible. Cuanto antes mejor.

Dio su nombre y el de Al.

-¿Qué le parece el viernes a las nueve y media de la mañana? -preguntó la muchacha.

-Perfecto -contestó Al-. Muchísimas gracias, señorita. -Colgó violentamente-. ¡Lo conseguimos! Ahora podremos solucionar nuestros problemas con alguien cualificado para dar asistencia personal. Por cierto, hablando de imagen materna..., ¿viste a esa chica? Porque...

-Puedes ir tú solo -dijo Ian-. Yo no voy.

-Si no vas -dijo Al suavemente-, no tocaré la jarra en la Casa Blanca. Así que será mejor que vayas.

Ian le miró.

-Hablo en serio -dijo Al.

Hubo un largo e incómodo silencio.

-Iré -dijo Ian por fin-. Pero sólo una vez. Solamente el viernes.

-Eso depende del doctor.

-Escucha, si Nicole Thibodeaux tiene noventa años, no hay ninguna psicoterapia que pueda ayudarme.

-¿Hasta ese punto estás emocionalmente implicado? ¿Con una mujer a la que nunca has visto? Eso es esquizofrenia. Porque estás absorbido por... una ilusión. Algo sintético, irreal.

-¿Qué es real y qué irreal? Para mí, ella es más real que ninguna otra cosa. Más real incluso que tú. Incluso que yo mismo, que mi vida.

-Santo cielo -dijo Al. Estaba impresionado-. Bueno, al menos tienes algo por lo que vivir.

-Cierto.

-Veremos qué dice Superb el viernes. Le preguntaremos qué es la esquizofrenia. -Se encogió de hombros-. Tal vez esté equivocado. Tal vez no lo sea.

Tal vez somos Luke y yo los que estamos locos, pensó. Para él, Luke era mucho más real, mucho más influyente que Nicole Thibodeaux. Pero él había visto a Nicole en persona, e Ian no. Eso marcaba la diferencia, aunque no estaba seguro de por qué.

Cogió su jarra y empezó a ensayar una vez más. Tras una pausa, Ian Duncan hizo lo mismo.

10

-*Frau* Thibodeaux -dijo el mayor del Ejército, flaco, pequeño y erecto-, le presento al *Reichsmarschall*, *Herr* Hermann Goering.

El hombre fornido, vestido -increíblemente- con una toga blanca y sujetando con una correa de cuero lo que parecía ser un cachorro de león, dio un paso adelante y dijo en alemán:

-Me alegra conocerla, señora Thibodeaux.

-*Reichsmarschall*, ¿sabe dónde está en este momento? -preguntó Nicole.

-Sí -asintió Goering-. *Sei ruhig,* «Marsi» -dijo severamente dirigiéndose al cachorro de león, y lo acarició, calmándolo.

Bertold Goltz lo observaba todo. Se había adelantado ligeramente en el tiempo usando su propio equipo Von Lessinger; no había tenido paciencia para esperar el momento en que Nicole dispusiera la transferencia de Goering. Aquí estaba ahora; o, mejor dicho, aquí estaría dentro de siete horas.

Poseyendo el equipo de Von Lessinger, era fácil penetrar en la Casa Blanca a pesar de sus guardias; Goltz simplemente se había remontado al pasado, antes de que la Casa Blanca existiera, y luego había regresado al futuro cercano. Ya lo había hecho varias veces antes y lo haría de nuevo; lo sabía porque había visto a su yo futuro. Le divertía aquel encuentro, no sólo podía observar libremente a Nicole, sino también sus yos pasados y futuros..., el futuro, al menos, en términos de posibilidad. De potencialidad, más que de realidad. El panorama se extendía ante su inspección del quizá.

Harán un trato, decidió Goltz. Nicole y Goering; el *Reichsmarschall*, tomado primero de 1941 y luego de 1944, verá las ruinas de la Alemania de 1945, verá el fin que espera a los nazis..., se verá a sí mismo en la cárcel de Nuremberg, y por fin, asistirá a su propio suicidio con un supositorio envenenado. Esto podría influir algo en él. No sería difícil llegar a un acuerdo; los nazis, incluso normalmente, eran expertos negociantes.

Unas pocas armas milagrosas del futuro, aparecidas al final de la segunda guerra mundial, y la edad de la Barbarie duraría no trece años, sino los mil que Hitler había jurado. El rayo de la muerte, el rayo láser, bombas de hidrógeno de 100 megatones, ayudarían considerablemente a las fuerzas armadas del Tercer Reich. Más, naturalmente, la A-1 y la A-2; o, como los aliados las habían llamado, la V-1 y la V-2. Ahora los nazis podrían tener una A-3, una A-4 y otras más, sin límite, si fuera necesario.

Goltz frunció el ceño. Debido a que, además de esto, otras posibilidades, lóbregas y densas, corrían paralelas en una oscuridad casi oculta que las rodeaba. ¿En qué consistían estos futuros menos probables? Eran peligrosos, y tal vez hasta mejores que el más claro, el que usaba las armas milagrosas...

-Eh, usted -le llamó un PN de la Casa Blanca.

Le había visto de repente, parcialmente oculto en el rincón de la Sala Orquídea. El guarda sacó inmediatamente la pistola y le apuntó.

La reunión entre Thibodeaux, Goering y los cuatro consejeros militares terminó bruscamente. Todos se volvieron hacia Goltz y el PN.

-*Frau* -saludó Goltz, parodiando a Goering.

Avanzó un paso, confiado; después de todo, había previsto todo esto con su aparato Von Lessinger.

-Sabe quién soy. El espectro de la fiesta -dijo sonriente.

Pero, naturalmente, la Casa Blanca también poseía el equipo Von Lessinger; habían anticipado esto, como él había hecho. Esta exposición suponía el elemento de la fatalidad. No podía ser evitada; no había ninguna rama colateral, ni Goltz lo deseaba. Hacía mucho que había aprendido que finalmente no había futuro para él en el anonimato.

-En otra ocasión, Goltz -dijo Nicole con disgusto.

-Ahora -contestó Goltz, acercándose a ella.

El hombre de la PN la miró, esperando instrucciones; parecía completamente confundido.

Nicole, irritada, le hizo un gesto.

-¿Y éste quién es? -inquirió el *Reichsmarschall*, estudiando a Goltz.

-Sólo un pobre judío -contestó Goltz-. No como Emil Stard, cuya presencia no veo aquí, Nicole, a pesar de su promesa. Hay muchos judíos pobres, *Reichsmarschall*, en su tiempo y en el nuestro. No tengo nada de valor económico o cultural que pueda confiscar; ninguna obra de arte, ningún *Geld*. Lo siento.

Se sentó a la mesa y se sirvió un vaso de agua helada de la jarra que había a mano.

-¿Es «Marsi», su fiera mascota? ¿*Ja oder nein*?

-No -dijo Goering, sosteniendo al cachorro expertamente.

Se había sentado, colocando al animal en la mesa ante él; el león se acurrucó obediente, con los ojos medio cerrados.

-Mi presencia, mi presencia judía, no es querida. Me pregunto por qué no está aquí Emil Stark. ¿Por qué no, Nicole? ¿Temía ofender al *Reichsmarschall*? Es extraño... Después de todo, el propio Himmler trató con judíos en Hungría, a través de Eichmann. Y hay un general judío en la Luftwaffe del *Reichsmarschall*, un tal general Milch. ¿No es cierto, *Herr Reichsmarschall*?

-No sé mucho sobre Milch -dijo Goering, con aspecto irritado-. Sólo puedo decir que es un buen tipo.

-Ve usted -dijo Bertold Goltz a Nicole-, *Herr* Goering está acostumbrado a tratar con *Juden*. ¿Verdad, *Herr* Goering? No tiene que responder; puedo observarlo por mí mismo.

Goering le miro amargamente.

-Ahora bien, este acuerdo... -empezó a decir Goltz.

-Bertold -le interrumpió Nicole fieramente-, ¡largo de aquí! He permitido que sus alborotadores callejeros deambulen a voluntad, pero haré que los detengan a todos si interfiere en esto. Sabe cuál es mi objetivo. Usted más que nadie tendría que aprobarlo.

-Pero no lo hago.

-¿Por qué no? -replicó uno de los consejeros militares.

-Porque en cuanto los nazis hayan ganado la segunda guerra mundial con su ayuda, masacrarán a los judíos de todas formas. Y no sólo en Europa o en la Rusia blanca, sino también en Inglaterra, los Estados Unidos y Latinoamérica. -Hablaba con calma. Después de todo, lo había visto, había explorado varios temibles futuros alternativos con su equipo Von Lessinger-. Recuerden que el objetivo de la guerra era para los nazis la exterminación del judaísmo mundial. No fue simplemente una casualidad.

Se hizo el silencio.

-Acabe con él -ordenó Nicole al hombre de la PN.

El policía, tras apuntar con su arma, disparó a Goltz.

Librodot

Goltz, calculando el tiempo perfectamente, hizo contacto con el efecto Von Lessinger que le rodeaba en el mismo instante en que el arma le apuntaba. La escena, con sus participantes, se difuminó y se perdió. Él permanecía en el mismo lugar, la Sala Orquídea, pero todas las personas habían desaparecido. Estaba solo, en medio de los escurridizos fantasmas del futuro, gracias al aparato.

Vio, en procesión, al psicocinético Richard Kongrosian complicado en extrañas situaciones, primero haciendo sus rituales de curación y luego con Wilder Pembroke; el Comisario de la PN había hecho algo, pero Goltz no pudo adivinar qué. Y luego se vio a sí mismo, primero ostentando gran autoridad y luego brusca, inevitablemente muerto. También Nicole pasó junto a su ángulo de visión, alterada en varias formas que no pudo comprender. La muerte parecía existir en todas partes del futuro, parecía un potencial que aguardaba a todo el mundo. ¿Qué significaba esto? ¿Una alucinación?

El derrumbe de la certeza parecía conducir directamente a Richard Kongrosian. Era un efecto del poder psicocinético, una distorsión de la estructura del futuro producida por el talento parapsicológico de aquel hombre.

Goltz se preguntó si Kongrosian lo sabía. Una fuerza de este tipo..., un misterio incluso para su poseedor. Kongrosian, confundido en el laberinto de su enfermedad mental, virtualmente incapaz de funcionar y, sin embargo, imponiéndose aún, influyendo todavía en el paisaje de los mañanas, de los días por venir. Si sólo pudiera desentrañar esto, advirtió Goltz. Este hombre que es, que será, el enigma capital para todos nosotros…, entonces lo tendría. El futuro ya no consistiría en una serie de sombras imperfectas, hecho de configuraciones que la razón -la mía, al menos- no puede comprender.

-Ahora soy completamente invisible -declaró en voz alta Richard Kongrosian en su habitación del Hospital Neuropsiquiátrico Franklin Aimes. Alzó una mano y no vio nada-. Ha sucedido -añadió, y tampoco oyó su voz; aquello era también imperceptible.

-¿Qué debo hacer ahora? -preguntó a las cuatro paredes de su cuarto.

No hubo respuesta. Kongrosian estaba completamente solo; ya no mantenía ningún contacto con otra vida.

Tengo que salir de aquí, decidió. Buscar ayuda..., aquí no me dan ninguna; han sido incapaces de detener el proceso.

Volveré a Jenner. Veré a mi hijo.

No tenía ningún sentido buscar al doctor Superb ni a ningún otro médico, estuviera orientado hacia las drogas o no. El período de búsqueda de terapia había terminado. Y ahora..., un nuevo período. ¿En qué consistía? No lo sabía aún. Sin embargo, con el tiempo lo sabría. Suponiendo que sobreviviera. ¿Y cómo podría hacerlo cuando, según todos los síntomas, estaba ya muerto?

Eso es, se dijo. He muerto. Y, sin embargo, vivo aún.

Era un misterio. No lo comprendía.

Tal vez, pensó, lo que tengo que buscar es un renacimiento.

Sin esfuerzo -después de todo, nadie podía verle-, salió de su habitación y recorrió los pasillos, bajó la escalera y salió del hospital. Poco después recorría las aceras de una calle desconocida, en algún lugar de la zona montuosa de San Francisco, rodeada por grandes edificios de apartamentos, muchos de los cuales eran anteriores a la tercera guerra mundial.

Evitando meter el pie en ninguna de las hendiduras del pavimento, neutralizó momentáneamente el olor nocivo que de otra manera le habría delatado.

Debo de estar recuperándome, decidió. Al menos he encontrado un ritual de purificación temporal para equilibrar mi olor corporal fóbico. Y excepto por el hecho de que aún soy invisible...

¿Cómo voy a tocar el piano así? Esto significa, evidentemente, el final de mi carrera.

Y entonces recordó a Merril Judd, el químico de AG Chemie. Se suponía que Judd iba a ayudarme. Con la excitación de volverme invisible, lo he olvidado por completo.

Puedo ir en taxi a AG Chemie.

Hizo señas a un autotaxi que pasaba, pero éste no le vio. Decepcionado, lo dejó pasar. Creí que era aún visible para los mecanismos de rastreo puramente mecánicos, pensó. Evidentemente, no lo soy».

¿Puedo ir andando a la sucursal de AG Chemie?

Supongo que tendré que hacerlo. Porque naturalmente no puedo subir a los *transpub* ordinarios; no sería justo para los demás.

Tengo todo un trabajo para Judd, comprendió. No sólo tiene que erradicar mi olor fóbico, sino que, además, tiene que volver a hacerme visible. Su mente se llenó de decepción. No podrán hacerlo. Es demasiado. No hay esperanza. Tendré que seguir intentando lo del renacimiento. Cuando vea a Judd le preguntaré qué puede hacer la AG Chemie a ese respecto. Después de todo, junto con la compañía de Karp, son el complejo económico más poderoso en todos los EUEA. Tendría que volver a la URSS para encontrar una entidad económica mayor.

AG Chemie está tan orgullosa de su quimioterapia...; veamos si tienen una droga que estimule el renacimiento.

Continuaba caminando, pensando, mientras evitaba pisar las rendijas del pavimento. De pronto, advirtió que algo se cruzaba en su camino. Era un animal plano, en forma de plato, naranja con manchas negras. Sus antenas brillaban. Al mismo tiempo, un pensamiento se formó en su cerebro.

-Renacimiento..., sí, una nueva vida. Volver a empezar en otro mundo.

¡Marte!

-Tiene razón.

Kongrosian se detuvo. En la acera, ante él, había un papoola. Miró a su alrededor y vio, naturalmente, un mercadillo ambulante aparcado cerca; las naves de ocasión brillaban bajo el sol. Allí, en el centro del solar, en un pequeño edificio, estaba sentado el operario, y Kongrosian se le acercó con calma. El papoola le siguió, y mientras lo hacía se comunicaba con él.

-Olvide a la AG Chemie..., no pueden hacer nada por usted.

Cierto, pensó Kongrosian. Ya es demasiado tarde. Si Judd hubiera aparecido inmediatamente con algo, tal vez habría sido diferente. Pero ahora...

Y entonces se dio cuenta de otra cosa. El papoola podía verle. O al menos podía sentir su presencia con algunos órganos de percepción, en una dimensión o en otra. Y... no ponía pegas a su olor.

-En absoluto -le decía el papoola-. Para mí huele perfectamente bien. No tengo ninguna queja al respecto. Absolutamente ninguna.

-¿Sería así en Marte? -preguntó Kongrosian, deteniéndose-. ¿Podrían verme, o al menos percibirme, y yo no les molestaría?

-No hay anuncios de Theodorus Nitz en Marte. -Los pensamientos del papoola acudían a él, formándose en su mente ansiosa-. Allí perderá gradualmente su contaminación. En ese entorno puro y virgen. Entre en la oficina, señor Kongrosian, y hable con el señor Miller, nuestro representante. Está deseando servirle. Existe para servirle.

-Sí -dijo Kongrosian, y abrió la puerta de la oficina.

Allí, ante él, esperaba otro cliente. El vendedor estaba rellenando el impreso de un contrato. El cliente era un hombre alto, delgado, casi calvo, parecía inquieto y cansado; miró a Kongrosian y entonces se hizo a un lado.

El olor le había molestado.

-Discúlpeme -murmuró Kongrosian.

-Ahora, señor Strikerock -decía el vendedor al otro cliente-, si firma aquí...

Dio la vuelta al impreso y le tendió una pluma.

El cliente, en un espasmo de actividad muscular, firmó y luego dio un paso atrás, temblando visiblemente por la tensión.

-Es un gran momento cuando se decide uno a hacerlo -le dijo a Kongrosian-. No habría tenido valor yo solo, pero mi psiquiatra me lo sugirió. Dijo que era la mejor alternativa.

-¿Quién es su psiquiatra? -preguntó Kongrosian, verdaderamente interesado.

-Sólo hay uno en estos días. El doctor Egon Superb.

-¡También es el mío! -exclamó Kongrosian-. Un hombre condenadamente bueno; acabo de hablar con él.

El cliente estudió la cara de Kongrosian intensamente.

-Es usted el hombre que llamó por teléfono -dijo muy cuidadosa y lentamente-. Yo estaba en su consulta.

-Señor Strikerock -dijo el vendedor del mercadillo ambulante-, si quiere salir conmigo le daré las instrucciones, sólo para asegurarnos. Y puede usted escoger la nave que quiera. Estaré con usted dentro de un momento -dijo a Kongrosian-. Por favor, si tiene la bondad de esperar...

-¿P-puede usted verme? -tartamudeó Kongrosian.

-Puedo ver a todo el mundo -dijo el vendedor-. Con tiempo suficiente...

Y salió de la oficina con Strikerock.

-Tranquilícese -dijo el papoola en el interior de la mente de Kongrosian; se había quedado en la oficina, evidentemente para hacerle compañía-. Todo está bien. El señor Miller se ocupará de usted muy bien y prontooooo -le canturreó, arrullándolo-. Todooo essstá biennn -entonó.

De repente, el cliente, el señor Strikerock, volvió a entrar en la oficina.

-¡Ahora recuerdo quién es usted! -le dijo a Kongrosian-. Es usted ese famoso concertista de piano que siempre toca para Nicole en la Casa Blanca. Es usted Richard Kongrosian.

-Sí -admitió Kongrosian, complacido al ver que le reconocían. Sin embargo, se apartó cuidadosamente de Strikerock, para asegurarse de que no le molestaba-. Me sorprende que pueda usted verme; hace poco que me he vuelto invisible... De hecho, eso es lo que discutía con Egon Superb por teléfono. En este momento estoy buscando un renacimiento. Por eso voy a emigrar; obviamente, ya no hay esperanza para mí en la Tierra.

-Sé cómo se siente -asintió Strikerock-. Acabo de renunciar a mi empleo. Ya no tengo ataduras con nadie, ni con mi hermano ni con... -Se detuvo, la cara oscura-. Con nadie. Me marcho solo.

-Oiga -dijo Kongrosian, siguiendo un impulso-. ¿Por qué no emigramos juntos? ¿O... le molesta mucho mi olor fóbico?

Strikerock parecía no entender lo que quería decir.

-¿Emigrar juntos? ¿Se refiere a buscar un asentamiento como socios?

-Tengo mucho dinero -dijo Kongrosian-. De mis conciertos. Puedo sufragarlo con facilidad.

El dinero era ciertamente la última de sus preocupaciones. Y tal vez podría ayudar a este señor Strikerock, quien, después de todo, acababa de renunciar a su trabajo.

-Tal vez podríamos hacer algo juntos -dijo Strikerock pensativo, asintiendo lentamente-. En Marte se estará terriblemente solo; no tendríamos ningún vecino, excepto tal vez algunos simulacros. Y ya he visto suficientes para el resto de mi vida.

El vendedor, Miller, volvió a la oficina, con aspecto de estar un poco perturbado.

-Sólo necesitamos una nave para los dos -le dijo Strikerock-. Kongrosian y yo vamos a emigrar juntos, como socios.

Miller se encogió filosóficamente de hombros.

-Entonces le mostraré un modelo ligeramente más grande, de tipo familiar.

Abrió la puerta para que Kongrosian y Chic Strikerock salieran al solar.

-¿Se conocen ustedes? -preguntó.

-Hasta ahora no -dijo Strikerock-, pero los dos tenemos el mismo problema; somos invisibles aquí en la Tierra, por decirlo de alguna forma.

-Eso es -añadió Kongrosian-. Me he vuelto completamente invisible al ojo humano; obviamente, es el momento de emigrar.

-Sí, si ése es el caso, yo diría que sí -accedió Miller cáusticamente.

-Soy Merril Judd, de la AG Chemie -dijo el hombre que estaba al otro lado del teléfono-. Lamento molestarla...

-Adelante -contestó Janet Raimer, sentándose ante el pequeño despacho, ordenado según su peculiar idiosincrasia. Hizo un gesto con la cabeza a su secretaria, quien cerró inmediatamente la puerta de la oficina, apagando los ruidos procedentes del corredor.

-Dice que tiene que ver con Richard Kongrosian -prosiguió.

-Eso es. -En la pantalla, la cara en miniatura de Merril Judd asintió-. Y por esa razón se me ocurrió ponerme en contacto con usted, por los estrechos lazos que existen entre Richard Kongrosian y la Casa Blanca. Me pareció razonable que quisiera saberlo. Hace media hora intenté visitar a Kongrosian en el Hospital Neuropsiquiátrico Franklin Aimes de San Francisco. Se había ido. El personal no pudo localizarle.

-Ya veo.

-Evidentemente, está bastante enfermo. Por lo que me dijo...

-Sí, está bastante enfermo. ¿Tiene alguna otra información que darnos? Si no es así, me gustaría empezar a buscarle inmediatamente.

El psicoquímico de la AG Chemie no sabía nada más. Colgó, y Janet marcó un número interior, probando con varias oficinas de la Casa Blanca hasta que por fin consiguió ponerse en contacto con su superior, Harold Slezak.

-Kongrosian ha dejado el hospital y se ha esfumado. Dios sabe adónde puede haber ido, posiblemente de vuelta a Jenner... Naturalmente, tendríamos que verificarlo. Francamente, creo que la PN debería intervenir. Kongrosian es vital.

-Vital -repitió Slezak, arrugando la nariz-. Bien, digamos mejor que le tenemos afecto. Que preferiríamos no pasar sin él. Conseguiré que Nicole me dé permiso para utilizar a la Policía, creo que tienes razón en tu estimación de la situación.

Slezak, sin demora, cortó la conexión. Janet colgó el teléfono.

Había hecho todo lo que podía; ahora estaba fuera de su alcance.

Lo siguiente fue que un hombre de la PN la visitó en su oficina, cuaderno en mano. Wilder Pembroke -había tropezado con él muchas veces, cuando ocupaba otros puestos más bajos- se sentó ante ella y empezó a tomar notas.

-Ya lo he comprobado con el Franklin Aimes -le informó el Comisario, pensativo-. Parece que Kongrosian hizo una llamada telefónica al doctor Egon Superb..., ya sabe quién es: el único psicoanalista que queda. Se marchó poco después. Que usted sepa, ¿visitaba Kongrosian a Superb?

-Sí, naturalmente -dijo Janet-. Lo hizo durante una temporada.

-¿Dónde cree que puede haber ido?

-Como no sea a Jenner...

-No está allí. Ya tenemos a alguien en la zona.

-Entonces no lo sé. Pregúnteselo a Superb.

-Lo estamos haciendo.

Ella se echó a reír.

-Tal vez se haya unido a Bertold Goltz.

-Estamos investigando esa posibilidad, por supuesto -dijo el Comisario, con el rostro inalterable-. Siempre es posible que haya buscado uno de esos solares de Loony Luke, uno de esos mercadillos ambulantes que vuelan de noche. Parece que se dejan ver en el lugar y el momento adecuados. Dios sabe cómo se las arreglan, pero el caso es que lo consiguen. De todas las posibilidades... -Pembroke hablaba casi para sí; parecía muy excitado-, en lo que a mí respecta, ésa es la peor.

-Kongrosian no iría nunca a Marte -dijo Janet-. Allí no hay mercado para sus talentos; no necesitan concertistas de piano. Y. bajo su exterior excéntrico, Richard es listo. Se daría cuenta de eso.

-Tal vez haya renunciado a tocar por algo mejor.

-Me pregunto qué clase de granjero psicocinético sería.

-Tal vez eso sea exactamente lo que Kongrosian se está preguntando en este momento.

-Yo... pensaba que querría llevarse a su esposa y a su hijo.

-Tal vez no. Tal vez ésa sea la clave. ¿Ha visto a su hijo? ¿Sabe lo que pasa en el área de Jenner?

-Sí -dijo ella, tensa.

-Entonces comprende.

Los dos guardaron silencio.

Ian Duncan se acababa de sentar en el cómodo sillón tapizado de cuero del doctor Egon Superb cuando la escuadra de hombres de la PN irrumpió en la consulta.

-Tendrá que tratar a su paciente dentro de un momento -dijo el jefe del escuadrón, un hombre joven y de mentón afilado, mientras le mostraba brevemente a Superb sus credenciales-. Kongrosian ha desaparecido del Franklin Aimes y estamos intentando localizarle. ¿Ha contactado con usted?

-No desde que se marchó del hospital -dijo Superb-. Llamó un poco antes, mientras aún estaba...

-Lo sabemos. -El hombre de la PN miró a Superb-. ¿Qué posibilidad cree que hay de que Kongrosian se una a los Hijos de Job?

-Ninguna -dijo Superb inmediatamente.

-Muy bien. -El hombre de la PN lo anotó-. En su opinión, ¿hay alguna posibilidad de que haya podido contactar con la gente de Loony Luke? ¿De que emigre, o esté intentando hacerlo, en una nave de ocasión?

-Creo que las posibilidades son excelentes -dijo el doctor Superb tras una larga pausa-. Necesita... Busca perpetuamente estar solo.

El jefe de la PN cerró su cuaderno y se volvió a sus hombres.

-Entonces, eso es -dijo-. Habrá que cerrar los solares. -Se dirigió a su sistema comunicador portátil-. El doctor Superb está de acuerdo con la idea del solar, pero no con la de los Hijos de Job. Creo que debemos hacerle caso; el doctor parece estar seguro. Verifiquen de inmediato en la zona de San Francisco y vean si ha aparecido algún solar por allí. Gracias.

Colgó y se dirigió al doctor Superb.

-Apreciamos su ayuda. Si se pone en contacto con usted, notifíquenoslo.

Dejó su tarjeta sobre la mesa.

-No... sean duros con él -dijo el médico-. Si lo encuentran. Está muy, muy enfermo.

El hombre de la PN le miró, sonrió ligeramente y luego el escuadrón salió de la oficina. La puerta se cerró tras ellos. Ian Duncan y el doctor Superb volvieron a quedarse solos.

-Tendré que hablar con usted en otra ocasión -dijo Ian Duncan con su peculiar voz ronca. Se puso en pie, tambaleándose-. Adiós.

-¿Pasa algo malo? -preguntó el médico, poniéndose en pie también.

-Tengo que irme.

Ian Duncan se dirigió a la puerta, consiguió abrirla y desapareció. La puerta se cerró de golpe. Extraño, pensó el doctor Superb. El hombre (¿se llamaba Duncan?) ni siquiera había tenido oportunidad de empezar a discutir su problema. ¿Por qué la aparición de la PN le había trastornado tanto?

El doctor Superb, sin encontrar respuesta a sus cavilaciones, volvió a sentarse y llamó a Amanda Conners para que hiciera pasar al siguiente paciente; una habitación entera le esperaba. Los hombres (y también muchas mujeres) miraban subrepticiamente a Amanda y observaban cada movimiento que hacía.

-Sí, doctor -dijo la dulce voz de Amanda, animando un poco al doctor Superb.

En cuanto salió de la consulta, Ian Duncan buscó frenéticamente un autotaxi. Al estaba aquí, en San Francisco, lo sabía. Le había dado la lista de las apariciones del Solar Número Tres. Lo cogerían y sería el final de Duncan & Miller, Jarras Clásicas.

Un autotaxi moderno y brillante le llamó.

-¿Puedo ayudarle, amigo?

-Sí -jadeó Ian Duncan, y se internó en el tráfico para hallar a Miller.

Esto me da una oportunidad, se dijo mientras el autotaxi corría hacia la dirección que le había dado. Pero ellos llegarán antes. ¿O no? La Policía tendría que peinar virtualmente toda la ciudad, bloque por bloque. Él, en cambio, sabía cuál era exactamente el lugar en el que podía encontrarse el Solar Número Tres. Así que tal vez tuviera una oportunidad, aunque pequeña, después de todo.

Si te atrapan, Al, se dijo, será también mi fin. No puedo seguir solo. Me uniré a Goltz o moriré, o algo tan terrible como eso. No me importa qué.

El autotaxi surcaba la ciudad, de camino al Mercadillo de Chatarra Ambulante Número Tres de Loony Luke.

11

Nat Flieger se preguntaba si los parias tendrían música étnica. EME, imparcialmente, siempre se interesaba por este tipo de cosas. Pero de todas formas ésta no era su misión, ante ellos se alzaba la casa de Richard Kongrosian, un edificio de madera, pintado de color verde pálido, de tres plantas, con una vieja palmera que crecía increíblemente en el patio trasero.

Pero Goltz decía...

-Hemos llegado -murmuró Molly.

El viejo autotaxi frenó, dio un brinco hacia delante y entonces se detuvo totalmente. Nat escuchó el viento lejano entre los árboles, y el ritmo desvaído de la lluvia mientras caía por todas partes, sobre el coche y sobre el follaje y la vieja casa de madera con su terraza y sus ventanitas cuadradas, varias de las cuales estaban rotas.

Jim Planck encendió una corona Corina.

-No hay rastro de vida -dijo.

Era cierto. Goltz tenía razón.

-Creo que hemos venido para nada -dijo inmediatamente Molly.

Abrió la puerta del autotaxi y saltó al exterior. El suelo se hundió bajo sus pies. Ella hizo un gesto.

-Los parias... -dijo Nat-. Siempre podemos grabar su música. Si es que tienen.

Salió también del coche y se detuvo junto a Molly. Los dos miraron hacia la casa, sin hablar.

Era una escena triste, no cabía duda. Con las manos en los bolsillos, Nat se acercó a la casa. Llegó a un sendero de grava que pasaba entre añosas fucsias y camelias. Molly le siguió. Jim Planck se quedó en el coche.

-Demos media vuelta y larguémonos de aquí -dijo Molly.

Tiritaba, terriblemente helada con sus pantalones cortos y su brillante blusa de algodón.

Nat la rodeó con el brazo.

-¿Qué haces? -demandó ella.

-Nada de particular. De repente he sentido afecto hacia ti. Ahora mismo, lo sentiría por cualquier cosa que no fuera húmeda y pegajosa. -La estrechó brevemente-. ¿No te hace sentirte un poco mejor?

-No. O tal vez sí. No lo sé. -Parecía irritada-. ¡Acércate al porche, por el amor de Dios, y llama!

Le dio un empujón.

Nat subió los escalones de madera y llamó al timbre.

-Me encuentro mal -dijo Molly-. ¿Por qué será?

-Por la humedad.

Nat la encontraba abrumadora, opresiva; apenas podía respirar. Se preguntaba qué efectos tendría ese clima sobre la criatura de Ganímedes que era su aparato grabador; le gustaba la humedad, y eso tal vez haría que floreciera aquí. Tal vez el Ampek F-a2 podría incluso vivir solo, sobrevivir indefinidamente con la lluvia. Este lugar, advirtió, es más extraño para nosotros que Marte. Marte y Tijuana estaban más próximos que Jenner y Tijuana. Ecológicamente hablando.

La puerta se abrió. Una mujer vestida con una bata de un amarillo pálido se asomó, bloqueando la entrada y observándole en silencio. Sus ojos estaban tranquilos, pero extrañamente cansados.

-¿Señora Kongrosian? -preguntó Nat.

Beth Kongrosian no tenía mal aspecto. Su cabello, recogido con un lazo, era castaño claro y largo; podía tener unos treinta años, más o menos. En cualquier caso, era delgada y se conservaba bien. Nat se encontró estudiándola con respeto e interés.

-¿Son ustedes del estudio de grabación? -su voz, baja, tenía una cualidad átona, una peculiar falta de afecto-. El señor Dondoldo llamó y dijo que estaban de camino. Es una pena. Puede entrar si quiere, pero Richard no está aquí. -Entonces abrió la puerta del todo-. Richard está en el hospital en San Francisco.

Cristo, pensó Nat. Vaya suerte miserable. Se volvió hacia Molly y los dos se miraron en silencio.

-Por favor, pasen -dijo Beth Kongrosian-. Déjenme prepararles un café o algo de cenar antes de que se marchen; es un camino tan largo...

-Ve y díselo a Jim, Molly -dijo Nat-. Me gustaría aceptar la invitación de la señora Kongrosian. No me vendría mal una taza de café.

Molly se dio la vuelta y bajó los escalones.

-Parece usted cansado -dijo Beth Kongrosian-. ¿Es usted el señor Flieger? Anoté el nombre; el señor Dondoldo me lo dio. Sé que a Richard le habría gustado grabar para usted si hubiera estado aquí; por eso es una lástima.

Le condujo al salón. Era frío y oscuro, lleno de muebles antiguos, pero al menos estaba seco.

-¿Un trago? -le preguntó-. ¿Qué le parece un *gin-tonic*? También tengo whisky escocés. ¿Qué le parece un whisky con hielo?

-Sólo café. Gracias -dijo Nat.

Inspeccionó una fotografía que había en la pared; mostraba una escena en la que un hombre abrazaba a un niño pequeño en un alto columpio de metal.

-¿Es su hijo? -quiso saber.

La mujer, sin embargo, se había ido.

Miró más de cerca. El bebé de la fotografía tenía la misma mandíbula de los parias.

Molly y Jim Planck aparecieron tras él. Les hizo señas y los tres examinaron la foto.

-Música -dijo Nat-. Me pregunto si tienen música.

-No saben cantar -dijo Molly-. ¿Cómo van a poder cantar si no pueden hablar?

Se apartó de la foto y se quedó con los brazos cruzados, mirando a través de la ventana la palmera que había en el patio.

-Qué árbol más feo -observó, y se volvió hacia Nat-. ¿No te parece?

-Creo que hay sitio en el mundo para toda clase de vida.

-Estoy de acuerdo -dijo Jim Planck suavemente.

Beth Kongrosian volvió a entrar en el salón.

-¿Qué les gustaría tomar? -preguntó a Jim Planck y a Molly-. ¿Café? ¿Un trago? ¿Algo de comer?

Ellos asintieron.

En su despacho del edificio de administración de Karp und Sohnen Werke, rama de Detroit, Vince Strikerock recibió una llamada telefónica de su esposa -o ex esposa, más bien- Julie. Ahora se llamaba nuevamente Julie Applequist, como cuando se conocieron.

-Vince, ese maldito hermano tuyo -dijo Julie, hermosa pero preocupada y muy distante-, se ha ido. -Le miró suplicante, con los ojos espantados-. No sé qué hacer.

-¿Se ha ido adónde, Julie? -dijo él, con voz deliberadamente tranquila.

-Creo... Vince, me dejó para emigrar; hablamos de emigrar y yo no quise hacerlo, y ahora se ha marchado solo. Estaba decidido a hacerlo, ahora me doy cuenta. No lo tomé en serio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Detrás de Vince apareció su jefe.

-*Herr* Anton Karp quiere verle en la Suite Cuatro. En cuanto sea posible.

Miró hacia la pantalla y se dio cuenta de que era una llamada personal.

-Julie -dijo Vince torpemente-, tengo que despejar la línea.

-De acuerdo -asintió ella-. Pero haz algo por mí. Encuentra a Chic. ¿Lo harás, por favor? Nunca te pediré nada más. Te lo prometo. Tengo que recuperarlo.

Sabía que lo vuestro no saldría bien, se dijo Vince. Experimentó un torvo alivio. Lástima, querida, pensó. Has cometido un error. Conozco a Chic y sé que las mujeres como tú le aterrorizáis. Le asustáis de muerte, le hacéis salir corriendo, y una vez haya empezado no se parará para mirar atrás. Porque es un viaje de ida.

-Haré lo que pueda -dijo en voz alta.

-Gracias, Vince -suspiró ella, lacrimosa-. Aunque ya no te amo, aún...

-Adiós -dijo él, y colgó.

Un momento después, subía en ascensor a la Suite Cuatro.

-*Herr* Strikerock -le dijo Anton Karp en cuanto dejó de estudiarle-, tengo entendido que su hermano trabaja en una miserable empresa llamada Frauenzimmer Asociados. ¿Es correcto?

El rostro duro y sombrío de Karp estaba retorcido por la tensión.

-Sí -dijo Vince lentamente, con cautela-. Pero... -dudó. Obviamente, si Chic emigraba, dejaría su trabajo; difícilmente podría llevárselo consigo. ¿Qué quería Karp? Sería mejor ponerse a salvo y no decir nada que fuera innecesario-. Pero, esto...

-¿Puede colocarle allí?

-¿Quiere decir cómo v-visitante, o...? -preguntó Vince, parpadeando. Podía sentir la aprensión apoderándose de él mientras los fríos ojos azules del industrial alemán le observaban-. No comprendo, *Herr* Karp -murmuró.

-Hoy el gobierno ha firmado un contrato con *Herr* Frauenzimmer -dijo Karp vivamente, en un tono áspero-. Hemos estudiado la situación, y nuestra respuesta está dictada por las propias circunstancias. A causa de ese pedido, Frauenzimmer se ampliará, admitirán a nuevos trabajadores. Quiero que usted, a través de su hermano, vaya a trabajar para ellos, en cuanto pueda arreglarlo. A ser posible, hoy.

Vince le miró.

-¿Qué pasa? -dijo Karp.

-Estoy... sorprendido -consiguió decir Vince.

-En cuanto Frauenzimmer le haya aceptado, infórmeme directamente; no hable de ello con nadie, excepto conmigo. -Karp deambuló por la gran sala alfombrada, rascándose vigorosamente la nariz-. Le diremos lo que tendrá que hacer a continuación. Eso es todo por ahora, *Herr* Strikerock.

-¿Importa lo que haga allí? -preguntó Vince débilmente-. Quiero decir, ¿es importante el trabajo que haga?

-No.

Vince salió de la suite; inmediatamente, la puerta se deslizó tras él. Se quedó solo en el corredor, intentando reorganizar su mente desorientada. Dios mío, pensó. Quieren que sabotee

la línea de Frauenzimmer; lo sé. Que sabotee o que espíe, una cosa u otra. Algo ilegal, de todas formas. Algo que hará que la PN me caiga encima..., a mí, no a los Karp.

La empresa de mi propio hermano, se dijo.

Se sintió completamente impotente. Podían conseguir que hiciera todo lo que quisieran; todo lo que los Karp tenían que hacer era alzar el dedo.

Y yo lo haré, advirtió.

Volvió a su oficina, cerró la puerta y se sentó, anonadado. Se quedó sentado solo ante su mesa, fumando un cigarro de sucedáneo de tabaco y reflexionando. Descubrió que tenía las manos entumecidas.

Tengo que salir de aquí, se dijo. No voy a ser un minúsculo sicario para la Karp Werke..., eso me mataría. Aplastó su cigarrillo de falso tabaco. ¿Adónde puedo ir?, se preguntó. ¿Adónde? Necesito ayuda. ¿Quién puede dármela?

Estaba el médico. Ése que Chic y él habían ido a ver.

Cogió el teléfono y llamó a la operadora de la Karp.

-Póngame con el doctor Egon Superb -le dijo-, el único analista que queda.

Después, se quedó sentado miserablemente ante su mesa, con el teléfono pegado a la oreja. Esperando.

Tengo demasiadas cosas que hacer, pensó Nicole Thibodeaux. Estoy intentando llevar adelante unas dificilísimas negociaciones con Hermann Goering, he dado instrucciones a Garth McRae para que encargue el nuevo *der Alte* a una empresa pequeña y no a la Karp, tengo que decidir qué hacer si se llega a encontrar a Richard Kongrosian, está el Acta McPhearson y el último analista, el doctor Superb, y ahora esto. Ahora la decisión de la PN, tomada sin intentar siquiera consultar conmigo o informarme con antelación...: acabar con los solares de naves destartaladas de Loony Luke.

Sintiéndose desgraciada, estudió la orden policial que había sido transmitida a todas las unidades de la PN de los EUEA. Esto no nos interesa, decidió. No puedo permitirme atacar a Luke, simplemente porque no podemos ponerle la mano encima. Sólo quedaremos en ridículo.

Y... pareceremos una sociedad totalitaria que existe solamente gracias a nuestro enorme estamento policial y militar.

Alzó la vista y miró a Wilder Pembroke.

-¿Ya han descubierto el solar? ¿El único en San Francisco, donde imaginan -sólo imaginan- que está Richard?

-No. Aún no. -Pembroke se frotó la frente, nervioso; resultaba evidente que estaba bajo una gran tensión-. Si hubiera habido tiempo, naturalmente que habríamos consultado con usted. No obstante, en cuanto despegue hacia Marte...

-¡Mejor perderlo que atacar prematuramente a Luke!

Ella sentía mucho respeto hacia Luke, sabía de él y de sus operaciones desde hacía mucho tiempo. Y le había visto eludir fácilmente a la Policía Ciudadana.

-Tengo un informe interesante de la Karp Werke. -Pembroke, era obvio, estaba intentando cambiar de conversación-. Han decidido infiltrarse en la organización Frauenzimmer para...

-Más tarde -le reprendió Nicole-. Sabe que ha cometido un error. Realmente, en el fondo me gustan esos mercadillos de chatarra; son divertidos. Simplemente no puede usted aceptarlos: tiene mentalidad de Policía. Llame a su unidad de San Francisco y dígales que suelten el solar si lo han encontrado. Y si no lo han encontrado, dígales que dejen de buscarlo Tráigalos de vuelta y olvide el tema; cuando llegue el momento de actuar contra Luke, yo se lo diré.

-Harold Slezak accedió...

-Slezak no hace política. Me sorprende que no hiciera que Rudi Kalbfleisch aprobara su plan. Eso habría estado más en su línea. Realmente no me gusta usted..., le encuentro insípido. -Se le quedó mirando hasta que él se encogió-. ¿Y bien? Diga algo.

-No han encontrado el solar, así que no se ha hecho ningún daño -dijo Pembroke con dignidad, y conectó su comunicador-. Dejen de buscar los solares -dijo. En ese momento no parecía muy impresionante; aún sudaba mucho-. Olviden todo el maldito asunto. Sí, eso es.

Desconectó y alzó la cabeza para mirar a Nicole.

-Debería despedirle -dijo Nicole.

-¿Algo más, señora Thibodeaux?

La voz de Pembroke era inexpresiva.

-No. Márchese.

Pembroke obedeció, dando pasos rígidos y mesurados.

Nicole miró su reloj de muñeca y vio que eran las ocho. ¿Qué se habría planeado para esta noche? Dentro de poco tendría otra Visita a la Casa Blanca con la televisión, la septuagésimo quinta del año. ¿Habría encontrado Janet algo? Si era así, ¿habría conseguido Slezak meterlo en un programa adecuado? Probablemente, no.

Recorrió la Casa Blanca hasta la ordenada oficina de Janet Raimer.

-¿Tienes preparado algo espectacular?

Janet rebuscó entre sus notas y frunció el ceño.

-Un número que me parece verdaderamente sorprendente... con jarras. Música clásica. Se llaman Duncan & Miller. Los vi en el Abraham Lincoln y son extraordinarios -dijo, sonriendo llena de esperanza.

Nicole gruñó.

-De verdad que son muy buenos. -La voz de Janet, ahora, era insistente, autoritaria-. Es relajante. Me gustaría que lo comprobaras. Será esta noche o mañana, no estoy segura de la fecha que les dio Slezak.

-Jarras -dijo Nicole-. Hemos pasado de Richard Kongrosian a esto. Estoy empezando a creer que deberíamos dejar que Bertold Goltz se hiciera cargo de todo. Y pensar que en los Días de la Barbarie tenían a Kirsten Flagstad para entretenerlos.

-Tal vez las cosas se enmienden con el nuevo *der Alte*.

-¿Cómo sabes tú eso? -preguntó Nicole, observándola con suspicacia.

-En la Casa Blanca no se habla más que de eso. De todas formas -replicó Janet Raimer-, soy una Ge.

-Qué bien -dijo Nicole, sardónica-. Entonces debes de llevar una vida deliciosa.

-¿Puedo preguntar cómo será el próximo *der Alte*?

-Viejo -respondió Nicole.

Viejo y cansado, pensó. Un muñeco gastado, estirado y formal, lleno de discursos moralizantes; un líder real que puede exigir obediencia a las masas Be. Que pueda hacer que el sistema siga resquebrajándose un poco más. Y, según los técnicos de Von Lessinger, será el último *der Alte*. Al menos, eso es le más probable. Y ni siquiera están seguros de por qué. Parece que tenemos una oportunidad, pero muy pequeña. El tiempo y las fuerzas dialécticas de la historia están del lado de la peor criatura posible. Ese vulgar agitador, Bertold Goltz.

Sin embargo, el futuro no era inmutable, y siempre había espacio para lo improbable, para lo inesperado; todos los que habían utilizado el equipo Von Lessinger comprendían eso... El viaje en el tiempo era simplemente un arte, no una ciencia exacta.

-Se llamará Dieter Hogben.

Janet se echó a reír.

-¿«Dieter Hogben» o «Hogbein»? ¿Qué demonios estás intentando?

-Será muy digno -dijo Nicole, tensa.

Hubo un súbito ruido a sus espaldas; se dio la vuelta y vio a Wilder Pembroke, el hombre de la PN. Pembroke parecía agitado, pero satisfecho.

-Señora Thibodeaux, hemos cogido a Richard Kongrosian. Como dijo el doctor Superb, estaba en un mercado ambulante preparándose para marcharse a Marte. ¿Le traemos a la Casa Blanca? La brigada de San Francisco está esperando instrucciones; están aún en el solar.

-Iré allí -decidió Nicole, llevada por un impulso.

Y le pediré que renuncie a la idea de emigrar, pensó. Voluntariamente. Sé que puedo persuadirle..., no tendremos que recurrir a la fuerza.

-Dice que es invisible -informó Pembroke, mientras él y Nicole corrían por los pasillos de la Casa Blanca hacia el transporte que les esperaba en el tejado-. La brigada, sin embargo, dice que parece perfectamente visible, al menos para ellos.

-Otro de sus delirios -dijo Nicole-. Tendremos que acabar con eso de inmediato. Le diré que es visible y ya está.

-Y su olor...

-Oh, al infierno con su olor. Estoy cansada de sus trastornos. Estoy cansada de verle hundirse en sus obsesiones hipocondríacas. Voy a hacerle comprender directamente, con todo el poder y la majestad y la autoridad del estado, que tiene que renunciar a esos males imaginarios.

-Me pregunto qué le pasará -musitó Pembroke.

-Accederá, naturalmente. No tendrá otra opción. Esa es la clave. No voy a pedírselo. Se lo voy a decir.

Pembroke la miró y luego se encogió de hombros.

-Ya hemos hecho el idiota con esto demasiado tiempo -dijo Nicole-. Huela o no, sea invisible o no, Kongrosian es un empleado de la Casa Blanca; tiene que aparecer periódicamente y actuar. No puede largarse a Marte, o al Franklin Aimes, a Jenner o a donde se le antoje.

-Sí, señora -dijo Pembroke abstraídamente, preocupado con sus propios convulsos pensamientos.

Cuando Ian Duncan llegó al Mercadillo de Chatarra Número Tres, en el centro de San Francisco, descubrió que ya era demasiado tarde para avisar a Al, porque la PN ya había llegado. Vio los coches de la Policía aparcados y a los hombres vestidos de gris rodeando el solar.

-Déjame aquí -ordenó a su autotaxi.

Estaba a una manzana de distancia del solar; eso era suficientemente cerca.

Pagó el taxi y continuó a pie, cansinamente. Un pequeño corro de transeúntes curiosos que no tenía otra cosa que hacer se había congregado para ver qué pasaba, e lan se unió a ellos.

-¿Qué sucede? -le preguntó a Ian el hombre que tenía al lado-. Creí que todavía no iban contra esos solares de chatarra. Creí...

-Debe de ser un cambio en la *polgub* -dijo la mujer que estaba a su izquierda.

-¿*Polgub*? -repitió el hombre, sorprendido.

-Un término Ge -dijo la mujer orgullosamente-. Política gubernamental.

-Ahora ya sabe un término Ge -le dijo Ian.

-Eso es. Ya sé uno.

-Yo también sé un término Ge -dijo Ian.

Localizó a Al, en el interior de la oficina, sentado ante dos hombres de la PN. Había otro hombre con Al. No, eran dos. Uno era Richard Kongrosian. El otro... Lo reconoció, era un convecino de los apartamentos Abraham Lincoln, el señor Chic Strikerock, que vivía en la última planta. Ian había coincidido con él un par de veces en las reuniones y en la cafetería. Su hermano Vince era en la actualidad su lector de identificación.

-El término que conozco es todcabó -prosiguió.

-¿Y qué significa todcabó?

-Todo se acabó.

El término era aplicable en ese momento. Obviamente, Al había sido arrestado, igual que Strikerock y Kongrosian, pero Ian no se preocupaba de ellos..., estaba pensando en Duncan & Miller, Jarras Clásicas, en el futuro que se había abierto cuando Al decidió volver a tocar de nuevo; el futuro que ahora se había cerrado de golpe ante sus narices. Tendría que haberlo esperado, se dijo Ian. Justo antes de ir a la Casa Blanca, la PN tenía que aparecer y arrestar a

Al y acabar con todo. Ésa es la suerte que me ha acompañado toda la vida. No había motivo para que ahora no hiciera aparición. Si han capturado a Al, da lo mismo que me capturen también a mí, decidió.

Abriéndose paso entre el corro de curiosos, Ian se acercó al solar y se dirigió al policía más cercano.

-Circule -le dijo el PN, moviéndose hacia él.

-Deténgame. Estoy en esto.

El hombre le miró.

-He dicho que circule.

Ian Duncan pateó al PN en la ingle.

El PN, con una maldición, rebuscó en su abrigo y sacó la pistola.

-¡Maldición, queda detenido!

La cara del policía se había vuelto verde.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó otro PN, superior en rango, tras acercarse.

-Este bobo acaba de darme una patada en los huevos -dijo el primer policía, apuntando a Ian Duncan con la pistola e intentando no desmoronarse.

-Queda usted detenido -informó el superior.

-Lo sé -asintió Ian-. Eso quiero. Pero, tarde o temprano, esta tiranía acabará.

-¿Qué tiranía, pedazo de idiota? -preguntó el segundo PN-. Obviamente, se confunde. Ya rectificará en la cárcel.

Al salió de la oficina, en el centro del solar; se acercó sombrío.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó a Ian.

No parecía muy contento de verle.

-Voy a ir contigo y con el señor Kongrosian y con Chic Strikerock. No me voy a quedar atrás.

Al abrió la boca y empezó a decir algo, pero justo entonces una nave del gobierno, un deslumbrante vehículo de transporte amarillo y plata, apareció en lo alto y empezó a aterrizar con una serie de tremendos ruidos. Los PN, inmediatamente, hicieron que todo el mundo se echase atrás. Ian se vio llevado a una esquina junto con Al, aún bajo la oscura supervisión del primer PN, al que había pateado en la ingle.

La nave aterrizó y de ella salió una mujer joven. Era Nicole Thibodeaux. Y era hermosa..., delgada y hermosa. Luke estaba equivocado o mentía. Ian la miró con la boca abierta y Al, tras él, emitió un gruñido de sorpresa.

-¿Cómo vino? -dijo en un susurro-. Que me aspen, ¿qué está haciendo aquí?

Acompañada por un PN de rango evidentemente colosal, Nicole cruzó el solar, subió los escalones con rapidez, entró en la oficina y se dirigió a Richard Kongrosian.

-Es a él a quien quiere -dijo Al a Ian Duncan-. El pianista. A eso se debe todo este jaleo -sacó una pipa argelina y la llenó de tabaco Sail-. ¿Puedo fumar? -le preguntó al PN.

-No.

-Imagínatela, venir aquí, al Mercado de Ocasión Número Tres -dijo Al, maravillado, guardando la pipa y el tabaco-. Jamás lo habría creído.

De repente agarró a Ian por el hombro y le apretó violentamente.

-Voy a acercarme y me voy a presentar ante ella.

Antes de que el PN pudiera decir nada, Al salió corriendo. Se abrió paso entre las naves de ocasión y en una fracción de segundo se perdió de vista. El policía maldijo impotente y apuntó a Ian con la pistola.

Un instante después, Al reapareció ante la entrada de la pequeña oficina donde Nicole hablaba con Richard Kongrosian. Al abrió la puerta y entró.

-Pero no puedo tocar para ti -estaba diciendo Richard Kongrosian cuando Al abrió la puerta-. ¡Huelo muy mal! Estás demasiado cerca de mí...; por favor, Nicole, querida, retrocede, por el amor de Dios.

Kongrosian se apartó de Nicole, alzó la vista y vio a Al.

-¿Por qué ha tardado tanto tiempo en mostrarnos esa nave? ¿Por qué no podíamos marcharnos en seguida?

-Lo siento -dijo Al. Se dirigió a Nicole-. Me llamo Al Miller. Soy responsable de este solar. -Le tendió la mano. Ella la ignoró, pero miró en su dirección-. Señora Thibodeaux, deje que se vaya. No le detenga. Tiene derecho a emigrar si quiere. No convierta a la gente en esclava.

No se le ocurrió nada más; guardó silencio. Su corazón latía aceleradamente. Qué equivocado estaba Luke. Era tan hermosa como uno podía imaginar; aquello confirmaba todo lo que había visto con anterioridad, aquella vez que la divisó desde lejos.

-Esto no es asunto suyo -le dijo Nicole.

-Sí que lo es -dijo Al-. Literalmente. Este hombre es mi cliente.

Chic Strikerock encontró también la voz.

-Señora Thibodeaux, es un honor, un increíble honor...

Su voz flaqueó; tomó una bocanada de aire, tembló. Y no pudo continuar. Se retiró, petrificado, en silencio, como si lo hubieran desconectado. Al se disgustó.

-Soy un hombre enfermo -murmuró Kongrosian.

-Llévese a Richard -dijo Nicole al alto oficial de la PN que estaba de pie a su lado-. Volvemos a la Casa Blanca. -Se dirigió a Al-. Su solar puede permanecer abierto; no estamos interesados en usted de ningún modo. Tal vez en alguna otra ocasión...

Le miró sin malicia y, como le había dicho, sin interés.

-Hágase a un lado -le dijo el alto oficial de la PN-. Vamos a salir.

Pasó junto a Al llevando a Kongrosian del brazo. Nicole les siguió, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de piel de leopardo. Ahora parecía pensativa, y se había quedado callada, sumida en sus propios asuntos.

-Soy un hombre enfermo -murmuró Kongrosian una vez más.

-¿Puede darme su autógrafo? -le preguntó Al a Nicole. Fue un impulso, un deseo del subconsciente. Fútil y sin sentido.

-¿Qué? -Ella le miró sorprendida. Y luego mostró sus dientes blanquísimos en una sonrisa-. Dios mío -dijo, y salió de la oficina siguiendo al oficial y a Richard Kongrosian.

Al se quedó detrás con Chic Strikerock, que aún intentaba buscar las palabras con las que expresarse.

-Creo que me he quedado sin su autógrafo -le dijo a Strikerock.

-¿Q-qué piensa de ella? -balbuceó Strikerock.

-Encantadora.

-Sí. Es increíble. Sabe, la verdad es que jamás habría esperado llegar a conocerla en persona. Es como un milagro, ¿no le parece?

Se acercó a la ventana para ver a Nicole, Kongrosian y el jerifalte PN dirigiéndose a su nave.

-Sería facilísimo enamorarse de esa mujer -dijo Al, contemplando también su marcha, como todo el mundo, incluyendo a la brigada de hombres de la PN.

Demasiado fácil, pensó. Y él la volvería a ver, él e Ian tocarían la jarra ante ella. ¿Habría cambiado aquello? No. Nicole había dicho claramente que nadie estaba arrestado; había dado una contraorden. Era libre para mantener abierto el local. La PN tendría que marcharse.

Encendió su pipa.

-Bien, Al -dijo Ian Duncan, acercándosele-. Te ha costado la venta de una nave.

Por orden de Nicole, la PN había dejado marchar a Ian. También era libre.

-El señor Strikerock la comprará. ¿No, señor Strikerock?

-No, he cambiado de opinión -dijo Chic Strikerock tras una pausa.

-El poder de esa mujer... -dijo Al.

Y maldijo, en voz alta y de manera explícita. Y escatológica.

-Gracias de todas formas -dijo Chic-. Tal vez volvamos a vernos en otra ocasión.

-Está usted loco si se deja intimidar por esa mujer.

-Tal vez -asintió Chic.

Obviamente, no tenía sentido razonar con él. Al podía verlo con claridad; también Ian. Nicole había ganado otro converso y ni siquiera estaba aquí para disfrutarlo; ni siquiera estaba interesada en ello.

-¿Va a volver a su trabajo?

-Eso es -asintió Strikerock-. De vuelta a la rutina.

-Nunca volverá a encontrar este solar. Ésta es, indudablemente y absolutamente, la última oportunidad que tendrá de escapar en toda la vida.

-Tal vez -dijo Chic Strikerock, asintiendo lentamente.

Pero no cambió de opinión.

-Buena suerte -dijo Al, y le estrechó la mano.

-Gracias -respondió Chic Strikerock, sin sonreír.

-¿Por qué? -le preguntó Al-. ¿Puede explicarme por qué le afectó tanto?

-No, no puedo. Sólo lo siento. No lo pienso. No es una situación lógica.

-Y tú también lo sientes, Al -dijo Ian Duncan-. Te observé. Vi la expresión de tu cara.

-¡De acuerdo! -exclamó Al, irritado-. ¿Y qué?

Se separó de ellos y se sentó solo, fumando su pipa y mirando por la ventana hacia las naves aparcadas fuera.

Me pregunto si Maury me aceptará de nuevo, pensó Chic Strikerock. Tal vez sea demasiado tarde; tal vez haya quemado mis naves. Llamó a Maury Frauenzimmer desde una cabina pública. Inspiró profundamente, con el auricular pegado a la oreja, esperando.

-¡Chic! -aulló Maury Frauenzimmer cuando apareció su imagen. Sonrió, lleno de una alegría juvenil, radiante, triunfal, que Chic nunca había visto antes-. ¡Muchacho, me alegro de que por fin llames! Vuelve, por el amor de Dios, y...

-¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa, Maury?

-No puedo decírtelo. Tenemos un gran pedido, es lo único que puedo decir por teléfono. Estoy aceptando trabajadores a diestro y siniestro. Necesito que vuelvas. ¡Necesito a todo el mundo! ¡Chic, esto es lo que hemos estado esperando todos estos malditos años! -Maury parecía casi a punto de echarse a llorar-. ¿Cuándo estarás de vuelta?

-Muy pronto, imagino -contestó Chic, asombrado.

-También ha llamado tu hermano Vince. Intentaba ponerse en contacto contigo. Quiere un empleo. La Karp le despidió, o dimitió, o algo así...; te está buscando por todas partes. Quiere trabajar aquí, no importa en qué, contigo. Le dije que si tú le recomendabas...

-Oh, claro -dijo Chic, ausente-. Vince es un técnico en sucedáneos de primera clase. Oye, Maury, ¿qué es ese pedido?

Una expresión lenta y secreta apareció en la ancha cara de Maury.

-Te lo diré cuando estés aquí, ¿no comprendes? ¡Así que date prisa!

-Iba a emigrar -dijo Chic.

-Emigrar, mierda. Con esto no tendrás que hacerlo. Estamos asegurados de por vida. Acepta mi palabra...; ¡tú, yo, tu hermano, todo el mundo! Te espero.

Maury cortó bruscamente la conexión y la pantalla se apagó.

Tiene que ser un contrato del gobierno, se dijo Chic. Y, sea lo que sea, Karp lo ha perdido. Por eso Vince se ha quedado sin trabajo. Y por eso quiere trabajar con Maury. Lo sabe.

Ahora somos una empresa Ge, se dijo, lleno de júbilo. Por fin estamos dentro.

La suerte, por fin, está conmigo.

Éste era absolutamente el mejor día de su vida, el más decisivo. En realidad, era un día que no olvidaría durante el resto de su vida. Como su jefe, Maury Frauenzimmer, era completamente feliz.

Más tarde recordaría este día...

Pero ahora no lo sabía.

Después de todo, no tenía acceso al equipo Von Lessinger.

12

-No lo sé, Vince. Tal vez te pueda conseguir trabajo con Maury, o tal vez no -dijo Chic Strikerock, reclinándose contra el asiento.

Estaba disfrutando intensamente de la situación.

Se dirigían en coche, por la autopista, hacia Frauenzimmer Asociados. Su vehículo, privado pero controlado centralmente, avanzaba guiado de un modo experto. No tenían nada de qué preocuparse, y podían dedicarse a consideraciones más importantes.

-Pero estáis contratando a todo tipo de gente -señaló Vince.

-Yo no soy el jefe.

-Haz lo que puedas, ¿de acuerdo? Te lo agradecería. Después de todo, ahora la Karp va a arruinarse irremediablemente. Eso es obvio. -Tenía una peculiar expresión triste y abatida que Chic nunca le había visto antes-. Cualquier cosa que tengas me valdrá, por supuesto -murmuró-. No quiero meterte en ningún compromiso.

-Creo que también deberíamos solucionar el asunto de Julie -dijo Chic, reflexionando-. Es tan buen momento como cualquier otro.

La cabeza de su hermano giró; Vince le miró, con la cara congestionada.

-¿Qué quieres decir?

-Llámalo un acuerdo.

-Ya veo -dijo Vince tras una larga pausa-. Pero... tú mismo dijiste...

-Lo máximo que he llegado a decir es que me pone nervioso. Pero ahora me siento mucho más seguro psicológicamente. Después de todo, estaba a punto de ser despedido. Ahora todo eso ha cambiado. Soy parte de una compañía en proceso de expansión. Y los dos lo sabemos. Estoy dentro, y eso significa mucho. Ahora creo que puedo manejar a Julie. En realidad, debería tener una esposa. Eso ayuda a asegurar estatus.

-¿Quieres decir que intentas casarte formalmente con ella?

Chic asintió.

-De acuerdo -dijo Vince por fin-. Quédatela. Francamente, no me importa un comino. Es asunto tuyo. Siempre y cuando puedas colocarme en Frauenzimmer Asociados. Eso es todo lo que me interesa.

Extraño, pensó Chic. Nunca había visto a su hermano preocupado por su carrera hasta el punto de excluir cualquier otro tema. Lo anotó mentalmente. Tal vez significaba algo.

-Puedo darle mucho a Frauenzimmer -dijo Vince-. Por ejemplo, sé el nombre del nuevo *der Alte*. Recogí un poco de información en la Karp antes de irme. ¿Quieres saberlo?

-¿Qué? -dijo Chic-. ¿El nuevo qué?

-El nuevo *der Alte*. ¿O es que no comprendes cuál es el contrato que tu jefe le ha arrebatado a la Karp?

-Claro que lo sé. Sólo estaba sorprendido -dijo Chic encogiéndose de hombros. Sus oídos aún resonaban por el *shock*-. Oye -consiguió decir-, no me importa si se va a llamar Adolf Hitler Von Beethoven.

De modo que el *der Alte* era un sim. Se sintió estupendamente al saberlo. Este mundo, la Tierra, era un lugar magnífico para vivir, por fin, y tenía intención de disfrutar de él por completo. Ahora que era de verdad un Ge.

-Se va a llamar Dieter Hogben -dijo Vince.

-Estoy seguro de que Maury lo sabe -contestó Chic con indiferencia, aunque por dentro estaba aún anonadado. Por completo.

Su hermano se inclinó y conectó la radio del coche.

-Ya hay noticias al respecto.

-Dudo que las haya tan pronto.

Librodot

-¡Calla!

Su hermano subió el volumen. Había sintonizado un noticiario. Todo el mundo, a lo largo de los EUEA, estaría escuchándolo. Chic se sintió un poco contrariado.

-... un leve ataque al corazón, que ocurrió aproximadamente a las tres, según anunciaron los doctores, ha desatado los temores de que *Herr* Kalbfleisch pueda no vivir para llegar al término de su mandato. El estado del corazón y del sistema circulatorio del *der Alte* es objeto de todo tipo de especulaciones. Este inesperado ataque llega en un momento en que...

La radio continuó hablando. Chic y Vince intercambiaron una mirada y los dos, de repente, se echaron a reír.

-No durará mucho -dijo Chic.

El final del viejo estaba en camino; ya se había hecho el primero de una serie de anuncios oficiales. El proceso seguía un curso regular, fácilmente predecible. Primero, el ataque cardiaco inicial, leve, caído del cielo, y que al principio se pensaba que era una simple indigestión. Con esto se sorprendía a la gente, pero al mismo tiempo se la preparaba, se hacía que se acostumbraran a la idea. Los Bes tenían que ser tratados de esta forma; era una tradición, y funcionaba suave y efectivamente. Siempre lo había hecho antes.

Todo está acordado, se dijo Chic. El encargo del *der Alte*, quién se queda con Julie, para qué firma trabajamos mi hermano y yo...; no hay cabos sueltos, problemáticos e incompletos.

Y, sin embargo...

Supongamos que hubiera emigrado. ¿Dónde estaría ahora? ¿En qué consistiría su vida? Richard Kongrosian y él..., colonos en una tierra distante. Pero no tenía sentido pensarlo ahora, porque había rechazado aquello; no había emigrado, y el momento de la elección ya había pasado. Descartó el pensamiento y regresó al asunto que tenían entre manos.

-Vas a descubrir que trabajar para una compañía pequeña es muy diferente a hacerlo con una gran multinacional -le dijo a Vince-. El anonimato, la burocracia impersonal...

-¡Calla! -interrumpió Vince-. Hay otro boletín.

Otra vez conectó la radio del coche.

-... debido a su enfermedad, las responsabilidades han sido asumidas por el vicepresidente, y se prevé que en breve se anuncien elecciones especiales. Mientras tanto, el estado del doctor Rudi Kalbfleisch...

-No nos van a dar mucho tiempo -dijo Vince, frunciendo el ceño nerviosamente y mordiéndose el labio inferior.

-Podemos hacerlo -contestó Chic.

No estaba preocupado. Maury encontraría una forma; ahora que tenía la oportunidad, su jefe demostraría lo que valía.

Ahora que la gran ocasión había llegado, era imposible fallar.

Ninguno de ellos podía hacerlo.

¡Dios, mira que preocuparse por eso!

Sentado en el cómodo sillón azul, el *Reichsmarschall* meditaba sobre la propuesta de Nicole, quien sorbía té helado, esperando silenciosamente, en su auténtica silla Directorio, situada en el otro extremo de la Sala Loto de la Casa Blanca.

-Lo que está pidiendo -dijo Goering por fin- es, ni más ni menos, que nos retractemos de nuestros juramentos a Adolf Hitler. ¿Es que no comprende el *Führer Prinzip*, el Principio del Liderazgo? Es posible que pueda explicárselo. Por ejemplo imagine un barco en el que...

-No quiero una conferencia -replicó Nicole-. Quiero una decisión. ¿O es que no puede decidir? ¿Ha perdido esa capacidad?

-Pero si hacemos lo que nos pide -dijo Goering-, no seremos mejores que los Saboteadores de Julio. De hecho, tendremos que colocar una bomba, exactamente igual que hicieron o harán ellos, como quiera que se exprese. Encuentro esto singularmente difícil. ¿Por qué tanta urgencia?

-Porque quiero resolver esto -dijo Nicole.

Goering suspiró.

-Sabe, nuestro mayor error, en la Alemania nazi, fue no haber sabido usar las habilidades de las mujeres con propiedad. Las relegamos a la cocina y a la cama. No se las usó realmente en el esfuerzo de guerra, en la administración o en el aparato del Partido. Al observarla, puedo ver el terrible error que cometimos.

-Si no ha decidido en las próximas seis horas -dijo Nicole-, haré que los técnicos Von Lessinger le devuelvan a la Era de la Barbarie, y cualquier trato al que pudiéramos llegar... -Hizo un ademán de corte con los dedos que Goering observó con aprensión-. Se acabó.

-Simplemente, no tengo autoridad...

-Óigame, será mejor que la tenga. ¿Qué pensó, qué pensamientos surcaron su mente cuando vio su cadáver cubierto de sangre en la cárcel de Nuremberg? Tiene que elegir: o eso, o asumir la autoridad para negociar conmigo.

Se echó atrás y sorbió un poco más de té helado.

-Yo... lo pensaré -dijo Goering, roncamente-. Durante las próximas horas. Gracias por ampliar el tiempo. Personalmente, no tengo nada contra los judíos. Estaría bastante dispuesto a...

-Pues entonces hágalo.

Nicole se puso en pie. El *Reichsmarschall* se quedó sentado, evidentemente sin darse cuenta de que ella se había levantado. Nicole se marchó de la habitación. Qué individuo más deprimente y despreciable, pensó. Castrado por la disposición del poder del Tercer Reich, incapaz de hacer nada solo, como individuo único...; no le extrañaba que hubieran perdido la guerra. Y pensar que en la primera guerra mundial era un valiente as de la aviación, uno de los miembros del Circo Volante de Von Richthofen, y que pilotaba uno de aquellos pequeños e inestables aeroplanos de madera y alambre... Era difícil creer que se tratara del mismo hombre.

A través de una ventana vio a la multitud que se congregaba ante la Casa Blanca, curiosos que se habían acercado a causa de la «enfermedad» de Rudi. Nicole sonrió. A partir de ahora montarían guardia, día y noche, como si esperaran para comprar las entradas del Campeonato Mundial, hasta que Kalbfleisch «muriera». Luego, silenciosamente, se marcharían.

El cielo sabía para qué venían. ¿No tenían otra cosa que hacer? Se lo había preguntado muchas veces antes, en las ocasiones precedentes. ¿Eran siempre las mismas personas? Interesante especulación.

Dobló una esquina... y se encontró cara a cara con Bertold Goltz.

-Vine corriendo en cuanto me enteré -dijo Goltz con indolencia-. Así que el viejo ha apurado su período y ahora se acabó. Éste no ha durado mucho. Y *Herr* Hogben le reemplazará: un muñeco mítico que aún no existe. He estado en la Frauenzimmer Werke. Tienen valor.

-¿Qué es lo que quiere? -preguntó Nicole.

Goltz se encogió de hombros.

-Conversar, tal vez. Siempre me agrada charlar con usted. La verdad es que en este momento tengo un propósito distinto: advertirla. Karp und Sohnen tiene ya un agente en la Frauenzimmer Werke.

-Lo sé -dijo Nicole-. Y no llame Werke a la Frauenzimmer. Son demasiado pequeños para ser un cártel.

-Un cártel puede ser pequeño en tamaño. Lo que importa es que tengan un monopolio. No hay competencia..., Frauenzimmer la tiene toda. Ahora, Nicole, será mejor que me escuche; es conveniente que haga que sus técnicos Von Lessinger prevean los hechos relacionados con la gente de Frauenzimmer. Los de los próximos dos meses, como mínimo. Creo que se llevará una sorpresa. Karp no va a rendirse tan fácilmente; tendría que haberlo pensado.

-Tenemos la situación bajo...

-No, no la tienen. No tienen nada bajo control. Mire y verá. Se está volviendo complaciente, como un gato gordo. -Vio que ella tocaba el botón de emergencia de su

garganta y sonrió-. ¿La alarma, Nicky? ¿Por mí? Bien, supongo que tengo que irme. Por cierto, felicidades por detener a Kongrosian antes de que pudiera emigrar. Eso ha sido todo un golpe de su parte. Sin embargo..., aún no lo sabe, pero la captura de Kongrosian la ha aferrado un poco más a la existencia de lo que suponía. Por favor, use el equipo de Von Lessinger. Es tan valioso en situaciones como ésta...

Dos hombres de la PN, con sus uniformes grises, aparecieron al fondo del corredor. Nicole les hizo señas bruscamente ellos sacaron sus armas.

Con un bostezo, Goltz se esfumó.

-Se ha ido -dijo acusadoramente Nicole a los hombres de la PN.

Claro que se había ido; lo esperaba. Pero al menos así se acababa la conversación, se había deshecho de su presencia.

Deberíamos volver a la infancia de Goltz y destruirle entonces, pensó Nicole. Pero Goltz se había anticipado a ellos. Hacía tiempo que había vuelto al período de su nacimiento y su infancia. Se protegía, se entrenaba, arrullaba a su yo infantil; mediante el principio Von Lessinger, Bertold Goltz se había convertido, en efecto, en su propio padre. Fue su propio compañero constante, su propio Aristóteles, durante los primeros quince años de su vida, y por esa razón no se podría sorprender al joven Goltz.

La sorpresa. Ése era el elemento que Von Lessinger había desterrado casi por completo de la política. Todo era ahora pura relación de causa y efecto. Al menos, eso esperaba Nicole.

-Señora Thibodeaux -dijo muy respetuosamente uno de los PN-, hay un hombre de la AG Chemie que quiere verla. Un tal Merril Judd. Le hemos hecho pasar.

-Oh, sí. Gracias -asintió Nicole.

Tenía una cita con él; Judd tenía algunas ideas frescas sobre cómo tratar a Richard Kongrosian. El psicoquímico se había puesto en contacto con la Casa Blanca en cuanto supo que habían encontrado a Kongrosian.

Nicole se dirigió a la Sala Amapola de California, donde tenía que reunirse con Judd.

Malditos Karp, Anton y Felix, pensaba mientras recorría apresuradamente el corredor alfombrado, seguida por los dos hombres de la PN. Supongamos que intentan sabotear el Proyecto Dieter Hogben... Tal vez Goltz tenga razón: ¡Tal vez tengamos que actuar contra ellos! Pero eran tan fuertes... Y disponían de tantos recursos... Los Karp, padre e hijo, eran viejos profesionales en su negocio, más aún que ella misma.

Me pregunto qué quiso decir Goltz exactamente, pensó. Sobre que nos hemos aferrado un poco más a la existencia al recuperar a Richard Kongrosian. ¿Tendrá algo que ver con Loony Luke? Ése era otro, tan malo como los Karp o Goltz; otro pirata nihilista, otro independiente a expensas del estado. Que complicado se ha vuelto todo, y aún quedaba por finalizar el acuerdo con Goering. El *Reichsmarschall* simplemente no podía decidirse, y su indecisión paralizaba las ruedas, mantenía fija su atención, lo que suponía un coste demasiado grande. Si Goering no se ha decidido esta noche...

Como le había asegurado, sería devuelto a su propia época a las ocho de la noche. Volvería a una guerra que llegaría a costarle -y lo sabía perfectamente- la vida.

Me encargaré de que Goering obtenga exactamente lo que se merece, se dijo con fiereza. Y Goltz y los Karp también. Todos ellos, incluyendo a Loony Luke. Pero hay que hacerlo con cuidado, cada cosa a su tiempo. Ahora mismo tenía un problema más acuciante, el de Kongrosian.

Rápidamente, entró en la Sala Amapola de California y saludó al psicoquímico de A. C. Chemie, Merril Judd.

Ian Duncan tuvo un sueño terrible. Una horrible vieja con garras verdosas y retorcidas le amenazaba, obligándole a que hiciera algo... No comprendía lo que pretendía porque su voz, sus palabras, tragadas por su boca sin dientes, enredadas en la saliva que corría barbilla abajo, eran incomprensibles. Luchó por liberarse, por despertar, por escapar de ella...

Librodot

-¡Por el amor de Dios! -La voz malhumorada de Al se filtró hasta él a través de las capas de la semiinconsciencia-. ¡Despierta! Hay que empezar a mover el solar. Se supone que tenemos que estar en la Casa Blanca en menos de tres horas.

Nicole, comprendió Ian mientras se sentaba, soñoliento. Era ella la mujer con quien estaba soñando; vieja y decrépita, con verrugas secas y encogidas, pero aún ella.

-De acuerdo -murmuró mientras se ponía en pie-. La verdad es que no tenía intención de quedarme dormido. Y vaya si he pagado por hacerlo. He tenido un sueño terrible con Nicole, Al. Oye, ¿y si fuera realmente vieja, a pesar de lo que vimos? Supón que es un truco, una ilusión proyectada. Quiero decir...

-Actuaremos -dijo Al-. Tocaremos nuestras jarras.

-Pero no podré soportarlo. Mi habilidad para adaptarme es demasiado precaria. Esto se está convirtiendo en una pesadilla. Luke controla al papoola y tal vez Nicole sea vieja... ¿Qué sentido tiene continuar? ¿No podemos volver a verla en la televisión como siempre? Eso me basta. Quiero eso, la imagen. ¿De acuerdo?

-No -contestó Al, obstinado-. Tenemos que seguir adelante. Recuerda, siempre puedes emigrar a Marte. Tenemos los medios al alcance de la mano.

El solar ya se había elevado y se movía hacia la Costa Este y Washington DC.

Cuando aterrizaron, Harold Slezak, un hombrecito gordo y rotundo, les saludó cálidamente; le dieron la mano y trataron de calmarse un poco mientras se dirigían hacia la entrada de servicio de la Casa Blanca.

-Su número es ambicioso -dijo él-, pero pueden conseguirlo, va bien con nosotros, con la Primera Familia, quiero decir, y en particular con la Primera Dama, que es activamente entusiasta de todo tipo de forma de arte original. Según sus datos biográficos, ustedes dos han hecho un estudio exhaustivo de los discos primitivos de las bandas de jarras supervivientes de la Guerra Civil Americana, así que son auténticos expertos, excepto, por supuesto, que tocan ustedes música clásica, no popular.

-Sí, señor -dijo Al.

-¿Podrían, no obstante, tocar una tonada *folk*? -preguntó Slezak mientras pasaban junto a los PN de guardia ante la puerta de servicio y entraban en la Casa Blanca-. Por ejemplo, sugerimos *Méceme, Sara Jane*. ¿La tienen en su repertorio? Si no...

-La tenemos -contestó Al brevemente.

Un gesto de repugnancia apareció en su cara y desapareció de inmediato.

-Bien -dijo Slezak, haciendo pasar amablemente ante él a los dos hombres-. ¿Puedo preguntarle qué criatura es ésta que traen? -Miró al papoola con poco entusiasmo- ¿Está viva?

-Es nuestro animal totem -dijo Al.

-¿Quiere decir que es una especie de amuleto? ¿Una mascota?

-Exactamente. Con él mitigamos la ansiedad. -Palmeó la cabeza del papoola-. Y forma parte de nuestro número; baila mientras tocamos. Como un mono, ya sabe.

-Bien, que me aspen -dijo Slezak, recuperado su entusiasmo-. Ahora comprendo. A Nicole le encantará; le gustan mucho las cosas suaves y peludas.

Slezak les abrió la puerta.

Y allí estaba sentada ella.

¿Cómo podía estar Luke tan equivocado?, pensó Ian Duncan. Estaba aún más hermosa que cuando la vio desde lejos en el solar, y era muy distinta a su imagen televisiva. Ésa era la diferencia capital, la fabulosa autenticidad de su apariencia, su realidad para los sentidos. Los sentidos conocían la diferencia. Aquí estaba, sentada, con unos pantalones azules de algodón, mocasines, una camisa blanca descuidadamente abotonada a través de la cual podía ver -o imaginaba que podía ver- su piel suave y bronceada. Qué informal parecía. Carecía de pretensiones y de vanagloria. Tenía el pelo corto, lo que permitía ver su cuello hermosamente formado y sus orejas..., que le fascinaban, capturaban toda su atención. Y era tan joven. No parecía tener siquiera veinte años. Se preguntó si por algún milagro ella se acordaría de él. O de Al.

-Nicole -dijo Slezak-, éstos son los concertistas de jarra clásica.

Ella alzó la mirada; había estado leyendo *The Times*. Ahora les sonreía.

-Buenas tardes -dijo-. ¿Han comido ustedes? Podemos servirles *bacon* de Canadá y tostadas y café como tentempié, si quieren.

Curiosamente, su voz parecía no proceder de ella; se materializaba desde lo alto de la habitación, casi desde el techo. Ian miró en esa dirección y vio una serie de altavoces, y descubrió con sorpresa que una barrera de cristal o de plástico separaba a Nicole de ellos, como medida de seguridad para protegerla. Se sintió decepcionado y a la vez comprendió por qué era necesario. Si algo le sucedía...

-Hemos comido, señora Thibodeaux -dijo Al-. Gracias.

Él también miraba los altavoces.

Ya hemos comido, señora Thibodeaux, pensó locamente Ian Duncan. ¿No es justo al contrario? ¿No nos ha devorado ella? Extraño pensamiento...

-Mira -le dijo Nicole a Harold Slezak-, tienen uno de esos pequeños papoola... ¿No es gracioso? -se dirigió a Al-. ¿Puedo verlo? Tráigalo aquí.

Hizo un gesto y la pared transparente empezó a alzarse.

Al soltó al papoola y éste se escurrió hacia Nicole, bajo la barrera de seguridad. Nicole le tomó de inmediato entre sus manos fuertes y competentes. Lo miraba con intensidad, como si viera en su interior.

-Vaya, no está vivo -dijo-. Sólo es un juguete.

-No sobrevivió ninguno -explicó Al-. Por lo que sabemos. Pero éste es un modelo auténtico, basado en restos fósiles hallados en Marte.

Dio un paso hacia ella.

La barrera, bruscamente, se colocó en su sitio. Al quedó separado del papoola y se quedó allí con la boca abierta, con aspecto muy trastornado. Entonces, como por instinto, tocó los controles que llevaba en la cintura. El papoola se deslizó de las manos de Nicole y cayó pesadamente al suelo. Nicole dio un gritito de diversión. Sus ojos brillaban.

-¿Quieres uno, Nicky? -le preguntó Harold Slezak-. Sin duda podremos conseguirte uno, o varios.

-¿Qué hace? -preguntó Nicole.

-Baila. Cuando tocan, el ritmo le llega a los huesos...; ¿no es correcto, señor Duncan? Tal vez puedan tocar algo ahora, una pieza breve, para mostrárselo a la señora Thibodeaux.

Se frotó vigorosamente las enormes manos, asintiendo hacia Ian y Al.

-C-claro -dijo Al. Él e Ian se miraron mutuamente-: Podemos tocar esa pieza de Schubert, el arreglo de *La Trucha*. Vamos, Ian, preparados.

Sacó la jarra de su funda y la sostuvo en alto, sintiéndose extraño. Ian hizo lo mismo.

-Soy Al Miller, primera jarra. Y junto a mí está mi compañero, Ian Duncan, como segunda jarra. Vamos a ofrecerle un concierto de clásicos favoritos, empezando con un poco de Schubert.

Bump bump-bump BUMP-BUMP buump bump, ba-bump-bump bup-bup-bup-bup-buppppp...

-Ahora recuerdo dónde les he visto antes -dijo Nicole de repente-. Especialmente a usted, señor Miller.

Los dos bajaron sus jarras y esperaron, aprensivamente.

-En el mercadillo ambulante -dijo Nicole-. Cuando fui a recoger a Richard Kongrosian. Usted me habló. Me pidió que dejara en paz a Richard.

-Sí -admitió Al.

-¿No se les ocurrió pensar que lo recordaría?

-Ve usted a tanta gente...

-Pero tengo buena memoria. Incluso para aquellos que no son demasiado importantes. Deberían haber esperado un poco más antes de acudir aquí..., o tal vez no les importe.

-Nos importa -dijo Al-. Nos importa mucho.

Librodot

Ella los estudió durante largo rato.

-Los músicos son graciosos -dijo por fin, en voz alta-. He descubierto que no piensan como las demás personas. Viven su propio mundo fantástico, como hace Richard. Él es el que está peor. Pero también es el mejor de los músicos de la Casa Blanca. Tal vez una cosa vaya con la otra; no lo sé, no tengo ninguna teoría al respecto. Alguien debería hacer un estudio científico exhaustivo sobre el tema y determinarlo de una vez por todas. Bien, continúen con su número.

-De acuerdo -dijo Al, mirando a Ian rápidamente.

-No me dijiste que le habías dicho que dejara en paz a Kongrosian..., nunca lo mencionaste.

-Pensé que lo sabías; pensé que estabas allí y lo habías oído todo. -Al se encogió de hombros-. De todas formas, no creía que fuera a recordarme.

Obviamente, aún le parecía imposible; su cara estaba perpleja.

Empezaron a tocar de nuevo.

Bump-bump-bump BUMP-BUMP buump bump...

Nicole se echó a reír.

Hemos fracasado, pensó Ian. Dios, había sucedido lo peor; somos ridículos. Dejó de tocar; Al continuó, con las mejillas rojas y sudando por el esfuerzo. Parecía no darse cuenta de que Nicole alzaba las manos para contener su risa a costa de ellos y de sus esfuerzos. Al siguió tocando, solo, hasta terminar la pieza, y entonces él también bajó la jarra.

-El papoola -dijo Nicole, todo lo seriamente que pudo-. No ha bailado. No ha dado ni un paso... ¿Por qué?

Y una vez más se echó a reír, incapaz de refrenarse.

-Yo... no tengo control sobre él -dijo Al torpemente-. Ahora mismo está bajo control remoto. -Se dirigió a Ian-. Luke aún lo controla. -Se volvió al papoola-. Será mejor que bailes.

-Oh, la verdad es que es magnífico. Mira -le dijo Nicole a una mujer que acababa de unírsele; era Janet Raimer, Ian la reconoció-. Tiene que suplicarle para que baile. Baila, te llames como te llames, papoola de Marte, o papoola imitación. -Tocó al papoola con la punta de su mocasín, intentando hacer que volviera a la vida-. Vamos, criaturita sintética hecha de cables. Por favor.

Apretó un poco más.

El papoola saltó hacia ella. La mordió.

Nicole dio un grito. Un agudo chasquido sonó tras ella y el papoola se desvaneció en partículas que crepitaron. Un PN dio un paso al frente, con el rifle en las manos, mirando a Nicole y las partículas flotantes: su cara estaba tranquila, pero sus manos y el rifle temblaban. Al empezó a maldecirse, una y otra vez, repitiendo las mismas palabras incesantemente.

-Luke -le dijo a Ian-. Ha sido él. Venganza. Es nuestro fin.

Parecía viejo, exhausto, acabado. Meditabundo, empezó a guardar su jarra una vez más, mecánicamente, con lentitud.

-Quedan ustedes arrestados -dijo un segundo PN, apareciendo tras ellos y apuntándoles con su rifle.

-Claro -asintió Al, casi sin prestar atención, vacío-. No tenemos nada que ver, así que arréstenos.

Poniéndose en pie con ayuda de Janet Raimer, Nicole se acercó lentamente a Ian y Al. Se detuvo ante la barrera transparente.

-¿Me mordió porque me reí? -dijo con suavidad.

Slezak se frotaba la frente. No dijo nada, simplemente se quedó mirándoles, hierático.

-Lo siento -dijo Nicole-. Le hice enfadar, ¿no? Es una lástima; nos habría gustado su número. Esta noche después de cenar.

-Lo hizo Luke -le dijo Al.

-Luke -Nicole le estudió-. Sí, eso es. Es su jefe. -Se volvió a Janet Raimer-. Supongo que tendremos que arrestarle también. ¿No te parece?

-Lo que tú digas -contestó Janet Raimer, pálida y con aspecto terriblemente asustado.

-Todo este asunto de las jarras... sólo era una tapadera para llevar a cabo una acción directamente hostil contra nosotros, ¿no? Un crimen contra el estado. Tendremos que volver a estudiar toda la filosofía de invitar aquí a artistas... Tal vez ha sido un error desde el mismo principio. Da demasiado acceso a cualquiera que tenga intenciones hostiles hacia nosotros. Lo siento.

Ahora parecía triste; se cruzó de brazos y se quedó meciéndose adelante y atrás, perdida en sus pensamientos.

-Créame, Nicole... -empezó a decir Al.

-No soy Nicole -dijo ella, introspectivamente, para sí-. No me llame así. Nicole Thibodeaux murió hace años. Soy Kate Rupert, la cuarta en ocupar su puesto. Sólo soy una actriz que se parece lo bastante a la Nicole original para poder trabajar en esto; a veces, cuando pasa algo como lo de hoy, desearía no tener que hacerlo. La verdad es que no tengo autoridad, en un sentido estricto. Hay un Consejo que gobierna... nunca les veo; no se interesan por mí y yo no me intereso por ellos. Así que estamos a la par.

-¿Cuántos... cuántos atentados ha habido contra su vida? -preguntó Al tras una pausa.

-Seis o siete. Lo he olvidado. Siempre por razones psicológicas. Complejos de Edipo no resueltos o cosas así de raras. La verdad es que no me importa. -Se volvió hacia los hombres de la PN; ahora había varios destacamentos. Señaló a Ian y Al-. Me parece que no saben lo que pasa. Tal vez sean inocentes. -Se dirigió a Janet Raimer y Harold Slezak-. ¿Tienen que ser destruidos? No sé por qué no se puede erradicar una porción de las células memorísticas de sus cerebros y dejarles ir. ¿Por qué no lo hacéis así?

Slezak miró a Janet Raimer, luego se encogió de hombros.

-Si tú lo quieres...

-Sí -dijo Nicole-. Lo preferiría. Haría más fácil mi trabajo. Llevadlos al Centro Médico de Bethesda y después dejadlos en libertad. Y ahora continuemos; concedamos una audiencia a los siguientes.

Un PN apretó su arma contra la espalda de Ian.

-Diríjanse al pasillo, por favor.

-De acuerdo -consiguió murmurar Ian, aferrado a su jarra. Pero ¿qué pasaba? No comprendo nada. Esta mujer no es realmente Nicole y, aún peor, no hay ninguna Nicole; después de todo, es sólo una imagen televisiva, una ilusión de los medios, y tras eso, tras ella, otro grupo gobierna sobre todo. Una corporación de algún tipo. Pero ¿quiénes son y cómo consiguieron el poder? ¿Cuánto tiempo lo han mantenido? ¿Lo sabremos alguna vez? Hemos llegado tan lejos; casi parecía que conseguiríamos saber lo que pasa. La realidad tras la ilusión, los secretos que nos han ocultado toda la vida. ¿No pueden decirnos el resto? No puede haber mucho más. ¿Qué diferencia habría ya?

-Adiós -le estaba diciendo Al.

-¿Q-qué? -preguntó, horrorizado-. ¿Por qué dices eso? Van a soltarnos, ¿no?

-No nos recordaremos el uno al otro. Acepta mi palabra; no se nos permitirá tener ningún recuerdo. Así que... -le tendió la mano-. Adiós, Ian. Llegamos a la Casa Blanca, ¿no? No lo recordarás, pero seguirá siendo cierto, lo hicimos.

Sonrió pícaramente.

-Muévanse -les dijo el PN.

Sosteniendo aún sus jarras, Al Miller e Ian Duncan recorrieron el pasillo con calma, en dirección a la puerta de salida y a la negra furgoneta médica que sabían que esperaba detrás.

Era de noche, e Ian Duncan se encontró en una esquina desierta, helado y temblando, cegado por la luz blanca de un andén del *transpub* urbano. ¿Qué estoy haciendo aquí?, se preguntó, asombrado. Miró su reloj; eran las ocho. Se supone que tengo que estar en la Reunión, ¿no?, se preguntó atontado.

No puedo faltar a otra. Dos seguidas... es una multa terrible; es económicamente ruinoso. Empezó a caminar.

El familiar edificio, el Abraham Lincoln, con todo su despliegue de torres y ventanas, se extendía delante de él. No estaba lejos y se apresuró, respirando profundamente, intentando mantener un buen ritmo. Debe de haber acabado ya, pensó. Las luces del gran auditorio central no estaban encendidas. Maldición, pensó desesperado.

-¿La reunión ha terminado? -preguntó al portero cuando entró en el vestíbulo, enseñando su identificación al oficial lector.

-Se confunde usted, señor Duncan -dijo Vince Strikerock-. La asamblea fue anoche; hoy es viernes.

Algo va mal, advirtió Ian. Pero no dijo nada; simplemente asintió y se apresuró hacia el ascensor.

Cuando salía del ascensor en su propia planta, una puerta se abrió y una figura furtiva le llamó.

-¡Eh, Duncan!

Era un inquilino llamado Corley, al que apenas conocía. Ya que un encuentro como éste podía resultar desastroso, Ian se acercó con cautela.

-¿Qué pasa?

-Un rumor -dijo Corley, con voz rápida y llena de miedo-. Sobre su última prueba *relpol*..., alguna irregularidad. Van a presentarse a las cinco o a las seis de esta madrugada y le van a aplicar una prueba por sorpresa. -Miró arriba y abajo del pasillo-. Estudie los últimos años ochenta y los movimientos religioso-colectivistas en particular. ¿Comprende?

-Claro -dijo Ian, con gratitud-. Y muchas gracias. Tal vez pueda hacer lo mismo...

Se interrumpió, porque Corley había vuelto a entrar en su apartamento y había cerrado la puerta. Ian estaba solo. Ciertamente, era muy amable por su parte, pensó mientras seguía caminando. Es probable que me haya salvado de que me echen de aquí para siempre.

Cuando llegó a su apartamento, se acomodó y se rodeó de todos los libros de historia política de los Estados Unidos. Estudiaré toda la noche, decidió. Porque tengo que aprobar ese examen; no tengo otra opción.

Encendió la televisión para mantenerse despierto. Inmediatamente, la presencia cálida y familiar de la Primera Dama cobró vida y empezó a inundar la habitación.

-... y en nuestra intervención musical de esta noche -estaba diciendo- tendremos un cuarteto de saxofones que tocarán temas de las óperas de Wagner, en especial mi favorita, *Die Meistersinger*. Creo que todos lo encontraremos profundamente enriquecedor. Y, después de eso, he dispuesto presentarles a vez más a un favorito de ustedes, el renombrado violoncelista Henri LeClerc, en un programa de Jerome Kern y Cole Porter.

Ella sonrió y, desde su pila de libros de referencia, Ian Duncan le devolvió la sonrisa.

Me pregunto cómo sería tocar en la Casa Blanca, se dijo. Actuar ante la Primera Dama. Lástima que nunca haya aprendido a tocar ningún instrumento musical. No sé actuar, escribir poemas, bailar ni cantar..., nada. ¿Qué esperanza hay entonces para mí? Si hubiera nacido en una familia de músicos, si hubiera tenido un padre o una madre para enseñarme...

Tristemente, subrayó unas cuantas notas sobre la ascensión el Partido Cristiano-Fascista Francés, en 1975. Y entonces, atraído como siempre por el televisor, soltó el bolígrafo y giró una silla para mirarlo. Nicole exhibía ahora una pieza de porcelana Delft que había encontrado, según explicaba, en una tiendecita en Schwinfurt, Alemania. Qué colores tan lindos tenía... La miró, fascinado, mientras con sus dedos fuertes y finos acariciaba la brillante superficie de la porcelana.

-Mírenla -murmuraba Nicole con su voz melosa-. ¿No les gustaría tener una igual? ¿No es encantadora?

-Sí -dijo Ian Duncan.

-¿Cuántos de ustedes desearían ver algún día una pieza así? -preguntó Nicole-. Levanten la mano.

Ian alzó la mano, lleno de esperanza.

-Oh, muchos -dijo Nicole, mostrando su sonrisa íntima y radiante-. Bien, tal vez más tarde demos otra vuelta por la Casa Blanca. ¿Les gustaría?

-¡Sí, me gustaría! -dijo Ian, saltando en la silla.

En la pantalla del televisor, ella parecía sonreírle directamente. Y por eso le devolvió la sonrisa. Y luego, de mala gana, sintiendo un gran peso sobre él, volvió por fin a sus libros. De vuelta a la cruda realidad de su interminable vida diaria.

Algo chocó contra la ventana de su apartamento y una voz le llamó suavemente.

-¡Ian Duncan, no tengo mucho tiempo!

Ian se dio la vuelta y vio, en la oscuridad de la noche, una forma a la deriva, una construcción ovoide que flotaba. En su interior, un hombre le hacía señas enérgicamente, aún llamándole. El huevo emitió un extraño ruido, *putt-putt*, con sus motores en punto muerto, mientras el hombre abría la escotilla y salía.

¿Ya me están haciendo la prueba?, se preguntó Ian Duncan. Se puso en pie, sintiéndose indefenso. Tan pronto...; aún no estoy preparado.

Furioso, el hombre del vehículo hizo girar los propulsores hasta que el fuego de sus tubos de escape dio contra la superficie del edificio; la habitación se sacudió y trozos de yeso salieron volando. La propia ventana se hizo pedazos por el calor. A través de la abertura, el hombre gritó una vez más, intentando atraer al atontado Ian Duncan.

-¡Eh, Duncan! ¡Date prisa! ¡Ya tengo a tu socio; está de camino en otra nave!

El hombre era mayor y llevaba un caro traje de fibra natural, algo pasado de moda; bajó con destreza del vehículo en forma de huevo y entró en la habitación.

-Tenemos que empezar a movernos si queremos conseguirlo -prosiguió-. ¿No me recuerdas? Tampoco lo hizo Al.

Ian Duncan le miró, preguntándose quién era él, quién era Al.

-Los psicólogos de mamá hicieron un buen trabajo con vosotros -observó el hombre-. Ese lugar, Bethesda, debe de ser todo un reformatorio... -Se acercó a Ian y lo agarró por el hombro-. La PN está desmantelando todos los mercadillos ambulantes; me marcho a Marte y voy a llevaros conmigo. Soy Loony Luke... No me recuerdas, pero lo harás cuando estemos en Marte y veas de nuevo a tu amigo Al. Vamos.

Luke le empujó hacia el boquete de la pared, donde antes estuviera la ventana, en dirección al vehículo que estaba al otro lado. Ian advirtió que era una nave de chatarra, como las llamaban.

-De acuerdo -dijo Ian, preguntándose qué iba a llevar consigo.

¿Qué necesitaría en Marte? ¿Cepillo de dientes, pijama, un abrigo? Miró frenéticamente el apartamento. Su última inspección.

Muy lejos, sonaban las sirenas de la Policía.

Luke entró en la nave, e Ian le siguió, agarrando la mano extendida del hombre. El suelo de la nave, como descubrió para su sorpresa, estaba lleno de brillantes criaturas de color naranja, como insectos, cuyas antenas ondeaban. Papoolas, recordó. O algo así.

Ahora estás bien, pensaban los papoolas al unísono. No te preocupes: Loony Luke te salvó justo a tiempo. Tranquilo.

-Sí -accedió Ian.

Se apoyó contra el costado de la nave y se relajó, y la nave salió disparada hacia el vacío de la noche y el nuevo planeta que había más allá.

13

-La verdad es que me gustaría salir de la Casa Blanca -le dijo Richard Kongrosian, malhumorado, al PN que le vigilaba.

Se sentía irritado y también aprensivo; se mantenía lo más lejos posible del Comisario Pembroke. Sabía que era Pembroke quien se encargaba de él.

-El señor Judd, el psicoquímico de la AG Chemie, estará aquí de un momento a otro -dijo Wilder Pembroke-. Así que, por favor, sea paciente.

Su voz era suave, pero no tranquilizante. Tenía un duro retintín que hacía que Kongrosian se sintiera aún más incómodo.

-Esto es intolerable -dijo Kongrosian-. Vigilándome de esta forma, observando todo lo que hago. No soporto que me miren: tengo paranoia sensitiva, ¿es que no se da cuenta?

Llamaron a la puerta.

-El señor Judd, para ver al señor Kongrosian -anunció un lacayo de la Casa Blanca.

Pembroke abrió la puerta de la habitación para admitir a Merril Judd, quien entró lleno de energía, con un maletín oficial en la mano.

-Señor Kongrosian, me alegra conocerle por fin.

-Hola, Judd -murmuró Kongrosian, sintiéndose deprimido por todo lo que sucedía a su alrededor.

-Traigo unas cuantas medicinas experimentales para usted -le informó Judd, abriendo el maletín y rebuscando en su interior-. La imipramina hcl…, dos veces al día, 50 miligramos cada vez. Es la píldora naranja. La píldora marrón es nuestro nuevo óxido metabiretinato, cien miligramos por...

-Veneno -interrumpió Kongrosian.

-¿Cómo?

-No lo tomaré; esto es parte de un plan cuidadosamente establecido para matarme.

No había dudas en la mente de Kongrosian. Se había dado cuenta en el momento en que Judd había llegado con el maletín oficial de AG Chemie.

-En absoluto -dijo Judd, mirando bruscamente a Pembroke-. Se lo aseguro. Estamos intentando ayudarle. Es nuestro trabajo, señor.

-¿Y por eso me secuestró?

-Yo no le secuestré -dijo Judd cautelosamente-. Ahora, en lo que respecta a...

-Todos ustedes trabajan juntos -dijo Kongrosian.

Y tenía la respuesta adecuada; había estado preparándose para cuando llegara el momento exacto. Utilizando su talento psíquico, levantó ambas manos y dirigió el poder de su atención hacia el psicoquímico Merril Judd.

El psicoquímico se vio levantado del suelo y flotó en el aire; aún agarrando su maletín oficial, abrió la boca, con los ojos desorbitados, y miró a Kongrosian y a Pembroke intentando hablar; entonces Kongrosian le arrojó contra la puerta de la habitación. Esta, de madera hueca, se hizo pedazos cuando Judd chocó contra ella, y el hombre la atravesó y se perdió de vista. Sólo Pembroke y sus PN permanecieron entonces en la habitación con Kongrosian.

-Tal vez... -dijo roncamente Pembroke, aclarándose la garganta-, debiéramos ver si está malherido. -Mientras se dirigía a la puerta destrozada, añadió, por encima del hombro-: Me parece que AG Chemie se molestará por esto. Por decirlo de una forma suave.

-Al infierno con AG Chemie -dijo Kongrosian-. Quiero a mi propio médico. No confío en nadie que me traigan ustedes aquí. ¿Cómo sé que era de verdad de AG Chemie? Probablemente era un impostor.

-En todo caso, apenas tiene que preocuparse ahora por él -dijo Pembroke.

Cuidadosamente, abrió los restos de la puerta de madera.

-¿Era de verdad de AG Chemie? -preguntó Kongrosian, siguiéndolo al pasillo.

-Usted mismo habló con él por teléfono; fue usted quien le llamó, en un principio. -Pembroke parecía furioso y agitado mientras buscaba a Judd en el pasillo-. ¿Dónde está? -inquirió-. En nombre de Dios, ¿qué es lo que le ha hecho, Kongrosian?

-Le trasladé, escalera abajo, hasta la lavandería del subsuelo. Está perfectamente -dijo Kongrosian, de mala gana.

-¿Sabe lo que es el principio Von Lessinger? -le preguntó Pembroke, mirándole tenso.

-Por supuesto.

-Como miembro superior de la PN, tengo acceso al equipo Von Lessinger. ¿Le gustaría saber quién es el próximo a quien va a maltratar gracias a su habilidad psicocinética?

-No.

-Sería una ventaja saberlo. Porque puede querer detenerse; será una maniobra que lamentará.

-¿Quién es esa persona? -preguntó entonces Kongrosian.

-Nicole. Puede llamarme lo que quiera. ¿Debido a qué teoría operacional se ha abstenido, hasta ahora, de usar su talento políticamente?

-¿Políticamente? -repitió Kongrosian casi sin darse cuenta.

-La política, si puedo recordárselo, es el arte de hacer que otra gente haga lo que uno quiere, por la fuerza, si es necesario. Su manera de aplicar la psicocinética hace un momento ha tomado una dirección bastante inusitada..., pero ha sido un acto político.

-Siempre he sentido que estaba mal usarlo contra la gente.

-Pero ahora...

-Ahora la situación es diferente. Estoy prisionero; todo el mundo está contra mí. Usted está contra mí, por ejemplo. Podría usarlo contra usted.

-Por favor, no lo haga -dijo Pembroke. Sonrió, tenso-. Soy solamente un asalariado de una agencia gubernamental que hace su trabajo.

-Es usted mucho más que eso. Me gustaría saber cómo voy a usar mi talento contra Nicole.

No podía imaginarse a sí mismo haciendo eso; sentía demasiado temor hacia ella. Demasiada reverencia.

-¿Por qué no esperamos y vemos? -preguntó Pembroke.

-Me parece tan extraño que use el equipo Von Lessinger solamente para investigarme. Después de todo, soy completamente indigno, un marginado de la sociedad. Una rareza que nunca debería haber nacido.

-Es su enfermedad la que habla cuando dice eso. Y en el fondo de su mente lo sabe -dijo Pembroke.

-Pero tiene que admitir que no es normal que nadie use la maquinaria de Von Lessinger como lo ha hecho usted -insistió Kongrosian-. ¿Cuál es su motivo?

Su motivo real, pensó para sí.

-Mi deber es proteger a Nicole. Obviamente, ya que pronto hará usted un movimiento manifiesto en su dirección...

-Creo que me está mintiendo -interrumpió Kongrosian-. Nunca podría hacer una cosa así. No a Nicole.

Wilder Pembroke alzó una ceja. Y entonces se dio la vuelta y llamó el ascensor para bajar a buscar al psicoquímico de AG Chemie.

-¿Qué está planeando? -preguntó Kongrosian.

De todas formas, recelaba de los hombres de la PN, siempre había recelado de ellos y siempre lo haría, en particular desde que la PN había aparecido en el mercadillo ambulante y le había atrapado. Este hombre en concreto le hacía desconfiar mucho más, le hacía sentir hostilidad, aunque no comprendía del todo por qué.

-Sólo hago mi trabajo -repitió Pembroke.

Sin embargo, por razones que no sabía conscientemente Kongrosian no le creía.

-¿Cómo espera recuperarse ahora? -le preguntó Pembroke mientras las puertas del ascensor se abrían-. Ha destruido al hombre de AG Chemie...

Entró en el ascensor e hizo señas a Kongrosian para que le siguiera.

-Mi médico. Egon Superb. Él puede curarme aún.

-¿Quiere verle? Eso puede arreglarse.

-¡Sí! -exclamó Kongrosian ansiosamente-. En cuanto sea posible. Es la única persona en el universo que no está en contra de mí.

Librodot

-Yo mismo podría llevarle allí -dijo Pembroke. Había una expresión pensativa en su cara llana y fría-. Si pensara que es una buena idea..., y la verdad es que en este punto no estoy muy seguro.

-Si no me conduce hasta él -dijo Kongrosian-, le levantaré con mi talento y le soltaré en el Potomac.

Pembroke se encogió de hombros.

-Podría hacerlo, sin ninguna duda. Pero, según el equipo Von Lessinger, probablemente no lo hará. Correré el riesgo.

-No creo que el principio de Von Lessinger pueda aplicarse con propiedad a los *psis* como yo -dijo Kongrosian, irritado, mientras entraba en el ascensor-. Al menos, eso es lo que he oído. Actuamos como factores acausales.

Era difícil tratar con este hombre. No le gustaba. Ni confiaba en él.

Tal vez sea sólo por su mentalidad de Policía, conjeturó Kongrosian mientras bajaban.

O tal vez haya algo más.

Nicole, pensó. Sabes perfectamente bien que nunca podría hacerte nada; está completamente fuera de lugar... Mi mundo entero se derrumbaría. Sería como lastimar a mi propia madre o a mi hermana, a alguien sagrado. Tengo que controlar mi talento, advirtió. Por favor, querido Dios, ayúdame a controlar mi habilidad psicocinética cuando esté cerca de Nicole, ¿de acuerdo?

Mientras el ascensor bajaba, esperó fervientemente una respuesta.

-Por cierto. -Pembroke interrumpió sus pensamientos de repente-. Sobre su olor. Parece que ha desaparecido.

-¡Desaparecido! -Y entonces la implicación de la observación del hombre de la PN le golpeó-. ¿Quiere decir que podía detectar mi olor fóbico? ¡Pero eso es imposible! No puede ser... -Dejó de hablar, confundido-. Y ahora dice que ha desaparecido.

No comprendía.

Pembroke le miró.

-Podría notarlo aquí, junto a usted en este ascensor. Por supuesto, puede volver. Me alegrará hacérselo saber si es así.

-Gracias -dijo Kongrosian.

Y pensó: este hombre, de alguna manera, me controla. Constantemente. Es un psicólogo maestro...; ¿o es, por definición, un estratega político maestro?

-¿Un cigarrillo?

Pembroke le tendió el paquete. Horrorizado, Kongrosian dio un salto hacia atrás.

-No. Son ilegales..., demasiado peligrosos. No me atrevería a fumar uno -repuso.

-Siempre el peligro -dijo Pembroke, mientras encendía uno-, ¿no? Un mundo constantemente peligroso. Tiene usted que tener cuidado incesantemente. Lo que necesita, Kongrosian, es un guardaespaldas. Un batallón de PN bien entrenado que estén siempre con usted. O, de otro modo...

-De otro modo, no cree que tenga muchas probabilidades.

Pembroke asintió.

-Muy pocas, Kongrosian. Y lo digo en base a mi uso del aparato de Von Lessinger.

Los dos hombres guardaron silencio.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. Estaban en el subsuelo de la Casa Blanca. Kongrosian y Pembroke salieron al salón...

Un hombre, a quien los dos reconocieron, les estaba esperando.

-Quiero que me escuche. Kongrosian -le dijo Bertold Goltz al pianista.

Rápidamente, en una fracción de segundo, el Comisario de la PN sacó su pistola, apuntó a Goltz y disparó.

Pero Goltz ya se había evaporado.

En el suelo, donde había estado el hombre, había un trozo de papel doblado. Goltz lo había dejado caer. Kongrosian se agachó y lo recogió.

-¡No lo toque! -dijo Pembroke bruscamente.

Era demasiado tarde. Kongrosian lo tenía y lo estaba desdoblando. Decía:

Pembroke le lleva a la muerte

-Interesante -dijo Kongrosian.

Pasó el papel al hombre de la PN, Pembroke retiró la pistola y lo cogió, escrutándolo, con la cara torcida por la ira.

-Pembroke ha esperado meses, hasta conseguir que lo tuvieran en la Casa Blanca bajo custodia -dijo Goltz tras ellos-. Ahora ya no queda tiempo.

Pembroke se giró, sacó de nuevo la pistola y disparó. Una vez más, sonriendo con una mueca amarga, Goltz desapareció. Nunca lo atrapará, pensó Kongrosian. No mientras tenga el equipo Von Lessinger a su disposición.

¿Ya no queda tiempo para qué?, se preguntó. ¿Qué va a suceder? Goltz parecía saberlo y probablemente Pembroke lo supiera también; los dos disponían del mismo equipo.

Y, pensó, ¿qué relación tiene eso conmigo?

Conmigo... y con mi talento, que he jurado controlar. ¿Significa que voy a usarlo?

No sabía qué era lo que significaba aquello exactamente. Y probablemente podía hacer muy poco al respecto.

Nat Flieger oyó a unos niños jugando fuera de la casa. Cantaban una especie de galimatías que le era desconocido. Y llevaba metido en el mundo de la música toda la vida. No importaba con cuánta intensidad intentara comprender las palabras; éstas eran extrañamente confusas.

-¿Le importa si miro? -le preguntó a Beth Kongrosian, incorporándose de la hamaca.

Beth Kongrosian se puso pálida.

-Yo... preferiría que no lo hiciera. Por favor, no mire a los niños. ¡Por favor!

-Somos una compañía grabadora, señora Kongrosian -dijo Nat amablemente-. Todo lo relacionado con el mundo de la música es asunto nuestro.

No podía evitar acercarse a la ventana para echar un vistazo; el instinto, acertado o equivocado, estaba en su sangre y tenía precedencia sobre la amabilidad, la educación o cualquier otra cosa. Al asomarse, los vio sentados en un círculo. Todos eran parias. Se preguntó cuál de ellos sería Plautus Kongrosian. Todos le parecían iguales. Tal vez el niño pequeño que, vestido con pantalones cortos amarillos y camiseta, estaba a un lado. Nat hizo una seña a Molly y Jim, que se le unieron ante la ventana.

Cinco niños Neanderthal, pensó Nat. Arrancados de su tiempo; una secuencia del pasado presente en esta época, en el presente, para que nosotros, los de EME, podamos oírla y grabarla. Me pregunto qué clase de portada querría poner el departamento artístico. Cerró los ojos, sin querer seguir viendo la escena que había al otro lado de la ventana.

Pero seguiría adelante, lo sabía, porque había venido aquí a conseguir algo; no podemos -o al menos no queremos- volver sin nada. Y... esto es importante. Hay que tratar este asunto profesionalmente. Tal vez resulte incluso más importante que Richard Kongrosian, por bueno que sea. Y no podemos permitirnos el lujo de prestar atención a nuestras delicadas sensibilidades.

-Jim, saca el Ampek F-a2. Inmediatamente. Antes de que paren.

-No les dejaré grabarlos -objetó Beth Kongrosian.

-Lo haremos -le dijo Nat-. Estamos acostumbrados a esto, en sesiones de música popular hechas sobre la marcha. Se ha llevado a juicio muchas veces y la firma grabadora ha ganado siempre.

Siguió a Jim Planck para ayudarle a preparar los aparatos.

-Señor Flieger -le llamó la señora Kongrosian-, ¿comprende lo que son?

-Sí -dijo él.

Y continuó con la tarea.

Inmediatamente tuvieron preparado el Ampek F-a2. El organismo latió adormecido, haciendo ondular sus pseudópodos como si tuviera hambre. La humedad parecía haberle afectado un poco; estaba apático.

Beth Kongrosian apareció tras ellos, serena, con la cara rígida por la determinación.

-Escúchenme, por favor -dijo en voz baja-. Esta noche van a tener una reunión. Los adultos. En su lugar de asamblea, en el bosque, cerca de aquí, en la carretera que utilizan; les pertenece a ellos, a su organización. Cantarán y bailarán mucho. Exactamente lo que quieren ustedes. Mucho más de lo que encontrarán aquí, con estos niños. Por favor, esperen y graben eso.

-Grabaremos las dos cosas -dijo Nat.

Hizo un gesto a Jim para que llevara el Ampek F-a2 al círculo de niños.

-Les dejaré que se queden aquí esta noche. -Beth Kongrosian corrió tras ellos-. Muy tarde, a eso de las dos de la madrugada, cantan maravillosamente... Es difícil comprender las palabras, pero... -Cogió a Nat por el brazo-. Richard y yo hemos estado intentando mantener a nuestro hijo apartado de todo esto. Los niños no participan realmente; no conseguirá nada auténtico de ellos. Cuando vea a los adultos... -Se echó a llorar y terminó a duras penas-. Entonces verá lo que quiero decir.

-Vamos a esperar -dijo Molly.

Dudando, Nat se volvió hacia Jim Planck. Jim asintió.

-De acuerdo, señora Kongrosian -dijo entonces Nat-. Si nos lleva a su punto de reunión y se encarga de que podamos entrar.

-Sí. Lo haré. Gracias, señor Flieger.

Me siento culpable, pensó Nat. Pero dijo en voz alta:

-De acuerdo. Y... -la culpa fue más fuerte que él-, qué diablos, no tiene que alojarnos aquí. Nos instalaremos en Jenner.

-Me gustaría que se quedaran. Estoy terriblemente sola. Necesito compañía cuando Richard no está. No sabe lo que significa que gente de... fuera venga aquí de vez en cuando.

Los niños, al advertir a los adultos, se separaron de repente, tímidamente. Miraron a Nat, a Jim y a Molly con los ojos muy abiertos. Probablemente no habría sido posible grabarlos, pensó Nat. No había perdido nada con su trato.

-¿Le asusta esto? -le preguntó Beth Kongrosian.

Él se encogió de hombros.

-No. La verdad es que no.

-El gobierno lo sabe. Han venido a investigar muchos etnólogos y dios sabe qué más. Todos dicen que demuestra una cosa: en tiempos prehistóricos, durante la época anterior al Hombre de Cromagnon...

Se detuvo, incapaz de continuar.

-Se cruzaron -terminó Nat-. Como indicaban los esqueletos encontrados en las cuevas de Israel.

-Sí -asintió ella-. Posiblemente todas las llamadas subrazas. Las razas que no sobrevivieron. Fueron absorbidas por el *Homo Sapiens*.

-Yo haría una suposición diferente. Me parece más probable que las subrazas fueran mutaciones que existieron durante un corto espacio de tiempo, y que luego desaparecieron porque no pudieron adaptarse. Tal vez hubo problemas con la radiación en esos días.

-No estoy de acuerdo -dijo Beth Kongrosian-. Y el trabajo que se ha realizado con el equipo Von Lessinger corrobora lo que digo. Por su teoría serían sólo... mutaciones. Pero creo que eran auténticas razas..., creo que evolucionaron separadamente del primate original, el *Proconsul*. Y por fin todos se unieron, cuando el *Homo Sapiens* emigró a sus terrenos de caza.

-¿Puedo tomar otra taza de café? -preguntó Molly-. Tengo frío. -Tiritó-. Este aire húmedo me sienta fatal.

-Volvamos a la casa -accedió Beth Kongrosian-. No están ustedes habituados al clima de aquí arriba, lo comprendo. Recuerdo cómo nos sentimos al principio de trasladarnos.

-Plautus no nació aquí -dijo Nat.

-No. Vinimos aquí por su causa.

-¿No debería habérselo quedado el gobierno? Tienen escuelas especiales para los supervivientes de la radiación -dijo Nat, evitando emplear el término exacto: mutantes.

-Pensamos que sería más feliz aquí -explicó Beth Kongrosian-. La mayoría de ellos, los parias, como los llaman, están aquí. Han venido de todas partes del mundo durante las dos últimas décadas.

Los cuatro volvieron a entrar en la cálida casa.

-Es un niño encantador -dijo Molly-. Muy dulce y sensible, a pesar...

Se detuvo.

-La mandíbula y la forma de andar arrastrándose no se han desarrollado aún -dijo la señora Kongrosian, aceptándolo como lo que era-. Eso comienza a partir de los trece años.

Empezó a calentar agua en la cocina para preparar el café.

Es extraño lo que vamos a conseguir en este viaje, pensó Nat Flieger. Tan diferente de lo que Leo esperaba.

Me pregunto cómo se venderá.

La dulce y pura voz de Amanda Conners llegó a través del intercomunicador, sorprendiendo al doctor Egon Superb, que examinaba sus citas del día siguiente.

-Hay alguien que quiere verle, doctor. Un tal Wilder Pembroke.

¡Wilder Pembroke! El doctor Superb se enderezó e hizo a un lado su libro de citas. ¿Qué quería esta vez el oficial de la PN? Sintió un cansancio inmediato e instintivo.

-Espere un minuto, por favor.

¿Ha venido a cerrar la consulta por fin?, se preguntó. Entonces, ya debo de haber visto a ese paciente en concreto sin darme cuenta. Ése al que tengo que servir. O mejor, no servir. El hombre con el que tengo que fracasar.

El sudor le recorría la frente mientras pensaba: de modo que ahora mi carrera, como la de todos los psicoanalistas de los EUEA, se termina. ¿Qué haré ahora? Algunos colegas suyos habían emigrado a los países comunistas, pero seguramente allí no quedaba nada. Otros habían emigrado a la Luna y a Marte. Y unos pocos -más que unos pocos, en realidad- habían solicitado empleo en la AG Chemie, la organización responsable en último término de la legislación restrictiva contra ellos.

Era demasiado joven para retirarse y demasiado viejo para aprender otra profesión. Así que no puedo hacer nada, pensó amargamente. No puedo seguir y no puedo renunciar, es realmente una traba doble, el tipo de asunto en el que mis pacientes se meten siempre. Ahora podía sentir más compasión por ellos y por los líos en que convertían sus vidas.

-Haga pasar al señor Pembroke -le dijo a Amanda.

El PN de ojos duros y habla sosegada, vestido como la otra vez con ropas de paisano, entró lentamente en la oficina y se sentó ante el doctor Superb.

-Vaya chavala que tiene ahí afuera -dijo Pembroke, y se pasó la lengua por los labios-. Me pregunto qué será de ella. Posiblemente, nosotros...

-¿Qué quiere? -dijo Superb.

-Una respuesta. A una pregunta.

Pembroke se echó hacia atrás, sacó una pitillera de oro, una antigüedad del siglo pasado, y encendió un cigarrillo con un mechero que era otra antigüedad. Exhaló humo y se acomodó, cruzando las piernas.

-Su paciente, Richard Kongrosian, ha descubierto que puede contraatacar -prosiguió.

-¿Contra quién?

-Contra sus opresores. Nosotros, por supuesto. Contra cualquiera que se le ponga por delante, en realidad. Eso es lo que me gustaría saber. Quiero trabajar con Richard Kongrosian,

pero tengo que protegerme de él. Francamente, le tengo miedo. En este punto, doctor, le temo más que a nadie en el mundo. Y sé por qué... He usado el equipo Von Lessinger y sé exactamente de qué hablo. ¿Cuál es la llave de acceso a su mente? ¿Cómo puedo hacer que Kongrosian sea...? -Pembroke hizo un gesto con la mano, buscando la palabra adecuada-. De fiar. Usted me entiende. Obviamente, no quiero que me levante y me tire desde seis metros de altura cualquier mañana, cuando tengamos una discusión sin importancia.

Su cara estaba pálida y se sentaba un poco envarado.

-Ahora sé quién es el paciente que estoy esperando -dijo el doctor Superb tras una pausa-. Me mintió. No se espera que fracase. De hecho, mi intervención es vital. Y el paciente está bastante sano.

Pembroke le miró con intensidad, pero no dijo nada.

-Usted es el paciente. Y fue completamente consciente de ello todo este tiempo. Me ha engañado usted desde el principio.

Pembroke asintió.

-Y esto no es un asunto gubernamental -dijo Superb-. Esto es un plan suyo. No tiene nada que ver con Nicole.

Al menos, no directamente, pensó.

-Tenga cuidado -dijo Pembroke.

Sacó su pistola de reglamento y la colocó en su regazo, pero con la mano cerca.

-No puedo decirle cómo controlar a Kongrosian. Ni yo mismo le controlo, ya lo ha visto.

-Pero debería saber si puedo trabajar con él. Le conoce lo suficiente para eso.

Miró a Superb sin pestañear, esperando.

-Tendrá que decirme qué intenta hacer con él.

Pembroke recogió su pistola y apuntó directamente a Superb.

-Dígame qué siente hacia Nicole.

-Para él es una figura *Magna Mater*. Como para todos nosotros.

-*Magna Mater*. -Pembroke se inclinó hacia delante-. ¿Qué es eso?

-La gran madre primordial.

-En otras palabras, la idolatra. Para él es una diosa, no una mortal. ¿Cómo reaccionaría...? -Pembroke dudó-. Suponga que Kongrosian se convirtiera de repente en Ge y poseyera uno de los secretos gubernamentales mejor guardados: que Nicole murió hace años y que esta Nicole es una actriz. Una chica llamada Kate Rupert.

Los oídos de Superb zumbaron. Estudió a Pembroke y lo supo con absoluta certeza. Cuando la conversación terminara, Pembroke le mataría.

-Porque ésa es la verdad -dijo Pembroke, y entonces guardó la pistola en su funda-. ¿Dejaría de temerla entonces? ¿Podría... cooperar?

-Sí -dijo Superb tras una pausa-. Lo haría. Definitivamente.

Pembroke se relajó de modo visible. Dejó de temblar y el color regresó a su cara delgada y afilada.

-Bien. Espero que esté diciendo la verdad, doctor, porque si no es así, volveré, no importa lo que pase, y acabaré con usted. -Se puso en pie de inmediato-. Adiós.

-¿Se... se me acabó el negocio? -preguntó Superb.

-Por supuesto. ¿Por qué no? -Pembroke sonrió serenamente-. ¿Qué bien puede hacerle ahora a nadie? Lo sabe, doctor. Su hora ha pasado. Hay un chiste gracioso, en el que usted...

-Suponga que digo lo que acaba de comunicarme.

-Oh, por favor, hágalo. Eso hará mi trabajo mucho más fácil. Verá, doctor, estoy intentando hacer público este *Geheimnis* particular a los Bes. Y, simultáneamente, Karp und Sohnen revelará el otro.

-¿Qué otro?

-Tendrá que esperar hasta que Anton y Felix Karp estén preparados. -Abrió la puerta de la oficina-. Volveré a verle pronto, doctor. Gracias por su ayuda.

La puerta se cerró tras él.

El doctor Superb comprendió que se había enterado del último secreto de estado. Ahora estoy en la cima de la sociedad Ge.

Y no importa. Porque no hay manera de que pueda utilizar esta información como instrumento con el que conservar mi carrera. Eso es todo lo que cuenta en lo que a mí respecta. Mi carrera y nada más. Maldita sea, ¡nada!

Sintió un odio maligno y abrumador hacia Pembroke. Si pudiera matarle, comprendió Superb, lo haría. Ahora mismo. Le seguiría...

-Doctor. -La voz de Amanda sonó a través del intercomunicador-. El señor Pembroke dice que tenemos que cerrar. -Vaciló-. ¿Es cierto? Pensé que le iban a dejar continuar una temporada.

-Tiene razón -admitió Superb-. Se acabó. Será mejor que telefonee a todos los pacientes que tengo citados y se lo cuente.

-Sí, doctor -Amanda colgó; lloraba.

Maldito sea, se dijo Superb. Y no hay nada que pueda hacer. Absolutamente nada.

El intercomunicador zumbó una vez más y Amanda añadió, dudando:

-También dijo algo más. No quería decírselo..., pero era sobre mí. Sabía que le pondría furioso.

-¿Qué dijo?

-Dijo... que tal vez podría usarme. No dijo cómo, pero sea lo que sea, me sentí... -Se calló un momento-. Me sentí enferma. Como no me había sentido antes. No importa quién me haya mirado o hablado. No importa lo que dijera nadie. Esto... fue diferente.

Superb se puso en pie, caminó hasta la puerta del despacho y la abrió. Pembroke se había marchado, naturalmente. Sólo vio a Amanda Conners en la oficina exterior, sentada ante su mesa, secándose los ojos con un pañuelo. Superb caminó hasta la puerta principal, la abrió y bajó la escalera.

Abrió la caja de su biciclo y sacó la llave inglesa. La barra de acero parecía resbaladiza y fría en su mano mientras buscaba al Comisario Pembroke.

A lo lejos vio una figura encogida. Perspectiva alterada, advirtió. Le hace parecer pequeño. Pero no lo es. El doctor Superb se acercó al hombre de la PN y alzó la llave.

La figura de Pembroke creció.

Pembroke no le prestaba atención. Ni siquiera le vio acercarse. Permanecía inmóvil, junto a un grupo de transeúntes, observando fijamente los titulares que desplegaba una máquina de noticias ambulante.

Los titulares eran grandes, negros y ominosos. Al acercarse, el doctor Superb los vio y descifró las palabras. Redujo el paso, bajó la llave y por fin se detuvo, como los otros.

-¡Karp revela el gran secreto del gobierno! -rechinaba la máquina de noticias a todo el mundo que le oía-. ¡*Der Alte* es un simulacro! ¡Ya se está construyendo uno nuevo!

La máquina de noticias empezó a rodar en busca de otros clientes. Nadie compraba aquí. Todos se habían quedado helados. Para el doctor Superb era como un sueño; cerró los ojos, pensando para sí: me es difícil creer esto. Terriblemente difícil.

-¡Empleado de Karp roba los planos completos para el siguiente simulacro *der Alte*! -exclamó la máquina, ahora a media manzana de distancia. El sonido hizo eco-. ¡Hace públicos los planos!

Todos estos años hemos adorado a un muñeco, pensó el doctor Superb. A un ser inerte y falto de vida.

Al abrir los ojos, vio a Wilder Pembroke que se inclinaba grotescamente para oír el parloteo de la máquina, Pembroke dio unos cuantos pasos hacia ella, como si estuviera hipnotizado.

Mientras se marchaba, Pembroke se encogió como antes. Tengo que ir tras él, advirtió Superb. Tengo que conseguir que recupere su tamaño real, para hacer lo que tengo que hacer. La llave se volvió tan resbaladiza que apenas podía sostenerla.

-¡Pembroke! -llamó.

La figura se detuvo, sonriendo malignamente.

-Ahora ya sabe los dos secretos. Su información es única, Superb -dijo Pembroke, y regresó junto a él-. Tengo un consejo que darle. Le sugiero que llame a una máquina entrevistadora y le dé su noticia. ¿Tiene miedo?

-Es... demasiado, tan de repente -consiguió decir Superb-. Tengo que pensarlo.

Confuso, escuchó el canturreo de la máquina de noticias; su voz era aún audible.

-Pero lo dirá, tarde o temprano.

Pembroke, aún sonriendo, sacó su pistola de reglamento y apuntó con ella, con maestría, a la cabeza de Superb.

-Se lo ordeno, doctor -dijo acercándosele por la acera-, no queda tiempo, porque Karp und Sohnen ha hecho su movimiento. Éste es el momento, doctor, el *Augenblick*, como dicen nuestros amigos alemanes. ¿No está de acuerdo?

-Yo... llamaré a una máquina entrevistadora.

-No le diga cuál es su fuente, doctor. Creo que volveré a entrar con usted. -Pembroke instó a Superb a que volviera a subir los escalones del edificio-. Diga sólo que uno de sus pacientes, un Ge, se lo reveló confidencialmente, pero que le parece que es demasiado importante para callárselo.

-De acuerdo -asintió Superb.

-Y no se preocupe por el efecto psicológico que pueda tener sobre la nación, sobre las masas de Bes. Creo que podrán soportarlo, una vez haya pasado el *shock* inicial. Habrá una reacción, por supuesto; espero que destruya el sistema de gobierno. ¿No le parece? Así no habrá más *der Altes* ni más «Nicoles», ni más división entre Ge y Be, porque todos seremos Bes. ¿Correcto?

-Sí -dijo Superb, y atravesó despacio la oficina exterior, dejando atrás a Amanda Conners, que le miró sin decir nada al verle con Pembroke.

-Todo lo que me preocupa es la reacción de Bertold Goltz -murmuró Pembroke, casi para sí-. Todo lo demás parece estar en orden, pero ése es un factor que no consigo anticipar.

Superb se detuvo y se volvió a Amanda.

-Póngame al teléfono con la máquina entrevistadora del *New York Times*, por favor.

Amanda alzó el teléfono y marcó el número, aturdida.

Maury Frauenzimmer tragó saliva ruidosamente, con la cara cenicienta; bajó el periódico y murmuró a Chic:

-¿Sabes quién de nosotros filtró la noticia?

Su carne le colgaba en las mejillas, como si la muerte estuviera rondándole.

-Yo...

-Fue tu hermano Vince. Y lo acababas de traer de la Karp. Bien, éste es nuestro fin. Vince trabajaba para la Karp. Nunca le despidieron..., le enviaron. -Maury arrugó el periódico con las dos manos-. Dios, si hubieras emigrado... Si te hubieras ido, nunca habría conseguido entrar aquí; nunca le habría contratado si tú no lo hubieras dicho. -Alzó los ojos llenos de pánico, y miró a Chic-. ¿Por qué no te dejé marchar?

Fuera de la fábrica de Frauenzimmer Asociados, una máquina de noticias crepitó:

-¡... el gran secreto del gobierno! ¡*Der Alte* es un simulacro! ¡Ya se está construyendo uno nuevo!

Empezaba una y otra vez, controlada mecánicamente por sus circuitos centrales.

-Destrúyela, Chic -croó Maury-. Esa... máquina de ahí fuera. Haz que se marche, en nombre de Dios.

-No se irá -dijo Chic pastosamente-. Lo intenté cuando la oí por primera vez.

Los dos se miraron a la cara, incapaces de hablar. De todas formas, no había nada que decir. Era el final de su empresa.

Y tal vez de sus vidas.

-Esos solares de Loony Luke -dijo Maury por fin-. Esos mercados ambulantes de naves baratas. El gobierno los cerró todos, ¿no?

-¿Por qué?

-Porque quiero emigrar. Tengo que salir de aquí. Y tú también.

-Están cerrados -dijo Chic, asintiendo.

-¿Sabes lo que estamos presenciando? Es un golpe de estado. Un complot contra el gobierno de los EUEA, a cargo de algún tipo o de un montón de ellos. Y son individuos que están dentro del aparato, no intrusos como Goltz. Y están trabajando con las multinacionales, con la Karp, la mayor de todas. Tienen muchísimo poder. Esto no es una pelea callejera. No es una riña vulgar. -Se secó la cara empapada de sudor con su pañuelo-. Lo siento. Maldita sea, nos han metido a los dos en esto. Los chicos de la PN estarán aquí de un momento a otro.

-Pero tienen que saber que no pretendimos...

-No saben nada. Estarán arrestando a todo el mundo. Por todas partes.

A lo lejos sonó una sirena. Maury la escuchó, con los ojos redondos como platos.

14

En cuanto comprendió la situación, Nicole Thibodeaux dio orden de que eliminaran a Hermann Goering, el *Reichsmarschall*.

Era necesario. Muy posiblemente, el brote revolucionario tenía conexiones con él; en cualquier caso, no correría el riesgo. Había demasiado en juego.

En un patio oculto de la Casa Blanca, un pelotón de soldados de la cercana base del Ejército hizo el trabajo; ella escuchó distraídamente el sonido distante, casi inaudible, de sus rifles láser, pensando que la muerte de aquel hombre probaba el escaso poder que había ostentado en el Tercer Reich, pues ese hecho no causaba ninguna alteración en su tiempo, en el presente, el suceso no producía ni siquiera una onda de alteración. Era una nota a pie de página en la estructura gubernamental de la Alemania nazi.

A continuación llamó al Comisario de la PN, Wilder Pembroke.

-Quiero un informe donde se especifique exactamente de dónde obtienen apoyo los Karp. Además de sus propios recursos. Obviamente, no habrían seguido adelante con esto a menos que contaran con aliados. -Miró al oficial superior de la PN con intensidad deliberada, rigurosamente calculada-. ¿Cómo está la Policía Nacional?

-Dispuestos para encargarse de los conjurados -dijo Wilder Pembroke suavemente. No parecía perturbado; en realidad, pensó ella, parecía aún más dueño de sí mismo que de costumbre-. De hecho, ya hemos empezado a rodear a los empleados y ejecutivos de la Karp, y al personal de la empresa Frauenzimmer. Y a todos los que están relacionados con este asunto; estamos trabajando en ese tema utilizando el equipo Von Lessinger.

-¿Por qué no estaban preparados para esto gracias al principio Von Lessinger? -preguntó Nicole bruscamente.

-Admito que la posibilidad estaba allí, pero era mínima. Uno entre un millón de los posibles futuros alternativos. No se nos ocurrió.

-Queda usted depuesto de su cargo -dijo Nicole-. Envíe a su personal. Elegiré un nuevo Comisario de Policía entre ellos.

-Pero a cada momento que pasa se produce un gran número de peligrosas alternativas tan malignas que... -replicó Pembroke, incrédulo, ruborizándose.

-Pero usted sabía que me habían atacado. Cuando esa cosa, ese animal marciano me mordió, debería haberse puesto sobre aviso. A partir de ese momento debería haber esperado un ataque en todos los frentes, porque ése fue el principio.

-¿De... detenemos a Luke?

Librodot

-No puede detener a Luke. Está en Marte. Se han marchado todos, incluyendo a los dos que estuvieron aquí, en la Casa Blanca. Luke apareció y se los llevó. -Le tiró el informe a Pembroke-. Y, además, ya no tiene usted autoridad.

Hubo un silencio denso y desagradable.

-Cuando me mordió esa cosa, supe que se acercaba un período de dificultades.

Pero en cierto sentido había sido bueno que la mordiera; le había hecho estar alerta. Ahora no la podrían tomar por sorpresa y nadie podría volver a morderla. Ni metafórica ni literalmente.

-Por favor, señora Thibodeaux... -empezó a decir Pembroke.

-No. No gimotee. Está despedido. Es todo.

Hay algo en ti de lo que no me fío, se dijo. Tal vez sea porque dejaste que el papoola me mordiera. Ese fue el principio; de tu declive, de tu caída. Desde entonces recelé de ti.

Y, pensó, fue casi mi fin.

La puerta de la oficina se abrió y apareció Richard Kongrosian, sonriente.

-Nicole, desde que hice bajar a ese psicoquímico de la AG Chemie a la lavandería, me he vuelto completamente visible. Es un milagro.

-Magnífico, Richard -dijo Nicole-. Pero estamos celebrando una conferencia reservada aquí, en este momento. Vuelve más tarde.

Kongrosian vio entonces a Pembroke. La expresión de su cara cambió. Hostilidad... Ella se preguntó por qué. Hostilidad y miedo.

-Richard -dijo Nicole de repente-. ¿Te gustaría ser Comisario de Policía? Este hombre -prosiguió, señalando a Wilder Pembroke-... está despedido.

-Estás bromeando.

-Sí. En cierto sentido, al menos. Pero en otro, no.

Le necesitaba, pero ¿cómo? ¿Cómo podía hacer uso de él y de sus habilidades? En este momento, simplemente, no lo sabía.

-Thibodeaux, si cambia de opinión... -dijo Pembroke, tirante.

-No lo haré.

-De todas formas -continuó diciendo Pembroke con un tono de voz medido y preparado-, me alegrará volver a mi puesto y servirla.

Entonces salió de la habitación. La puerta se cerró tras él.

-Va a hacer algo -dijo de inmediato Kongrosian-. No estoy seguro de qué. ¿Puedes decir quién te es leal en un momento como éste? Personalmente, no me fío de él. Creo que es parte de una cadena de conspiradores a escala mundial que planean algo contra mí. Y contra ti también, naturalmente -añadió rápidamente-. Van también por ti. ¿No es cierto?

-Sí. Richard -dijo ella suspirando.

Una máquina de noticias rodaba fuera de la Casa Blanca; podía oírla aireando los detalles sobre Dieter Hogben. La máquina conocía la historia completa. Y la estaba explotando a fondo. Volvió a suspirar. El Consejo de Gobierno, aquellas ominosas figuras en la sombra que estaban detrás de cada uno de sus movimientos, estarían ahora indudablemente en pie, como si se despertaran de un sueño. Se preguntó qué harían. Tenían mucha sabiduría; colectivamente, eran bastante viejos. Como las serpientes, eran fríos y silenciosos, pero estaban vivos. Eran muy activos, y, sin embargo, siempre permanecían ocultos. Nunca aparecían en la televisión, nunca ofrecían giras.

En ese instante, deseó poder cambiarse con ellos.

Y de pronto se dio cuenta de que algo había sucedido. La máquina de noticias decía algo sobre ella. No sobre el siguiente *der Alte*, Dieter Hogben, sino sobre otro asunto Ge.

-¡Nicole murió! -chirrió la máquina-. ¡Hace años! ¡La actriz Kate Rupert ocupa su puesto! El aparato del gobierno completo es un fraude, según...

Y entonces la máquina se marchó. Ya no pudo oírla, pese a intentarlo.

-¿Qu-qué era eso, Nicole? -preguntó Richard Kongrosian, con la cara contraída por la confusión y la intranquilidad-. Decía que estás muerta.

-¿Te parece que estoy muerta? -dijo ella desabridamente.

-Pero dijo que una actriz ocupaba tu puesto -Kongrosian, perplejo, la miró sin comprender-. ¿Eres sólo una actriz, Nicole? ¿Una impostora, como *der Alte*?

Siguió mirándola, como si estuviera a punto de estallar en lágrimas de pena.

-Es solamente una historia de un periódico sensacionalista -dijo Nicole con firmeza.

Sin embargo, se sentía helada. Aturdida por un miedo oscuro y somático. Todo se había descubierto ahora; algún Ge de alto nivel, tal vez incluso alguien más íntimo del círculo de la Casa Blanca que los Karp, había revelado el último secreto.

Ya no había nada que ocultar. Por tanto, ya no había distinción entre los muchos Bes y los pocos Ges.

Llamaron a la puerta y, sin esperar, Garth McRae entró en el despacho, con aspecto sombrío. Tenía una copia *del New York Times*.

-Ese psicoanalista, Egon Superb, informó a una máquina entrevistadora. No tengo la menor idea de cómo lo descubrió...; no está en posición de saber nada de primera mano; así que está claro que alguien se lo ha dicho deliberadamente. -Estudió el periódico-. Un paciente. Un paciente Ge confió en él, y por razones que tal vez no lleguemos a saber nunca llamó al periódico.

-Supongo que ya no tiene sentido arrestarlo -dijo Nicole-. Me gustaría averiguar quién le está utilizando. Eso es lo que me interesa.

Sin duda, era una esperanza vana. Probablemente Egon Superb no lo diría nunca; adoptaría la actitud de que era secreto profesional, algo que le había sido dado a conocer en sagrada intimidad. Pretendería que no quería colocar a su paciente en entredicho.

-Ni siquiera Bertold Goltz lo sabía -dijo McRae-. Aunque viene y va a su antojo.

-Lo que vamos a ver ahora es una demanda de elecciones generales -dijo Nicole.

Y no sería ella quien saldría elegida después de esta situación. Se preguntó si Epstein, el Fiscal General, consideraría que era su deber proceder contra ella. Podía contar con el Ejército, pero ¿qué había del Tribunal Supremo? Podría alegar que ella no ocupaba el poder legalmente. En realidad, podría estar haciéndolo en este mismo momento.

El Consejo tendría que salir a la luz ahora. Admitir en público que él, y nadie más, ostentaba la autoridad gubernamental.

Y el Consejo nunca había sido elegido por votación. Era completamente paralegal.

Goltz diría, y con toda razón, que tenía tanto derecho a gobernar como ellos.

Tal vez incluso más. Porque Goltz y los Hijos de Job tenían apoyo popular.

Deseó de repente haber aprendido más sobre el Consejo en los años anteriores. Saber quiénes lo componían, cómo eran, cuáles eran sus intenciones. De hecho, nunca lo había visto en sesión. Trataban con ella indirectamente a través de elaborados servicios de pantalla.

-Creo que será mejor que me coloque ante las cámaras de televisión y me dirija a la nación -le dijo a Garth McRae-. Si me ven, tal vez tomen todo esto menos en serio.

Quizá la potencia de su presencia, el viejo poder mágico de su imagen, prevalecería. Después de décadas de condicionamiento, creían en ella. La vieja tradición del látigo y la zanahoria tal vez funcionara aún, al menos en sentido limitado. Al menos parcialmente.

Creerán si quieren creer, decidió. A pesar de la noticia que aireaban las máquinas, esas frías e impersonales agencias de «verdad». De absoluta realidad, sin subjetividad humana.

-Voy a intentarlo -le dijo a Garth McRae.

Richard Kongrosian continuaba mirándola. No parecía capaz de apartar los ojos de ella.

-No lo creo, Nicole -dijo roncamente-. Eres real, ¿no? ¡Puedo verte, así que tienes que ser real!

La miró con la boca abierta, suplicante.

-Soy real -dijo ella, y se entristeció.

Mucha gente estaba en la misma situación que Kongrosian, intentando mantener desesperadamente la visión inalterada, ilesa, que tenían de ella, tal como estaban acostumbrados a recibirla. Y, sin embargo..., ¿era suficiente?

¿Cuánta gente, como Kongrosian, podría romper con el principio de la realidad? ¿Cuántos podrían creer en algo que sabían intelectualmente que era una ilusión?

Pocas personas, después de todo, estaban tan enfermas como Richard Kongrosian.

Para permanecer en el poder, tendría que gobernar sobre una nación de enfermos mentales. Y la idea no le atraía demasiado.

La puerta se abrió y en ella apareció Janet Raimer, pequeña, arrugada y atareada.

-Nicole, ven conmigo, por favor.

Su voz era débil y seca, pero autoritaria.

Nicole se puso en pie. El Consejo la llamaba. Como de costumbre, operaban a través de Janet Raimer, su portavoz.

-De acuerdo -dijo Nicole; se volvió a Kongrosian y a Garth McRae-. Lo siento, tendrán que disculparme. Garth, quiero que actúe temporalmente como Comisario de la PN; Wilder Pembroke ha sido despedido...; acababa de hacerlo antes de que usted entrara. Confío en usted.

Pasó junto a ellos y siguió a Janet Raimer. Janet se movía con rapidez y ella tuvo que apresurarse para mantener su paso.

Kongrosian, agitando tristemente los brazos, la llamó.

-¡Si no existes, voy a volverme invisible otra vez..., o incluso algo peor!

Ella continuó.

-¡Tengo miedo de lo que puedo hacer! -gritó Kongrosian-. ¡No quiero que suceda! -Dio unos cuantos pasos tras ella-. ¡Por favor, ayúdame! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

No había nada que ella pudiera hacer. Ni siquiera miró atrás.

Janet la condujo a un ascensor.

-Esta vez están esperando dos plantas más abajo -le dijo-. Se han reunido los nueve. Dada la gravedad de la situación, te hablarán cara a cara.

El ascensor empezó a bajar lentamente.

Siguiendo a Janet, Nicole entró en lo que en el siglo pasado había sido el refugio nuclear de la Casa Blanca. Las luces estaban encendidas y vio, sentados ante una larga mesa de roble, a seis hombres y tres mujeres. Todas las caras menos una eran extrañas para ella. Pero en el centro, para su asombro, vio a un hombre al que conocía. Por el sitio que ocupaba, parecía ser el presidente del Consejo. Su pose era un poco más segura, un poco más imponente que la de los demás.

El hombre era Bertold Goltz.

-Usted. El agitador callejero -dijo Nicole-. Nunca lo habría creído.

Se sintió cansada y asustada; se sentó dubitativa ante los nueve miembros del Consejo, en una silla de madera.

-Pero sabía que yo tenía acceso al equipo Von Lessinger -dijo Goltz, frunciendo el ceño-. Y el equipo para viajar en el tiempo es monopolio del gobierno. Así que, obviamente, tenía que tener alguna forma de contacto a muy alto nivel. Sin embargo, eso no importa ahora; tenemos asuntos más urgentes que discutir.

-Me vuelvo arriba -dijo Janet Raimer.

-Gracias -asintió Goltz. Se dirigió a Nicole, sombrío-. Es usted una joven bastante inexperta, Kate. Sin embargo, intentaremos enmendarlo y continuar con lo que tenemos. El aparato de Von Lessinger muestra un futuro alternativo en el que el Comisario de Policía Pembroke gobierna como dictador absoluto. Esto nos lleva a deducir que Wilder Pembroke está relacionado con los Karp en su esfuerzo por deponerla. Creo que debería detenerle inmediatamente y fusilarle.

-Lo he depuesto -dijo Nicole-. No hace ni diez minutos que lo relevé de su cargo.

-¿Y le dejó marchar? -preguntó una de las mujeres del Consejo.

-Sí -admitió Nicole con renuencia.

-Entonces, probablemente ya sea demasiado tarde para mantenerlo bajo custodia -dijo Goltz-. Sin embargo, continuemos. Nicole, su primera acción debe ser contra las dos empresas monstruo, Karp y AG Chemie. Anton y Felix Karp son particularmente peligrosos; hemos previsto varios futuros alternativos en los que consiguen destruirla a usted y hacerse con el poder..., al menos durante una década, aproximadamente. Tenemos que evitarlo, no importa qué otras cosas hagamos.

-De acuerdo -dijo Nicole, asintiendo.

Le parecía una buena idea. Habría actuado contra los Karp de todas formas. No le hacía falta el consejo de estos individuos.

-Parece como si pensara que no necesita que le digamos lo que tiene que hacer -dijo Goltz-. Pero la verdad es que nos necesita urgentemente. Vamos a decirle la forma en que podrá salvar su vida, físicamente, literalmente, y salvar a continuación su cargo público. Sin nosotros, está muerta. Por favor, créame; hemos usado el equipo Von Lessinger y lo sabemos.

-Es que no puedo hacerme a la idea de que sea usted, Goltz -le dijo Nicole.

-Sin embargo, siempre he sido yo -dijo Goltz-. Aunque no lo supiera. Nada ha cambiado, excepto que lo ha descubierto, y eso es realmente muy poco en todo este asunto, Kate. Ahora, conteste: ¿quiere seguir con vida? ¿Quiere aceptar nuestras instrucciones? ¿O quiere que Wilder Pembroke y los Karp la coloquen contra una pared y la fusilen?

Su tono era ácido.

-Cooperaré, naturalmente.

-Bien -Goltz asintió y miró a sus colegas-. La primera orden que va a dar -naturalmente, a través de Rudi Kalbfleisch- es que Karp und Sohnen Werke ha sido nacionalizada en todos los EUEA. Todas las instalaciones de Karp son ahora propiedad del gobierno de los EUEA. Instruya a los militares de esta forma: su tarea es apoderarse de las ramas de la Karp; tendrá que hacerse con unidades armadas y posiblemente con equipo pesado móvil. Hay que actuar inmediatamente, antes de la noche.

-De acuerdo.

-Habrá que enviar a tres o cuatro generales del Ejército, por lo menos, a las instalaciones principales de la Karp en Berlín; deben arrestar personalmente a la familia Karp y llevarla a la base militar más cercana, hacer que los juzgue un tribunal militar y ejecutarlos inmediatamente, antes de esta noche. Ahora, respecto a Pembroke, creo que lo mejor será que los Hijos de Job envíen comandos asesinos tras él; dejaremos a los militares fuera de este aspecto de la cuestión. -El tono de Goltz cambió-. ¿Por qué pone esa cara, Kate?

-Me duele la cabeza. Y no me llame «Kate». Mientras continúe en el poder, debe llamarme Nicole.

-Todo esto la incomoda, ¿verdad?

-Sí. No quiero matar a nadie. Ni siquiera a Pembroke ni a los Karp. El *Reichsmarschall* fue suficiente..., más que suficiente. No asesiné a esos dos jarristas que trajeron al papoola a la Casa Blanca para que pudiera morderme, a esos dos enviados de Loony Luke. Les dejé emigrar a Marte.

-Esto no se puede solucionar de esa forma.

-Evidentemente, no.

La puerta del refugio se abrió tras Nicole. Ella se dio la vuelta esperando ver a Janet Raimer.

Wilder Pembroke, con un grupo de hombres de la PN, estaba en el umbral, pistola en mano.

-Quedan todos arrestados -dijo.

Goltz se puso en pie de un salto y rebuscó en el interior de su chaqueta.

Pembroke le mató de un solo tiro. Goltz cayó hacia atrás, derribando la silla, y quedó tendido de lado tras la mesa de roble.

Nadie más se movió.

Pembroke se dirigió a Nicole.

-Suba. Va a aparecer por televisión inmediatamente. -Agitó la pistola ante ella-. ¡Rápido! El noticiario empieza dentro de diez minutos.

Sacó del bolsillo un papel doblado.

-Aquí está lo que tiene que decir -añadió, sonriendo con lo que casi parecía un tic-. Es su renuncia al cargo. Con ella admite que las dos historias, sobre el *der Alte* y usted, son ciertas.

-¿En favor de quién debo abdicar? -preguntó Nicole.

Su propia voz le sonó débil, pero al menos no era suplicante. Se alegró de eso.

-Un Comité de Emergencia Policial -dijo Pembroke- que supervisará las próximas elecciones generales y luego dimitirá, naturalmente.

Los ocho miembros restantes del Consejo, pasivos y sorprendidos, empezaron a seguir a Nicole.

-No -les dijo Pembroke-. Ustedes se quedan aquí. -Su cara estaba blanca-. Con la Policía.

-Sabe lo que va a hacer, ¿no? -le dijo a Nicole uno de los miembros del Consejo-. Ha dado órdenes de que nos maten a todos.

Las palabras del hombre eran apenas audibles.

-No hay nada que ella pueda hacer -dijo Pembroke, y una vez más agitó su pistola ante Nicole.

-Previmos esto con el aparato Von Lessinger -dijo una de las mujeres del Consejo-, pero no llegamos a creer que pudiera suceder. Bertold lo descartó, considerándolo demasiado improbable. Pensamos que tales prácticas habían desaparecido.

Nicole entró en el ascensor con Pembroke. Los dos subieron a la primera planta.

Las puertas del ascensor se abrieron.

-Vaya directamente a su despacho -la instruyó Pembroke-. Dará la noticia desde allí. ¿No es interesante que el Consejo no tomara en serio la posibilidad de que yo pudiera acabar con ellos antes de que ellos acabaran conmigo? Estaban tan convencidos de su poder absoluto que pensaron que iría como un corderito a mi propia destrucción. Dudo que se tomaran la molestia de prever estos momentos finales. Deben de haber sabido que había una posibilidad razonable de que yo consiguiera el poder, pero está claro que no siguieron la situación y no comprendieron cómo iba a hacerlo precisamente.

-No puedo creer que fueran tan insensatos -dijo Nicole-. A pesar de lo que digan. Con el equipo Von Lessinger a su disposición...

Le parecía imposible que Bertold Goltz y los demás se hubieran dejado matar simplemente; por lógica, tendrían que haberse puesto a cubierto.

-Tenían miedo -dijo Pembroke-. Y el miedo hace que la gente pierda la capacidad de pensar.

Delante de ellos estaba la oficina de Nicole.

En el suelo, ante la puerta yacía una forma inerte. Era Janet Raimer.

-Nos hemos visto obligados por la situación -dijo Pembroke-. Bueno, aceptémoslo, quisimos hacerlo. Seamos honestos. No, no tengo que serlo. Encargarnos de la señorita Raimer fue un acto de pura voluntad.

Pasó por encima del cuerpo de Janet y abrió la puerta del despacho de Nicole.

En el interior esperaba Richard Kongrosian.

-Me está pasando algo terrible -gimió Kongrosian en cuanto les vio entrar-. Ya no me puedo separar de mi entorno; ¿comprenden lo que es eso? ¡Es horrible! -Se acercó a ellos tambaleándose visiblemente, con los ojos llenos de espanto, y con las manos, la frente y el cuello empapados de sudor-. ¿Comprenden?

-Más tarde -le dijo Pembroke, nervioso. Kongrosian, una vez más, vio el tic, la mueca involuntaria-. Quiero que lea primero el material que le he dado, Nicole. Vamos a empezar inmediatamente. -Examinó una vez más su reloj-. Los técnicos de televisión deben de estar a punto de llegar.

-Hice que se marcharan -dijo Kongrosian-. Me lo ponían aún más difícil. Mire..., ¿ve esa mesa? ¡Ahora soy parte de ella y ella es parte de mí! Esperen y se lo mostraré.

Miró la mesa con intensidad, con la boca abierta. Y un jarrón lleno de rosas que había sobre la mesa se alzó y se movió por el aire hacia Kongrosian. El jarrón, mientras observaban, penetró en el pecho de Kongrosian y desapareció.

-Ahora está dentro de mí -dijo con voz trémula-. Lo he absorbido. Ahora es yo. -Hizo un gesto hacia la mesa- y... Yo soy él.

En el lugar donde había estado el jarrón, Nicole vio cómo se formaba, en densidad, masa y color, un complicado amasijo de materia orgánica, suaves tubos rojos y lo que parecían ser porciones de un sistema endocrino. Una sección de la anatomía interna de Kongrosian, advirtió. Tal vez su bazo y las configuraciones circulatorias que lo mantenían. El órgano, fuera lo que fuese, latía regularmente. Estaba vivo y activo. Qué elaborado es, pensó; no podía apartar los ojos de él, e incluso Wilder Pembroke lo miraba fijamente.

-¡Me estoy vaciando! -gimió Kongrosian-. ¡Muy pronto, si esto continúa, voy a tener que envolver todo el universo y todo lo que hay dentro de él, y lo único que estará fuera serán mis órganos internos, y entonces posiblemente moriré!

-Escuche, Kongrosian -dijo Pembroke con rudeza, apuntándole con su arma-. ¿Qué quiere decir con que hizo que marchara el equipo de televisión? Les necesito; Nicole va a dirigirse a la nación. Vaya y dígales que vuelvan. -Hizo un gesto con la pistola-. O consiga a un empleado de la Casa Blanca que...

Se interrumpió. El arma había abandonado su mano.

-¡Ayúdenme! -aulló Kongrosian-. Se está volviendo yo y yo tengo que ser ella.

En la mano de Pembroke apareció una masa rosa y esponjosa de tejidos pulmonares; instantáneamente la dejó caer y Kongrosian aulló de pánico.

Nicole cerró los ojos.

-Richard -murmuró confortante-. Deténlo. Contrólate.

-Sí -dijo Kongrosian, y soltó una risita de indefensión-. Tal vez pueda recoger los órganos y partes vitales de mi cuerpo que están por el suelo y devolverlos a mi interior.

-¿Puedes hacerme salir de aquí? -preguntó Nicole, abriendo los ojos-. Llévame muy lejos, Richard. Por favor.

-No puedo respirar -jadeó Kongrosian-. Pembroke tiene parte de mi aparato respiratorio y lo ha dejado caer; no le dio importancia..., me dejó caer.

Hizo un gesto hacia el hombre de la PN.

La cara de Pembroke perdió el color.

-Ha cerrado algo en mi interior -dijo Pembroke-. Algún órgano vital.

-¡Eso es! -aulló Kongrosian-. He cerrado su... Pero no voy a decírselo. -Agitó un dedo en su dirección maliciosamente-. Sólo le diré esto: vivirá unas... cuatro horas más. -Se echó a reír-. ¿Qué le parece?

-¿Puede revertir el proceso? -consiguió decir Pembroke.

El dolor se había infiltrado ahora en sus rasgos. Sufría.

-Si quisiera... Pero no quiero porque no tengo tiempo. Tengo que reunirme de nuevo. -Frunció el ceño, concentrándose-. Estoy muy ocupado desalojando todos los objetos extraños que han entrado en mí. Y quiero volver a ser yo; voy a devolverme.

Miró la masa esponjosa de tejido pulmonar.

-Eres yo -le dijo-. Formas parte del mundo del Yo, no del no-Yo. ¿Comprendes?

-Por favor, llévame lejos de aquí -le dijo Nicole.

-De acuerdo, de acuerdo -accedió Kongrosian, irritado-. ¿Dónde quieres estar? ¿En otra ciudad? ¿En Marte? Quién sabe a qué distancia puedo enviarte... Yo no. Como dijo el señor Pembroke, la verdad es que no he comprendido los usos políticos de mi habilidad, a pesar de todos estos años. Pero, de todas formas, ahora estoy metido en política. -Sonrió con deleite-. ¿Qué te parece Berlín? Puedo trasladarte de aquí a Berlín; confío en eso.

-Donde sea.

-Sé dónde voy a mandarte -exclamó Kongrosian de repente-. Sé dónde estarás a salvo, Nicky. Comprende que quiero que estés a salvo. Creo en ti; sé que existes. No importa lo que

digan esas malditas máquinas de noticias. Están mintiendo. Lo sé. Están intentando debilitar mi confianza en ti. Todos se han confabulado y dicen exactamente lo mismo. Voy a enviarte a mi casa en Jenner, California. Puedes quedarte con mi esposa y mi hijo. Pembroke no podrá atraparte allí, porque dentro de poco estará muerto como una piedra. He apagado otro órgano importante en su interior, y éste, no importa cuál sea, es aún más vital que el otro. No vivirá seis minutos más.

-Richard, déjalo... -dijo Nicole.

Y entonces se calló, porque habían desaparecido. Kongrosian, Pembroke, su oficina en la Casa Blanca, todo había desaparecido de la vista. Estaba en un bosque lluvioso. La bruma flotaba entre las hojas brillantes; el terreno era suave, impregnado de humedad. No oía nada. El bosque saturado de humedad se hallaba completamente en silencio.

Estaba sola.

Comenzó a andar. Se sentía vieja y envarada y le costaba trabajo moverse. Sentía como si hubiera caminado bajo la lluvia durante un millón de años. Era como si hubiera estado allí siempre.

A través de las enredaderas y ramajes divisó los contornos de un viejo edificio de madera. Una casa. Caminó hacia allá con los brazos entrecruzados, temblando de frío.

Cuando apartó la última rama, vio aparcado delante un vehículo arcaico en el centro de lo que parecía ser el aparcamiento de la casa.

-Llévame a la ciudad más cercana -dijo al autotaxi tras abrir la puerta.

El mecanismo del taxi no respondió. Permaneció inerte, como si fuera un moribundo.

-¿No puedes oírme? -le dijo en voz alta.

-Lo siento, señorita -dijo una voz de mujer a su espalda-. Ese taxi pertenece a la gente de la compañía grabadora, y no puede responder porque está aún bajo contrato con ellos.

-Oh -dijo Nicole, enderezándose, y cerró la puerta del taxi-. ¿Es usted la esposa de Richard Kongrosian?

-Sí -respondió la mujer, bajando los escalones-. ¿Quién es...? -parpadeó- ¡Nicole Thibodeaux!

-Lo era -dijo Nicole-. ¿Puedo entrar y tomar algo caliente? No me encuentro muy bien.

-Naturalmente -dijo la señora Kongrosian-. ¿Ha venido en busca de Richard? No está aquí; lo último que he sabido de él es que estaba en un hospital neuropsiquiátrico en San Francisco. El Franklin Aimes. ¿Lo conoce?

-Lo conozco. Pero ya no está allí. No, no le estoy buscando.

Siguió a la señora Kongrosian al interior de la casa.

-Los de la compañía llevan aquí tres días. Grabando y grabando. Estoy empezando a creer que no se marcharán nunca. Son buena gente y me gusta su compañía. Duermen aquí por la noche. Originalmente querían grabar a mi esposo, por un viejo contrato con Ar-Cort, pero, como dije, no está.

-Gracias por su hospitalidad -dijo Nicole.

Descubrió que la casa resultaba cálida y seca; eso era un alivio. Un fuego ardía en la chimenea, y se acercó a él.

-He oído las cosas más raras por la televisión -dijo la señora Kongrosian-. Algo sobre usted; no pude entenderlo. Algo que tenía que ver con que usted..., bueno, conque no existía, creo. ¿Sabe de qué hablo? ¿Qué es lo que decían?

-Me temo que no -dijo Nicole, calentándose.

-Voy a preparar café. Ellos..., el señor Flieger y los otros de EME, volverán pronto. Para cenar. ¿Está usted sola? ¿No viene con nadie? -parecía sorprendida.

-Estoy completamente sola -contestó Nicole.

Se preguntó si Wilder Pembroke estaría ya muerto. Eso esperaba, por su propio bien.

-Su marido es una persona muy amable -dijo-. Le debo mucho.

De hecho le debo la vida, pensó.

-Piensa mucho en usted -le dijo la señora Kongrosian.

-¿Puedo quedarme aquí? -preguntó de repente Nicole.

-Por supuesto. Todo el tiempo que quiera.

-Gracias -dijo Nicole.

Se sentía un poco mejor. Tal vez no regrese nunca, pensó. Después de todo, ¿qué es lo que me espera allí? Janet está muerta, Bertold Goltz está muerto, incluso el *Reichsmarschall*, Goering está muerto, y por supuesto también Wilder Pembroke. Y todo el Consejo de Gobierno, todas las figuras ocultas que habían estado tras ella. Asumiendo, claro, que los PN hubieran cumplido las órdenes, algo que no dudaba.

Ya no puedo gobernar, pensó; las máquinas de noticias se han encargado de eso, con su ciego y eficiente modo mecánico. Ellas y los Karp. Así que ahora, decidió, es el turno de los Karp; pueden quedarse con el poder una temporada. Hasta que sean depuestos, como yo.

Ni siquiera puedo ir a Marte. Al menos, no en una nave de saldo. Yo misma me encargué de eso. Pero existen otros medios. Grandes naves comerciales y también naves del gobierno. Naves muy rápidas que pertenecen a los militares; tal vez podría dirigir una de ésas. Podría hacerlo a través de Rudi, a pesar de que esté en su lecho de muerte. Legalmente, el Ejército le ha jurado fidelidad; se supone que tienen que hacer lo que él les diga.

-¿Café? -ofreció la señora Kongrosian, mirándola-. ¿Se encuentra bien?

-Sí -respondió Nicole, siguiéndola a la cocina de la vieja casa.

En el exterior, la lluvia caía ahora intensamente. Nicole tiritó e intentó no mirarla directamente. La lluvia le asustaba. Era como un presagio. Un recordatorio de algo maligno por venir.

-¿Qué es lo que teme? -preguntó de pronto la señora Kongrosian, perspicaz.

-No lo sé -confesó Nicole.

-He visto así a Richard. Debe de ser el clima, tan pesado y monótono. Aunque, por las descripciones que me ha hecho de usted, nunca la había imaginado así. Siempre me la pintaba tan valiente, tan llena de recursos...

-Siento decepcionarla...

La señora Kongrosian la cogió por el brazo.

-No me decepciona. Me gusta mucho. Estoy segura de que es el clima lo que la deprime.

-Tal vez -dijo Nicole.

Pero sabía que era algo más que la lluvia. Mucho más.

15

-Quedan los dos arrestados -dijo el PN, profesional e impasible, a Maury Frauenzimmer y Chic Strikerock-. Vengan conmigo.

-¿Lo ves? -dijo Maury, acusando a Chic-. ¡Te lo dije! Los bastardos la han tomado con nosotros. Somos los que van a pagar por todo esto. El último mono de toda la escala.

Junto con Maury, Chic dejó la familiar oficina de Frauenzimmer Asociados. El PN les siguió inmediatamente. Maury y el caminaron sombríamente, en silencio, hasta el coche policial.

-Hace un par de horas lo teníamos todo -estalló Maury de repente-. Ahora, por culpa de tu hermano, mira lo que nos queda. Nada.

Chic no respondió. No podía dar ninguna respuesta.

-Me las vas a pagar, Chic -dijo Maury mientras el coche policial arrancaba y empezaba a dirigirse a la autopista-. Lo haré, Dios me ayude.

-Saldremos de ésta. Hemos tenido problemas antes. Siempre, de una forma u otra, los hemos solucionado.

-Si hubieras emigrado...

Ojalá lo hubiera hecho, pensó Chic. Ahora mismo, Richard Kongrosian y yo estaríamos..., ¿dónde? En pleno espacio, de camino a nuestra granja, empezando una vida nueva y casta. Y

en cambio..., esto. Se preguntó dónde estaría Kongrosian en ese momento. ¿Le irían tan mal las cosas como a él? No era probable.

-La próxima vez que quieras marcharte de la empresa... -empezó a decir Maury.

-Ya basta -exclamó Chic fieramente-. Olvidémoslo. ¿Qué se puede hacer ya?

Al que me gustaría agarrar es a mi hermano Vince, pensó. Y, tras él, a Anton y al viejo Felix Karp.

El PN que estaba sentado junto a él se dirigió de repente al hombre que conducía.

-Mira, Sid. Un control de carretera.

El coche redujo velocidad. Chic vio que en el control habían colocado un transporte de armas móvil; sobre él, un gran cañón apuntaba a las filas de coches y biciclos que había detenidos en los ocho carriles junto a la barricada.

El PN que estaba junto a Chic sacó su arma. Lo mismo hizo el conductor.

-¿Qué pasa? -preguntó Chic.

Su corazón latía desbocado.

Ninguno de los PN contestó. Tenían la mirada fija en la unidad del Ejército que bloqueaba la autopista. Los dos hombres se habían puesto tensos. Chic pudo notarlo. El sentimiento se había contagiado al interior del coche.

En ese momento, mientras el coche de Policía avanzaba hasta casi tocar el coche que tenía delante, un anuncio de Theodorus Nitz se deslizó por la ventanilla abierta.

-¿La gente parece ver a través de sus ropas? -les graznó, como un murciélago, mientras se colocaba bajo el asiento delantero-. En público, ¿le parece que no le toman en cuenta y necesita...?

El anuncio se calló cuando el hombre de la PN le disparó sañudamente con su pistola.

-Cielos, odio esas cosas -dijo, y escupió con aversión.

Al sonido del disparo, el coche patrulla fue rodeado de inmediato por los soldados, todos armados y con el dedo en el gatillo.

-¡Bajen las armas! -ladró el sargento al mando.

De mala gana, los PN soltaron las pistolas. Un soldado abrió la puerta del coche; los dos PN salieron al exterior, con los brazos en alto.

-¿A quién disparaban? -inquirió el sargento-. ¿A nosotros?

-A un anuncio Nitz -dijo tembloroso uno de los PN-. Mire en el coche, bajo el asiento. No les disparábamos a ustedes..., ¡en serio!

-Está diciendo la verdad -anunció por fin un soldado después de rebuscar en el coche-. Hay un anuncio muerto bajo el asiento.

El sargento reflexionó por un instante.

-Pueden continuar -decidió-. Pero dejen aquí sus armas. Y a sus prisioneros -añadió-. De ahora en adelante, sigan sólo las órdenes del Ejército, no de la Policía Superior.

Los dos PN entraron rápidamente en su coche y se perdieron en el tráfico con toda la rapidez posible, tras pasar la barricada abierta. Chic y Maury los contemplaron marcharse.

-¿Qué pasa? -preguntó Maury.

-Pueden irse. Son libres -le informó el sargento-. Vuelvan a sus casas y quédense allí. No participen en nada de lo que suceda en las calles; no importa lo que parezca estar pasando.

El pelotón de soldados se marchó entonces, dejándoles solos.

-Es una revuelta -dijo Maury, con la boca abierta-. Del Ejército.

-O de la Policía -añadió Chic, pensando rápidamente-. Vamos a tener que hacer autostop para que nos lleven de regreso a la ciudad.

No había hecho autostop desde que era un muchacho; le pareció extraño tener que volver a hacerlo ahora, en sus años adultos. Era casi refrescante. Empezó a caminar entre el tráfico con el pulgar extendido. El viento le soplaba en la cara; olía a tierra y a agua y a gran ciudad. Aspiró una profunda bocanada.

-¡Espérame! -aulló Maury, y corrió tras él.

En el cielo, al norte, una enorme nube gris, como un hongo, se formó de inmediato. Y un rumor sacudió la tierra, asustando a Chic y haciéndole saltar. Se protegió los ojos con la mano para ver qué había pasado. Una explosión, quizá una pequeña bomba A. Inhaló los efluvios de las cenizas y supo definitivamente que así era.

Un soldado que corría a su lado le dijo por encima del hombro:

-La rama local de Karp und Sohnen Werke.

Sonrió con determinación y siguió corriendo.

-La han volado -dijo Maury en voz baja-. El Ejército ha volado la Karp.

-Eso parece -añadió Chic, atontado.

Una vez más, pensativo, alargó el pulgar, esperando que le recogieran.

Por encima de ellos, dos cohetes del Ejército perseguían a una nave de la PN. Chic los observó hasta que se perdieron de vista.

Es una guerra absoluta, se dijo, asombrado.

-Me pregunto si también nos van a destruir a nosotros -dijo Maury-. Me refiero a la fábrica. A Frauenzimmer Asociados.

-Somos demasiado pequeños.

-Sí, supongo que tienes razón -asintió Maury, esperanzado.

Es bueno ser pequeño en tiempos como éstos, advirtió Chic. Cuanto más pequeño, mejor.

Un coche se detuvo ante ellos. Corrieron hacia él.

Ahora, por el este, otra nube en forma de hongo se expandió hasta llenar el cielo, y una vez más el suelo sufrió una sacudida. Esa tenía que ser AG Chemie, decidió Chic mientras entraba en el coche.

-¿Adónde van, chicos? -preguntó el conductor del coche, un hombre gordo y pelirrojo.

-A cualquier parte, amigo. Lejos de todo este lío.

-Estoy de acuerdo -dijo el gordo pelirrojo, y puso el coche en marcha-. No saben hasta qué punto.

El coche era viejo y pasado de moda, pero funcionaba. Chic Strikerock se sentó detrás y se puso cómodo.

Junto a él, visiblemente aliviado, Maury Frauenzimmer hizo lo mismo.

-Supongo que van detrás de las grandes multinacionales -dijo el pelirrojo mientras conducía, siguiendo al coche que marchaba delante de él y atravesaba la estrecha abertura de la barricada.

-Seguro -dijo Maury.

-Ya era hora.

-Cierto -añadió Chic Strikerock-. Estoy con usted.

El coche siguió avanzando.

En el gran edificio de madera, lleno de polvo y de resonancias, los parias deambulaban hablando entre sí, bebiendo Coca-Cola y bailando. Era el baile lo que interesaba a Nat Flieger, y dirigió el Ampek F-a2 portátil en esa dirección.

-El baile no, las canciones -le dijo Jim Planck-. Espera hasta que empiecen a cantar. Si es que lo que hacen se puede llamar así.

-Los sonidos de sus bailes son rítmicos. Creo que tendríamos que grabarlos también.

-Técnicamente, tú eres el líder de la expedición -admitió Jim-. Pero he grabado lo mío en mis buenos tiempos y te digo que esto es inútil. Estará en la cinta, sí, o en ese gusano tuyo, pero no sonará a nada. A nada en absoluto.

Miró sin tapujos a Nat.

Pero hay que intentarlo de todas formas, se dijo Nat.

-Son tan encorvados -comentó Molly, tras ellos-. Y todos son tan... bajos. La mayoría no tienen ni siquiera mi altura.

-Perdieron -dijo Jim, encogiéndose de hombros lacónicamente-. ¿Recuerda? ¿Cuándo fue, hace dos mil años? ¿Tres mil? Hace muchísimo tiempo. Dudo que puedan sobrevivir en esta época. No parecen tener la habilidad necesaria. Parecen... agobiados.

Eso era, advirtió Nat. Los parias -los Neanderthal- parecían agobiados por una carga imposible, la de la misma supervivencia. Jim tenía toda la razón; no estaban preparados para esa tarea. Mansos, pequeños y jorobados, suplicantes, con sus andares arrastrados y sus murmullos sin sentido, vivían pobremente, acercándose cada vez más al fin.

Así que será mejor que grabemos esto mientras podamos, decidió. Porque probablemente no durarán mucho, por el aspecto que tienen. O... ¿me equivoco?

Un paria, un macho adulto que llevaba una camiseta y un par de pantalones de trabajo, tropezó con Nat y murmuró una disculpa inarticulada.

-Tranquilo, no hay problema -le aseguró Nat. Entonces sintió el deseo de verificar su teoría, de intentar alegrar esta forma de vida decadente, esta regresión-. Déjeme comprarle una cerveza -le dijo al paria-. ¿De acuerdo?

Sabía que había un bar en la parte trasera de este edificio que los parias parecían poseer colectivamente.

El paria, mirándole tímidamente, murmuró:

-No, gracias.

-¿Por qué no?

-Porque...

El paria parecía incapaz de sostener la mirada de Nat; tenía la vista fija en el suelo y cerraba los puños y los abría en una sucesión interminable.

-No puedo -consiguió decir por fin.

Sin embargo, no se movió. Permaneció ante Nat, mirando al suelo y sonriendo. Probablemente estaba asustado, decidió Nat. Cohibido y asustado.

-Eh, ¿puede cantar algunas de sus canciones? -le dijo Jim Planck, llamando su atención-. Le grabaremos -dijo, y le hizo un guiño a Nat.

-Déjalo en paz -dijo Molly-. Se ve que no sabe cantar. No puede hacer nada..., eso es obvio.

Se retiró, furiosa con los dos. El paria la miró sin interés, con los ojos abotargados.

¿Habría algo que pudiera iluminar aquellos ojos?, se preguntó Nat. ¿Por qué querían sobrevivir los parias, si la vida significaba tan poco para ellos? Tal vez están esperando, pensó de repente. Esperando algo que aún no ha sucedido, pero que saben -o esperan- que ocurrirá. Eso explicaría sus modales... su vacío.

-Creo que saben hacer muchas más cosas de las que aparentan -dijo Jim-. Es casi como si estuvieran contando el tiempo para no desgastarse. No lo intentan. Diablos, me gustaría verlos.

-A mí también. Pero no vamos a poder hacer que lo intenten.

En un rincón del salón, un aparato de televisión estaba encendido, con el volumen a toda potencia y un grupo de parias, hombres y mujeres, se habían acercado y permanecían inertes ante él. El televisor, advirtió Nat, estaba dando noticias urgentes. Prestó atención inmediatamente; algo había sucedido.

-¿Oyes lo que dice el noticiario? -le dijo Jim Planck al oído-. Dios mío, algo sobre una guerra.

Los dos se abrieron camino entre los parias hasta el televisor. Molly ya estaba allí, escuchando completamente absorta.

-Es una revolución -dijo a Nat, petrificada, por encima del hueco rugido que surgía del televisor-. La Karp... -Su cara mostraba incredulidad-. Los Karp y AG Chemie intentaron hacerse con el poder, junto con la Policía Nacional.

La pantalla mostró las ruinas humeantes y virtualmente desintegradas de un edificio, una instalación industrial de gran magnitud que había sido arrasada. Para Nat era irreconocible.

-Es la sucursal de la Karp en Detroit -consiguió decirle Molly, por encima del ruido-. Lo han hecho los militares. Te juro que eso es lo que acaba de decir el locutor.

-¿Quién va ganando? -preguntó Jim Planck, mirando hacia la pantalla, impasible.

-Todavía nadie. Evidentemente. No lo sé. Escucha a ver qué dice. Acaba de estallar.

Los parias, escuchando y observando, habían guardado silencio. El fonógrafo que había estado tocando música también había enmudecido. Los parias, ahora casi todos, permanecían apiñados ante el televisor, atentos y concentrados mientras observaban las escenas de lucha entre las fuerzas de los EUEA y los miembros de la Policía Nacional, apoyados por el sistema de grandes empresas.

-... en California -anunciaba el locutor-, la División de la Costa Oeste de la PN se rindió intacta al Sexto Ejército, al mando del General Hoheit. Sin embargo, en Nevada...

El televisor mostró una escena que había sucedido en Reno: el Ejército había levantado una barricada y francotiradores de la Policía disparaban desde las ventanas de los edificios cercanos.

-En último extremo -continuó el locutor-, el hecho de que las Fuerzas Armadas posean el monopolio virtual de las armas atómicas parece que les aseguraría la victoria. Pero, por el momento, sólo podemos...

El locutor continuó, mientras a lo largo de todos los EUEA las máquinas informadoras cubrían las zonas en conflicto y le enviaban datos.

-Va a ser una larga lucha -dijo de repente Jim Planck. Parecía gris y cansado-. Supongo que tenemos muchísima suerte de estar aquí, apartados de todos -murmuró, casi para sí-. Es un buen momento para no hacerse notar.

La pantalla mostró el enfrentamiento entre una patrulla de la Policía y una unidad del Ejército; ambas partes intercambiaron rápidamente una sucesión de disparos con sus armas automáticas. Un soldado cayó derribado y lo mismo hizo luego un PN vestido de gris.

Junto a Nat Flieger, uno de los parias que contemplaba la escena absorto sacudió al que tenía al lado. Los dos parias, ambos machos, se sonrieron significativamente. Nat vio la expresión de sus caras. Y entonces se dio cuenta de que todos los parias sentían el mismo placer secreto.

¿Qué está pasando aquí?

-Nat, Dios mío -dijo Jim Planck en voz baja-. Es lo que estaban esperando.

Así que era eso, advirtió Nat con un escalofrío de temor. El vacío, la idiotez, habían desaparecido. Los parias, mientras contemplaban las imágenes de la televisión y escuchaban al excitado locutor, estaban ahora alerta. ¿Qué significaba esto para ellos?, se preguntó Nat mientras estudiaba sus caras ansiosas. Significa que tienen una oportunidad, decidió. Su oportunidad.

Estamos destruyéndonos ante sus ojos. Y... esto puede proporcionales espacio. No sólo en este lugar remoto, sino en todo el mundo. En todas partes. Sonriéndose mutuamente, los parias continuaron observando ávidamente.

El temor de Nat aumentó.

-Hasta aquí llego, muchachos -dijo el hombre gordo y pelirrojo que había recogido a Maury y Chic-. Tendrán que bajar.

Detuvo el coche en una esquina. Ya estaban en la ciudad, lejos de la autopista. Por todas partes, hombres y mujeres llenos de pánico buscaban refugio. Un coche de Policía, con los parabrisas rotos, patrullaba las calles con cautela. Los hombres que iban en su interior estaban armados.

-Será mejor que se metan en alguna parte -advirtió el pelirrojo.

Cansados, Chic y Maury salieron del coche.

-El Abraham Lincoln, donde yo vivo, está cerca -dijo Chic-. Podemos llegar andando. Vamos.

Los dos echaron a correr, uniéndose a la multitud de gente asustada y confusa. Qué lío, se dijo Chic. Me pregunto cómo acabará todo esto. Me pregunto si nuestra sociedad, nuestro estilo de vida, sobrevivirá.

-Me siento enfermo -gruñó Maury, jadeando junto a él, con la cara gris por el esfuerzo-. No... no estoy acostumbrado a estas cosas.

Llegaron al Abraham Lincoln. El edificio no había sufrido ningún daño. En la puerta, el sargento de armas, pistola en mano, permanecía al lado de Vince Strikerock, su lector de identificación. Vince verificaba a cada persona, y estaba atareado con su trabajo oficial.

-Hola, Vince -dijo Chic cuando él y Maury llegaron al puesto.

Su hermano dio un respingo y alzó la cabeza; los dos se miraron en silencio.

-Hola, Chic -dijo Vince por fin-. Me alegra ver que estás vivo.

-¿Podemos entrar?

-Claro -dijo Vince.

Apartó la mirada; luego, tras comunicar su asentimiento al sargento de armas con la cabeza, se dirigió de nuevo a Chic.

-Adelante. Me alegro de que la PN no consiguiera arrinconaros -añadió.

No miró a Maury Frauenzimmer. Hacía como que no estaba allí.

-¿Qué pasa conmigo? -preguntó Maury.

-Usted... puede entrar también -dijo Vince con voz ahogada-. Como invitado especial de Chic.

-Eh, dénse prisa, ¿quieren? -urgió el hombre que les seguía en la cola, empujando a Chic-. No se está seguro, aquí afuera.

Rápidamente, Chic y Maury entraron en el Abraham Lincoln. Un momento más tarde subían en el ascensor hasta el apartamento de Chic, en el último piso.

-Me pregunto qué ha sacado tu hermano de todo esto -musitó Maury.

-Nada. Karp ha desaparecido. Él y otras muchas personas se han quedado sin trabajo.

Y Vince no es el único que conozco de ese grupo, se dijo.

-Incluidos nosotros dos -añadió Maury-. No estamos en mejores circunstancias. Claro que supongo que todo depende de quién gane.

-Eso no nos importa -dijo Chic.

La destrucción, el gran desastre nacional, estaba aún allí. Eso era lo terrible de las guerras civiles; no importaba quién venciera, seguía siendo malo. Una catástrofe. Y para todo el mundo.

Cuando llegaron al apartamento, descubrieron que la puerta no estaba cerrada. Con muchas precauciones, Chic la empujó y echó un vistazo al interior.

Allí estaba Julie.

-¡Chic! -exclamó, dando un paso hacia él. Había dos grandes maletas a su lado-. He estado haciendo el equipaje. Lo he dispuesto todo para que emigremos tú y yo. Tengo los billetes... y no me preguntes cómo los he conseguido porque no voy a decírtelo.

Su cara estaba pálida, pero serena. Se había vestido y parecía excepcionalmente bella. Entonces vio a Maury.

-¿Quién es éste? -preguntó, retrocediendo.

-Mi jefe.

-Sólo tengo dos billetes -dijo ella dudando.

-No hay problema -repuso Maury. Sonrió para tranquilizarla-. Tengo que quedarme en la Tierra. Tengo un negocio importante que atender. -Se dirigió a Chic-. Creo que es una buena idea. De modo que ésta es la chica de la que me hablaste por teléfono. El motivo por el que llegaste tarde aquella mañana. -Palmeó a Chic en la espalda-. Mucha suerte, viejo amigo. Supongo que has demostrado que aún eres joven..., lo suficiente, al menos. Te envidio.

-Nuestra nave sale dentro de cuarenta y cinco minutos -dijo Julie-. Estaba rezando como una loca para que aparecieras. Intenté localizarte en la oficina.

-La PN nos detuvo.

-El Ejército tiene el control del espacio. Y están supervisando las salidas y llegadas de las naves. Así que, si podemos llegar al aeropuerto, no habrá ningún problema. Invertí todo nuestro dinero en comprar los billetes. Resultaron terriblemente caros. Y como esos mercadillos ambulantes ya no existen...

-Será mejor que empecéis a moveros -dijo Maury-. Me quedaré en el apartamento, si no os importa. Parece que aquí se está razonablemente a salvo, considerando como están las cosas.

Se sentó en el sofá y consiguió cruzar las piernas, sacó un cigarro Dutch Masters y lo encendió.

-Tal vez nos volvamos a ver un día de estos -le dijo Chic con embarazo.

No sabía exactamente cómo despedirse.

-Tal vez -gruñó Maury-. De todas formas, envíame unas líneas desde Marte.

Cogió una revista de la mesa y empezó a hojearla.

-¿Qué vamos a hacer en Marte para vivir? -le preguntó Chic a Julie-. ¿Trabajar en una granja? ¿O has pensado en alguna otra cosa?

-Una granja -dijo ella-. Buscar un buen terreno y empezar a regarlo. Tengo parientes allí. Nos ayudarán.

Cogió una de las maletas; Chic se la quitó de las manos y luego cargó con la otra.

-Hasta la vista -dijo Maury en tono ligero y artificial-. Que tengáis suerte cuando escarbéis en ese suelo rojo y polvoriento.

-Buena suerte a ti también -dijo Chic.

Y se preguntó quién la necesitaría más.

-Tal vez os envíe un par de simulacros para que os hagan compañía -dijo Maury-. Cuando todo esto haya acabado.

Chupando su cigarro, los observó marcharse.

La música estrepitosa había vuelto una vez más, y algunos de los parias, jorobados y con grandes mandíbulas, habían empezado a bailar de nuevo. Nat Flieger se apartó del televisor.

-Creo que tenemos suficiente en el Ampek -le dijo a Molly-. Podemos volver a casa de Kongrosian. Ya hemos acabado, por fin.

-Tal vez hayamos acabado en todas partes, Nat -dijo Molly, sombría-. Sabes, habernos mantenido como especie dominante durante miles de años no nos asegura...

-Lo sé. También he visto sus caras.

La condujo al lugar donde había dejado el Ampek F-a2. Jim Planck les siguió, y los tres permanecieron juntos al lado del aparato portátil.

-¿Bien? -dijo Nat-. ¿Regresamos? ¿Se ha acabado de verdad?

-Se ha acabado -dijo Jim Planck, asintiendo.

-Pero creo que deberíamos quedarnos en la zona de Jenner hasta que terminen las luchas -dijo Molly-. No sería seguro volar hasta Tijuana en este momento. Si Beth Kongrosian nos deja quedarnos, quedémonos.

-Muy bien -dijo Nat.

Estaba de acuerdo con ella. Por completo.

-Mira -avisó bruscamente Jim Planck-. Una mujer se acerca. No es un paria sino..., bueno, ya sabéis, es como nosotros.

La mujer, joven y esbelta, se abrió paso entre los grupos de parias. Tenía el pelo corto y llevaba mocasines, pantalones de algodón azules y una camisa blanca. La conozco, se dijo Nat. La he visto un millón de veces. La conocía y a la vez no la conocía. Era terriblemente extraño. Es hermosa hasta un punto increíble, pensó. Una belleza casi innatural, casi grotesca. ¿A cuántas mujeres conozco tan atractivas? A ninguna. No hay ninguna en el mundo tan atractiva, excepto...

Excepto Nicole Thibodeaux.

-¿Es usted el señor Flieger? -le preguntó, acercándose y mirándole a la cara.

El descubrió que era muy pequeña. Eso no se notaba en la televisión. En realidad, siempre había pensado que Nicole era grande, casi ominosa. Fue un *shock* descubrir lo contrario. No podía comprenderlo exactamente.

-Sí -contestó.

-Richard Kongrosian me trajo aquí y quiero volver al lugar al que pertenezco. ¿Puede llevarme en su autotaxi?

-Claro -asintió Nat-. Adonde quiera.

Ninguno de los parias le prestaba atención; parecían no saber quién era ella, ni les importaba. Jim Planck y Molly, sin embargo, se quedaron mudos de asombro.

-¿Cuándo se marchan? -preguntó Nicole.

-Bueno, íbamos a quedarnos. A causa de las luchas. Este sitio parece más seguro.

-No -insistió Nicole, inmediatamente-. Tienen que volver. Tienen que tomar parte. ¿Quieren que ganen ellos?

-Ni siquiera sé de quiénes está hablando -dijo Nat-. No alcanzo a comprender qué es lo que pasa, cuáles son los puntos en conflicto o quién lucha contra quién. ¿Lo sabe usted? Tal vez pueda decírmelo.

Pero lo dudo, pensó. Dudo que pueda convertir esto en algo sensato..., para mí o para nadie. Porque no tiene sentido.

-¿Qué haría falta para que me llevaran de vuelta o al menos me sacaran de aquí?

Nat se encogió de hombros.

-Nada -dijo, y entonces se decidió, vio las cosas con claridad-. Porque no lo haré. Lo siento. Vamos a esperar a que esto acabe. No sé cómo se las ha arreglado Kongrosian para traerla aquí, pero es posible que tenga razón. Tal vez éste sea el mejor sitio, para usted y para nosotros. Durante una buena temporada.

Le sonrió. Nicole no le devolvió la sonrisa.

-Maldito sea.

Él continuó sonriendo.

-Por favor, ayúdeme. Iba usted a hacerlo. Había empezado a hacerlo.

-Quizá la esté ayudando, señora Thibodeaux -dijo roncamente Jim Planck-. Al hacer esto, al hacer que se quede aquí.

-Creo que Nat tiene razón -añadió Molly-. Estoy segura de que ahora la Casa Blanca no es un lugar seguro.

Nicole los miró a los tres con furia. Entonces, resignada, suspiró.

-Vaya un sitio para quedarse. Maldito sea Richard Kongrosian. Es básicamente culpa suya. ¿Qué son esas criaturas?

Hizo un gesto hacia la fila de parias adultos y los niños que esperaban a ambos lados del gran salón.

-No estoy seguro -dijo Nat-. Podríamos decir que son parientes nuestros. Nuestra progenie, posiblemente.

-Antepasados -corrigió Jim Planck.

-El tiempo dirá qué es lo que son.

-No me gustan -dijo Nicole, encendiendo un cigarrillo-. Me sentiría mucho más feliz si volviéramos a la casa. Me hacen sentir terriblemente incómoda.

-Es verdad -dijo Nat.

Ciertamente, compartía su reacción.

Alrededor de ellos, los parias continuaron bailando su monótona danza, sin prestar atención a los cuatro seres humanos.

-Sin embargo -añadió Jim Planck, pensativo-, creo que vamos a tener que acostumbrarnos a ellos.

FIN

Librodot